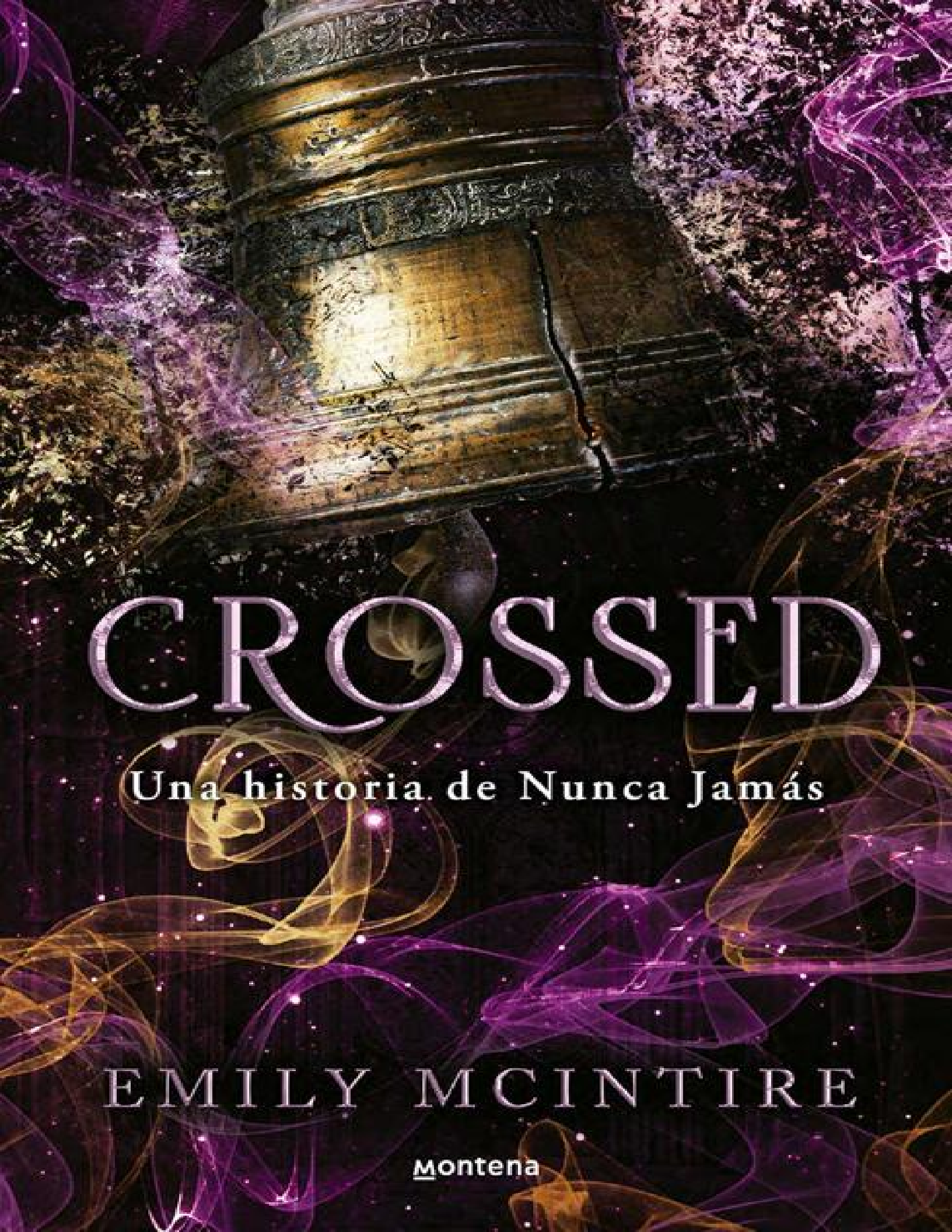

CROSSED
Una historia de Nunca Jamás
EMILY MCINTIRE
Montena

CROSSED

Una historia de Nunca Jamás

EMILY MCINTIRE

Traducción de Cristina Macía

montena

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Seven Devils», de Florence + The Machine
«My Mind & Me», de Selena Gomez
«Come as You Are», de Nirvana
«Unholy», de Sam Smith y Kim Petras
«Monster», de Shawn Mendes y Justin Bieber
«God Is a Woman», de Ariana Grande
«Elastic Heart», de Sia
«Lovely», de Billie Eilish y Khalid
«Bleeding Out», de Imagine Dragons
«Figure You Out», de VOILÀ

Para todos los que tienen miedo de equivocarse.
Errar es humano. Perdónatelo.

Cuando conseguí verte por segunda vez,
deseé verte mil veces; deseé verte siempre.
¿Cómo puede uno detenerse en esa pendiente
infernal? Desde entonces, dejé de ser yo.

VICTOR HUGO, *El jorobado de Notre Dame*

Advertencia: este libro incluye contenido sexual explícito, consumo de drogas y escenas violentas.

Nota de la autora

Crossed es una novela romántica oscura. Es un cuento de hadas retorcido para adultos, no una fantasía ni un *retelling.*

El personaje principal es un villano. Si buscas una lectura tranquila, no la encontrarás en estas páginas.

En *Crossed* hay escenas de sexo explícito y contenido para adultos no adecuado para todos los públicos. El lector queda advertido. Yo prefiero que te adentres en el libro sin saber más, pero, si quieres, hay una lista detallada de advertencias sobre temas delicados en EmilyMcIntire.com.

PRÓLOGO

Cade

Festivalé, en Vermont, parece diferente en mitad de la noche.

Es una ciudad sucia.

Repulsiva. Rebosante de oscuridad.

Mi superior me ha enviado para devolver la vida a la zona histórica. Para devolverla al camino de la rectitud que abandonó hace ya demasiado tiempo.

Hoy, cuando he llegado, he sentido un aguijonazo de nostalgia. Iba sentado junto al conductor del SUV que recorría a baja velocidad las calles, y la arquitectura estilo colonial francés me recordó mi infancia, cuando me crie en los callejones de París, mendigando sobras, robando para sobrevivir y alimentarme.

Al igual que París, esta ciudad rezuma pecado. Pero carece de su refinamiento.

En lugar de aferrarse a lo que debería haber sido su rica historia, conservada desde los tiempos en que Vermont era parte de Nueva Francia, en el siglo XVIII, Festivalé parece una caricatura. Una oda ridícula, una farsa. Ni siquiera el nombre de la ciudad es francés, solo una parodia.

Si yo fuera dado a albergar esperanza, miraría por las ventanas polvorientas y vería potencial. Pero hay una maldad que contamina

el mismo aire, que lo hace denso y sofocante, una nube negra que cubre el valle y enferma todo aquello que toca. Lo huelo cada vez que inhalo. Hay una parte de mí que teme infectarse, pero desecho la idea a toda prisa y refuerzo las defensas hasta que son duras como el acero.

No sé qué hora es, solo sé que ya debe de hacer muchas horas que llegué. Salí de mi nuevo hogar cerca de la medianoche. No había planeado aventurarme fuera de casa tan pronto nada más llegar, pero sentí por dentro una necesidad acuciante, una sensación familiar de la que traté de hacer caso omiso.

Y soy humano.

Cuando mi enfermedad aflora, no puedo resistirme a sus demandas.

Il est miséricordieux.

«Él es misericordioso».

Esta noche el aire es fresco; camino apresurado por las aceras llenas de grietas, por los callejones. Un atisbo de escarcha me mordisquea la nariz y las orejas hasta que la piel me cosquillea, entumecida. Bajo la cabeza y el cuello del abrigo negro me cubre la garganta mientras me dirijo hacia lo que supongo que es la peor zona de la ciudad.

La luna llena proyecta un brillo inquietante sobre las calles silenciosas y mis pisadas levantan ecos. Nada más se mueve.

De pronto se abre una puerta a mi izquierda. La luz amarillenta se derrama hacia la calle y recorta la silueta de una mujer. Su voz se deja oír entre los edificios de ladrillo desmoronado, tablones podridos y cristales rotos en las ventanas.

Titubeo con el ceño fruncido bajo el ala ancha del sombrero cuando se contonea hacia mí. Miro a mi alrededor. No hay nadie en la calle, solo nosotros.

Se detiene justo delante de mí y clava la mirada turbia en la mía. Tiene las pupilas dilatadas y veo que sus ojos son negros como el carbón.

La ansiedad me atenaza.

Une démone. «Una demonia».

—Eres nuevo —ronronea.

Tiene la voz susurrante de una manera entrenada para agitarle la polla a un hombre y despertar sus instintos más básicos. Pero hace años que no siento impulso sexual hacia una mujer.

La repugnancia me arde en el fondo de la garganta y una vocecita me habla en la mente, pero trato de hacer caso omiso de los pensamientos malvados. No he salido para seguir mis impulsos, solo para despejarme.

La miro desde arriba, domino desde la altura su figura flaca, aunque no es precisamente baja. Una ráfaga de viento helado me azota la cara y aprieto los dientes para que no me castañeteen.

El vello de la piel color crema del escote se le eriza. Cambia el peso de una pierna a la otra y las hojas crujen bajo sus pies.

Alza la mano y apenas me roza la solapa del abrigo negro, lo que provoca que me ponga en acción. Le agarro los dedos firmemente con la mano enguantada. Los labios rojos, babeantes, dejan escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo te llamas, *démone*? —gruño.

La sorpresa se le borra de la cara y deja paso a un destello de curiosidad.

—Vaya acento. —Se me acerca un paso—. Puedes llamarme como quieras mientras pagues, cielo. En efectivo o… en caballo, si tienes.

La repugnancia me sube por el pecho.

Antes de que pueda controlarla, mi monstruo, esa enfermedad, estalla y se me clava en los huesos hasta que me duelen.

Suelto a la mujer y asiento una sola vez con gesto brusco.

La sonrisa le ilumina el rostro demacrado.

—Ven conmigo.

Se da la vuelta y va hacia la puerta abierta. Miro a mi alrededor una última vez para confirmar que nadie nos ve.

Seguimos solos.

La casa es pequeña, sucia. Una sola habitación con un colchón cochambroso en el suelo y una lámpara sin pantalla que parpadea en un rincón. La cama está llena de manchas y huelo las cópulas impías en el aire, tan densas que siento que no puedo respirar.

Hace unos años, habría mirado este lugar con envidia. Habría anhelado un colchón, un techo sobre la cabeza. Pero eso ha quedado atrás.

La mujer se vuelve hacia mí y advierto las marcas de viruela en su rostro demacrado, la desesperación animal que le habita en lo más profundo, que busca capturar mi energía con unas zarpas negras.

El hombre que soy quiere apartarse, pero el monstruo la llama para que se acerque más.

Las caderas huesudas se contonean y un sabor ácido me sube a la boca al ver el intento de seducción en ese cuerpo desnutrido. Me desliza las manos por la parte delantera del abrigo para desabotonarlo despacio. Se lo permito y, cuando me lo abre, clava los ojos en el alzacuellos, los abre mucho y alza la cabeza de golpe para mirarme a la cara.

Se estremece, pero la agarro con fuerza suficiente para dejarle marcas y la atraigo hacia mí.

—*Le diable est à l'intérieur de toi* —siseo.

Niega con la cabeza.

—No… no entiendo lo que dices.

Me inclino sobre ella hasta que estoy susurrando contra el pelo

enmarañado, áspero.

—Significa que llevas el diablo dentro.

Le subo las palmas de las manos por los brazos hasta agarrarle el cuello frágil. El latido de su corazón es tan fuerte que lo noto a través del cuero de los guantes. La excitación me estalla como una piñata en el bajo vientre, y ahora sí que se me agita la polla.

No me importa que sea obviamente una prostituta. Lo que incita a mi monstruo no es lo que hace, es lo que lleva dentro. Solo quiero librarla de sus demonios.

—No te preocupes, hija —sigo—. He venido a ayudarte.

Y aprieto, aplico presión sobre la delicada tráquea. Las mangas del abrigo se me suben con el movimiento y me clava las uñas en las muñecas expuestas, me araña la piel, hace que se me tensen los músculos.

Disfruto con su resistencia. Antes de que pierda el conocimiento, la suelto, me quito la bufanda y la pongo en torno a su cuello, la cruzo y tiro.

Muy despacio, se le relaja el cuerpo y, solo cuando veo cómo la vida abandona esos ojos drogados, se apaga dentro de mí la violenta necesidad. De pronto, solo quedan las cenizas, y la enfermedad se disipa como si nunca hubiera existido.

Tiendo el cuerpo en el suelo y respiro hondo mientras vuelvo a ponerme la bufanda, me abotono de nuevo el abrigo y me inclino sobre el cadáver. Le rozo la frente con las yemas de los dedos, luego el centro del pecho, luego los hombros, primero uno, luego el otro, para hacer la señal de la cruz.

—Da gracias al Señor, porque es bueno —murmuro.

Los tentáculos de la culpa se me despliegan ya por el pecho, se enroscan hasta que se me entrecorta la respiración y todo a mi alrededor se mueve.

Pero no lo puedo controlar.

He llevado esto dentro de mí desde que nací; desde mi primer aliento he estado condenado. Solo el servicio puede limpiar mi alma.

«Llevas dentro un monstruo, niño. Dios quiere que te lo saque a palizas».

Tiemblo al escuchar la voz del pasado y me dirijo a toda prisa hacia la salida. Me aseguro de que no haya nadie por los alrededores antes de volver al centro de la ciudad.

A mi nuevo hogar.

Va a ser una noche muy larga. No podré descansar hasta que no expíe mis culpas, el pecado de arrebatar una vida y la falta de remordimiento por hacerlo.

La culpa me atenaza por no sentir nada.

«Él es misericordioso».

Aprieto los dientes al sentir el aire frío mientras camino y trato de recordar dónde guardé la disciplina: el flagelo que tengo para estas ocasiones.

Tardo veinte minutos en llegar. La catedral de Notre Dame reluce a la luz de la luna llena, con los dos intricados campanarios que se elevan como una promesa sobre la plaza principal. El exterior es de arquitectura gótica, una réplica casi exacta de la catedral de París que lleva el mismo nombre, aunque a escala muy inferior.

La ciudad entera es como una cápsula del tiempo; aquí la historia no tiene nada que hacer, no encaja con esta gente, con este país, hace denso el aire con su poder desencaminado. Pero atrae turistas y dinero, y si en algo destaca Estados Unidos es en codicia.

Acelero el paso y estoy a punto de dirigirme hacia las puertas para cruzar el patio trasero de la rectoría cuando un movimiento al pie de la catedral me llama la atención.

Hay un hombre recostado contra el muro de piedra. Tiene los ojos

cerrados y el pelo enmarañado, y trata de conservar el calor bajo una manta llena de agujeros que se sujeta con unos guantes sin dedos.

Se me hace un nudo en la garganta. Sé lo duras que son las noches frías cuando duermes sobre el asfalto.

Me acerco y le pongo la mano en el hombro, lo sacudo con delicadeza hasta que despierta, sobresaltado. Se me van los ojos hacia la muñeca de piel pálida en la que se me ven unos arañazos profundos, y el recuerdo vívido de mis dedos en torno al cuello de esa mujer hace solo unos minutos me enciende la sangre y la adrenalina vuelve a correr por mi cuerpo.

—Pasa adentro o te vas a congelar. —Señalo las puertas de la catedral.

El hombre abre mucho los ojos y titubea solo un instante antes de mascullar unas palabras de gratitud y seguirme peldaños arriba. Pasamos entre las gárgolas de piedra que se alinean en la fachada para entrar en la calidez del atrio, el vestíbulo que sigue a la entrada abovedada.

—Puedes dormir aquí o en la nave, si lo deseas. —Hago un ademán con la cabeza para señalar los bancos frente al ábside antes de darme la vuelta para bajar por el pasillo que me llevará a la salida trasera, a la casita en la parte posterior de la iglesia, que ahora es mi hogar.

—¿Quién es usted? —me pregunta el hombre, y su voz retumba en el techo alto, contra las vidrieras de colores—. Nunca lo había visto por aquí.

Me detengo, pero no me vuelvo hacia él.

—Soy monsieur Frédéric. Puedes llamarme padre Cade.

CAPÍTULO 1

Amaya

—Mierda.

Aguanto la respiración, aparto la mano del fogón de gas y corro hacia el fregadero para abrir el grifo y que el chorro de agua me caiga sobre la quemadura. El dolor agudo hace que se me llenen los ojos de lágrimas, pero aprieto los dientes y permito que el líquido templado alivie el ardor.

Querría echar la culpa a los electrodomésticos de mala calidad, pero lo cierto es que estaba inmersa en mis pensamientos. Ahora mismo, mientras veo caer el agua del grifo oxidado del fregadero, mientras el chorro se divide al chocar contra el dedo, vuelvo a distraerme, a evadirme hacia un lugar donde no siento el dolor. Donde no siento nada.

Sacudo la cabeza, cierro el grifo y suspiro mientras recorro con la mirada el apartamento en busca de mi hermano pequeño.

—¡Quin! —llamo al no verlo.

El sonido del exterior se cuela a través de las paredes finas como el papel de la diminuta sala de estar, y frunzo el ceño. Voy hacia la puerta. El frío gélido del duro otoño de Vermont se cuela por las grietas y me hace estremecer. Alzo la vista y veo que el cerrojo que tengo en la parte más alta de la puerta está abierto, y un peso

enorme me atenaza el vientre. Siempre lo tengo cerrado.

Quinten se escapa y mi misión es asegurarme de que no le pasa nada.

«No me lo puedo creer, ¿por qué no lo cerré?».

Siempre tengo un chal colgado del perchero y lo cojo a toda prisa para echármelo sobre los hombros antes de abrir la puerta y salir al porche. El viento gélido me golpea en la cara, pero no hago caso y recorro con la mirada la acera llena de socavones, calle abajo.

En cuanto veo el grupo de niños en la esquina, se me hace un nudo en la garganta y corro hacia ellos, devorando la distancia con mis largas piernas.

Uno de los niños se ríe y echa el pie hacia atrás como si estuviera a punto de patear algo que tiene delante.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, imbécil?

La presión me ahoga.

—¡Eh! —grito.

El pequeño hijo de puta se detiene en seco y se vuelve hacia mí, igual que los otros dos chicos y dos chicas que lo flanquean. Se me cae el alma a los pies al ver quién es el cabecilla.

Bradley Gammond. «Ese mierda».

Su madre es abogada defensora pública y me detesta igual que detestaba a mi madre. E igual que Bradley detesta a Quinten, por lo visto.

«¿Cuándo se volvieron tan malos los niños?».

Abren mucho los ojos al verme, y las mejillas de piel blanca de Bradley se tiñen de rosa. Agarra al chico que tiene más cerca y todos echan a correr por el asfalto.

Frunzo el ceño al acercarme y ver una forma acurrucada de pelo corto y revuelto que se mece en la acera.

«Quinten».

Un nudo de culpa me cierra la garganta. ¿Cómo no me he dado cuenta de que salía?

—¡Putos matones! —grito a los niños, y les tiro una piedra pequeña antes de acuclillarme junto a mi hermano.

El frío del cemento me sube por el interior de la larga falda morada y se me aferra a la piel, pero no me importa. El frío no es raro en Vermont, y hace años que soy experta en fingir que la ropa fina me protege lo suficiente.

Quinten está temblando, con los puños apretados y la piel oscura algo blanquecina, y no me hace falta verlo para saber que se está clavando con fuerza las uñas en las palmas de las manos. Rezo para que no se esté haciendo tanto daño como para necesitar antisépticos.

No soporta que nada le toque las manos. La verdad es que no soporta que nada lo toque.

—Quin —murmuro, y no se me ocurre cogerlo del brazo hasta que no se da cuenta de que soy yo.

Vuelve la cabeza hacia mí, con los ojos verdes tan parecidos a los míos, grandes, redondos. Pero no emite el menor sonido.

«Joder».

No habla a menudo y cuando habla suele decir frases que copia de los demás. Solo este último año ha empezado a manipular las palabras para formar frases propias. Cuando las emociones son muy fuertes, se cierra, así que no me sorprende que ahora guarde silencio.

No empezó a hablar hasta los tres años, y solo para repetir lo que decían los demás a su alrededor y cosas que había oído antes.

Ecolalia y lenguaje gestáltico, según sus terapeutas.

Pero eso no quiere decir que no sea listo, pese a lo que dijeran esos críos. Quinten es el niño de seis años más inteligente que he

conocido. Y el mejor. Punto.

—Son idiotas, ¿vale? —digo sin saber muy bien si es para calmarlo a él o a mí misma.

Baja la vista.

El nudo que tengo en la garganta rezuma una sensación de fracaso que se me derrama por dentro y hace que se me encoja el corazón. Aprieto los dientes. No quiero mostrar dolor delante de Quinten.

Mi misión es ser fuerte por él.

Y lo intento, por Dios que lo intento. Pero a veces es tan difícil…

Este mundo es cruel, está lleno de gente que no entiende nada. Que elige no entender que una persona no es inferior solo porque sea diferente. Quinten se lo merece todo y haría lo que fuera por protegerlo de la dura realidad de esta vida que se niega a ofrecerle nada.

La gente de Festivalé lo empeora todo aún más. El hecho de ser mi hermano pequeño convierte a Quinten en culpable por asociación. Soy la paria de la ciudad, y él es diferente. Aunque me culpan a mí, claro, igual que me culpan de todo lo malo que pasa en esta ciudad.

He perdido la cuenta de las veces que he soñado con hacer las maletas y marcharnos a otro lugar. A cualquiera, con tal de empezar desde cero.

Es lo mismo que soñaba mi madre.

Pero no son más que ilusiones. Tengo que pagar las facturas, Quinten tiene su terapia, un millar de responsabilidades me atan aquí. Y no puedo arrancarlo del único hogar que ha conocido.

Cuando era pequeña, mucho antes de que naciera Quinten, mi madre preparaba las maletas en cuanto me empezaba a sentir a gusto. No tardé en aprender que hacer amigos era inútil, que

encajar en un lugar era un sueño, una de esas cosas de las que hablaban los libros, no algo que se experimentara en la vida real.

Y lo que menos quiero es que Quinten tenga esa misma vida conmigo.

Él es mi mundo. Es lo único que importa.

Tiendo la mano, la pongo ante su cuerpecito acurrucado hasta que coloca la palma sobre la mía. Se la aprieto y le sonrío mientras lo ayudo a levantarse para volver a casa.

Una vez dentro, se dirige de inmediato hacia la pequeña mesa rectangular de la cocina y se sienta en la gastada silla de madera, coge la tableta y se sumerge en su red de seguridad. La verdad, lo entiendo. Si pudiera, yo me metería en la cama y me quedaría en ella hecha un ovillo, o iría al estudio de *pole dance* más cercano para desahogarme. El baile de barra es lo único que me hace sentir yo misma.

El recibo devuelto de internet me hace señas desde la encimera de la cocina donde lo he aparcado para tratar de olvidarme de su existencia. Pero lo de esta mañana, la manera de Quinten de lanzarse sobre la tableta, me recuerdan que sus programas no son un simple lujo, que son una necesidad; que, si no consigo pagar la factura, no se sentirá a salvo en su propia casa.

Hoy es lunes, mi noche libre, una noche que había planeado pasar con Quinten tranquila y relajada. Pero, sin pensarlo dos veces, saco el móvil para mandarle un mensaje a mi única amiga, mi compañera de piso, Dalia, al tiempo que me dejo caer en una silla.

Tengo una llamada perdida y se me encoge el corazón al ver el nombre de Parker en la pantalla. Cierro la notificación para mandar el mensaje.

Yo: Oye, voy a trabajar esta noche.

La respuesta me llega enseguida y suspiro de alivio.

Dalia: Claro. Estaré en casa a las 4.

Me paso una mano por la frente y miro a mi hermano pequeño, al otro lado de la mesa. Su rostro no refleja emoción alguna, como si lo que ha ocurrido no le hubiera afectado. Como si ya lo hubiera olvidado por completo.

Las apariencias engañan.

Quinten nunca olvida nada.

Y, aunque en apariencia se recupere con facilidad, yo no. La sensación de saber que unos críos de mierda estaban intentando hacerle daño se me va a quedar grabada para siempre, será una marca más en la superficie ya mellada de mi corazón.

Hay veces, en los peores momentos, en que me pregunto si esas marcas se convertirán en cicatrices, en un tejido duro, impenetrable.

Y hay veces en que lo deseo.

El teléfono empieza a sonar y bajo la vista. «Parker», se lee en la pantalla.

El corazón se me para un instante, pero quito el sonido al teléfono. Es demasiado temprano para enfrentarme a él.

Parker Errien es mi pesadilla, el motivo de que Quinten y yo vivamos endeudados. Apareció cuando salía con mi madre, cuando vinimos a vivir aquí hace poco más de cinco años.

No sé cómo lo conoció, pero tampoco fue ninguna sorpresa. Mi madre era una mujer hermosa, muy parecida a mí, con el pelo largo negro y los ojos muy verdes. Tenía unas piernas larguísimas que le destacaban los muslos y las caderas. Cuando quería, podía aparentar

que nadaba en la abundancia con su aspecto, aunque no tuviera dinero, y para los hombres era como una sirena: los atraía y los hechizaba con una simple mirada.

Parker y ella empezaron a salir nada más llegar, y, solo cuando desapareció, supe que él la «alquilaba» en secreto a sus amigos en posiciones de privilegio. De esos amigos que necesitan discreción y que están dispuestos a pagar bien para conseguirla. Pero, de cara a todos, Parker Errien y Chantelle Paquette no tardaron en convertirse en la sensación de la ciudad, y por primera vez sentí que tenía un hogar, incluso cuando las miradas que él me lanzaba duraban un poco más de la cuenta y las manos con las que me rozaba se aventuraban demasiado lejos.

Y, cuando mi madre desapareció, él no lo hizo. Se limitó a concentrarse en mí.

No le gustó nada que mi madre lo dejase tirado, que privase a sus «clientes» de la mujer que les caldeaba la cama y sin el dinero que ya le habían entregado. Así que ahora yo tengo que pagar las deudas de mi madre. Casi todo el dinero que gano acaba en las sucias manos de Parker, que disfruta obligándome a recurrir a él de todas las maneras posibles.

Un escalofrío me sube por la espalda y sacudo la cabeza. Me concentro en Quinten.

—¿Tienes hambre, Quin? —le pregunto al tiempo que tamborileo con las uñas sobre la madera desgastada de la mesa.

Es una mierda, igual que todo lo que tenemos. La cogí de la basura hace cinco años, justo después de cumplir los diecinueve, cuando nuestra madre me convirtió en la enemiga de toda la ciudad y luego desapareció dejando tan solo una nota, seis palabras:

Estoy harta. Encárgate tú de él.

Qué curioso, se las había arreglado con una hija que tuvo a los quince, pero un bebé sorpresa de uno de los muchos «amores de su vida» a los treinta y tres, un niño que empezaba a mostrar síntomas de autismo, era demasiado.

«A la mierda».

Metí la mesa como pude en la casa y me pasé días limpiándola hasta que me sangraron los dedos, pero no me importó. Fue maravilloso proporcionarle a Quinten un lugar donde pudiéramos comer en vez del suelo. Iba a demostrar que era mejor que la donante de óvulos que no nos quiso tanto como para molestarse en intentarlo.

—Quin.

Quinten no alza la vista y la desolación me retuerce por dentro porque sé que no le puedo ofrecer los huevos revueltos de costumbre, porque los he quemado en el fogón como una imbécil. Ha sido su alimento reconfortante desde hace seis meses, lo único que quiere para desayunar. Y yo no quiero otra cosa que reconfortarlo.

—¿Te apetecen unos gofres con pepitas de chocolate?

Le sonrío de oreja a oreja para tratar de tentarlo. Creo que quedan un par en el congelador. Estarán caducados, pero son comestibles.

Niega con la cabeza y hace un ruidito gutural.

—¿Quieres huevos? —responde.

No es una pregunta. La manera de formular la frase es parte de su procesamiento del lenguaje gestáltico.

—Quiero huevos —digo.

—Quiero huevos —repite, y pone algo de su parte—. Buena idea.

—Dicho y hecho.

Se me hace un nudo en la garganta mientras asiento, porque sé

que tendré que pedírselos al vecino, el señor Brochet, que es un viejo gruñón y repulsivo, y no soporta que lo molesten.

Pero lo haré, porque Quinten quiere huevos, y huevos va a tener.

CAPÍTULO 2

Cade

Parker Errien.

Ya conocía el nombre antes de llegar a la ciudad. Mi superior, el obispo Lamont, lo mencionó con tanta frecuencia que sé que Parker es el catalizador que hizo que me enviaran aquí. Pero es la primera vez que lo veo en persona.

Es un hombre moderadamente atractivo, con piel blanca como la porcelana, pelo rubio ya gris en las sienes y unos aires pomposos que me muero por pulverizar. Hace veinte minutos, entró en mi despacho por el vestíbulo posterior de la iglesia como si fuera el dueño del mundo, y en cierto modo me imagino que lo es, al menos en este punto diminuto del universo.

Parker dirige Errien Enterprises, una sociedad tenedora de acciones que controla el setenta por ciento del resto de las compañías aquí y en las ciudades vecinas. El nombre de Parker adorna casi todos los edificios opulentos de Festivalé. Ni que decir tiene que es muy rico, amigo del alma del alcalde y uno de los máximos donantes de la catedral de Notre Dame. A efectos prácticos, es el rey de Festivalé.

Y tiene en el bolsillo a mi superior, el obispo Lamont.

Pero percibo la maldad que le supura del alma y me pregunto qué

tiene que hacer un hombre como Parker para asegurarse de que su trono sea intocable. A cuánta gente tiene en nómina, cuántos pecados está dispuesto a cometer.

Me cuesta mucho creer que me hayan enviado aquí para cambiar las cosas de verdad, y doy por hecho que, para Parker, no soy más que otra marioneta que puede controlar. Al fin y al cabo, mi predecesor, el padre Clark, lo dejó muy claro durante sus últimos días. Lo escuché hablar airado con el obispo Lamont cuando le decía que el señor Errien no era su dueño, que él solo se inclinaba ante Dios.

Parker se va a llevar una decepción al ver que yo soy igual.

—Me han dicho que está usted chapado a la antigua —comenta Parker mientras me siento tras mi gran escritorio de nogal.

Apoyo los codos en los brazos de la silla acolchada y junto las yemas de los dedos bajo la barbilla.

—Incluso severo —añade.

Sigo sin responder. Frunce el ceño.

—¿Habla usted inglés, señor Frédéric?

Arqueo una ceja.

—Depende de si hay alguien con quien merezca la pena hablar, monsieur Errien.

Una mirada torva le oscurece los ojos. Se recuesta en el respaldo y extiende las piernas ante él. Estoy seguro de que es una expresión de poder, que se sienta así en mi despacho para darme a entender que este sitio también le pertenece, pero a mí solo me demuestra que no sabe qué hacer con la polla que le cuelga entre las piernas.

—¿Todos los sacerdotes católicos son así? —bufa—. ¿Se creen por encima de los demás?

Noto el tic que me mueve el músculo de la mandíbula.

—¿Qué religión profesa usted, monsieur Errien? Me imagino que

antes era católico.

Arquea las cejas tanto que le llegan al pelo.

—Soy católico.

Me levanto y salgo de detrás del escritorio para situarme a su lado, de manera que tiene que echar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Soy un hombre de Dios, monsieur Errien, así que estoy al servicio de todo el mundo —digo—. Le aseguro que perdono cosas que otro no perdonaría, pero, por el bien de nuestra futura… relación, vamos a dejar claros ciertos límites.

—Estoy de acuerdo.

—Perfecto. Empiezo yo. —Sonrío—. Me da igual cuánto dinero derroche y cuánta gente se ponga de rodillas y lo adore a usted como a un falso ídolo debido a ese dinero. Yo no tolero que me falten al respeto.

Parker aprieta los dientes tanto que lo oigo.

—Yo tampoco.

Dejo escapar una risita y me inclino sobre él hasta que mi sombra lo cubre.

—No entre en mi despacho, un lugar dedicado al culto de Dios, dando esas muestras de desprecio, como si pudiera burlarse de mi fe. Aquí, en esta casa, el poder lo ostento yo.

—Solo ocupa este puesto porque yo lo decido —me replica Parker —. No tiene ni idea de lo que soy capaz.

Me enderezo, me paso la mano por la pechera de la camisa y me apoyo en el escritorio.

—Eso es verdad. Y la Iglesia le agradecerá eternamente sus muy generosas donaciones. Sé que el padre Clark y usted no coincidían sobre cómo limpiar las calles de Festivalé, de modo que le sugiero que reflexione y busque en su interior la gratitud que debería sentir,

porque he escuchado sus oraciones y apoyo su causa.

Suelta un bufido, pero no me pasa desapercibido que baja un poco los hombros; la arrogancia cede, como suele pasar con la falsa confianza cuando se encuentra ante el poder verdadero.

—¿Nos entendemos? —insisto.

No responde, pero asiente bruscamente y esboza una sonrisa tensa. Permito que el silencio se instale entre nosotros y le arañe la piel hasta que cambia de postura en el asiento con evidente incomodidad.

—¿De dónde me ha dicho que es? —pregunta al final.

—No se lo he dicho.

—¿Y cuánto hace que es sacerdote?

—Suficiente.

El cuello almidonado me aprieta ante la pregunta y carraspeo para aclararme la garganta.

Parker asiente y tamborilea con sus gruesos dedos la madera de los reposabrazos de su asiento. Tiene una expresión calculadora que no le había visto antes en los ojos.

Ha sido un error ser tan brusco con él, pero encontrarme aquí, en esta ciudad, me ha descentrado. Tengo poca paciencia y mal temperamento.

—He pensado algunas cosas para su homilía del sábado —dice para cambiar de tema.

Me tenso.

—No esperaba menos. —Le señalo la puerta—. Lástima, el deber me llama y no tengo tiempo para escucharlas. Si necesita confesión, hable con el padre Jeremiah, el párroco adjunto, que se encarga hoy.

Parker se levanta bruscamente y se abotona la chaqueta del traje antes de tenderme la mano como un perfecto hombre de negocios.

Se la miro, pero no se la estrecho. Me ha insultado y no tengo la menor intención de permitir que se relaje entre estas paredes.

Hoy no.

—Usted y yo no somos tan diferentes —murmura—. Y da igual qué título ostente aquí, señor Frédéric. No se olvide de por qué lo tiene.

—No hacen falta formalidades, Parker. —Sonrío—. Por favor, llámeme padre.

Aprieta los dientes, pero asiente.

—Claro. Que tenga un buen día, padre.

Y se marcha.

Suelto muy despacio el aliento contenido y muevo el cuello para crujirlo. La tensión se convierte en alivio. Vuelvo a sentarme tras el escritorio, cojo la pluma y empiezo a dar golpecitos rítmicos en la madera del escritorio sin apartar la vista de la puerta por la que Parker acaba de salir. No debería haberlo provocado. Tendría que haberme mordido la lengua y sonreído para que se creyera dueño de la situación.

Pero tiene algo que no me gusta, una oscuridad en la mirada que me recuerda a mi pasado. A la hermana Agnes cuando me daba palizas que me dejaban el cuerpo entero magullado.

—¡Cade Frédéric! —chilla la hermana Agnes, y su voz resuena entre las paredes de cemento del comedor.

Estoy escondido tras la mesa más larga del fondo, tratando de ocultarme en el rincón, entre las sombras, para que no me vea. Si me encuentra, sacará otra vez el cinturón, y aún no me he recuperado de la paliza de la semana pasada, cuando le robé el juguete al chico nuevo. Esta vez, en cambio, no he hecho nada.

De verdad.

Las pisadas se acercan y me hago aún más pequeño: de estar de

rodillas paso a estar tumbado sobre el vientre, me pego todo lo posible al suelo. Tengo los ojos muy abiertos para verla aproximarse, y el corazón se me sube a la garganta cuando los zapatos negros planos entran en la habitación. Se acerca, y cada paso me encoge el estómago. El arrepentimiento por la pérdida de control, por haber roto todos esos platos en la cocina, me golpea con fuerza.

Pero es que estaba tan… furioso… Necesitaba dar salida a la ira.

Las pisadas se detienen ante la mesa tras la que me oculto. Oigo cómo le crujen las rodillas cuando se agacha. El hábito la hace más amenazadora que si vistiera ropa de calle.

Aprieta los labios.

—Sal de ahí ahora mismo.

Se me encoge el corazón y salgo de debajo de la mesa con la cabeza gacha y las manos entrelazadas a la espalda, pero no digo nada. No me gusta hablar con ella en su idioma. Se me atraviesan las palabras y se me olvida cómo construir frases. Y cada vez que me equivoco me da un golpe más.

Me agarra con fuerza por la oreja y me la retuerce hasta que siento como si me la fuera a arrancar. Siseo, pero sé muy bien que no debo resistirme.

—Ya la has vuelto a armar, niño. Siempre metiéndote en líos. ¿Sabes cuánto dinero nos has costado esta vez? Docenas de platos rotos en la cocina… ¿Cómo puede un crío de cinco años causar tanta destrucción?

—Je suis désolé *—murmuro.*

Me retuerce la oreja con más fuerza.

—¡Nada de francés!

—L-lo siento, hermana. Lo siento —tartamudeo.

Me suelta la oreja y el dolor me irradia por todo el lado izquierdo de la cara.

—¿Por qué lo has hecho esta vez? —Me mira desde arriba.

—Los p-padres de André vinieron a por él.

Se cruza de brazos.

—¿Y eso te hizo enfadar?

Asiento. Me hizo enfadar. Me puso celoso.

—Oui.

Suspira.

—No es culpa tuya, Cade. Estás enfermo.

Trago saliva y asiento de nuevo.

—Ya lo sé.

—Ven.

Me agarra por el brazo y me saca a rastras del comedor para ir a la cocina. Hay docenas de platos rotos en el suelo. Me coloca en el centro y coge un cucharón de madera.

Cuando se sitúa delante de mí, se inclina para mirarme a los ojos. Y juraría que, por un momento, veo cómo se le dilatan las pupilas y le pasa ante ellas una nube negra. Tenso los hombros y se me seca la boca.

—Llevas dentro un monstruo, niño. Y Dios quiere que te lo saque a golpes.

Suspiro y aparto a un lado los recuerdos. Consulto el calendario que ocupa la mayor parte del espacio en el escritorio para recordarme que mis deberes exigen que me integre aquí, que conozca la parroquia, que supervise al párroco adjunto, el padre Jeremiah, que está aquí como aprendiz y al que todavía no conozco. He venido a devolver a la gente al camino de Cristo, a ayudar a Festivalé a ser un lugar virtuoso en lugar de una sima de pecado.

Y sé que hoy no voy a hacer ninguna de esas cosas.

En lugar de eso, sigo a Parker. Necesito saber más sobre el hombre que tiene influencia sobre el obispo y apesta a corrupción.

CAPÍTULO 3

Amaya

Bajo del autobús en la calle Carnival y voy hacia la esquina donde se encuentra la Capilla, el club de estriptis donde llevo tres años bailando. Hay una cruz púrpura de neón rota en el centro que brilla sobre las luces doradas como una señal para atraer a los pervertidos.

El club está pasando dos pueblos, en Coddington Heights, a una hora de Festivalé. Es decir, me resulta fácil llegar y, a la vez, puedo mantener el anonimato sin demasiado esfuerzo.

No es porque me avergüence de lo que hago. La verdad, es todo lo contrario. Pero no puedo correr el riesgo de que Parker averigüe dónde trabajo. Si se entera, hundirá el local solo para hacer que vuelva a depender de él. Y es lo que menos me interesa.

Además, adoro los bailes exóticos.

Me gusta ver el deseo en los ojos de los demás cuando me miran en el escenario, cuando utilizo la barra hueca como lienzo en blanco y pinto mi cuerpo en torno a ella como si fuera un pincel. Y me gusta sobre todo el control que me da sobre mi sexualidad cuando les saco el dinero a los que me miran. Al final de la noche, contar los fajos de billetes me provoca un placer que se parece mucho al éxito…, por fugaz que sea. Y me han cosificado desde hace

demasiado tiempo: la pubertad me llegó muy pronto y desde entonces quedó claro que a nadie le importa la edad de una niña siempre que les resulte estéticamente atractiva para satisfacer sus instintos más bajos. Es uno de los motivos de que mi madre fuera una cabrona. Era una mujer amargada, que no pudo soportar a un hijo autista indeseado y a una hija atractiva que llamaba la atención solo por el hecho de existir.

Si era la gente la que se fijaba en mí cuando iba con ella por la calle, se molestaba. Si eran los hombres que traía a nuestra casa, se ponía celosa.

Cuando yo era más joven, los chistes disimulados y las miradas lascivas me daban miedo. Pero, cuando cumplí los diecinueve y me quedé sola para cuidar de mí misma y de Quinten, aprendí que el verdadero poder lo tienen las mujeres, solo que la mayoría no se da cuenta. Yo sí era consciente. Aprendí a utilizar todo mi arsenal para tener el control, al menos en los aspectos en los que era posible.

Es el principal motivo de que no salga con nadie. No me interesa lo más mínimo el sexo opuesto. Llevo toda la vida viendo, a través de los ojos de mi madre, lo que pasa cuando un hombre se te acerca demasiado. Siempre es lo mismo.

Primero el encaprichamiento, los ojos brillantes, no puedo comer, no puedo dormir, flores y regalos, el «Esta vez es diferente, nena, es perfecto». Luego vienen las palabras bruscas, las peleas, el sonido de los primeros golpes. El llanto en medio de la noche y necesitar que tu hija cuide de ti cuando debería ser al revés. Y después, al final, la desaparición. Hacer las maletas y marcharte cuando te das cuenta de que el hombre del que te enamoraste no es como creías.

Mi madre era una nómada en el fondo; le resultaba casi imposible echar raíces en un lugar. En el momento en que empezaba a estar demasiado cómoda, tenía que marcharse, y yo era el desdichado

equipaje que arrastraba con ella mientras buscaba algo que siempre parecía fuera de su alcance.

¿Seguirá buscándolo ahora que no carga con nosotros?

Lo más probable es que esté muerta en cualquier zanja, ahogada por sus propios vicios o por uno de los hombres a los que decía amar.

Cuando era pequeña, me gustaba jugar a que era una princesa perdida que había sido arrancada de su castillo y a la que llevaban de un lugar a otro para que mis padres imaginarios, los que me querían de verdad, no me encontraran. Me resultaba reconfortante pensar que había alguien que me buscaba. A medida que me fui haciendo mayor, dejé de imaginar cosas y empecé a observar a mi madre. Era lo mejor para estar preparada.

Sus patrones nunca cambiaban; era como una religión.

Cuando la sonrisa se le hacía menos amplia y las flores se convertían en bolsas de hielo sobre las magulladuras, sabía que había llegado el momento de partir.

Chantelle Paquette solo toleraba abusos por parte de los hombres que creía que la amaban hasta que llegaba al límite, y entonces era cuando nos sacaba de la ciudad cualquier noche, como criminales que se escabulleran entre los barrotes de hierro. Y otra ciudad. Y otro hombre. Y la misma manera de descuidarnos.

Pero la experiencia nos va moldeando, nos guste o no, y las experiencias que ella me proporcionó fueron lecciones muy valiosas.

Aprendí a no echar raíces si no vas a poder regarlas.

Aprendí a cuidar de mi hermano haciendo todo lo que habría querido que hiciera ella conmigo.

Y, sobre todo, aprendí a no confiar en nadie que te declare su amor, porque al final siempre se quieren más a ellos mismos.

Pese a todo, pese a haber visto lo que le pasaba una y otra vez,

jamás habría creído que iba a abandonarme a mí.

Pero todo cambió cuando tuvo a Quinten.

Aparto a un lado los recuerdos. Jamás seré como ella.

Cruzo el aparcamiento de suelo de gravilla pisando fuerte con las raídas deportivas negras en dirección a la entrada para empleados del club, situada en la parte trasera. Voy vestida con unas mallas negras, una gorra de visera y una sudadera con capucha que me queda enorme.

Benny, uno de los porteros, está de pie en la puerta. Con la luz amarillenta de la farola, el físico corpulento y el pelo rizado proyectan una sombra imponente sobre el portón. No hay gran cosa que vigilar aquí, pero es un callejón que queda oculto de las cámaras exteriores y conecta con la calle principal, así que por lo general siempre hay alguien para garantizar que las cosas no se tuerzan.

Me saluda con un ademán de la cabeza, se aparta y corre el cerrojo para franquearme el paso.

Le dedico una sonrisa a modo de agradecimiento y vuelve a cerrar en cuanto entro. Camino por el pasillo de un brillante suelo de linóleo que parece chirriar bajo las deportivas y voy hacia la habitación trasera.

El resto de las bailarinas ya están sentadas allí. Cada una tiene su propio tocador. Unas están tomándose un descanso entre actuación y actuación, y otras están preparándose. Conozco de vista a la mayoría, pero nada más. No sé si las reconocería si me las encontrara por la calle, y da igual, ninguna se muestra amistosa conmigo.

Yo tampoco he tratado de trabar amistad con nadie. No vengo aquí a relacionarme.

La terapia de Quinten es muy cara y, entre el precio astronómico

del seguro, pagar las facturas y el resto de las cosas, necesito dinero. Estas mujeres son mi competencia, por mucho que me gustaría que no lo fueran y poder compartir la camaradería que une a la mayoría de ellas.

Es algo que solo he experimentado con Dalia, pero ella ya no trabaja aquí.

Así que me concentro en lo importante.

Dejo el bolso en una de las taquillas grises que hay en la pared del fondo y hago girar la rueda de bloqueo para que mis cosas queden a salvo.

Cuando me doy la vuelta, Phillip, el dueño del local, pasa junto a mí y lo saludo con un gesto mientras va a hablar con otra chica. De todos los hombres que he conocido a lo largo de mi vida, debe de ser el menos detestable. Me dio empleo cuando nadie más me quería contratar y, cuando quise pasar de camarera a bailarina exótica en la barra, me juntó con la mejor, Dalia, para que me diera clases, que él pagó. Hizo como que era por pura amabilidad, pero no soy tan tonta como para creérmelo. Sé que lo más probable es que viera que tenía potencial y que sería una buena inversión. Da igual, se lo agradezco. El baile de barra es lo que me da energía. Además, me permite utilizar un estudio vacío que tiene al otro lado de la ciudad para bailar en mis días libres, y ya solo eso vale su peso en oro.

No es atractivo en el sentido tradicional; tiene el pelo rubio siempre de punta, la piel muy clara, los ojos castaños y una barbilla poco definida. Cuando llevo los tacones altos con los que actúo, soy mucho más alta que él. Pero es corpulento, y me gustan los hombres que me hacen sentir segura sin resultar avasalladores.

Como ya he dicho, no me gusta no tener el control.

Pasa de largo sin mirarme dos veces, y hago caso omiso de la

pequeña punzada de celos que siento cuando se detiene junto a otra bailarina y le sonríe. No porque quiera que me preste atención a mí, sino porque en el club todos comparten una especie de relación de la que yo estoy excluida. Igual que estoy excluida de todo en Festivalé.

Aprieto los dientes, me doy una bofetada mental y voy hacia un tocador que está libre.

Es hora de que Amaya se transforme en Esmeralda.

Termino veinte minutos más tarde: el pelo negro como la noche queda oculto bajo una peluca roja que me cae hasta las caderas, bien asegurada con el adhesivo y las horquillas. Llevo lentillas de color púrpura, maquillaje y unas pestañas largas, centelleantes, que me rozan por debajo de los ojos al parpadear. Cuando por fin salgo al escenario principal y la voz retumbante del DJ me presenta, me convierto en otra persona.

Siento mi propia sensualidad al cruzar la plataforma elevada y enroscarme a la barra, mientras me desnudo lentamente y permito que el erotismo del momento se funda con el arte. Visualizo mi energía como un aura roja palpitante que emana de mí y atrae todas las miradas, y lo que es más importante, los dólares.

Me dejo llevar por el momento y mi mente vaga; todas las preocupaciones y problemas dejan de existir mientras me baño en el poder de atraer la atención, que me insufla confianza, sensualidad.

Pero algo afilado y ardiente perfora la neblina que me envuelve; abro los ojos de golpe y paseo la mirada por el público.

El corazón se me acelera en el pecho al ver una figura oscura al fondo, en un rincón, tras los sofás mullidos donde hay servicio de mesa. Está apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos y mirándome. No distingo sus rasgos, aparte de que es mucho más alto que todos los presentes: tiene el rostro en la sombra, bajo el ala

ancha de un anticuado sombrero negro, como si fuera un mafioso de los años veinte. Las sombras envuelven también el resto de su persona. Y, sin saber por qué, estoy segura de que él es la fuente del calor que ha rasgado mi calma habitual.

Sacudo la cabeza y aparto la vista, porque esta sensación no me gusta. Paseo los ojos por los rostros que me observan desde más cerca del escenario. Agarro la barra y bajo el trasero contra ella hasta quedar acuclillada, con las piernas abiertas, invitadoras.

En el centro de la primera fila hay un hombre corpulento de pelo rubio repeinado hacia atrás y nariz fina. Se me revuelve el estómago cuando lo reconozco. Pierdo pie, tropiezo y noto que se me tuerce un poco el tobillo.

Parker Errien.

«Mierda. Mierda. Mierda».

El pánico me pone los nervios de punta y me empiezan a sudar las manos mientras me levanto y sigo con el resto del número, aunque los dedos me resbalan en la barra y hacen que los movimientos parezcan inseguros, torpes. Aprieto los dientes y apresuro los últimos movimientos del baile. En cuanto termino, cojo la ropa y los pocos billetes que me han tirado al escenario y me marcho cojeando. No me detengo, no pienso, no respiro hasta que choco con la espalda contra la pared de la sala de empleados. Estoy temblando.

No creo que me haya reconocido, pero joder…

«¿Qué demonios hace aquí?».

Cuando el pulso se me calma un poco, escudriño de nuevo la sala, atormentada por las preguntas y las dudas. No quiero arriesgarme a salir a hacer bailes privados por miedo a que me reconozca, pero necesito el dinero, y al final lo segundo gana la batalla.

Además, si me reconoce, solo tengo que explicar que él es una de

las razones por las que necesito el dinero. Me encojo solo de pensar lo que pasaría. Probablemente, lo mismo que la última vez que intenté decirle que no iba a pagar las deudas de mi madre: el gato que habíamos recogido dos meses antes, y con el que Quinten se había encariñado mucho, apareció muerto, con la cabeza cortada, en el buzón. A lo largo de la semana fui encontrando sus restos, en los conductos de aire, bajo la alacena, entre las lamas del somier de mi cama.

Se me sube la bilis a la garganta al recordar el momento en que me di cuenta de que Parker era mucho más peligroso de lo que me había temido. De que la fachada de hombre de negocios solo era la punta del iceberg. De que podía entrar en mi casa cuando quisiera sin que yo tuviera la menor posibilidad de impedirlo.

Y luego, un mes más tarde, me lo demostró al llevarse lo que quiso de mí sin mi consentimiento.

Se me seca la garganta al pensar en lo que hará la próxima vez que me enfrente a él.

Dejo escapar el aire contenido, enderezo los hombros, sacudo la falsa melena roja hasta que noto que me cosquillea en la base de la espalda y me dirijo hacia los espectadores sentados, pero siempre por la parte exterior por si tengo que correr a esconderme.

Y, solo cuando una ráfaga de aire caliente me roza la nuca y hace que se me erice el vello de los brazos, me doy cuenta de que he estado distraída. Una voz me habla, tan profunda y grave que juro por Dios que me reverbera en los huesos.

—Hola, *petite pécheresse*.

CAPÍTULO 4

Cade

Me he dicho a mí mismo que seguir a Parker todo el día es una labor de reconocimiento. Cree que seré su marioneta y parece que el obispo Lamont me ha traído aquí haciéndome creer que voy a ser de ayuda para luego decirme que tengo que plegarme a las demandas de Parker. Pero yo solo me inclino ante Dios, y me perturba saber que mi superior es tan fácil de persuadir con algo tan vulgar como la codicia y el dinero.

Y, a nivel más personal, mi monstruo se muere por librar a Parker de sus demonios.

Ahora está aquí.

Péchant.

Pecador.

Igual que todos.

No me sorprende. Parker Errien tiene mucho dinero, cantidades incalculables, y el dinero lleva a esto. Cambia a las personas, las tortura, las corrompe hasta que solo queda un ego hinchado y un alma vacía. Vuelvo a pensar en el obispo Lamont. En la Iglesia a la que he hecho mis votos, a la que he dedicado mi vida. Esto no puede ser lo que Dios quiere para sus hijos.

Me muevo entre la gente que ha entrado en el club de estriptis y

el asco me revuelve el estómago. Me arrebujo más en el abrigo, me protejo con el sombrero. El club está lejos de Festivalé y no hay riesgo de que me reconozcan, pero siempre voy con cautela, por si acaso.

La Capilla está llena de símbolos religiosos que están siendo profanados, lo que me provoca picores en la piel. Me refugio en un rincón, tras un gran sofá púrpura, y me apoyo en la pared mientras Parker se abre camino entre la gente hacia la primera fila, ante el escenario.

Mueve la cabeza al ritmo de la música, y a veces dejo de verlo porque me lo bloquea la bailarina que tengo delante, que está restregando el coño apenas tapado contra el regazo sobre el que se encuentra.

Alzo una comisura del labio superior, irritado, asqueado. Paseo la vista por el local para catalogar las almas perdidas que allí se encuentran. Me imagino que la mayoría se sienten vacíos y buscan algo que llene el hueco que sienten dentro, algo que les haga sentir que tienen un propósito, un significado. Aquí no lo van a encontrar. Ni siquiera sé si lo pueden encontrar en alguna parte, aunque esto último jamás lo reconoceré en voz alta.

Vuelvo a ver a Parker, en primera fila ante el escenario, absorto en la mujer que gira sin esfuerzo en torno a la barra del centro.

Creo que el DJ la anunció como Esmeralda.

Ha doblado la rodilla para sujetarse a la pértiga de metal y el resto de su cuerpo parece flotar en el aire mientras se pasa las manos por delante. Tiene una gran gema verde que reluce en el collar anidado entre sus pechos. Tiene la piel sonrojada, de un moreno claro que la hace parecer etérea, como un topacio centelleante. Su manera de moverse por el escenario, de mover el cuerpo por el aire en torno a la barra, hace que parezca volar, remontarse con los músculos

tensos, flexibles contra el metal. Es arte, puro y simple, y hace que se me desprenda una esquirla de hielo en el pecho, que el calor me estalle por dentro.

De pronto, me he olvidado de Parker.

Esta mujer me tiene hipnotizado.

Se me pone dura la polla y aprieto los dientes para no moverme y tratar de aliviar la incomodidad.

Si estar aquí es pecado, esta mujer es pecado, pecado con un lazo de fuego.

Se me hace un nudo en el estómago y siento una descarga de pánico. Mirarla me hace sentir como si el que da vueltas fuera yo. He perdido la concentración y tengo que moverme para asegurarme de que piso tierra firme. Se me cubre la frente de sudor y se me seca la boca mientras me zambullo en estas emociones desconocidas.

«No mires», me digo.

Pero no aparto la vista. No puedo.

Se da la vuelta, baja el cuerpo hasta el suelo, separa las rodillas para exhibir la seda blanca de la ropa interior que deja lo justo a la imaginación. Y sé que todos los hombres presentes están pensando lo mismo que yo. Se imaginan lo que hay bajo ese tejido, están locos por saber si tiene el coño sonrosado y húmedo, suplicando una lengua que calme el ardor.

Antes de que pueda resistirme, mi monstruo sale a la luz, rompe los barrotes de la jaula como si quisiera abrirse camino a través de mi piel y devorarla entera; la atracción carnal me corre abrasadora por las venas hasta que solo la veo a ella.

La larga melena roja le cae como una cascada por el cuerpo, le acaricia las curvas igual que un amante, pero lo que de verdad absorbe toda la energía de la sala es su manera de moverse en el escenario. Algo me araña en el fondo de la mente mientras la miro.

Es una vocecita queda, tímida, que me dice que aparte la vista. Que recuerde todo lo que he prometido.

Pero la tentación es devastadora.

«No es culpa mía», me recuerdo. Soy humano. Y ella es… arrolladora.

Como el fuego del infierno.

Nuestras miradas se cruzan y una posesividad desesperada se apodera de mí. No la entiendo y no la puedo controlar. No tiene el menor sentido, pero tengo que sofocar el grito que me resuena en los oídos, el que me dice que masacre a todos los que osan mirarla con ojos de deseo.

No se merecen contemplarla.

Estos pensamientos desbocados, tan violentos y viscerales, hacen que lo vea todo rojo; la cordura lucha por salir a la luz desde el fondo de mi mente, forcejea para tratar de recordarme quién soy, quién me esfuerzo por ser.

«Estás enfermo, Cade».

Látigo.

Golpe.

Dolor.

La voz de la hermana Agnes asoma su aborrecible cabeza y eso da resultado, me permite recuperar cierto control. Lo justo para notar que se me ha secado la boca y que tengo los músculos tensos, listos para hacer… algo malo.

Por un momento, esa mujer me ha hecho olvidarlo todo. Es como droga para mi enfermedad, hace que esta lance alaridos de placer. Es la única manera de explicar la obsesión que me arrolla como la marea e inunda espacios de mi alma que deberían estar reservados para Él.

Ella aparta la mirada, lo que interrumpe la conexión, y siento

como si me arrancaran algo del pecho. Abre mucho los ojos al ver alguna cosa que está cerca del escenario y da un traspiés. Sigo la dirección de su mirada, irritado al no ser ya objeto de su atención, y veo a Parker, que se la está bebiendo como si fuera ambrosía.

«¿Baila para él? ¿Se sienta en su regazo y se frota contra él hasta que gime y ensucia ese traje de mil dólares?».

Un músculo de la barbilla se me contrae con un movimiento involuntario.

Sale corriendo del escenario antes de que suene la última nota por los altavoces y trato de contenerme, de sofocar la necesidad de seguirla, pero no puedo.

Dios me ayude, no puedo.

Voy tras ella tan rápido como puedo, incapaz de pensar en nada que no sea la necesidad palpitante de tenerla más cerca. Solo soy un hombre, reducido a mis instintos más básicos, cazar, capturar, poseer.

Quiero escuchar su voz.

Oler su piel.

Pintarle el alma con mi enfermedad.

Me ha bastado con mirarla para convertirme en un perro hambriento, desesperado por unas migas. Empujo a alguien con el hombro al pasar y me gritan insultos, pero no hago caso.

Que nadie intente detenerme.

La veo más allá de un cartel que dice: SOLO EMPLEADOS.

La veo apoyada en la pared, con la ropa apretada contra el pecho; la respiración, entrecortada; los ojos, cerrados, y la boca, abierta como una invitación. Ahora mismo es vulnerable. Sería lo más fácil del mundo ir hasta ella, ponerla de rodillas y meterle la polla hasta la garganta.

La imagen es tan poderosa que hace que me vacile el paso; el

cosquilleo familiar de la culpa me aguijonea el vientre, aunque no es el acostumbrado porque, por lo general, no tengo deseos sexuales. Solo deseos de violencia, y con los violentos puedo tratar. Hice un trato con Dios. Me recuerdo que Él es misericordioso, siempre que nos arrepintamos.

«¿Perdonará también los pecados de la carne?».

Se viste a toda prisa y echa a andar, y mi capacidad de razonar se disipa.

La sigo cuando vuelve a la sala. Noto que no se aparta de las paredes, aunque no sé si lo hace porque duda sobre si seguir entre las sombras o salir a la luz. Tengo un millar de nudos en la boca del estómago cuando me acerco a ella tanto como para que note mi aliento en su nuca. Tanto como para ver cómo se le eriza el vello.

—Hola, *petite pécheresse* —le susurro al oído.

Se pone rígida y doy un paso más hacia ella, de forma que su cabeza golpea mi pecho. Se me tensan los dedos de ganas de agarrarla por las caderas y apretarla contra mí para deslizarle la polla entre las nalgas.

«No la toques».

Es más fácil arrepentirse por los pensamientos que por los actos, y aún tengo la espalda en carne viva tras la penitencia de anoche.

El aire se mueve como si obedeciera sus órdenes cuando se da la vuelta y echa la cabeza hacia atrás para sonreírme. Es una falsa sonrisa y la detesto. Casi tanto como detesto el púrpura falso de los iris y las pestañas centelleantes.

Me muero por verla desnuda, sin nada encima aparte de esa gema verde que le cuelga del cuello.

—Hola —dice.

No parece tan afectada por mí como yo por ella.

«¿Surte el mismo efecto en todos los hombres que la ven?».

La fulmino con la mirada. La idea de verla desnuda es como arrimarme una cerilla, y estoy a punto de estallar. Ella empieza a retroceder, pero de repente se detiene y se yergue más.

—¿Hablas inglés? —prueba de nuevo al tiempo que inclina la cabeza a un lado.

—Sí.

Arquea las gruesas cejas negras y asiente, y el labio inferior, rojo ciruela, le brilla cuando se lo humedece con la lengua. No pierdo de vista ni un instante ese movimiento, concentrado en la humedad.

Alza la mano, atrevida, y las uñas cortas me rozan la solapa de la chaqueta. Observo el movimiento asqueado al imaginar que lo habrá ensayado con cientos de hombres, pero demasiado hipnotizado como para detenerlo.

—¿Quieres un baile? —me pregunta.

Me pongo rígido.

—De ninguna manera.

La sonrisa se le borra y aparta los dedos. Dejo escapar un suspiro de alivio cuando retrocede y una chispa de lógica consigue colarse por el minúsculo espacio que ha dejado al retroceder.

Parece decepcionada.

—¿No estás acostumbrada a que te fallen los hechizos de bruja? —le pregunto. No sé bien por qué he dicho eso, pero es lo único que se me ha ocurrido. ¿Por qué me iba a embrujar de esa manera si no fuera su intención?

Frunce el ceño como si no le resultara extraño que la llamaran bruja, pero luego se le distienden los rasgos y se le escapa una risa cantarina.

Y todo me vibra por dentro.

Mi cerebro está en el mismo torbellino que mi corazón, que se me ha desbocado en el pecho, porque nunca he reaccionado a nada

como reacciono con esta mujer.

—Eres francés —dice.

Me acerco más a ella, me inclino hasta que casi le rozo la oreja con los labios. «Nada de tocar», me recuerdo, e inmediatamente me olvido de la orden. Tal vez para ver cuánto control conservo, si puedo sobrevivir a estar tan cerca de esta joven sin saborearla.

—*Oui.*

Debo de ser masoquista.

Ella tiene la respiración entrecortada.

—Si no es un baile, ¿qué quieres?

—No estoy seguro —digo con sinceridad al tiempo que enderezo la espalda.

Trato de controlar los impulsos del monstruo que llevo dentro, porque sé que es mi deber, pero se me revuelve el estómago y me sudan las manos. Noto las palmas pegajosas dentro de los guantes.

Si estuviéramos a solas…, si no hubiera gente alrededor, permitiría que la oscuridad me rebosara por los poros como tentáculos, se enroscara en torno a su cuello delicado y apretara hasta que esa voz seductora dejara de existir.

Me pican los dedos de ganas de hacerlo a pesar de estar en público.

Mira hacia algún punto detrás de mí, recorre el lugar con la vista y, como me sucedió cuando estaba en el escenario, me duele perder su atención. Se me va la mano hacia su rostro y la agarro por la barbilla para obligarla a volver la cabeza hacia mí.

Una bocanada de aire se le escapa de entre los labios y siento que se me hace un nudo de miedo en el vientre porque, a pesar de los guantes de cuero, tocarla me hace sentir como me imagino que debe de sentirse un drogadicto cuando la heroína le entra en las venas.

—Mírame a mí —exijo.

Asiente, despacio, y su entrega hace que una descarga de lujuria me recorra todo el cuerpo.

—Te equivocas si crees que quiero follarte.

Le pellizco la mandíbula hasta que entreabre la boca y le rozo con un dedo el labio inferior. La ira me chisporrotea como un relámpago en todas las terminaciones nerviosas.

—No tengo el menor interés en follar contigo —miento mientras la imagino debajo de mí, con las uñas clavadas en la carne lacerada de mi espalda.

Un escalofrío me recorre la columna como un millón de arañas. El monstruo las engulle, las devora.

Una nube le cruza el rostro, pero es pasajera, y se aparta de mí. Mira hacia algún punto a mi espalda con los ojos muy abiertos. Inclino la cabeza a un lado y veo cómo se da la vuelta y regresa por el pasillo de la zona de empleados.

Por un momento, me planteo la posibilidad de seguirla. La sola idea hace que se me acelere el pulso, pero la desecho. Me doy cuenta de que es la gracia de Dios, que me aparta de la tentación.

Miro hacia atrás para ver qué la ha asustado y no me sorprende en absoluto ver a Parker en las proximidades, escudriñando la sala con una copa en la mano.

«Así que lo conoce».

Ver a Parker me recuerda por qué estoy aquí. Desde luego no he venido para caer preso de una mujer peligrosa que solo puede ofrecerme la perdición. He venido para averiguar más sobre ese hombre. Aquí, es mi némesis, no mi amigo, y para enfrentarme a él necesito saber qué lo mueve.

De todas formas, aun teniendo muy presente lo que me ha motivado a seguirlo hasta aquí y siendo consciente de cómo me

afecta esa mujer y de que debería alejarme de ella, dejo de espiar a Parker.

Salgo a la oscuridad y espero a Esmeralda. La reconozco en cuanto sale, por mucho que oculte su cuerpo perfecto bajo una sudadera amplia y que el pelo que se le derrama bajo la visera sea ahora negro y no rojo. Mira a su alrededor antes de salir a la luz de la farola y le veo el rostro. Y eso me provoca un incendio que me corre por las venas y me obliga a seguirla hasta la parada del autobús.

Luego me subo a mi coche y la sigo hasta Festivalé. No me sorprende que viva aquí: por eso ha tenido una reacción tan visceral al ver a Parker.

«He sido un idiota. ¿Por qué he hablado con ella?».

Tal vez sus pecados son demasiado grandes y por eso me siento tan atraído por ella. Porque tiene dentro un monstruo, una *démone*, y mi misión es acabar con él.

CAPÍTULO 5

Cade

Yo soy un hombre de Dios, pero mi monstruo viene del infierno.

La hermana Agnes trató de domesticar esa parte de mí durante los siete primeros años de mi vida, y sus enseñanzas se me quedaron grabadas mucho después de fugarme. Pero, por mucho que intento extinguir la enfermedad dentro de mí igual que lo hago en otros, cuando me llama, soy débil.

Si no alimento a la bestia con migajas, cuando sale a la luz está hambrienta y es feroz. Así que cedo a las ansias. Escucho los susurros que oigo en el fondo de la mente, al demonio sentado en el hombro, porque eso me permite conservar un mínimo de control.

Cuando la gente viene a confesarse, comprendo su situación y, con los años, he aceptado que la capacidad de comprender esos fallos hace que escuche mejor. Que sea mejor sacerdote. Entiendo la oscuridad porque la llevo dentro.

En mis momentos más negros, me pregunto si el Señor no me dio la enfermedad del mundo para que la supiera reconocer en los demás. Para que viviera entre sus sombras mientras busco la luz. No odio a las personas que mato. De hecho, todo lo contrario. Las comprendo. Quiero liberarlas como nunca me podré liberar a mí mismo. Y espero que Dios entienda por qué tengo que hacerlo.

Pocos hombres tendrían las fuerzas necesarias para capear una tormenta así si rugiera dentro de ellos. Cuando la enfermedad me opaca la mente como una niebla, mi cabeza es un lugar aterrador y ya no me importa ni la moral, ni el bien, ni el mal… Solo me importa centrarme en el siguiente golpe. La adrenalina me corre por las venas como una droga, lo abrasa todo a su paso y lo único que deja es una poderosa satisfacción que me caldea las entrañas como un trago de whisky.

En esos momentos, soy un dios.

Pero luego, cuando la tormenta pasa, me resulta doloroso recordar que el arrepentimiento es lo único que me libera de manera temporal. No siento remordimientos por los asesinatos, solo temo que tal vez Dios no los apruebe.

Ingresé en el seminario porque era lo más sencillo. La Iglesia me protegió en el momento de necesidad, ofreció un respiro a mi estómago vacío y a mi pasado atormentado. El padre Moreau me acogió bajo su ala y me enseñó a buscar el perdón, a ser un hombre mejor. A prescindir de los crímenes mezquinos y del sexo sin sentido, y buscar refugio en algo más allá de mí mismo.

En mi infancia, no había sido religioso. Era huérfano y la única adulta de mi vida fue la hermana Agnes. Luego, cuando escapé de su prisión el día que cumplí siete años, viví en las calles.

Pero, aunque la hermana Agnes había sido mi única experiencia con la religión, la Iglesia me dio su calor.

Y comida.

Y un propósito.

Y cada día me esfuerzo por ser lo que decidí ser.

Pero, ahora mismo, no soy un buen hombre.

Estoy sumergido en aguas negras, en esta obsesión que se me ha enroscado al cuello y me asfixia, y no me deja respirar.

Esmeralda.

Estoy seguro de que no es su verdadero nombre.

Me bajo la cremallera de la bragueta en cuanto entro en el despacho y antes de cerrar la puerta ya tengo la polla en la mano. La muevo a lo largo del miembro por primera vez en años, en busca desesperada del alivio. Este deseo es doloroso. Es un latido en todo el cuerpo, un ansia que me pesa en los testículos y me nubla la mente. Siempre me he enorgullecido de ser un hombre lógico, firme, pero esto carece de toda lógica. Antes de ingresar en el seminario estuve con muchas mujeres, también con hombres, pero fueron aventuras superficiales comparadas con lo que siento tan solo al pensar en ella.

Nunca había experimentado algo así.

Si no aplaco este deseo, no podré hacer nada.

Llevo la palma a la cabeza de la polla, donde ya hay unas gotas de semen, y las extiendo por todo el miembro para lubricarlo, lo que hace que mis caderas empiecen a moverse y que un gemido se me escape de los labios.

Hace mucho que no sentía placer sexual.

Me había olvidado de cómo suaviza todas las aristas, de cómo mitiga el dolor.

Acelero los movimientos, inclinándome sobre el escritorio, y con la mano libre doy un fuerte golpe en la superficie de roble cuando una punzada de placer agudo me recorre el sexo. Me cosquillean los dedos con el recuerdo de la piel de Esmeralda, de sus ojos enormes de cervatillo —la imagen misma de la inocencia—. Y me la imagino de rodillas, ansiosa y suplicante a mis pies, mientras le agarro la barbilla como hice en el club, le pongo la polla entre los labios húmedos para que mi semen recorra su lengua y luego le cierro la boca y le acaricio la garganta, notando cómo traga hasta la última

gota de mí.

La imagen me tensa los testículos y, preso de la excitación, la humedad brota de mi polla y se desliza por ella, cubriéndome los nudillos.

Se me escapa otro gemido y echo la cabeza hacia atrás mientras se me contraen los abdominales por el placer cegador que me recorre toda la médula y me estalla por los poros, mientras mis testículos palpitan a un ritmo acelerado y la polla se me sacude en la palma de la mano.

Es sucio.

Depravado.

Increíble.

Lo veo todo negro mientras el esperma sale a borbotones, salpica los pocos papeles que hay en la mesa, el calendario que detalla mis responsabilidades eclesiásticas.

Tardo varios minutos, o puede que horas, en conseguir que se me calme la respiración y relajarme en la silla para analizar lo que ha pasado y cómo me siento ahora que me he aliviado. Albergaba la esperanza de que masturbarme me librara de la tentación, pero de inmediato me doy cuenta de que no ha sido así. No ha hecho más que arraigarse más, y ahora ronronea como un gato dentro de mí, haciendo que me vibre el pecho.

Frunzo el ceño ante esa sensación y siento el mismo pánico que experimenté cuando la tuve cerca. Me atenaza con tanta fuerza que casi no puedo ver.

Esa mujer es un problema, así que tengo que encargarme de ella lo antes posible.

Vuelvo a meter la polla, ahora flácida, en los pantalones. Es un alivio que el nudo de tensión se haya aflojado un poco y pueda filtrarse algo de claridad en mi mente embarrada, pero la culpa no

tarda en llegar, su sabor me inunda la boca y me provoca náuseas.

Y, para eso, solo existe una cura.

Arranco el calendario sucio de su base y lo tiro a la papelera; luego salgo de detrás del escritorio y cruzo la puerta del despacho. Mis pisadas apresuradas retumban por el largo pasillo que lleva a la salida trasera, la que da al edificio separado de la rectoría. Es una casita pequeña, de madera oscura, con un porche que la rodea. Abro de golpe la puerta principal, desesperado por compensar mis transgresiones.

Cruzo la sala a pasos firmes, incapaz de mirar a mi alrededor, pero no importa. Aquí no vive nadie. El párroco adjunto, el padre Jeremiah, vive en otra casita más pequeña, a unos metros.

Tengo el aliento entrecortado cuando llego al dormitorio. Me llevo una mano al pecho para tratar de ordenar a los pulmones que se calmen y luego empiezo a caminar a grandes zancadas de un lado a otro, ante la modesta cama y la mesilla vacía, mientras me meso el cabello.

Il est miséricordieux. «Él es misericordioso».

La frase no mitiga la ansiedad porque no estoy tan seguro de que Él sea misericordioso con respecto a este tipo de pecados. He buscado justificación para mis actos de violencia porque sé que, detrás de lo que hago, hay un propósito. Pero esto… esto no se puede razonar.

Solo soy un hombre débil que cede a la tentación.

«Pero nos perdonará siempre que nos arrepintamos».

Asiento para mis adentros y estiro el cuello para relajar las vértebras mientras el pánico va cediendo. Me desabrocho la camisa y noto que la fina película de sudor que me cubre el cuerpo me ha pegado el tejido a la piel. Me cosquillea la espalda y el movimiento me hace sentir las heridas abiertas de anoche por encima de las

cicatrizadas.

Disfruto del dolor, porque me recuerda lo débil que soy en realidad.

Una vez que me he quitado la camisa, la dejo sobre la cama y estiro las arrugas antes de dirigirme al baúl de madera que tengo en un rincón de la habitación. Lo abro con un chirrido de las bisagras de metal, me agacho para coger el flagelo y paso la mano por las bastas colas.

—Será el día de la expiación sagrada para vuestras almas atribuladas —murmuro para mí mismo mientras los nudos de las cuerdas me arañan la piel.

Respiro hondo, me yergo y me pongo rígido al tiempo que tenso los dedos alrededor del grueso mango del látigo. Se me dilatan las aletas de la nariz al imaginarme el rostro de Esmeralda y una punzada de lujuria me sacude justo en este momento, cuando debería vivir solo para Él.

Levanto bien el brazo y descargo el golpe contra el hombro contrario, y las colas, con los nudos en la punta, se me clavan en las heridas abiertas de la espalda. Repito el movimiento al tiempo que aprieto los dientes para soportar el ardor.

«Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne ha roto con el pecado».

Apresuro los movimientos, pero la polla se me pone dura al mismo tiempo en que el cuerpo me vibra de dolor. Me golpeo con más fuerza hasta que el líquido caliente me gotea por la espalda y cae al suelo en salpicaduras rojas.

Un golpe por cada pensamiento impuro; diez por cada caricia pecadora.

Sigo hasta que ya casi no me tengo en pie, con el cuerpo lleno de

sangre y la cabeza nublada de dolor.

Por lo general, luego siento alivio, como si se me hubiera lavado el alma, y recupero la visión igual que una ventana sucia cuando la limpian. Pero cuando me tumbo en la cama y siento los aguijonazos agudos de dolor que me irradian por la espalda, por los miembros, no tengo la sensación de haber sufrido suficiente. El terror me atenaza los pulmones y me deja sin aliento porque no sé si volveré a sentirme limpio alguna vez. Porque noto que ella vuelve a invadirme ya.

Esa desconocida.

Ma petite pécheresse.

«Mi pequeña pecadora».

CAPÍTULO 6

Amaya

Mi madre no era una buena persona, así que tiene lógica que no fuera una buena católica. No obstante, eso no le impedía sacarme de la cama todos los domingos por la mañana para llevarme a misa.

Yo me vestía con mis mejores ropas y luego íbamos andando a la iglesia que hubiera en aquella zona. Cambiábamos mucho de ciudad, pero, fuéramos a donde fuéramos, la religión no cambiaba. Siempre las mismas reglas, siempre las mismas normas severas.

Haz esto. No hagas aquello. Él lo perdona todo, pero te va a aniquilar.

Acababa convencida de que estábamos pecando solo por existir. Se me llenó la cabeza de visiones de relámpagos que rasgaban las nubes y rayos que caían justo en el centro del ábside. Estaba segura de que pedir perdón por algo de lo que no nos arrepentíamos era una blasfemia digna del infierno. Y sabía muy bien que mi madre no se arrepentía de sus actos, porque volvía a cometerlos una y otra vez.

Pero seguimos yendo a la iglesia todas las semanas y nunca pasó nada.

Y en la iglesia nadie pareció darse cuenta de que mi madre era una hipócrita, de que no hacía más que fingir. O tal vez sí se daban

cuenta y no decían nada. Al fin y al cabo, la gente hace como que no ve en los demás esos defectos que comparten con ellos.

O quizá era que nunca nos quedábamos en ningún lugar tanto tiempo como para que a alguien le importara.

Pero todo eso cambió cuando llegamos a Festivalé.

Porque hubo alguien a quien le importamos.

Florence Gammond.

Llevamos meses en Festivalé y podría contar con los dedos de una mano los días que mi madre ha pasado enteros con nosotros. Se bebe el café a toda prisa con el pelo recogido en una cola de caballo, ajetreada en la pequeña cocina del apartamento y canturreando mientras se prepara para salir.

—¿A qué hora volverás? —pregunto al tiempo que tamborileo con las uñas sobre la mesa.

La irritación me va creciendo por dentro al mirarla.

—¿Eh? —Se da la vuelta, pero ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos—. Ah, puede que muy tarde. Tengo que hacer unos recados y luego Parker me va a llevar a los Montes Verdes para una escapada de fin de semana. ¿A que es romántico?

Tiene las mejillas sonrosadas. A mí me da un vuelco el corazón.

—Pero Quin tiene cita hoy. Me prometiste que estarías aquí.

Hace un ademán desdeñoso.

—Lo puedes llevar tú, ¿verdad?

Dejo escapar un suspiro que me desgarra el pecho.

—Sí, mamá. Yo me encargo de él.

No añado que siempre me encargo yo de él, que soy quien lo cuida. Que estoy segura de que, a estas alturas, ya debería estar imitando gestos, o sonriendo, o haciendo algún sonido. Mencionar lo que me preocupa solo sirve para hacerla enfadar y, cuando se enfada, le gusta tirarme cosas. Su estado de ánimo cambia como

quien pulsa un interruptor y hace años que he aprendido a no provocarla si no es estrictamente necesario.

Además, esto no es nuevo. La mayoría de los días, mamá se marcha y me deja a mí al cuidado de Quinten. Ha sido así desde que salió del hospital.

Ni siquiera me ha dicho quién es el padre.

Cuando se marcha, meto a Quinten en el carrito y salgo a las pintorescas calles de la ciudad para pasar el rato antes de la hora de la revisión. Vivimos casi en las afueras, donde la arquitectura colonial francesa empieza a desmoronarse y los sintechos viven en tiendas, pero solo son veinte minutos a pie hasta la plaza principal, y voy allí siempre que puedo para ver las fachadas de ladrillo oscuro, los tejados de dos aguas. Festivalé tiene algo mágico, algo que me da ganas de sumergirme en su historia y empaparme de su cultura.

La plaza está abarrotada de gente, la mayoría turistas que vienen a visitar la «pequeña Francia» sin necesidad de salir del país. El principal atractivo es la catedral de Notre Dame, construida a finales del siglo XIX y que desde entonces se ha conservado de maravilla.

Aquí venimos a misa los domingos, pero, por lo demás, ni me acerco.

La religión me pone los pelos de punta.

El sol cae a plomo mientras empujo el carrito de Quinten cuando paso ante la Pâtisserie Champlain. Estoy a punto de dar la vuelta para ir a la consulta del médico cuando oigo un ruido en el callejón y me giro hacia allí.

Me quedo boquiabierta al ver al novio de mi madre. Parker tiene a una mujer contra la pared de ladrillo. El muslo blanco de ella le rodea la cintura mientras su pelo castaño se funde con el rubio de él.

Me paro en seco y la sacudida del carrito hace que Quinten se

eche a llorar.

Parker y la mujer misteriosa se apartan al momento, y entonces es cuando la veo.

Florence, la mujer que ayuda a dar la comunión en misa, la que mira con desprecio a mi madre. Se estira la falda y el sol de la tarde arranca destellos del enorme diamante en su anillo de casada. Parker me ve y entrecierra los ojos.

Me doy la vuelta y me alejo a toda prisa sin darles ocasión a decir palabra. Tengo el corazón acelerado y trato de analizar lo que he visto, y si debería contárselo a mi madre.

Si se lo digo, nos dirá que hagamos las maletas y nos marcharemos antes de que se ponga el sol. Y me gusta esta ciudad. Quiero quedarme.

Pase lo que pase.

Tres noches más tarde, cuando ya había acostado a Quinten y yo también estaba en la cama, Parker se coló en mi dormitorio.

Recuerdo que la sangre me palpitó en las orejas y el estómago se me contrajo de miedo cuando el colchón se hundió junto a mí y su cuerpo enorme se cernió sobre el mío. Me puso una mano sobre la boca.

—Ni el menor ruido —dijo.

Obedecí.

—Sea lo que sea lo que te pareció ver el otro día, no se lo digas a tu madre. Asiente si me has entendido.

Asentí muy despacio. Tenía la boca seca, pero me mordí la lengua para no decir nada.

—Te puedo complicar mucho la vida, mi dulce Amaya. No me gustaría que averiguaras lo depravado que puedo llegar a ser.

Me pasó la mano por la parte delantera del camisón y me la metió entre las piernas. Me mordí la lengua con tanta fuerza que el sabor

de la sangre me inundó la boca. Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me tensaron los músculos para resistirme, pero me detuve en seco cuando siguió hablando.

—Si dices una palabra, la mataré delante de ti y haré mío este coñito mientras se desangra. ¿Es lo que quieres, dulce niña? ¿Quieres que lo último que vea tu madre sea al hombre que ama follándose a una versión más joven y más prieta de sí misma?

Se me llenó la garganta de bilis y negué con la cabeza. Los pulmones me ardían con el sollozo contenido.

—Bien.

Me dio un beso en la mejilla y, tan deprisa como había llegado, se marchó.

No le dije nada a mi madre.

Pero, de todos modos, se enteró de lo de Florence.

Montó una escena delante de toda la ciudad y luego desapareció, como había hecho siempre. Solo que, en esta ocasión, no nos llevó con ella. Y, a sabiendas o no, me entregó a Parker en bandeja de plata.

Pero no puedo hacer nada al respecto si quiero mantener a Quinten a salvo y tener un techo bajo el que cobijarnos. Y la extraña obsesión que tiene Parker conmigo me proporciona una protección que no tendría de otra manera. Es el mejor amigo del alcalde. Es un hombre peligroso, poderoso. Y, aunque la gente se sigue burlando y hace comentarios sobre los rumores que dejó la desaparición de mi madre, al menos no se atreven a decírmelo a la cara cuando él anda cerca.

—Amaya —dice Parker al entrar en su despacho.

Cierra la puerta y echa el cerrojo. Siento como si su voz me raspara la piel y me la dejara en carne viva.

—Parker. —Fuerzo una sonrisa.

Lo miro con atención para tratar de averiguar si me reconoció mientras trabajaba. Nunca lo había visto allí, y me preocupa su aparición. La sola idea de que me arrebate el último fragmento de libertad que me queda me revuelve el estómago. Él cree que me gano la vida tecleando información en bases de datos desde mi casa.

Me roza la nuca con los dedos al pasar junto a mí. Es un contacto tan ligero que podría parecer accidental, pero lo conozco bien. Nada de lo que hace Parker es casual. Todos sus gestos están milimétricamente medidos.

Se sienta tras el escritorio y me desnuda con la mirada como si yo fuera un regalo que le acaban de dar.

No me gusta que me mire, y menos aún me gusta mirarlo.

No es que no sea atractivo; lo es, y la mayoría de las mujeres de la ciudad se mueren por él. Su dinero lo convierte en el soltero más codiciado de Festivalé. Pero, para mí, solo es un pervertido más, una mala persona que se enfunda en trajes de mil dólares.

Me sigue mirando y me empiezan a sudar las manos en medio del silencio. Como no diga algo pronto voy a vomitar en este magnífico suelo de madera.

—Tienes buen aspecto —dice al final—. ¿Qué tal las cosas con Quinten?

—No van mal.

La ira me crece por dentro. No me gusta que finja que mi hermano le importa.

Asiente sin prisa.

—¿Le va bien en el colegio?

Aprieto los dientes porque no, no le va bien, y estoy segura de que Parker lo sabe. La escuela pública no es para Quinten. Hay demasiados alumnos y poco personal de apoyo para niños con

necesidades educativas especiales, como él, que tiene autismo. No se le da bien hacer cola o tener que guardar silencio y quedarse inmóvil ante el pupitre; y no importa lo mucho que me esfuerce por pedir pequeños cambios que hagan que se sienta más cómodo y seguro: sus maestros los vetan todos. El iPad es parte de su autorregulación, pero no le dejan tenerlo en clase, así que se porta mal, y entonces recibo una llamada de teléfono en la que termino al borde de las lágrimas mientras les suplico que reevalúen su plan educativo individualizado. El colegio no tiene suficiente personal ni suficientes fondos, y no les importa el motivo de que Quinten no encaje. Solo les importa que no encaja.

Pero no tengo dinero para matricularlo en otro centro.

—Como siempre —respondo con cautela.

Parker se levanta lanzando un suspiro y se sienta en la silla que hay junto a la mía, antes de tender la mano para cogerme los dedos.

—No entiendo por qué te resistes. Yo podría cuidar de ti.

«¿Cuántas veces hemos tenido esta conversación?».

—No, gracias. No me gusta cómo te lo tendría que pagar. —Aparto la mano.

Veo que se le contrae el músculo de la mandíbula. Se pasa los dedos por el pelo repeinado hacia atrás.

—¿Tan malo sería estar conmigo?

—No es porque sería malo —digo, pensando que sí, que lo sería—. Es porque no sería real.

—Yo te puedo proteger —insiste—. Cuidar de ti. Quinten asistiría al mejor colegio privado del estado. Nunca te volvería a faltar nada.

Mentiría si dijera que no me tienta, pero el hecho de que utilice lo que más quiero para tratar de controlarme hace que el odio me corra ardiente por las venas. Parker me conoce y sabe que haría lo que fuera por Quinten, pero lo que más temo en el mundo es

encontrarme un día sin más salida que atarme a un hombre capaz de utilizar la estabilidad y las personas a las que quiero como moneda de cambio.

Ya me ha arrebatado demasiadas cosas.

—Parker —digo, suplicante. Ojalá no hiciera lo mismo cada vez que me ve—. No puedo.

—Bien. —Se le borra la sonrisa y la expresión amable deja paso a una frialdad que le llega a los ojos—. ¿Tienes mi dinero?

Se me escapa la risa.

—Claro, como siempre.

—No veo qué te hace tanta gracia.

—Tú. —Agito una mano en el espacio que nos separa—. Quieres que esté contigo y que me case contigo, pero resulta que eres tú el único culpable de que mi vida sea tan difícil.

Deja escapar un bufido y se quita una pelusa invisible de la chaqueta del traje.

—Soy un hombre de negocios, Amaya. Tu madre hizo un trato conmigo y se marchó sin cumplir su parte. Eres su pariente más cercana, así que eres responsable de sus deudas.

Arqueo una ceja.

—La prostituías con tus clientes, no es que firmaras con ella un contrato de un millón de dólares. Ningún tribunal lo consideraría vinculante.

—Pura semántica. —Se encoge de hombros—. Es válido hasta donde tiene que serlo, ¿o quieres que te lo recuerde?

Trago saliva, de repente con la boca seca. No, no quiero que me lo recuerde. El mensaje me llegó con toda claridad después de que mi madre se marchara, la primera vez que intenté negarme.

Resoplo, meto la mano en el bolso gastado y saco el fajo de billetes, casi todo lo que he conseguido ganar esta semana pasada.

Lo dejo en el reducido espacio que nos separa.

Lo coge de inmediato y pasa el pulgar por los billetes atados con una goma.

—Pesa poco.

Se me para un segundo el corazón.

—Solo faltan cien dólares, Parker. Tengo… tengo que pagar internet.

—No es asunto mío.

Trago saliva.

—No permites que sea asunto mío —se corrige.

—Es que pagarte tampoco debería ser asunto mío —replico.

Se ríe y me pone la mano sobre la mejilla. A un observador casual le parecería un gesto tierno, pero la mano me presiona por fuerza y los ojos con los que me mira son fríos.

—Mientras te apellides Paquette, lo es.

Se levanta con el dinero en la mano y me da la espalda para indicarme que me vaya. Obedezco de buena gana y noto un cosquilleo en las piernas a medida que recupero la circulación. Voy hacia la puerta del despacho y la abro.

—Hasta la semana que viene, Amaya —le oigo decir a mi espalda —. Y que no falte nada, o te lo haré pagar de una manera que no te gustará.

CAPÍTULO 7

Cade

El padre Jeremiah es un sacerdote recién ordenado, tiene veintipocos años. Es joven y está deseoso de aprender. Tiene ojos alegres y una mirada llena de esperanza e inocencia que solo puede tener quien no ha experimentado el dolor nacido del trauma. Trabajaba con mi predecesor, el padre Clark, de modo que, cuando Clark fue apartado y ocupé su lugar, Jeremiah siguió aquí para hacer más fácil la transición.

Siento una punzada de culpa porque llevo varios días en Festivalé y acabamos de vernos por primera vez, cuando debió de ser la primera persona con la que hablara, pero en esta ciudad abundan las distracciones. No obstante, no parece que a Jeremiah le haya molestado. En diez minutos, lo tengo siguiéndome como un perro ansioso por un hueso, cosa que me conviene. Me servirá de ayuda tenerlo como apoyo.

Hoy vamos al monasterio, en lo más espeso de los Montes Verdes. Está a una hora de la ciudad y, en cuanto Jeremiah me habló de él, decidí que era vital hacer una visita. Por lo visto, es un secreto bien guardado por parte de la Iglesia local. Ni la gente de Festivalé ni la de las zonas próximas lo conocen. Está reservado para las monjas carmelitas, que han hecho voto de vida solitaria. Y yo siempre

necesito un lugar tranquilo para cuando tengo que recogerme. A veces, lo único que quiero es paz mental y un sitio donde recuperarme de las noches de heridas autoinfligidas.

—¿Has vivido siempre en Festivalé? —le pregunto.

—Sí, toda la vida —responde.

—¿Y te gusta?

Se encoge de hombros.

—Como a cualquiera de por aquí. Mi madre es la que lleva el café de la calle Champagne, así que no he conocido otra vida que esta ciudad y esta gente.

Tamborileo los dedos en la puerta del coche mientras trato de entenderlo.

—¿Y qué te llevó a hacerte sacerdote, Jeremiah?

Sonríe y su piel oscura hace que sus dientes se vean blanquísimos.

—Pues era eso o trabajar de guía turístico.

Me echo a reír.

—Y en Festivalé no hay mucho atractivo turístico aparte de la plaza, ¿no?

Niega con la cabeza.

—No, claro. Pero todo tiene historia. La mayoría de estos edificios son del siglo XVIII, ¿sabe? Gran Bretaña consiguió los territorios en la guerra de los Siete Años, pero las raíces francesas son muy profundas.

—Habrías sido un guía excelente, Jeremiah.

Se echa a reír.

—La Iglesia es mi vocación, padre. Igual que para usted, me imagino.

«Es más que dudoso».

Asiento en lugar de verbalizar lo que estoy pensando.

—Nunca he querido hacer otra cosa —sigue.

—Eres muy joven —señalo.

—Usted también.

—Treinta y siete años, no tanto. —Esbozo una sonrisa—. Bueno, y, aparte de la historia, ¿qué más te gusta de Festivalé?

—Es mi hogar.

Siento una punzada de envidia porque no es algo que comprenda en lo más hondo. Nunca he tenido un hogar. Al menos, no un hogar verdadero.

—El señor Errien opina que la gente de la ciudad se está apartando de Dios.

Miro al joven mientras lo digo para sopesar su reacción. No me hace falta escuchar la respuesta. Ya he llegado a la conclusión de que Parker me ha hecho venir para tener a una persona más en el bolsillo, pero siento curiosidad por saber lo que opina de él Jeremiah.

—Él lo debe de saber mejor que nadie —responde.

—¿Sí?

—La gente ya no viene a misa tanto como antes. Tampoco se confiesan igual. La cosa va… despacio.

—Mmm… —No me sorprende oírlo—. ¿Tú confías en Parker?

—Claro. —Se encoge de hombros—. No me ha dado motivos para no confiar en él. Y hace mucho por la ciudad. Le consiguió la alcaldía a su mejor amigo, estoy seguro.

—¿Eso no te parece mal? ¿Utilizar el dinero y las influencias para que ciertas personas ocupen cargos importantes?

Jeremiah aprieta los labios.

—Con el debido respeto: en esta ciudad, Parker es intocable. Financia los programas ciudadanos y la conservación histórica reconstruyendo edificios en lugar de permitir que otros los derriben.

Si le interesaba que viniera usted, es porque, en los últimos años, las drogas han tomado las calles. Los pobres mendigan entre los coches. El padre Clark no quiso ayudar a su parroquia en un momento de necesidad.

Arqueo una ceja.

—Entonces ¿por qué no se encarga Parker, con su riqueza y su poder incalculable?

—Pues… —Jeremiah inclina la cabeza a un lado—. Para eso pidió que viniera, ¿no? Para ayudar.

—Ya. Puede. —Miro por la ventanilla y se hace el silencio en el coche.

Estamos a punto de cambiar de estación y el cielo azul helado es como un lienzo gigantesco en el que se dibujan las ramas sin hojas y las de un verde oscuro de los pinos. Esto es diferente de todo lo que conozco. La paz que emana la naturaleza virgen acaricia las copas de los árboles y me tiñe el alma. Disfruto de la sensación, aunque sé que es un descanso temporal de la batalla que tiene lugar constantemente dentro de mí.

Las ruedas del coche hacen crujir la gravilla suelta cuando nos salimos de la carretera de montaña para entrar en un camino largo, serpenteante, que nos lleva a una edificación.

Es antigua, con el tejado a dos aguas de un rojo desvaído que sobresale para proyectar su sombra sobre las ventanas en forma de arco. No es grande, pero alberga sin esfuerzo unas cuantas habitaciones y una capilla pequeña, y tiene un aura forestal que complementa a la perfección el ambiente.

Entiendo que las monjas carmelitas vivan aquí. Lo de la soledad no suena tan mal en un lugar como este.

—¿Cuántas monjas viven aquí? —pregunto al tiempo que me desabrocho el cinturón de seguridad y abro la puerta para salir.

Jeremiah cierra la suya un segundo después que la mía y luego se estira y yergue la espalda al tiempo que hace girar las llaves del coche en torno al índice.

—La hermana Genevieve.

Arqueo una ceja.

—¿Y?

—Ahora mismo, nadie más.

—¿Vive aquí sola?

Asiente y vamos hacia el sendero que lleva a los peldaños de la entrada.

—Poca gente conoce este lugar. Y le gusta la soledad.

Pese a la sensación de desolación que provoca el invierno inminente, estas tierras rebosan vida. El olor a pino lo impregna todo. Hay un arroyo que corre por la izquierda del sendero y desaparece más allá del monasterio; en el agua se ven ya placas de hielo que sugieren el cambio de tiempo.

La puerta de dos hojas de la entrada está tallada con diseños complejos, con grandes cruces en el centro. Al abrirla y entrar, el calor me golpea la cara y hace que me ardan las orejas ante el repentino cambio de temperatura.

Me quito los guantes despacio y miro a mi alrededor.

Es un lugar cómodo, con sofás color pardo en la pequeña sala de estar, una chimenea que chisporrotea en un rincón y una Biblia en la mesita auxiliar, junto a un sillón de lectura donde se ve una manta a cuadros. A la izquierda hay una capilla pequeña, con tres hileras de viejos bancos de madera, y ante nosotros veo una escalera que doy por hecho que lleva a los dormitorios.

—La hermana Genevieve debe de andar por aquí —murmura Jeremiah al tiempo que se adentra en el edificio.

Se oye un crujido de madera y una mujer vestida con un sencillo

hábito negro dobla la esquina.

—Aquí está. —Jeremiah sonríe.

No me la imaginaba así.

Tiene unos ojos asombrosos, de un verde intenso que acentúa el color bronce de la piel. Se me queda mirando fijamente. La hermana Genevieve, que es mucho más joven de lo que me esperaba, aunque las arrugas de su rostro hablan de una vida dura, y no es muy alta, emana una energía que me dice que lleva dentro oscuridad, igual que yo.

Me imagino que ella encierra a sus demonios, mientras que yo doy rienda suelta a los míos.

Y esos ojos… tienen algo cautivador. Como un *déjà vu*, un recuerdo que no consigo identificar del todo.

—Usted debe de ser el padre Frédéric —dice con un atisbo de sonrisa.

—Puede llamarme padre Cade. —Inclino la cabeza—. La hermana Genevieve, supongo…

—Exacto —responde—. Por favor, pasen los dos, tienen que entrar en calor.

Nos hace entrar a la pequeña sala y se mete en la cocina.

Noto en un costado el calor intenso de la chimenea cuando me siento en el sofá a esperar. Jeremiah se sienta enfrente, con una pierna cruzada sobre la otra, y se acomoda como si hubiera estado aquí mil veces. Puede que así haya sido.

La hermana Genevieve no tarda en volver y nos pone delante una bandeja de pastas antes de sentarse en el sillón, junto a la chimenea.

—Siento no poder ofrecerles nada mejor. No sabía que iban a venir.

—No la entretendremos demasiado —le prometo—. Solo estoy

haciendo la ronda, ya sabe cómo es esto.

—Ajá.

—¿Cuánto hace que vive aquí?

—Unos años —responde—. Empecé haciendo el noviciado aquí con la hermana Anna.

Arqueo las cejas.

—¿El noviciado? ¿Aún no ha hecho los votos?

Me sorprendo porque parece experta, refinada, diferente a cómo suelen ser las monjas novicias. Y tiene más edad de la habitual. Por lo general, hacen los votos más jóvenes. Me pregunto qué vida ha llevado antes y qué hizo que se volviera hacia Cristo.

La mujer sacude la cabeza.

—Los hice poco después de que falleciera Anna.

Asiento sin prisa y no dejo de observar que se mueve, incómoda, que se tensa con cada pregunta. Está en guardia, y quiero saber por qué. Pero, desgraciadamente, no tengo mucho éxito. Seguimos hablando unos minutos más, pero no es más que charla insustancial y no creo que sea capaz de recordar nada de lo que estamos diciendo porque estoy demasiado centrado en su lenguaje corporal, en la manera en que se le van los ojos hacia la escalera como si no viera la hora de librarse de nosotros, en cómo se retuerce los dedos hasta dejarse marcas blancas en la piel.

Por lo general, eso me habría llamado la atención hasta el punto de impedirme concentrarme en otra cosa, pero, incluso en estos momentos, la mente se me desvía hacia una mujer pecadora que está fuera de mi alcance y en la que desde luego no debería estar pensando. Sin embargo, no he conseguido sacármela de la cabeza desde que la conocí. El deseo de ir a donde vive y mirar por su ventana solo para saciar la sed que siento es muy poderoso.

—¿Estamos interrumpiendo algo, hermana? —pregunto al final,

incapaz de soportar la tensión que le retuerce el cuerpo.

La monja niega con la cabeza.

—Lo siento. Es que no estoy acostumbrada a que haya nadie aquí. Me gusta la soledad. Los invitados me ponen nerviosa.

Asiento, me levanto y le indico a Jeremiah con un ademán que haga lo mismo.

—En ese caso, es mejor que nos vayamos.

Sonríe, rígida, y nos sigue hasta la puerta.

Cuando llegamos, miro a Genevieve desde toda mi altura al tiempo que me abrocho el abrigo y me pongo los guantes. Jeremiah me abre la puerta.

—¿Irá a misa?

Ya sé la respuesta.

Se echa a reír, y es un sonido como de cascabeles.

—No, no, padre. Yo no salgo del monasterio.

Le miro las arrugas del rostro.

—Una pena.

—Ya sabe dónde estoy. —Inclina la cabeza y sonríe, y disfruto del sutil gesto de sumisión, aunque sé que no debería—. Pero le recuerdo que este lugar es un santuario privado, alejado del ruido del mundo. Somos discretos en lo relativo a su ubicación.

—Lo comprendo.

Una vez de vuelta en el coche, no sigo interrogando a Jeremiah, que va en silencio, pensativo. ¿Será siempre así o es que se muestra tan apagado por mi presencia? La verdad es que me da igual. Tengo la mente en lugares que no debería y me pregunto si podré escabullirme sin que nadie sepa quién soy, sin que se den cuenta de mi ausencia.

Pero, aunque se dieran cuenta, eso no me detendría. Y, ahora que he estado en el monasterio de los Montes Verdes, cuento con un

lugar para esconderme y sanar si el látigo me hiere demasiado.

Tanto si la hermana Genevieve quiere como si no.

CAPÍTULO 8

Amaya

—¿No lo echas nunca de menos? —le pregunto a Dalia al tiempo que me dejo caer en la silla de madera clara, ante la mesa, con una taza de té que me caldea las manos.

Estamos haciendo una pausa, como intentamos hacer todos los días, antes de que ella le prepare la cena a Quinten y yo me vaya a trabajar. No es más que un momento para disponer de un rato a solas para nosotras, las chicas.

Lo malo es que el apartamento es pequeño, de manera que sentarnos a la mesa, en la cocina, rodeadas de armarios verde claro y trapos desparejados, es lo más parecido que hay a la intimidad.

No importa. Me encantan estos momentos sencillos. Quiero pensar que estamos sustituyendo por recuerdos nuevos los amargos que Parker y mi madre insuflaron en este piso. Nuevos y mejores.

Dalia parpadea y me mira con los ojos castaños, enormes, por encima de la taza.

—¿Que si echo de menos qué?

—Bailar.

Se encoge de hombros.

—Nadie puede bailar para siempre.

Sé que tiene razón, pero no me gusta pensar en eso.

—Ya.

Siempre me responde lo mismo cuando se lo pregunto, pero, sin saber por qué, insisto en hacerlo, como si la presión fuera a hacer que cambiara la contestación para reconocer que ese vacío que le veo a veces en la mirada es por haber perdido un trozo de ella misma cuando tuvo que dejar de bailar.

Dalia y yo nos conocimos gracias a nuestro jefe, Phillip. Que ahora solo es mi jefe, claro. Ella era la mejor bailarina y Phillip nos juntó cuando empecé a trabajar como camarera en el local, cuando no sabía mantener el equilibrio ni descalza, no digamos ya con zapatos altos de plataforma. Enseguida trabamos amistad, y ha sido la única amiga de verdad que he tenido en la vida. Bajo los focos, parecía relucir y yo la admiraba, la envidiaba, porque siempre parecía saber quién era. Más aún, le encantaba ser quien era. Con su cuerpo esbelto, la piel rojiza y los grandes pechos, era la favorita de la Capilla. Pero, una noche, un conductor borracho la embistió a ciento treinta en una zona de velocidad limitada a cincuenta, y la tuvieron que excarcelar del coche. Desde entonces no ha sido la misma, igual que su pierna derecha, que le quedó destrozada con el impacto.

Sin trabajo, sin dinero, se quedó también sin opciones, así que le dije que viniera a vivir con Quinten y conmigo. Alojamiento y comida gratis a cambio de que cuidara a mi hermano mientras yo salía a ganar dinero. No había mucho espacio, apenas el justo para Quinten y para mí; la sala de estar es pequeña, y la cocina, estrecha, pero hay tres dormitorios, y el que había sido de mi madre seguía desocupado. No me animaba a entrar allí, así que la presencia de Dalia fue catártica en más de un sentido.

Ella me jura que está bien, que es feliz. Pero, pese a lo que diga, cada vez que me voy a bailar noto el sabor de la culpa en la boca.

—Es estupendo que estés trabajando tanto ahora —sigue—.

Ahorra todo lo que puedas, Amaya. Gana dinero y guárdalo para cuando lo necesites.

Las palabras me caen sobre los hombros como losas de cemento. Joder, cuánto me gustaría poder ahorrar dinero, tener un colchón, pero no es así. Aunque me llovieran billetes de mil, Parker se aseguraría de que no me quedara suficiente para seguir a flote.

A menos que acceda a entregarme a él.

Pero no se lo puedo contar a Dalia, que no sabe nada de mis turbios manejos con Parker. Es mi secreto oscuro, con una suciedad que se me entierra en los poros y no me puedo lavar. Además, conozco a Dalia, sería incapaz de quedarse quieta, y lo que menos falta me hace es que intente resolver mis problemas como si fueran suyos.

—Empieza a molestarme que me preguntes siempre eso. Lo de bailar —me reprocha.

Sacudo la cabeza al tiempo que bebo un sorbo de té.

—No quiero molestarte. Es que… te aprecio mucho y quiero saber que eres feliz.

Hace una mueca.

—Venga ya. Tenemos el acuerdo ideal. Estoy encantada con Quin.

—Ya, pero…

—Sin peros, nena. Todo va de maravilla. Yo estoy de maravilla. ¿Entendido?

—Entendido.

Asiento, pero las dos sabemos que se lo volveré a preguntar. No puedo evitarlo. Lo que menos quiero es que se dé cuenta de que lo que tiene aquí no basta y haga las maletas y nos deje para ir en busca de otra cosa.

Sacudo la cabeza para quitarme esa idea de la cabeza.

—Tengo que contarte una cosa. —Dalia suspira y deja la taza

sobre la mesa. Se muerde el labio inferior—. Es sobre Candace.

—Ay, Dios… ¿Qué ha hecho ahora? —Se me escapa un bufido.

Candace es prima de Dalia, y hasta su nombre me pone de los nervios. La conozco desde que empecé a ser amiga de Dalia, sobre todo porque vive aquí, en Festivalé, y Dalia antes vivía en Coddington Heights. Nunca han estado muy unidas, pero se ven de vez en cuando, y a mí no me gusta que ande cerca. Candace es drogadicta y no quiero que Quinten o yo nos crucemos con ella más de lo imprescindible. Además, es odiosa. No pierde ocasión de decirme cosas hirientes.

Sé que la gente que padece una adicción no es responsable de sus actos, y no soy buena persona por detestarla, pero no lo puedo evitar.

Bebo otro sorbo de té.

—Ha muerto.

El pecho me arde y escupo el líquido caliente.

—¿Qué?

Dalia me mira con ojos solemnes al tiempo que asiente. Es obvio que trata de controlar sus emociones, y solo siento empatía. No me gustaba esa mujer, pero la muerte es tan… definitiva…

—Dios santo, Dal…

Se encoge de hombros, pero veo que tiene el cuello muy tenso.

—Ya sabíamos que acabaría así, tarde o temprano, pero siempre pensé que se la llevaría por delante la droga, no que moriría asesinada.

Inclino la cabeza a un lado.

—¡¿Qué?!

Dalia se pasa el dorso de la mano por la boca.

—La han estrangulado. La han matado. El cerdo de su casero la encontró cuando fue a exigirle el alquiler del mes.

Se me revuelve el estómago.

—Joder.

Nunca se me ha dado bien gestionar las emociones ajenas y decir que lo siento me parece poca cosa; además, no sé cómo consolar a Dalia al no ser capaz de sentirme triste por la muerte de Candace.

—¿Se sabe…? ¿Hay alguna pista?

«¿Es correcto preguntar esto?».

Dalia suelta un bufido.

—Seguro que ha sido ese viejo de mierda del casero. O su mujer. Porque todo el mundo sabe cómo pagaba Candace el alquiler cuando no tenía dinero.

—¿Lo van a investigar?

—No sé, me imagino. —Se vuelve a encoger de hombros—. Pero, aunque investiguen, tampoco se van a matar por una prostituta drogadicta que le abría las puertas de su casa a lo peor de lo peor. Seguro que para muchos es un alivio que haya muerto.

Asiento, pero estoy tensa por dentro. La casa de Candace está a pocas manzanas de la nuestra.

—Así que ha podido ser cualquiera —digo, y miro en dirección al pasillo, hacia la habitación donde Quinten está jugando.

Me vuelvo hacia Dalia. La calma que sentía hace unos minutos se ha esfumado. Ella hace una mueca y se humedece el labio.

—Candace estaba metida en un montón de mierdas con mala gente, Amaya. Esto no ha sido una casualidad.

—Seguro que tienes razón —respondo. Me levanto y voy hacia ella para darle un abrazo—. Siento mucho lo de tu prima, Dal.

Me apoya la cabeza en el hombro y oigo su respiración entrecortada.

—Ya. Yo también.

La suelto para ir hacia el pasillo y asomarme a la puerta abierta de

Quinten. Está arrodillado al pie de la cama mientras inspecciona sus figuritas y las coloca en hileras perfectas.

—Me voy, Quin —le digo—. Volveré luego. Pórtate bien con Dalia.

No responde, pero sé que me ha oído.

—¿Me das un abrazo? —pruebo de nuevo.

Así consigo captar su atención. Suelta los juguetes que está colocando en fila y corre hacia mí para apoyar el cuerpo contra el mío sin levantar los brazos. No es un abrazo, no me estrecha contra él, pero no me importa. Es más que suficiente.

Inhalo su olor con el corazón en un puño.

—Te quiero, peque.

—Yo también te quiero —murmura.

Llego a la puerta, bajo el picaporte y salgo al exterior, pero dudo con un pie todavía en la casa. Tengo demasiado presente la muerte de Candace. Me vuelvo para mirar a Dalia, que está junto al fregadero enjuagando las tazas, de espaldas a mí.

—Dalia… —empiezo.

Se detiene, pero no se vuelve.

—Echa el cerrojo cuando cierre, ¿vale?

Y me voy a la Capilla, donde puedo dejar en la puerta los problemas de Amaya.

CAPÍTULO 9

Cade

Hoy estoy escuchando confesiones.

Reconozco que no sabía qué esperar. Tal como hablaban de Festivalé el obispo Lamont y Parker, no sabía si vendría alguien, pero ha habido un goteo constante de fieles que acuden a lavar sus pecados antes de comulgar mañana. He oído de todo, desde el llanto de una mujer, un ama de casa, que se ha acostado con su hijastro, hasta a un adolescente que roba calderilla de la caja registradora del lugar donde trabaja para poder alimentar a su familia. La compasión me inflama el corazón por el segundo y mi monstruo ansía librar de su demonio a la primera. A medida que la mañana deja paso a la tarde, el goteo se va espaciando y hay mucho tiempo libre entre confesiones. Estoy a punto de volver a la rectoría cuando oigo un sonido de pasos al que sigue la respiración de alguien al otro lado de la rejilla del confesionario.

Un olor agradable me llega a través de la delgada partición, a hoguera y a vainilla, una mezcla embriagadora que tengo clara en el recuerdo. La olí una vez, cuando la tenía tan cerca que la pude tocar. Cada músculo de mi cuerpo se agarrota y los nervios me afloran por toda la piel como una descarga eléctrica.

Petite pécheresse.

Anoche la vi bailar de nuevo en la Capilla; me mantuve oculto entre las sombras y luego la seguí hasta su casa. Había planeado matarla entonces para librarme de ella, pero no fui capaz, y no sé bien por qué.

—No… no sé qué hago aquí —susurra.

La sangre me fluye hacia la entrepierna ante el sonido dulce y sumiso de esa voz y tengo que apretar los puños para controlarme. No estoy preparado para verla aquí; me hace sentir demasiado vulnerable.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última confesión? —consigo decir, y me humedezco los labios como si pudiera saborearla en el mismo aire.

—Años —dice en voz aún más baja—. Y no había pensado entrar. Estaba pasando por aquí… y no sé por qué…

Cierro los ojos y cuento hasta tres mientras la desesperación me atenaza los huesos. Necesito conocer sus pecados.

—¿Cómo te llamas, hija?

No soy tan idiota como para pensar que su nombre es Esmeralda.

—Amaya.

El corazón se me acelera y, una vez más, me enfurece darme cuenta de que, ante ella, no tengo control sobre mi cuerpo.

—Amaya —repito.

Las sílabas me ruedan por la lengua y me dejan un regusto permanente.

¿Habrá reconocido mi voz? Solo ha habido entre nosotros aquella breve interacción en la Capilla, pero soy narcisista y, aunque sé que no es probable, tengo la esperanza de que haya venido a buscarme, de que se esté hundiendo en la sima de la obsesión igual que yo, de que me haya localizado no sé cómo y haya descubierto mi identidad.

—¿Tengo que…? ¿Debo decir algo espe…?

—Dime por qué has venido —la interrumpo.

No es la manera correcta de hacer una confesión, pero no me importa.

Ahora que está aquí, tengo el cerebro nublado para todo lo que no sea ella. «De nuevo». Necesito escuchar las transgresiones que salen de sus labios.

—Ah, no… —Hace otra pausa y me clavo las uñas en las palmas de las manos para no salir del confesionario y arrancarle las palabras de la garganta—. No lo sé. Anoche trabajé hasta tarde y luego no pude dormir, así que he salido a dar un paseo y he…

—Aquí nadie juzga —la calmo—. Aquí solo se perdona.

—No, no es eso —replica—. Es que… no sé qué decir. El pecado es subjetivo.

Tanta ingenuidad me pone dura la polla. Me avergüenzo al presionármela con la mano para tratar de contenerla a fuerza de voluntad, pero solo sirve para calentarme todavía más.

—Háblame de ti —consigo decir—. ¿Cómo te ganas la vida, Amaya?

Me gusta la sensación de su nombre en la lengua, como una cereza madura que estalla sobre las papilas gustativas con la mezcla perfecta de dulzura y resistencia.

—Bailo —responde, y por su voz sé que está sonriendo.

—¿Qué clase de baile? —la presiono para que lo diga con claridad.

—De barra. Y me desnudo —se apresura a añadir—. Pero para mí eso no es pecado.

Se equivoca. Su baile crea pecados que inundan las calles. Quiero estallar, decirle que cualquiera que vea su cuerpo aparte de mí se ganará la muerte. Pero eso sería ridículo, porque la sola idea es ridícula, así que me trago las palabras.

—De modo que crees que tu inmoralidad sexual te llevará a

heredar el reino de Dios.

—No tengo claro que quiera su reino —responde—. Además, me gusta mi trabajo.

—El pecado a menudo está inmerso en el placer —señalo, y las heridas abiertas de la espalda me aguijonean para recordarme hasta qué punto es cierto lo que le digo.

—También pago las deudas de mi madre, algo que me hace sentir mucho más sucia que el sexo.

Tenso la espalda y me vuelvo hacia ella con una mirada tan reconcentrada que me sorprende que no abrase la rejilla que nos separa.

—¿Cómo pagas sus deudas?

—¿Todos los sacerdotes son tan preguntones? —replica.

Dejo escapar una risita y me levanto para tratar de colocarme bien los pantalones y que no me opriman la polla. Al otro lado se oye un movimiento.

—No tendría que haber venido —susurra, y sale del confesionario con pisadas que resuenan contra el techo abovedado y las paredes de piedra.

El cuerpo me pide a gritos que corra tras ella, que la obligue a volverse, a arrodillarse. Que le arranque los secretos de los labios y saboree su muerte mientras le robo el último aliento. Pero no lo hago. En lugar de eso, me agarro al banco con tanta fuerza que siento como si se me fueran a partir las uñas.

Cuando por fin salgo al espacio desierto donde esperaba como un idiota que aún estuviera ella, alguien me pregunta:

—¿Qué hacía esa mujer aquí?

Miro hacia atrás mientras mi mente trata de volver al presente. Jeremiah tiene en la mano una vela apagada y está mirando hacia la entrada.

—¿La conoces? —Se me hace un nudo en la boca del estómago.

Frunce el ceño.

—Todo el mundo conoce a Amaya Paquette.

—¿Y eso? —lo presiono.

—Su madre salía con el señor Errien.

Arqueo las cejas con los ojos muy abiertos.

—Yo estaba en el seminario por entonces, pero por lo visto la familia entera venía a misa con él. Un día se pelearon ahí mismo, en la plaza principal.

—¿Se pelearon?

Asiente.

—Ella y la madre.

—¿Dónde está ahora la madre?

—Se marchó. —Sacude la cabeza y mira hacia el lugar por donde se ha ido Amaya—. Su madre la llamó bruja. Le dijo que había hechizado a la ciudad.

—Qué tontería.

Asiente.

—Sí, claro, pero… todo empezó a ir mal aquí, en Festivalé, cuando ellas vinieron. La pobreza se adueñó de las calles. La gente se apartó de Dios.

Se me revuelve el estómago.

—¿Y la gente culpa de los males de la ciudad a la madre de Amaya?

Jeremiah niega con la cabeza.

—No. La gente culpa a Amaya.

—*Non, la sorcière?*

«¿Es posible que sea una bruja?». A mí me ha atrapado con tanta facilidad…

—Como mínimo, está maldita —dice con un asentimiento—. Desde

que llegó a la ciudad, todo han sido problemas. Si no la han echado, es porque el señor Errien no lo permite. Creo que tiene debilidad por ella.

Miro el lugar desierto donde se encontraba hace unos momentos. Si respiro hondo, ¿podré captar su olor, o se habrá desvanecido tan deprisa como su forma física?

—Entonces ¿está sola?

Frunce el ceño.

—No debería pisar este suelo.

—Aquí se recibe a todos los hijos de Dios —lo regaño.

—Está más allá de toda salvación posible, padre.

Aprieto los dientes. Una parte de mí quiere echarle una bronca por no aceptar mi palabra como ley, y la otra se deleita ante la idea de ser yo quien libre al mundo de su presencia. Si lo que dice Jeremiah es cierto, Amaya lleva dentro un demonio que hay que erradicar.

Y a mí me corresponde liberar su alma.

—No hay nadie a quien no se pueda salvar. Para eso estoy aquí.

CAPÍTULO 10

Cade

Suelto el bolígrafo y me paso la mano por el pelo, desesperado. Llevo dos horas intentando escribir la homilía del domingo, pero la mente se me va todo el rato hacia Amaya como una pesadilla que continuara a la luz del día.

No soy de los que creen en el amor a primera vista, y no me engaño, no pienso que lo que siento por ella sea ni remotamente una emoción, pero es obvio que la lujuria me ha clavado muy hondas las garras. Me ha bastado verla un momento para que se convirtiera en la tentación más grande de mi vida.

Miro lo que llevo escrito y aprieto los labios; detesto las líneas rojas que he marcado entre los párrafos.

Necesito que sea un discurso perfecto, pero veo que mis demonios personales se han colado en las palabras con cada movimiento del bolígrafo.

Por primera vez, me pregunto si no necesitaré el recordatorio tanto como cualquiera. Sacudo la cabeza para desechar una idea tan ridícula. Solo necesito matar a Amaya, ya está. Mientras ella exista, me distraerá y seré incapaz de concentrarme, como me pasa ahora. Tal vez sea una prueba que me ha mandado Dios.

Chasqueo la lengua y paseo la mirada entre el reloj de la pared y

los papeles que tengo sobre el escritorio, sin saber qué hacer. La tarde está ya avanzada y es evidente que no estoy preparado para la misa de mañana, pero la necesidad de trabajar se oscurece como el sol en un día nublado cuando mi mente la cubre con pensamientos sobre Amaya. ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo?

Antes de poder controlarme, salgo de la iglesia y, cuando estoy cerca de la parada de autobús del final de la manzana (he memorizado los horarios a Coddington Heights, la ciudad donde trabaja Amaya), me quito el cuello duro y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Y, como he memorizado los horarios del autobús, sé que faltan veinte minutos para que pase el siguiente y ya casi me he convencido para dar media vuelta; pero tengo los pies clavados en el suelo como si me los hubieran cubierto de cemento.

«Esta noche la voy a matar».

La verdad es que la idea me resulta muy erótica. Perseguir a la presa es muy satisfactorio. Capturarla, tener su vida en mis manos, es embriagador.

Los faros redondos se abren paso por el anochecer de diciembre y me ciegan cuando el autobús enfila la calle y los frenos chirrían al detenerse. La puerta se pliega a un lado mientras el tubo de escape deja escapar una nube de humo negro. Me dirijo hacia los peldaños de acceso y echo un vistazo a los asientos vacíos antes de agachar la cabeza y sentarme en primera fila para poder salir a toda prisa si es necesario.

El autobús está casi vacío.

Hay un hombre mayor con barriga en la fila del centro; tiene los ojos cerrados y los brazos cruzados, y va apoyado contra la ventanilla. Al fondo, una mujer joven no aparta la vista del teléfono; lleva unos cascos enormes que le cubren los lados de la cara como

orejeras. No les presto atención y ellos no me hacen el menor caso, que es justo lo que me conviene. Aún conservo el anonimato, al menos de momento. Pero sé que, tras la misa de mañana, la cosa cambiará.

El autobús arranca para salir de Festivalé; ya no hay vuelta atrás, aunque tampoco querría que la hubiera. La adrenalina me corre por las venas sin cesar, los nervios se me agitan bajo la piel como chispas de fuego y ese sentimiento oscuro que tengo bajo llave durante el día quiere salir al exterior.

Se tarda más de una hora en llegar a Coddington Heights; antes de que me dé tiempo a nada, estoy en la Capilla, pagando los veinte dólares de la entrada y escondido entre las sombras, igual que la última vez.

Esta noche hay mucha gente, pero no importa. La localizo casi de inmediato. Su aura es como un faro que me ciega con un brillo peligroso.

Está charlando en el bar con un hombre, y echa la cabeza atrás con esa risa tintineante mientras teje su magia como una tela de araña para atraer hacia sus garras a otro pobre idiota. El hombre se inclina hacia ella y le susurra algo al oído antes de que ella sonría y asienta. El pelo rojo de la peluca le cae hasta la base de la espalda y siento celos de las hebras sintéticas.

Se alejan entre las mesas y los sofás mullidos para desaparecer por un pasillo donde doy por hecho que se encuentran las habitaciones privadas.

Una oleada de posesividad me recorre por dentro, densa, ardiente.

Hay una décima de segundo en la que sopeso las posibilidades. En la que intento ser un hombre bueno. Pero solo es eso: un instante.

Cruzo la sala, decidido, tras ellos, hasta llegar ante una habitación

privada que no tiene puerta, sino una pesada cortina púrpura. Miro a mi alrededor por si hay alguien del personal, un portero o cualquiera que pueda ver lo que hago y que pudiera echarme de ahí, pero no veo más que una silla vacía en un rincón, y el ritmo del bajo es tan fuerte que me retumban las entrañas. Aparto con los dedos el tejido aterciopelado y me adelanto lo justo para mirar hacia el interior. El corazón me late tan deprisa que tengo calambres en el pecho.

Se me seca la garganta al ver lo que está pasando y me invade por dentro una corriente violenta de… de algo que no identifico. Es diferente de todo aquello a lo que estoy acostumbrado, y me llueve encima como un monzón. La enfermedad que llevo dentro me hace ansiar placer en lugar de dolor.

La sala es pequeña y los dos están cerca de la pared del fondo, en la esquina diagonalmente opuesta a donde me encuentro. Solo veo el perfil de ella. Amaya está en el regazo del hombre, con los grandes pechos besando el aire, y eso basta para hacerme enloquecer; la visión de sus pezones erectos y duros mientras se retuerce sobre otro que no soy yo consigue formar una negra nube de tormenta sobre mí.

Está absorto en ella por completo.

«Lo comprendo».

Por primera vez desde que era niño, me enfurezco con Dios. ¡Qué fácil sería todo si no tuviera una brújula moral que diferenciara lo que deseo de lo que sé que es correcto! «¿Por qué la has puesto en mi camino?».

La alianza de oro que ese tipo lleva en el dedo reluce cuando levanta las manos y clava sus dedos ansiosos en el culo de Amaya. Deja escapar un quejido ronco al tiempo que embiste con las caderas simulando hundirse en ella.

Aprieto los dientes. Tengo la polla dura y el pecho abrasado de

envidia.

—Sin tocar —dice Amaya, y le aparta las manos—. Ya conoces las normas, Andrew.

—Esmeralda —se queja él, pero vuelve a poner las manos sobre el sofá—. Qué manera de provocar.

En el sofá, junto a ellos, hay un fajo de billetes. Coge uno y se lo mete bajo el elástico del tanga. Me imagino cómo será romperle los dedos a Andrew uno a uno, disfrutar con sus gritos tras cada chasquido.

Sonríe, y ella se ríe, una risita ligera, etérea y completamente falsa.

Mi monstruo alza la cabeza como si oliera carne fresca.

Me empapo de cada detalle de la espalda desnuda de Amaya, de la cintura que deja paso a unas caderas perfectas, de los atisbos de unas areolas oscuras y unos pezones duros que coronan los pechos.

Me rezuma la polla y tengo los testículos tensos de deseo.

—¡Eh! ¿Qué cojones haces aquí?

La voz ronca interrumpe el momento y me tenso, irritado: me he dejado llevar tanto que no he prestado atención a lo que pasaba a mi alrededor. Me aparto de la cortina sin decir nada y la suelto antes de volverme hacia quien sea que me ha sorprendido espiando. Es un hombre corpulento.

—Te he hecho una pregunta.

Sonrío cuando se acerca. Queda empequeñecido por mi sombra, desde toda mi altura. Tiene el ceño fruncido y las aletas de la nariz dilatadas.

—Aquí no se puede estar —insiste.

—Ya me iba —replico, y retrocedo despacio con las manos alzadas.

No hace nada, y no sé bien por qué. Se limita a cruzarse de brazos y me señala la salida, así que aprovecho la oportunidad para

cruzar la puerta e ir hacia el callejón que hay tras el club.

Me quedo allí.

Pasan las horas. Los dedos se me quedan entumecidos, rígidos, a pesar de los guantes. Tengo las piernas cansadas de tanto esperar cerca del aparcamiento de los empleados.

Me digo que la seguiré hasta su casa y terminaré lo que he venido a hacer.

«Mata a esa hechicera de una vez».

Pero, cuando llega a su apartamento, tampoco me voy.

No. Me quedo junto a la ventana que da al callejón, cerca del seto descuidado que se me clava en el costado, y la miro a través del cristal sucio. Miro cómo contonea las caderas mientras se desnuda creyéndose dueña de la intimidad de su dormitorio.

Tendría que entrar y matarla. El cuerpo me pide a gritos que acabe con su vida, que vea cómo se apaga la luz en sus ojos, que sienta cómo con ella se va también esta obsesión. Pero no lo hago. La dejo en la cama, sola y a salvo, y vuelvo a la rectoría para azotarme por mi debilidad.

—Da, Señor, fuerza a mis manos para limpiar toda mancha inmunda, para que con una mente y un cuerpo limpios pueda servirte.

Noto el agua fría entre los dedos mientras rezo, cojo el amito y me lo pongo sobre la espalda y los hombros.

Hoy no siento como si el tejido me ahogara.

Luego viene el alba, la túnica que me llega hasta los pies cuando me la pongo.

—Hazme puro, Señor, y limpia mi corazón para que, santificado por la sangre del cordero, pueda gozar de las delicias eternas.

Tengo la espalda en carne viva y aprieto los dientes cuando la

ropa me roza la piel; la culpa y la repugnancia hacia mí mismo me llenan como basura podrida, hedionda.

A continuación, me pongo el cíngulo. La textura es como una soga que me araña las palmas de las manos cuando me lo ato a la cintura y me recuerda cómo hice penitencia anoche con algo similar. Los latigazos hacen que cada movimiento me resulte doloroso.

—Cíñeme, Señor, con un cíngulo de pureza, y extingue en mí la llama de la pasión para que permanezca en mí la virtud de la continencia y de la castidad.

Noto una opresión de arrepentimiento en el pecho al pronunciar las palabras y me detesto por lo que me hace sentir Amaya, por las cosas que me obliga a hacer.

Después viene la seda púrpura de la estola; me la pongo sobre los hombros de manera que me cae por delante del cuerpo.

—Devuélveme, Señor, te suplico, la estola de la inmortalidad, que perdí en la transgresión del primer padre, y, aunque indigno, me atrevo a acercarme a tu sagrado misterio con esta vestidura, concédeme que merezca regocijarme en ella eternamente.

Respiro hondo y exhalo mi mortalidad de manera que sea su palabra lo que me corre por las venas hacia el corazón, pues es Él quien celebra la misa. Yo soy un mar de confusión, Dios ocupa mi lugar.

Por último, cojo la casulla. Me pongo la prenda exterior sin mangas de manera que me cae a lo largo del cuerpo como una cascada que llega al suelo.

Una gota de sudor me resbala por la nuca y se abre camino entre las capas de ropa haciendo que me escuezan las heridas de la espalda. Utilizo ese dolor como combustible y me dejo llevar por la rectitud mientras me dispongo a aparecer ante las gentes de Festivalé por primera vez como el padre Cade Frédéric.

Durante la homilía, paseo la vista por los bancos y no paro de preguntarme dónde estará, cómo le irá. Si gritará al correrse o al morir. Cómo, cuando le haga lo segundo, ya no podré oír lo primero.

La idea hace que se me encoja el pecho.

Tengo la mente nublada al dar la comunión. Miro a la mujer arrodillada delante de mí.

—Corpus Domini nostri Iesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam, amen.

Le pongo el cuerpo de Cristo en la lengua. Los movimientos son más monótonos que nunca, porque mi mente no puede estar más lejos de allí.

La cola para la comunión se prolonga y voy dando a cada uno el trozo de pan, el sorbo del cáliz, hasta que todos vuelven a sus bancos en plegaria silenciosa.

La atmósfera es densa cuando mi voz retumba entre los arcos y las vidrieras de colores.

—Podéis ir en paz. Servid al Señor.

Pronuncio las palabras y las siento de verdad, pero por la noche, cuando vuelvo al humilde apartamento para mirar por la misma ventana, incapaz de librarme de esta obsesión enfermiza, sé que no estoy sirviendo al Señor.

Y lo que siento, desde luego, no es paz.

CAPÍTULO 11

Amaya

Quinten da saltitos por el pasillo sobre las puntas de los pies mientras yo, detrás de él, empujo el carrito de la compra. Es lunes por la tarde y, como todas las semanas, lo he recogido del colegio y hemos venido a la tienda a reabastecernos.

Hoy preferiría estar en cualquier otro sitio. Las luces del techo son como martillazos en los ojos, y tengo la atención dividida entre Quinten para que no tropiece mientras anda de puntillas y la tarea de hacer la compra.

La tarjeta de crédito me quema en la cartera, casi me suplica que la mantenga ahí, que empiece a pagar la deuda, no que la incremente. Pero no tengo más remedio. Cada transacción es otra palada de tierra sobre la tumba en la que me estoy enterrando viva. Y la única persona que me puede sacar de ese agujero es la que tiene la pala.

Me dan ganas de gritar, pero a nadie le importaría.

Cojo tres paquetes grandes de macarrones con queso de la marca blanca de la tienda y los meto en el carro. Es lo que Quinten ha pedido para cenar sin excepción desde hace tres meses, cada noche. Sé que se está llenando la tripa de queso sintético, pero al menos come algo.

—Mira por dónde pisas —sisea una voz brusca.

Alzo la cabeza de repente justo en el momento en que Quinten retrocede a toda prisa hacia mí, se me agarra a la pernera del pantalón con los labios contraídos para no mostrar emoción alguna.

Entrecierro los ojos al ver a Florence Gammond.

Me mira despectiva de arriba abajo, con la cara desencajada. Lleva su pelo castaño superbién peinado y el traje pantalón con un planchado perfecto. Alzo la barbilla para no sentirme minúscula en su presencia.

—Amaya —dice con una mirada penetrante en los ojos marrón turbio.

—Florence.

—Vigila a ese crío —me espeta.

Agarro la barra del carrito con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

—No puedes dejar que corra por ahí empujando a la gente —sigue —. Si no tiene capacidad para prestar atención o disculparse como una persona normal, no lo traigas a lugares públicos como este.

La ira me invade a tal velocidad que empiezo a temblar. Miro a Quinten, pero ya está concentrado en otra cosa, sigue con el dedo las letras descoloridas del nombre de la tienda en un lado del carro. Pero sé que lo está oyendo todo, así que trato de contener la rabia.

—La adulta eres tú, Florence. Deberías ser tú la que prestara atención.

La voz me sale tan segura que hasta yo me sorprendo. En momentos así es cuando doy las gracias a Dios por mi talento natural para poner cara de póquer.

Florence adora cualquier atisbo de debilidad. Sobre todo, en mí. Si encontrara uno, tiraría del hilo hasta deshacerme por completo. Detestaba a mi madre porque tenía a Parker, y me detesta a mí

porque soy todo lo que ella querría ser. Ojalá le entrara en esa dura cabeza que no tengo el menor interés en ese hombre.

Suelta un bufido. Le doy un toquecito a Quinten en la espalda para que me preste atención, y pasamos de largo junto a ella. En esta ciudad es clave saber eludir según qué cosas. Pasamos por su derecha, tan lejos de ella como es posible, con sitio de sobra, pero la arpía se cruza en mi camino y me embiste con el hombro tan fuerte que doy un traspiés. Me detengo y aprieto los dientes para contenerme y no darle un puñetazo.

—Deberías tener más cuidado, Amaya —me sisea.

La ira se abre camino dentro de mí y quiebra mi aparente impasibilidad.

—No me gustaría que Quinten siguiera teniendo problemas en el colegio —continúa al tiempo que se mira las uñas—. La semana pasada fui a un brunch con el superintendente. Creo que no le van a dar más oportunidades.

«Respira hondo. Respira hondo. Que no se te refleje en la cara lo que sientes».

Es difícil, porque lo que siento me retumba por dentro como un tambor, más violento con cada latido del corazón. Sabe muy bien que el que causa los problemas no es Quinten.

—Me parece que no soy yo quien debería tener cuidado, Florence.

Veo una chispa de alarma en sus ojos, aunque la disimula a toda prisa.

—¿Me estás amenazando? ¿Esto es un hechizo o qué?

Sonrío, burlona. Los idiotas de esta ciudad aún creen que soy una bruja, como si hubiera alguien en Festivalé lo suficientemente interesante como para que yo concentrara en él mi energía. Y todo porque mi madre me llamó bruja a gritos en medio de la plaza cuando se enteró de que yo sabía que Parker se estaba follando a

Florence y no se lo había dicho.

Hoy mi madre está enfadada conmigo.

Vamos, nada nuevo.

—Siéntate derecha, Amaya. Pareces una vieja toda encorvada —me sisea.

Otra vez estamos en misa. Como siempre, me muero de aburrimiento. Lo único que me salva es mirar a Quinten, que acaba de cumplir un año y se agita en brazos de mamá. Parker le lanza una mirada airada y ella se pone rígida al momento y me da un codazo en las costillas antes de entregarme a mi hermano.

—Llévatelo a donde sea. Está montando una escena.

La indignación me arde en el pecho, pero se lo quito de las manos y me levanto del banco. Todos me miran cuando interrumpo el servicio religioso para salir.

Quinten llora, me agarra la pechera del vestido con sus deditos regordetes, y yo le acaricio la cabeza mientras lo paseo a la entrada de la iglesia.

Debemos de llevar ahí veinte minutos, y lo he calmado con esas espantosas tartaletas de frambuesa que ponen junto al café. Se ha quedado dormido, acostado en un banco acolchado del pasillo que lleva a las oficinas.

—Cuidas muy bien de él.

Contengo una exclamación y, cuando me doy media vuelta, me encuentro frente a frente con Parker.

—Me has asustado. —Me llevo una mano al pecho y miro hacia el interior del templo—. ¿Ya ha acabado la misa? ¿Dónde está mi madre?

Se acerca un paso y me arrincona contra la pared.

—No, solo venía a darte tu regalo de cumpleaños.

Se me tensa el vientre.

—Ah.

—Diecinueve. Es una edad importante, ¿eh?

Me desnuda con la mirada y cruzo los brazos por delante del pecho como si con eso me pudiera defender de él. Se acerca un paso más y yo paseo la mirada entre él y Quinten.

—No…

—¿Qué leches pasa aquí?

La voz de mi madre rasga el aire. Cierro los ojos y se me cae el alma a los pies.

Parker retrocede y le dirige una sonrisa.

—Calma, calma, Chantelle. Solo le estaba deseando feliz cumpleaños a tu hija.

Ella aprieta los labios y nos lanza una mirada asesina.

—La misa ha terminado.

Parker asiente, va hacia ella y le pone la mano en la nuca. Es un movimiento dominante y juraría que veo un destello de pánico en los ojos de mi madre.

—Contrólate. Nos vemos afuera. Ya sabes que no me gusta esperar.

En cuanto él se va, mi madre clava los ojos en mí con odio.

—Mamá, yo no he…

—Cállate. Coge a tu hermano y vamos.

Me trago todo lo que le quiero decir porque sé que sería inútil. Cojo a Quinten en brazos y apoyo su cabecita contra mi hombro sin despertarlo para salir fuera. Hay gente charlando en el atrio y en la plaza Mayor. El día es soleado y disfruto con los rayos cálidos mientras bajamos por los peldaños, entre las gárgolas.

Mamá se detiene bruscamente al pie de la escalera y me tropiezo con ella. Quinten se despierta de golpe y empieza a agitarse.

—No pasa nada, peque —le susurro.

Agita las piernecitas porque hace un mes aprendió a andar, y le sujeto la mano diminuta.

Se me encoge el corazón al seguir la dirección de la mirada de mi madre y ver que la tiene clavada en Florence y Parker, que se están mirando sonrientes delante de todo el mundo.

Corre hacia ellos.

—¡Apártate de él, puta de mierda! —chilla tan alto que juraría que no queda cabeza sin volverse hacia nosotros.

El silencio se hace en la plaza como si estuviera desierta.

Florence se vuelve con los ojos muy abiertos, pero obedece y da un paso atrás. Luego se vuelve hacia mí con una mueca de odio pintada en el rostro.

—¿Se lo has dicho?

Trago saliva y niego con la cabeza. ¿Cómo se le ha ocurrido decirlo en voz alta? ¿No le importa que todo el mundo se entere?

Mi madre se gira hacia mí con los ojos llameantes ante mi traición.

—Mamá, no es…

—No quiero volver a verte —me espeta.

Se me corta la respiración. Seguro que no la he oído bien.

—¿Qué?

—Ya me has oído, bruja. No voy a permitir que eches a perder lo mío con Parker.

Abro la boca, incrédula.

—Yo no quiero nada con Parker.

Florence suelta una carcajada.

—Venga ya.

—¡Nada! —grito sin apartar los ojos de mi madre—. Y no me voy a ninguna parte. Si me marcho, ¿quién va a cuidar de Quin?

—Es mi hijo —replica mi madre con un bufido.

—A buenas horas te acuerdas —le contesto entre dientes.

Se adelanta y me da una bofetada que me vuelve la cara del revés y hace que la manita de Quinten escape de la mía. A nuestro alrededor se oyen exclamaciones contenidas, pero nadie se adelanta. Nadie interviene.

Mamá deja escapar el aliento contenido y flexiona los dedos mientras me mira con gelidez.

—Ojo con lo que dices.

Trato de hacer caso omiso del dolor y contengo las lágrimas que amenazan con escapar.

—Chantelle. —La voz de Parker es firme.

Se vuelve hacia él.

—¿Te pones de su lado? ¿Con todo lo que he hecho por ti? ¿Con todo lo que sigo haciendo?

Él la mira con dureza y se aparta de Florence para acercarse a ella.

—Mucho cuidado. Piénsatelo bien antes de decir nada más —le dice bajando la voz hasta que es solo un susurro.

Mi madre traga saliva negando con la cabeza y mira a su alrededor. Se debe de dar cuenta de la escena que ha montado, pero eso no la detiene.

—Es culpa tuya.

Me quedo boquiabierta. Jamás me imaginé que se volvería contra mí repentinamente delante de todo el mundo.

—Destruyes todo lo que tocas —escupe, y me arrebata a Quinten como si tuviera que protegerlo de mí—. Eres una bruja que seduce a mis hombres delante de mí.

La miro sorprendida porque empiezo a pensar que se ha vuelto loca.

—Mamá, por favor, no digas tonterías.

Oigo murmullos a lo lejos, pero no presto atención a lo que dicen.

Parker se interpone entre nosotras y me da la sensación de que trata de protegerme de ella.

—Ya lo veréis. Ya lo veréis todos. —Alza los brazos como si hablara a toda la ciudad—. ¡Va a maldecir este lugar igual que ha maldecido mi vida!

—Chantelle —dice Parker—, estás haciendo el ridículo.

Mi madre se pone rígida y se le dilatan las aletas de la nariz mientras nos mira alternativamente. Con el rabillo del ojo, veo que Florence está haciendo lo mismo. Las dos me miran con odio, como si la extraña obsesión de Parker fuera culpa mía.

Mi madre desapareció aquella noche.

Y Florence se dedicó en cuerpo y alma a convertir mi vida en un infierno.

No soy una bruja, quiero decir, aunque sí creo en algunas de sus prácticas. La naturaleza se basa en el equilibrio, y creo que la energía se puede utilizar, manipular. Si la gente invirtiera un poco de tiempo en conocer mejor aquello que les da tanto miedo, se darían cuenta de que no hay nada que temer.

De todas formas, ya me va bien que me tengan miedo. Temen tanto que les eche una maldición o que traiga la ruina a la ciudad que me evitan en lugar de dar rienda suelta al odio. Bueno, no todos. Florence es una excepción.

Me encojo de hombros y estiro el brazo por delante de ella para coger una lata de salsa de tomate y meterla en el carrito.

—Tengo entendido que el karma puede ser muy cabrón.

Esta vez, cuando paso por su lado, no se mueve ni un centímetro. Acelero el paso mientras tiro de Quinten y doblamos la esquina. Tengo el corazón tan acelerado que noto el pulso en la garganta. Solo me permito respirar hondo cuando estamos a tres pasillos de distancia.

—Lo has gestionado bien.

El marcado acento de la voz me envuelve como una manta cálida. Lo conozco, y eso hace que me detenga. No es la primera vez que tengo esta sensación. Hace unas noches, me pasó lo mismo en la Capilla. Y luego, cuando entré de manera impulsiva en la iglesia, como si pintara algo allí, para confesar mis pecados, porque es más barato que un psicólogo.

Caigo en la cuenta de que me siento idiota por no haberme dado cuenta antes. Puede que sea porque el acento francés no es nada raro en Festivalé o porque la idea de que un sacerdote vaya a un club de estriptis es ridícula.

Pero la verdad me mira frente a frente y es innegable.

Mi hombre misterioso y el nuevo sacerdote de Notre Dame son la misma persona.

«Hostia puta».

Me doy la vuelta muy despacio.

Tiene el rostro severo, todo ángulos duros y sombras atormentadas, y lleva las manos en los bolsillos como si todo le diera igual. Viste una camisa negra que le hace juego con el pelo y un abrigo largo. Le veo en el cuello un atisbo del blanco que indica su profesión.

«¿Qué demonios hacía en un club de estriptis?».

Arqueo una ceja.

—¿Es usted sacerdote?

Nada más decirlo, me doy cuenta de que he cometido un error. ¿Por qué me va a sorprender que sea un sacerdote a menos que tuviera una idea diferente en la cabeza? No creo que me reconozca del club, pero es posible que sí y que por eso se me haya acercado.

Trato de librarme del pánico que me crece por dentro y me digo que, aunque me reconozca, no le conviene mencionar que ha estado

en la Capilla.

La ansiedad cede un poco al ver que no parece identificarme.

—¿Tan evidente resulta?

Esboza una sonrisa mientras se mira la ropa, como si le sorprendiera lo que lleva puesto. Está bromeando, pero yo solo consigo asentir. De pronto, tengo un nudo en la garganta que me impide tragar. Me humedezco el labio inferior con la lengua y, al verlo, se le borra la sonrisa.

Carraspeo y miro a Quinten, que está junto al estante de los cereales y lee en voz alta lo que pone en la parte delantera de cada caja.

—Cade Frédéric —se presenta.

Me tiende una mano y vuelve a conseguir que le preste toda mi atención.

Deslizo la palma por la suya, pero no le digo mi nombre. Pienso que me la va a estrechar, pero se la lleva a la boca y me roza el dorso con los labios.

El corazón se me sube a la garganta. Esto es de lo menos apropiado.

—Encantada de conocerle, padre.

Algo le relampaguea en los ojos castaños al oír mi voz. Me suelta la mano como si la tuviera cubierta de ácido.

—Esa mujer ha sido muy grosera contigo, ¿verdad? —Hace un ademán con la cabeza para señalar el otro pasillo.

—Ya sabe cómo son estas cosas —comento sin darle importancia —. Puede que Jesús no haya entrado en su vida. Seguro que usted la puede convencer para que vaya a confesar sus pecados.

Se ríe, se me acerca hasta que las puntas de sus pies casi rozan los míos y se inclina como si me fuera a contar un secreto.

—Ah, ya, pero hay un problema. No sé si la podría perdonar.

Me tenso y ahogo una exclamación, esperando que no se dé cuenta.

«Dios, qué manera tan humillante de reaccionar, si solo es un sacerdote».

Mira a Quinten, que se ha acuclillado en el suelo y ha puesto en fila tres cajas grandes de cereales.

—¿Y quién es este?

—Quin, mi hermano pequeño.

Se acuclilla para ponerse a su altura y le sonríe. Se le marcan hoyuelos bajo los pómulos marcados.

—Hola, Quin. Yo soy Cade.

Quinten lo mira y luego coge la caja de cereales de los Picapiedra y se la planta en la cara.

—Hola. ¡Mira, un dinosaurio!

Cade se fija en la caja.

—¿Te gustan los dinosaurios?

Quinten se mece sin moverse del sitio y no puedo contener una sonrisa. Siempre me ha encantado cómo demuestra alegría, y ahora mismo es tan feliz que resulta tangible. La felicidad le vibra en el cuerpo y lo ilumina todo como un millar de prismas iridiscentes atravesados por la luz del sol.

—¿Te gustan los dinosaurios? A mí me gustan los dinosaurios —dice.

—Y a mí también —responde el padre Cade. Se vuelve para guiñarme un ojo—. Pero no se lo digas a nadie.

Quinten se pone de pie de golpe y empieza a saltar de puntillas.

—¡Y a mí también!

Juro por Dios que siento como si me fuera a estallar el pecho al verlo tan contento, tan libre. Se me hace un nudo en la garganta y trato de aplacar el escozor que siento en los ojos al verlos juntos.

Qué mierda sentir esto, tanta gratitud solo porque alguien trata a Quinten como a un ser humano, cuando debería ser lo mínimo que todo el mundo hiciera.

Pero la verdad es la verdad, por espantosa que resulte. Y la verdad es que no estoy acostumbrada a que alguien interactúe con Quinten de manera tan… normal. No en esta ciudad. La gente tiende a reaccionar de dos formas: unos se pasan y tratan de adaptarse a Quinten tanto que lo aíslan de todos los demás, lo que genera resentimiento en los otros niños, y otros lo evitan por completo, hacen como si no lo vieran, apartan a sus hijos de él porque no se comporta como el resto.

Y me siento culpable por no poder proteger a Quinten de esas experiencias, por no sufrirlas yo en su lugar.

No sé si Cade se da cuenta de lo que está haciendo, pero lo está haciendo, y la gratitud que me invade es tan intensa que casi no puedo ni respirar.

Cade retrocede y, cuando lo hace, lo observo de nuevo después de que esta breve interacción me haya hecho verlo de otra manera, de una forma más amable.

Es alto. Muy muy alto. Y, hasta con la mirada alegre que luce ahora, su figura resulta imponente, con el pelo negro revuelto a juego con la oscuridad de los ojos. El alzacuellos hace que resulte aún más intenso. El poder le emana de los poros y, aunque no se mueva, a cada segundo que pasa parece ocupar más y más espacio.

Suelto la barra del carro de la compra y doy un paso hacia él.

—Resulta usted muy intimidante para ser un sacerdote —le digo.

—¿De veras? ¿Has conocido a muchos?

—A suficientes. —Me encojo de hombros y vuelvo junto al carro.

—No te vi ayer en misa, ¿verdad?

Me echo a reír mientras cojo la caja de los Picapiedra que Quinten

tiene entre las manos y la pongo dentro del carro.

—No —contesto, y empiezo a avanzar por el pasillo.

El padre Cade me sigue.

—¿Por qué?

—Porque no fui.

Extiende una mano y me roza el brazo con una palma tan caliente que me abrasa a través de la manga, me sube por los huesos, me estalla en el pecho. Me detengo de golpe, aunque todos los nervios de mi cuerpo me piden a gritos que salga corriendo en dirección contraria.

—Entonces ¿te veré la semana que viene? —me pregunta mirándome a los ojos desafiante.

Suelto un bufido.

—Lo dudo mucho.

Sin apartar su mirada, me da un ligerísimo apretón con la mano que aún tiene sobre mi brazo.

—Vendrás.

Se da la vuelta y desaparece, dejándome con una sensación de irritación semejante al fuego bajo un caldero hirviente.

Resoplo de nuevo y repaso mentalmente la extraña interacción. ¿Piensa que voy a hacer lo que quiera porque ha sido amable con Quinten? Que le den. No pienso permitir que me imponga exigencias como si fuera una niña. Me dan ganas de decirle por dónde puede meterse su misa, pero me aguanto y sonrío a mi hermano.

—¿Nos vamos ya, colega?

—¿Nos vamos ya? —repite—. Vamos a casa.

De pronto, no veo el momento de marcharme. Recorremos a toda prisa el pasillo del supermercado para ir hacia la salida. Estoy deseando salir de ahí, pero Betty, la cajera, se toma todo el tiempo del mundo en leer el código de barras de cada producto. Mientras

espero, miro a mi alrededor en busca del padre Cade y lo vuelvo a hacer, cargada de bolsas, mientras atravesamos el aparcamiento para recorrer la media manzana que nos separa de la parada del autobús.

Pero no lo veo. Y no sé por qué siento una punzada de decepción.

CAPÍTULO 12

Cade

Una semana más, otra misa más.

Y prácticamente no he hecho nada por la parroquia. Casi no he conocido a nadie.

He estado demasiado distraído con Amaya. Acechando en las sombras, a la espera del momento para atacar. O quizá a la espera de una razón para no hacerlo. La indecisión me desgarra, el hombre lucha contra el monstruo. Solo que, esta vez, el que quiere librar a la tierra de ella es el hombre.

«Todo a su debido tiempo», me recuerdo.

Tras la misa de esta semana, me contraría ver que, de nuevo, no se ha presentado. Aunque le dije que viniera. Quiero ver cómo interactúan con ella los habitantes de la ciudad en este entorno, cuando «la bruja de Festivalé» viene a rezar.

Utilizo el término «bruja» en su sentido más amplio. A mí me parece que, en realidad, la consideran alguien que trae consigo la mala suerte, pero no estoy seguro. A mí me ha hechizado con facilidad, y creo en la magia oscura.

—Falta poco para el Festival de los Locos.

Miro a Parker, que está sentado en un ostentoso sillón negro tras el gigantesco escritorio y me observa por encima de las gafas de

cerca.

—¿Y qué?

No tenía ni idea de que aquí se celebraba el Festival de los Locos. No se conoce mucho porque la Iglesia lo prohibió en el siglo XV y solo aparece en los libros de historia. No sé qué pensar del hecho de que lo resuciten, aunque los pocos que he presenciado son poco más que un simple carnaval: artistas callejeros que dan volteretas delante de niños con la boca y los dedos pegajosos de algodón de azúcar.

—Habría que prohibir su celebración —dice Parker, como si me estuviera dando una orden. Aprieto los dientes.

Ya está. La primera de sus «sugerencias». Desde que llegué, he sabido que no me habían mandado aquí por los motivos que me dijo el obispo Lamont. Es cierto que la gente vive en pecado, que en las calles reina la pobreza y la violencia, pero no a los niveles que él me hizo pensar.

Parker Errien quiere que sea su títere, al igual que lo fue el padre Clark, o incluso más. Pero yo solo recibo órdenes de Dios.

—Solo es una fiesta popular —replico—. Seguro que no tiene nada que ver con los Festivales de los Locos que se celebraban en la Edad Media.

—Es una blasfemia.

Arqueo las cejas y me contengo para no decir lo que estoy pensando: que solo se acuerda de su religión cuando le conviene.

—«Blasfemia» es una palabra excesiva. —Me inclino hacia delante en la silla y apoyo los codos en las rodillas para mirarle a los ojos—. ¿Seguro que el problema es que el festival supone una afrenta a la Iglesia? ¿No hay algún tipo de razón personal?

Según la tradición, el Festival de los Locos se celebraba el 1 de enero. Los campesinos ostentaban el poder por un día y elegían al

rey de los locos, que ocupaba el trono del obispo y daba órdenes al pueblo. Pero, como sucede con todas las cosas, el diablo aprovecha cualquier debilidad y la Iglesia prohibió la fiesta cuando se convirtió en una excusa para que la gente se emborrachara, se peleara y pecara.

En otras circunstancias, estaría de acuerdo con Parker en prohibir esta celebración. Pero no me interesa que sepa que pienso como él en este caso. Si le muestras a alguien tus cartas, eso le permite planear la próxima jugada al margen de lo que hagas tú, y con Parker es lo que menos falta me hace.

Además, he descubierto que me gusta ver cómo se retuerce.

—Es una diversión inocente, Parker. Deje que la gente se lo pase bien. —Hago un ademán—. Y todo es puro teatro. Acéptelo como un cumplido. Quieren ser como usted.

—No es para tomárselo a risa, padre. —La voz de Parker es grave, peligrosa.

La sonrisa se me borra de la cara y me aproximo más a él mientras la sensación ardiente que tan bien conozco vuelve a brotar de lo más profundo de mi cuerpo.

—Dígame, Parker, ¿qué espera que haga?

—Usted es el representante de la Iglesia aquí. —Agita la mano en gesto agresivo—. ¿No se supone que es todopoderoso?

«Lo soy».

Parece que nuestra primera conversación no caló en ese cerebro sucio, cosa que tampoco me sorprende. Las palabras no dan en el blanco cuando se las dices a alguien que cree conocer el mundo y todos sus secretos.

Pero la ira va creciendo dentro de mí con cada bocanada de aire que respira. Me levanto, cojo sin prisas el abrigo y me lo pongo despacio antes de meter las manos en los guantes de cuero. Me

acerco a su escritorio, me apoyo en el borde con los nudillos y me inclino hacia él hasta que se encoge en una maravillosa muestra de sumisión.

—¿Y qué le hace pensar que usted tiene poder sobre la Iglesia?

—Tengo poder sobre todo —replica—. Más vale que lo aprenda cuanto antes.

—El festival se celebrará, tal como está previsto. —Enderezo la espalda antes de que diga nada y me abotono el abrigo. Esta conversación ha terminado—. De hecho, pienso participar en ella para mostrar mi voluntad de formar parte de esta comunidad.

Se me dibuja una sonrisa en la cara al ver la ira que crece en las mejillas ya enrojecidas de Parker. Abre la boca para responder, pero en ese momento alguien llama a la puerta y seguidamente gira el pomo antes de que Parker tenga ocasión de decirle a quien sea que vuelva más tarde.

Aprovecho la oportunidad para marcharme y me dirijo hacia la puerta, que se abre justo cuando yo estoy a punto de salir y la pequeña pecadora de mis pesadillas se da de bruces contra mi pecho.

Se me tensa el vientre y la sangre me palpita en las orejas al recordar cómo tropezó en el escenario al ver entre los clientes a Parker, que me pareció obsesionado con ella, como un cazador en busca de su presa.

La expresión de Amaya pasa tan deprisa de la sorpresa a la confusión que estoy seguro de que el cambio se debe al fuego que arde en mi mirada.

Clava los ojos en los míos y el tiempo se ralentiza hasta que solo existimos nosotros dos.

Alguien carraspea a lo lejos y Amaya sale del trance, y se le dibuja en la cara una hermosa sonrisa.

—¡Padre Cade, qué sorpresa! —Mira más allá de mí, hacia Parker, y el corazón se me encoge al no ser el centro único de su atención —. ¿Molesto?

No aparto los ojos de ella ni cuando oigo que Parker se acerca, arrastrando los pies por el suelo, y veo con el rabillo del ojo que se atreve a tocarle el hombro con su sucia mano.

«No tendría que importarte —me digo—. Pronto estará muerta».

—No seas ridícula, pequeña. Tú nunca molestas.

La atrae hacia él y le pone los labios babosos contra la sien. Se me revuelve el estómago.

Ella se aparta un pasito, incómoda, y consigo respirar.

—¿Conoces al padre Cade? —le pregunta.

Se encoge de hombros.

—A estas alturas, ¿quién no lo conoce?

—Amaya, creía que te vería en misa ayer por la mañana. —La miro con las cejas arqueadas.

Una chispa de desafío aparece en sus ojos y siento que se me activa la polla. Inclina la cabeza a un lado.

—Me parece que me confunde con otra.

Sonrío ante el tono retador y no puedo resistir la tentación de acercarme un paso más.

—Imposible.

Parker carraspea. Tiene llamas en los ojos. Se vuelve hacia ella y la coge por la barbilla como si pensara que es suya.

—Ponte cómoda, cariño. Voy a acompañar al padre Cade a la puerta.

Ella asiente y pasa dentro como si fuera algo que hace habitualmente. Esa idea me molesta más de lo que debería, y por un momento me pregunto si es que Parker se la está follando, pero entonces recuerdo algo que ella me dijo: «También pago las deudas

de mi madre. Y eso me hace sentir mucho más sucia que el sexo».

—Amaya —digo. La voz me sale ronca, áspera. Los miro a los dos —. Mi puerta siempre está abierta para cuando lo necesites.

Asiente y esboza una sonrisa al tiempo que se acomoda en una silla del despacho de Parker. Me vuelvo hacia él.

—No hace falta que me acompañe.

Asiente y me cierra la puerta en las narices. Es obvio que tiene tantas ganas de perderme de vista como yo de marcharme. O puede que esté desesperado por volver con ella. Lo comprendo, la verdad.

«¿También lo tiene embrujado a él?».

Debería volver a la iglesia. O tal vez dar una vuelta por la comunidad y asegurarme de que los sintechos tienen lo necesario para protegerse del frente frío que llegará pronto. O preparar un lugar para que puedan refugiarse de la lluvia y las bajas temperaturas. Pero, en lo más profundo de mí, sé que no voy a hacer nada de eso. Al menos, hoy.

Cuando veo a Amaya con su rostro angelical salir por las puertas de Errien Enterprise, la sigo hasta su humilde apartamento con un fuego posesivo que me corre por las venas.

CAPÍTULO 13

Cade

—Estoy pensando que deberíamos participar en el Festival de los Locos.

—¿Por qué? —gruñe al otro lado del teléfono mi superior, el obispo Lamont—. Parker dice que quiere acabar con ese festival y, la verdad, estoy de acuerdo.

—Bueno —digo al tiempo que tamborileo los dedos sobre el escritorio—, si de verdad quisiera hacerlo, lo haría. Para eso no le hacemos falta. Pero es una fiesta muy popular en la ciudad y es mejor que nos ganemos la confianza de la gente, que formemos parte de todo aquello que aman.

Silencio.

—Al no participar en esta fiesta, la gente aprovecha para burlarse de nosotros. La verdad, es humillante que durante tanto tiempo el padre Clark permitiera que algo así ocurriera, que no hiciera nada al respecto. —Hago una pausa—. Puede que Parker no haya impedido que el Festival de los Locos se siga celebrando porque sabe que eso lo haría quedar muy mal ante sus conciudadanos. Obispo, no querrá que la Iglesia se gane la animadversión de toda Festivalé prohibiendo esta fiesta, ¿verdad?

—De acuerdo —responde Lamont con voz áspera y nerviosa—.

Pero colabore con Parker. No me gusta que me llamen para decirme que está usted complicando las cosas. Ese hombre es muy importante para la Iglesia. Si Notre Dame se mantiene a flote en Festivalé, es gracias a él.

La irritación me aguijonea el pecho. Parker solo es importante porque aporta dinero. No es un hombre de Dios. Los métodos de este hombre no son los caminos de Dios. Son los caminos de la codicia y la corrupción.

—Entendido.

Cuelgo el teléfono y frunzo el ceño. Jeremiah entra en ese momento.

—¿Ocurre algo? —me pregunta.

Suspiro y me paso los dedos por el pecho antes de echarme hacia atrás contra el respaldo de la silla.

—El obispo Lamont quiere que este año participemos en el Festival de los Locos.

No es del todo cierto, pero, si lo hago pasar como órdenes de mi superior, desaparecerán las reservas.

Jeremiah arquea las cejas.

—¿De verdad?

Asiento.

—¿Se te ocurre por dónde empezar?

Se adentra en la habitación y se sienta frente al escritorio. Cruza las piernas y se rasca la barbilla.

—¿Por qué no prueba con el colegio Louis? Siempre organizan una obra con todos los niños.

Hago una mueca.

—Además, la directora Lee es muy devota. Le encantará que Notre Dame haya decidido involucrarse en el festival este año.

Poder hablar con la directora Lee no me ha resultado fácil. Se trata de una mujer desaliñada, con el pelo de un negro tan intenso que casi parece azul y un incontrolable complejo de diosa porque es la que está dando forma a las mentes del futuro de esta ciudad. Solo llevo en el colegio Louis unos momentos y ya puedo decir que está lejos de ser un buen centro educativo, pero he venido aquí con un objetivo y no me iré hasta conseguirlo.

Jeremiah me dijo que el colegio representa una obra de teatro durante las festividades y que la directora es una de las pocas mujeres de esta ciudad dispuesta a hacer cualquier cosa por la Iglesia. Ahora que la veo, me doy cuenta de que ha asistido a todas las misas que he dado. No se pierde una. Jeremiah tiene razón. Si queremos formar parte activa del festival, hay que empezar por aquí.

Lo primero que he hecho esta mañana ha sido presentarme en la escuela para asegurarle a la directora Lee que para la Iglesia será un placer apoyar su trabajo. Y decir que está encantada es quedarse muy corto.

—Lo que más falta nos hace es un sitio para que los niños ensayen —me dice—. Tenemos el auditorio, pero está ocupado por los ensayos de la obra oficial del colegio, y no hay otro lugar en el edificio donde meter a tantos estudiantes a la vez…

—Pueden hacer los ensayos y la obra en la iglesia —la interrumpo —. Tenemos muchas salas libres en el sótano.

Un brillo de alivio le ilumina los ojos. En ese momento, por la puerta abierta que tengo detrás me llega el sonido de una risa. Me vuelvo para ver qué pasa y veo a un chico corpulento que se cierne sobre otro más pequeño, al que se le cae un papel de la mano cuando el otro lo empuja contra la pared.

Entrecierro los ojos al darme cuenta de que es el hermano menor

de Amaya.

«¿Cómo se llamaba?». Quinten.

No pensé que iría a un colegio público. Me vuelve a suceder lo mismo que cuando lo vi por primera vez: siento una extraña familiaridad, de calidez, en su presencia. Tiene algo que me recuerda a mí mismo a su edad y que hace que quiera protegerlo de una manera que no estoy acostumbrado a sentir. Doy por hecho que es por la enfermiza obsesión que me provoca su hermana y que se manifiesta en Quinten. No es otra manera que alimentar la adicción que tengo con ella.

O puede que sea porque recuerdo que fui ese niño, acorralado en una esquina mientras el resto de los críos del orfanato me señalaban y se reían. Una vez que pierden la inocencia, los niños están entre los seres más crueles de la tierra.

Quinten está encogido, hecho un ovillo. El otro chico se agacha para recoger el papel y se lo pone delante mientras aparece una sonrisa cruel en su cara. Los rasgos se le retuercen en una mueca amenazadora que me recuerda a la de Parker.

De hecho, ese crío me recuerda mucho a él.

«¿Tiene hijos Parker?».

Inclino la cabeza a un lado y veo que el chico murmura algo, pero está muy lejos y no lo oigo. Luego rompe el papel en dos, lo tira al suelo y lo pisa con la bota.

—¿Quién es ese? —pregunto.

La directora Lee suspira. Me vuelvo hacia ella, molesto ante su expresión remilgada.

—Quinten Paquette —dice con voz monótona—. Y Bradley Gammond.

Arqueo las cejas.

—¿Gammond? Se parece tanto al señor Errien que había pensado

que era su hijo.

La directora Lee deja escapar una risita tensa y cambia de postura en la silla.

—Bueno…, no. Su madre es Florence Gammond, abogada defensora pública. Y su marido se llama Samuel.

—¿A qué se dedica Samuel? —insisto.

—Es militar de alto rango. Pasa largas temporadas fuera. —Se le va la vista hacia el pasillo.

—¿Y esto sucede a menudo? —Señalo el altercado con un gesto de la cabeza.

—¿El qué?

—Que permita que los niños se comporten de esa manera.

—Los chicos son chicos. Ya sabe. —Agita una mano en el aire como si estuviera disipando humo.

—No —digo muy despacio, y me inclino hacia ella—. No sé. Explíquemelo.

—¡Bradley, vete a clase! —grita una voz adulta en el pasillo.

Me vuelvo de nuevo y veo a alguien, seguramente una maestra, que va hacia los dos niños.

—¿Ve? —La directora Lee sonríe al tiempo que se levanta, va hacia la puerta y la cierra antes de volverse de nuevo hacia mí—. Ahí está Lydia, la cuidadora de Quinten. No ha pasado nada.

Su falta de interés me eriza tanto los nervios como escuchar el chirrido de una tiza en una pizarra. Me vienen a la cabeza las veces en que la hermana Agnes me encontró lleno de magulladuras y las empeoró en lugar de curármelas.

—¿Sabe Amaya que su hermano sufre acoso?

La directora Lee compone un gesto de sorpresa infinita.

—¿Acoso?

—¿Cómo llama usted a lo que acaba de ocurrir?

Suelta un bufido de incredulidad, se cruza de brazos y vuelve a ocupar su silla.

—Con el debido respeto, padre Cade, no me parece que sepa usted mucho sobre niños.

Esas palabras rompen el dique y los recuerdos amargos de los tiempos en el orfanato se abren paso como un torrente. Tiempos en los que la crueldad de la hermana Agnes se dejaba oír en los pasillos y daba rienda suelta a los otros niños para que descargaran sus traumas contra la piel de mis brazos y piernas. La manera de los adultos de apartar la vista o susurrar que el causante de los problemas era yo. Que me merecía lo que me pasara.

Entonces nadie se puso de mi parte, de la misma manera que nadie se pone de parte de Quinten ahora.

Me duele el pecho y aprieto los dientes.

—Entiendo que ha conocido a la señorita Paquette, ¿no? —sigue la directora Lee.

—De pasada.

Asiente y cierra los labios con fuerza mientras me mira.

—¿Le puedo dar un consejo, padre?

Inclino la cabeza.

—Yo que usted no me acercaría a ella.

Frunzo el ceño.

—Todo el mundo me dice lo mismo, pero nadie me explica la razón.

Se encoge de hombros.

—Simplemente es una mala influencia. En Festivalé lo sabe todo el mundo.

Una sonrisa me aflora a los labios.

—¿Y a usted le parece que yo me dejo influir, directora Lee? —Lo digo en tono de broma, pero lo cierto es que esta conversación me

incomoda. Amaya me ha influido, más que nadie en mi vida, incluido Dios. Y ha influido tanto sobre el monstruo como sobre el hombre. El estómago se me retuerce de ansiedad con solo pensarlo, así que hago un esfuerzo por contener la oleada de pánico.

La directora Lee se inclina hacia delante.

—Esta ciudad es muy supersticiosa, padre. Hace mucho que aprendimos a no hacer preguntas cuando algo apesta al demonio. Preferimos arrancarlo de raíz. No me gustaría pensar que nuestro sacerdote no apoya la cultura de Festivalé, la que nos hemos transmitido de generación en generación.

—Ajá.

Es la primera vez que alguien me habla tan a las claras de Festivalé y de esa sensación inquietante que pende en el aire. Pero creo lo que me dice con tanta seguridad como creo en Dios.

—¿Y qué papel va a hacer Quinten en la obra? —pregunto para desviar la conversación.

La directora Lee se ríe como si estuviera de broma.

—No, no. Quinten no sabría…

—La presunción es un pecado contra la esperanza, directora Lee. —Salta a la vista que no le importa en absoluto el bienestar del niño —. ¿Alguna vez le ha dado la oportunidad?

—Es que no… —balbucea.

—¿Acaso no está hecho a imagen de Dios? —la interrumpo.

—No, sí, claro, pero es que…

—Excelente. Entonces todo aclarado. Quinten tendrá un papel en la obra.

Frunce el ceño y sacude la cabeza.

—Un momento, un momento, padre. No puedo garantizar que vaya a tener un papel.

—Pues más vale que lo consiga si quiere el apoyo de la Iglesia. —

Me levanto y voy hacia la puerta—. Volveré mañana. Espero que tenga buenas noticias para mí.

CAPÍTULO 14

Amaya

Cerca de la Capilla hay un pequeño estudio que pertenece a mi jefe. Nos deja utilizarlo a las bailarinas siempre que no hay clases, y los miércoles no suele haberlas, así que, mientras Quinten está en el colegio, voy siempre a utilizarlo.

No es gran cosa: suelos de madera, espejos sucios contra la pared del fondo y una barra en el centro. La música de mi teléfono suena con fuerza a través del altavoz con *bluetooth* que me presta Dalia, y me duelen los músculos porque llevo horas aquí. Es una sensación que me encanta. ¿Cómo he podido vivir tantos años sin saber que la barra es el lugar donde mi alma se siente como en casa?

Cuando termino, tengo el cuerpo empapado de sudor y la mente en calma por primera vez desde que me tropecé con el padre Cade en el supermercado e hizo que mi mundo se tambaleara. Verlo en el despacho de Parker fue una sorpresa que me puso el corazón en la garganta e hizo que el pulso se me acelerase como a una colegiala enamorada.

«Enamorada de puto sacerdote». Esto solo me puede pasar a mí: cuando por fin experimento atracción sexual, es por un hombre tan prohibido que solo con pensar en eso voy al infierno.

Pongo los ojos en blanco y contengo un gemido al tiempo que voy

hacia el taburete para coger el teléfono. Estiro el cuello y doy unas vueltas para relajar los músculos mientras miro las llamadas perdidas.

«Colegio Louis».

Genial.

El temor se me instala en el pecho cuando pulso la tecla para escuchar el mensaje de voz. Oigo a la directora Lee, que nunca me llama para nada bueno.

«Hola, señorita Paquette, soy la directora Lee. Me imagino que sabe que se acerca el Festival de los Locos. Queremos que Quinten tenga un papel en la obra que estamos montando, pero los ensayos van a ser fuera de nuestras instalaciones, así que nos hace falta que venga a firmar el permiso de salida. Gracias».

Se me escapa un suspiro de alivio.

Me había preparado para lo peor porque sé que en ese colegio se mueren por expulsar a Quinten, pero puede que me haya equivocado, que esté atribuyendo a todos lo que piensan unos pocos. El corazón se me llena de esperanza. Es la primera vez que me dicen que lo van a incluir en una actividad de este tipo. No obstante, me molesta la idea de tomar parte en algo contra lo que me he manifestado desde hace años. No el festival en sí, sino su nombre ridículo, anticuado…

Es insultante.

Por otra parte, ¿cómo le voy a decir a Quinten que no participe en algo con sus compañeros, que me niego a que lo traten como a los demás?

Es mucha presión.

No puedo hacerlo. Tiene que aprender a vivir en un mundo que no va a cambiar para él. Le estaría haciendo un flaco favor si le impidiera desplegar las alas solo porque otras personas estén

ancladas en el pasado.

Agarro una toalla pequeña para secarme el sudor de la cara y recojo mis escasas pertenencias antes de cerrar y volver a casa para darme una ducha rápida.

En menos de dos horas, estoy en el pasillo del colegio Louis, todavía incómoda, aunque ese zarcillo de esperanza se ha apoderado de mí y me hace imaginar que tal vez nos dirigimos hacia algo nuevo.

Pero sigue sin gustarme venir aquí. Mi experiencia en los colegios no fue buena; con las constantes mudanzas, nunca pude trabar amistades. El regreso a unos pasillos que huelen a zapatillas deportivas y a manualidades hace que me vuelva a invadir la sensación de soledad. Qué extraño es que, por mucho tiempo que pase, un simple olor saque a la luz emociones que enterraste hace años, y que sigan tan vivas como si siempre hubieran estado presentes.

A la izquierda de la entrada hay un gimnasio en el que se oye el sonido agudo de las suelas de las zapatillas y los gritos de los niños. Paso de largo y observo los pasillos con paredes en las que se ven dibujos de colores exhibidos como si los hubiera hecho el propio Monet.

Al doblar la esquina, me detengo en seco al ver a la directora Lee, que le está estrechando la mano al padre Cade con una sonrisa amplia, todo dientes, el cuello incómodamente estirado para mirarlo a los ojos.

«¿Por qué me lo encuentro en todas partes?».

Su mirada se cruza con la mía de inmediato y, como una mariposa atraída hacia la llama, doy un paso hacia él sin darme cuenta.

Se aparta de la directora y viene hacia mí con las manos en los bolsillos, para detenerse a pocos centímetros.

—Volvemos a vernos, Amaya. —Sonríe—. Dios es bueno conmigo.

Arqueo una ceja. Noto un zumbido que me vibra por todo el cuerpo.

—¿Me está siguiendo, padre?

Se ríe y pasea la vista por el pasillo desierto del colegio antes de inclinarse hacia mí para hablarme en voz baja.

—¿Y si lo estoy haciendo?

Me encojo de hombros.

—Pues está perdiendo el tiempo. Mi vida no es nada interesante.

—*Non, ridicule*. —Su voz se enrosca como el humo en torno a las palabras francesas—. La interesante eres tú.

Su tono tiene algo que hace que se me tensen los nervios en la boca del estómago, y tengo la sensación de que, si no retrocedo ahora mismo, ya no podré hacerlo. Pero el peso de su energía es tan intenso que me tiene cautiva y no me puedo mover.

—¿Qué hace falta para que te vea en mi iglesia?

Dejo escapar un bufido y sacudo la cabeza con una sonrisa.

—Un milagro.

Me recorre el cuerpo con los ojos y juro por Dios que es como si me desnudara prenda a prenda. Trago saliva. No soporto esta sensación de haber perdido el control por completo.

«Es un desconocido, Amaya».

—En ese caso, rezaré pidiendo un milagro.

Una punzada de calor se me clava entre las piernas. Me maldigo por esta reacción tan visceral hacia alguien tan fuera de mi alcance que ni siquiera está en el mapa.

Perdí la virginidad con Parker la primera vez que vino a casa, cuando mi madre se marchó y me atreví a negarme. Desde entonces, mi deseo sexual ha estado bajo mínimos. Inexistente.

Mi cuerpo nunca ha reaccionado ante nadie de manera tan

violenta.

—Bueno, ¿qué hace aquí? —pregunto, y por fin consigo retroceder un paso.

Pero él da un nuevo paso hacia mí, manteniéndose tan cerca que se me electriza la piel.

—Creía que ya lo sabías. —Esboza una sonrisa burlona y se inclina sobre mí hasta que me engulle su sombra y sus labios me rozan la oreja—. Te estoy siguiendo, *petite pécheresse*.

Se me eriza el vello a lo largo de la columna.

—Señorita Paquette.

La voz brusca que resuena en el pasillo viene seguida del sonido de unos tacones.

El padre Cade se aparta de inmediato, pero estaría dispuesta a jurar que me roza el pelo con los labios al erguirse.

—*Au revoir*, señorita Paquette.

Y se marcha sin añadir más, a zancadas largas que lo alejan de mí y del edificio.

El corazón me late a toda velocidad, sin control. Es una sensación insoportable.

Me doy la vuelta y trato por todos los medios de que no se me note en la cara.

—Hola, directora. Venía a verla.

Mira más allá, al lugar por donde ha desaparecido el padre Cade, y luego vuelve a clavar los ojos en mí.

—Debería haber llamado antes.

La frialdad de su voz no afecta en absoluto a la alegría que siento por que quieran que Quinten forme parte de la obra, así que desecho las palabras bruscas y compongo una sonrisa.

—Lo siento. He pensado que podía firmar los permisos de paso que venía a recoger a Quin. Solo son un par de permisos, ¿no?

—Exacto.

—Gracias por contar con mi hermano —digo—. No se imagina lo que significa para…

—Todos los estudiantes pueden participar, señorita Paquette —me interrumpe—. Por lo general, mandamos los permisos a casa con los alumnos, pero… no sabía si le llegarían.

La sutil pulla me acierta de pleno mientras la sigo hacia el despacho. Huele a lasaña recalentada y a poca ventilación, y arrugo la nariz mientras nos dirigimos a su escritorio.

—Carla, que la señorita Paquette firme los formularios de permiso para que Quinten participe en la obra que los niños harán en el festival —indica la directora Lee a la secretaria del colegio.

Sonrío a Carla antes de concentrarme de nuevo en la directora, que está apoyada en el escritorio, con los brazos cruzados, y se ha quedado mirándome.

—No sabía que seguías siendo católica practicante —me espeta.

—¿Cómo dice? —No es asunto suyo qué religión profeso.

—El padre Cade. —Señala con un ademán en dirección a la puerta.

—Ah. —Inclino la cabeza—. No sabía que había que ser católico para hablar con él. Por cierto, ¿qué hacía aquí?

No es asunto mío, pero lo pregunto porque la curiosidad supera con mucho a la necesidad de mostrar buenos modales.

—El padre Cade lleva aquí toda la tarde, nos está ayudando a preparar el festival. —Aprieta los labios—. Pensaba que ya lo sabías.

—¿Por qué lo iba a saber?

Su actitud empieza a ser agobiante y, la verdad, no tengo fuerzas para seguir soportando sus insinuaciones, cada vez menos sutiles, sobre…, bueno, sobre lo que sea que intenta insinuar.

Me mira, confusa, y da un golpecito sobre los papeles que Carla

acaba de poner en el escritorio, delante de mí.

—Porque él fue quien sugirió que Quinten participara en la obra.

CAPÍTULO 15

Cade

No era mi intención encontrarme con Amaya en el colegio Louis, pero ni la presencia de otras personas hace que pueda resistirme a ella.

Lo peor es esa sensación posesiva que se me enciende por todo el cuerpo como si fuera queroseno y hace que me ardan las venas cuando la veo. Cuando se me pasa por la cabeza la idea de que alguien más pudiera tocarla. Es muy molesto, y me enfurece tener que caminar por la cuerda floja, en un equilibrio constante entre matarla cuanto antes y dejarla vivir para ser testigo de cada latido de su corazón.

Esta obsesión no tiene sentido. No me gusta sentirme tan indefenso ante su llamada.

Pero me niego a seguir siendo su víctima, así que esta noche no voy a mirar por su ventana, aunque cada fibra de mi ser me lo pida a gritos. Me quedo en mi confortable casita, con la televisión encendida de fondo, mientras troceo una tableta de chocolate del tamaño de mi brazo para fundirlo en la leche que he puesto a hervir sobre el fogón de la cocina de gas.

Es una golosina, un placer que no suelo concederme, pero esta noche siento nostalgia y quiero recordarme el lugar de donde vengo

y el camino que aún me queda por recorrer, y el chocolate caliente me recuerda al día en que dejé de vivir en las calles. Cuando el padre Moreau me aceptó y me convenció con galletas y chocolate caliente para que volviera, sin saber que lo habría hecho con tal de dormir a cubierto una noche.

El estómago me ruge y el sonido retumba contra la fachada de piedra de la catedral de Notre Dame de París. O puede que el hambre que siento no sea tan sonora para los demás como lo es para mí.

Hoy hay mucha gente aquí, en la isla de la Cité, deambulando y sacando fotos, pero yo solo me fijo en el grupo de tres jóvenes estadounidenses a las que he estado siguiendo desde que salieron de su hotel de lujo, hace cuarenta y cinco minutos. Todas llevan un chal sobre los hombros y comentan en susurros lo arcaico que es tener que cubrirse para entrar en la catedral. Sus risas resuenan en los arcos altos de las complejas estructuras góticas, como si su falta de respeto fuera de lo más normal en un lugar tan colmado de belleza.

Me sitúo tras ellas muy despacio, a suficiente distancia como para fundirme con el fondo, porque lo que menos le interesa a un carterista es llamar la atención. Y ya había aprendido a pasar desapercibido mucho antes de escapar del orfanato, hace diez años.

Además, es fácil no llamar la atención aquí. París está abarrotado de turistas, de visitantes tan ocupados en mirar hacia arriba que no ven la mano que se les desliza en el bolsillo y les levanta la billetera.

Cuando el grupo de mujeres se acerca a la puerta, acelero el paso y atajo entre los arbustos, por la plaza, para situarme en su camino cuando van a entrar en Notre Dame.

La morena bajita choca conmigo y yo retrocedo bruscamente tambaleándome y la agarro por la cintura para evitar que se caiga.

El bolso se le baja hacia el costado.

—Je suis désolé, belle. Est-ce que tu vas bien?

La chica abre mucho los ojos y se me acerca más.

—¿Qué?

Le dedico una sonrisa encantadora. Me han dicho que, cuando me cuido y voy moderadamente aseado, cuando controlo la ira, tengo cierto encanto. Suele jugar a mi favor cuando quiero seducir a alguna chica guapa, aunque no estoy seguro de qué funciona aquí, si mi cara o mi acento.

Los turistas son de lo más predecibles.

La sostengo con firmeza, con una presión tranquilizadora, mientras con la otra mano ya le he abierto el bolso para sacarle la cartera y transferirla a mi bolsillo. El corazón me late a toda velocidad, la adrenalina me invade como una droga, y me alejo entre sonrisas y disculpas hasta que llego a la puerta.

Luego me doy la vuelta y acelero el paso para alejarme antes de que se dé cuenta de que le he robado. Con un poco de suerte tendrá algo de efectivo. Los turistas suelen llevar dinero encima. Las tarjetas tampoco están mal, pero son más difíciles de usar.

—¡Eh! —me grita.

Merde*.*

Echo a correr, aparto de un empujón a dos transeúntes para atravesar la plaza, lo que llama la atención de demasiada gente. Una bandada de palomas se ha posado en una farola y corro directo hacia ellas con la esperanza de que su revoloteo me ayude a escabullirme.

Y casi lo consigo.

Pero, en ese momento, un hombre se pone delante de mí y me agarra el brazo con fuerza para obligarme a dar la vuelta. El estómago vacío me da un vuelco.

El fracaso me sacude los huesos al alzar la vista y ver a mi captor. Me ha atrapado el arzobispo Moreau.

—Suivez-moi —*se limita a decirme. Quiere que vaya con él.*

Me imagino que me va a llevar de vuelta a la catedral, pero no: entra en una pequeña pâtisserie *y se sienta conmigo a la mesa de un rincón desde el que se divisa la forma imponente de Notre Dame.*

El olor del chocolate y el café recién molido impregna el aire. El estómago se me contrae.

Conocía al arzobispo Moreau porque es imposible no conocerlo si vives en esta zona, pero no me imaginaba que fuera tan… normal. La verdad, nunca he prestado mucha atención a la catedral, aparte de para localizar víctimas a las que robar. La religión me trae recuerdos de la hermana Agnes, de tiempos que prefiero olvidar.

Hace una seña a un camarero y pide dos crêpes *dulces y dos tazas de chocolate caliente, y nos quedamos allí sentados, en silencio, hasta que el joven vuelve y nos sirve.*

Se me hace la boca agua ante el dulce que tengo delante, pero estoy demasiado nervioso para cogerlo.

Moreau se acomoda en la silla y se rasca la barbilla mal afeitada mientras me mira. Tiene el pelo ya gris en las sienes y la piel muy blanca, con una palidez que me hace pensar que puede estar enfermo. Luego me pregunta cómo me llamo.

—Quel est ton nom, cher enfant?

—Cade Frédéric —respondo en un susurro.

No sé por qué no se me ocurre mentirle. Tal vez porque emana un aura que hace que confíe en él. O puede que porque, si coopero, no me sentiré como si le debiera algo por aceptar su regalo de comida.

Asiente, se inclina hacia delante y, con las yemas de los dedos, me acerca más el platito redondo y blanco.

—Estoy seguro de que tienes hambre —dice—. Come.

Y comí. No me hizo preguntas, solo me llenó el estómago y me calentó con chocolate.

Así que, cuando me dijo que volviera al día siguiente, lo hice.

Y también al siguiente.

Hasta que la fe ocupó el lugar de la desesperación, y Dios, el de la ira.

O eso pensé entonces.

Como un idiota, hasta se me pasó por la cabeza que la hermana Agnes estaría orgullosa de lo lejos que había llegado mi alma. De la persona en la que me había convertido. La parte más herida de mí quería que me viera tal como era ahora, que se alegrara de que me hubiera librado de la enfermedad.

Pero a los monstruos les gusta ocultarse en las sombras, a la espera del momento oportuno para atacar. Y el mío volvió tras pasar demasiado tiempo sometido, y tan hambriento como siempre.

Aparto a un lado los recuerdos y golpeo el chocolate con más fuerza de la necesaria, así que los trozos salen despedidos de la tableta. Sacudo la cabeza, cojo el cacao del especiero, voy al fogón y lo espolvoreo sobre la leche antes de remover con una cuchara de madera.

Y sigo pensando.

Desde que entré en la Iglesia, no he vuelto a dudar de Dios. Nunca he cuestionado el camino que ha elegido para mí. Y sigo firme en mis creencias. Él pone a prueba a sus soldados más fuertes, y esto no es otra cosa: Amaya Paquette es una prueba de castidad.

Y tengo pánico de fracasar.

Esa mujer es una bola de demolición, sacude los cimientos de la claridad que he ido grabando en piedra desde hace años hasta reducirla a escombros.

No es mi primer intento de equilibrar la tentación del mal con el camino recto, pero esto es nuevo. Es territorio desconocido en el que me adentro a ciegas. He aceptado coexistir con mi monstruo y con el pecado que engendra, pero esta… lujuria me consume de una manera que no sé cómo compensar.

Aprieto los dientes antes de golpear el chocolate negro con el mazo. Una descarga de necesidad, de ansia, me recorre en el momento en que comparo la sensación de romper el chocolate con la de romper otra cosa.

Algo más frágil.

Algo que gritará hasta esfumarse en la nada.

Es más difícil romper huesos que una tableta de chocolate, pero la comparación me provoca un estremecimiento de excitación. Me dejo envolver por la sensación, porque al menos la violencia es algo que conozco.

Estoy metiendo los trozos de chocolate en la leche caliente cuando alguien llama a la puerta. Frunzo el ceño y bajo el fuego para que la leche apenas hierva antes de ir a abrir y encontrarme cara a cara con Amaya Paquette.

Todo lo que acabo de decirme, todo aquello de lo que me he tratado de convencer a lo largo del día —que ya no volveré a seguirla, que la voy a matar para acabar con este asunto—, todo se desmorona en el momento en que la veo de pie en la puerta de mi casa.

Parece etérea en medio de la noche, de la nieve que cae. El pelo se le agita con el viento gélido y tiene las mejillas sonrosadas, igual que la punta de la nariz, por el beso del frío.

Me apoyo en el marco de la puerta para empaparme de ella. Es un espectáculo que me quita la respiración.

Sonríe y los labios carnosos se entreabren cuando sacude la

cabeza, y los copos blancos se le funden en el cabello, que es tan negro como el cielo.

—No sabía si era aquí donde vivía —dice, y lanza una mirada hacia el interior, a la pequeña sala de estar.

Arqueo una ceja y apoyo el hombro con más fuerza en el marco.

—¿Me buscabas a mí, *petite pécheresse*?

Se lleva una mano al pelo para enredarse el dedo en un mechón, pero se detiene y deja escapar un resoplido.

—Sí, pero es… —Sacude la cabeza—. Es tarde y no debería haber venido. No quería despertarlo. ¿Lo he despertado?

Sonrío, porque ella nunca me deja dormir, tanto si está presente como si no.

—*Non* —respondo—. Siempre estoy a tu disposición, a cualquier hora.

Me aparto a un lado para que entre, aunque una voz dentro de mí me dice a gritos que le cierre la puerta. Que, si dejo que pase, ya no habrá marcha atrás. Su olor impregnará mi casa y su presencia quedará grabada en las paredes, escrita en piedra.

Entra y el corazón me da un brinco cuando me roza al pasar.

Cierro la puerta, echo el cerrojo y le miro la espalda mientras ella pasea la vista por la sala.

«Podría matarla ahora mismo y acabar con todo».

Me pican los dedos al barajar esa posibilidad, se me seca la boca imaginando su pulso cada vez más débil entre mis manos. Me acerco con todos los músculos tensos… Pero entonces Amaya sacude la cabeza de nuevo y se vuelve para mirarme, y, cuando sus ojos se clavan en los míos, me detengo en seco.

—No debería haber venido. —Sonríe—. Me hacía falta pensar y, no sé por qué, he acabado aquí.

La necesidad que me acucia por dentro se transforma en

curiosidad.

—¿En qué tienes que pensar que no puedes hacerlo en casa? —Doy un paso hacia ella—. ¿Necesitas confesarte?

Se echa a reír y el sonido de su risa hace que se me tense el pecho.

—Según usted, probablemente. —Ahora es ella la que se acerca—. La verdad es que llevo todo el día dándole vueltas a si debería venir a verlo para darle las gracias.

Sigue avanzando hasta que está a pocos centímetros de mí, con el cuello estirado y la mirada verde entre las pestañas tupidas, como un cervatillo inocente que se echa a los pies del depredador.

La sangre me corre hacia la polla y la presión contra los pantalones se vuelve incómoda.

La guerra estalla dentro de mí. Como siempre que la tengo cerca.

—Pues dame las gracias —ordeno.

Se muerde el labio inferior y me mira, y la necesidad de inclinarme y besarla es tan imperiosa que se me encoge el estómago.

—Sé que fue usted quien pidió que incluyeran a Quin en el festival —dice.

—*Oui.*

Vuelve a moverse. El olor a vainilla me enturbia los sentidos y me envuelve hasta que casi pierdo el equilibrio.

Noto cómo me palpita la polla y tengo que meterme las manos en los bolsillos para no agarrar a Amaya por los brazos y atraerla hacia mí para sentir su calor en la piel. El tic de la mandíbula se activa cuando entreabre la boca, cuando el pecho se le mueve al ritmo de la respiración acelerada.

Mierda.

—Habría hecho lo mismo por cualquier niño —consigo decir, aunque no hay nada más lejos de la verdad.

Las palabras dan resultado. Se le despeja la mirada y abre más los ojos al tiempo que da un largo paso atrás.

—Claro —dice, y se pasa la mano por el pelo ondulado—. Bueno, me tengo que ir a casa. Solo era para…

No respondo. Permito que pase junto a mí y vuelva hasta la puerta.

—Amaya —la detengo justo cuando va a salir.

«Vuelve aquí. Deja que te pruebe. Que te saboree. Que acabe contigo».

—Ven a misa el domingo.

Alza una comisura de la boca y me mira a los ojos una fracción de segundo antes de marcharse.

CAPÍTULO 16

Amaya

No sé por qué he vuelto aquí.

Anoche me resultó fácil justificar la visita a la casa del padre Cade; no podía quitarme de la cabeza lo que me había dicho la directora Lee: que había hecho que incluyeran a Quinten en la obra. Le estuve dando vueltas el resto de la noche y todo el día siguiente. Lo tuve en la mente en cada número que bailé en la Capilla, hasta que me sentí tan desquiciada que tuve que ir a verlo. Necesitaba darle las gracias, decirle lo agradecida que estaba de su llegada. Así que, al salir de la Capilla, en lugar de ir en el autobús hasta casa, me bajé dos paradas antes y me dirigí hacia los peldaños de piedra de Notre Dame. La indecisión se apoderó de mí. Los ojos de piedra de las gárgolas de la entrada me asustaron y lo que hice fue rodear el edificio para probar primero en las dos casitas de la parte trasera del templo.

La verdad era que no esperaba que abriera la puerta. Eran las tres de la mañana y cualquier persona normal estaría durmiendo. «Y cualquier persona normal no andaría por ahí llamando a la puerta de nadie».

Hoy no tengo excusa.

Y aquí está otra vez. Me abre la puerta vestido con unos pantalones grises deportivos y una camiseta negra. No parece para

nada un sacerdote, lo que parece es una estatua hecha por los propios dioses.

El corazón se me acelera al verlo apoyado en la jamba de la puerta, con las manos en los bolsillos, y me reprocho haber sido tan débil como para regresar. Me hace sentir cosas, y sé muy bien que no puedo permitirme nada que amenace con hacerme perder el control.

Pero resulta agradable que haya alguien que no me mire con desprecio ni piense que soy la razón de que ocurra cualquier desgracia.

—*Salut, petite pécheresse*. Qué pronto has vuelto.

Noto mariposas en el estómago al oír el apodo. He estado a punto de buscarlo en internet por pura curiosidad, pero me he contenido. Es mejor no saber qué significa. ¿Y si es algo bonito? O, peor aún, ¿y si no lo es?

Mira la oscuridad tras de mí antes de posar los ojos de nuevo en los míos. ¿Acaso tiene miedo de que alguien nos vea? Puede que esté prohibido que entre en su casa. Igual es una norma que le estoy obligando a romper. La culpa empieza a asomar la cabeza.

Me hace un ademán para que pase, igual que la otra vez, y aparto a un lado mis pensamientos.

Vivo en el presente. Ya me preocuparé mañana por eso.

Atravieso la puerta y estudio el reducido espacio. Anoche estaba tan nerviosa por el hecho de haber ido a la casa del padre Cade que no me fijé demasiado. Pero esta noche puedo absorber cada detalle. Hay una chimenea encendida en el rincón derecho de la sala de estar, rodeada de estanterías, y ante ella se ve un sillón reclinable de buen tamaño y una mesita auxiliar con un libro abierto boca abajo. La mayor parte del espacio lo ocupa un sofá grande tapizado de un gastado tejido a cuadros. Hay una mesa pequeña ovalada con un

jarrón de flores blancas en el centro. En la pared se ve colgada una televisión, pero está apagada y refleja las llamas de la chimenea.

La cocina está a la izquierda, con una pequeña isla móvil en el centro pintada de verde bosque, y veo encima una tabla de picar. Sobre el fogón hay un hervidor, y del grifo cuelga un trapo de cocina también verde.

Es muy… diferente de lo que esperaba. Muy normal. La verdad es que nunca me había parado a pensar cómo viven los sacerdotes, ni que tienen una vida aparte del trabajo. Porque, al fin y al cabo, lo suyo es eso, ¿no?, un trabajo como cualquier otro.

—¿Una taza de té? —me pregunta Cade, que ya está cruzando la pequeña sala en dirección a la cocina.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—Sí, gracias.

Tal vez debería ir detrás de él, pero me quedo en la sala y voy hacia los libros de las estanterías cercanas a la chimenea. Inclino la cabeza para leer los títulos.

Frankenstein.

Mediojuego. Viajes alquímicos.

Tratado sobre el arte de la alquimia.

De pronto, noto un cosquilleo que me recorre la espalda. El aliento de Cade en la nuca.

—¿Alguno que te interese?

Tiene la voz grave, ronca, y hace que se me erice el vello de los brazos.

—La alquimia es un tema interesante para un sacerdote.

Asiente. Tiene un tic en la mandíbula.

—Me gusta conocer todas las prácticas. Así, mi fe está bien asentada.

Me doy la vuelta y me permito sonreír al tiempo que acepto la

taza de té que me tiende.

—No sé, no me esperaba que su casa fuera así.

Un mechón de pelo negro le cae sobre la frente y, cuando se lo echa hacia atrás, me conmociona de nuevo lo atractivo que es este hombre sin tan siquiera intentarlo.

Me pregunto, y no por primera vez esta noche, qué demonios hago aquí, y luego me calmo al recordar que hay un límite que no puede cruzarse. El padre Cade me hace perder el control, pero entre nosotros no puede haber nada. Y no lo habrá.

Así que no importa que me ponga los músculos en tensión, que haga que se me acelere el corazón. Es un sacerdote, ha hecho votos de castidad y está casado con la Iglesia. Además, ni siquiera estoy segura de que me guste de verdad, de que me sienta a salvo con él. Es tan inaccesible que bajo las defensas y no hago caso de cómo me afecta.

Su voto de castidad es una red de seguridad para mí.

—¿Y cómo esperabas que fuera? —pregunta.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Empiezo a pensar que, con usted, no debería imaginar nada.

El mechón le vuelve a caer sobre la cara y, sin poder contenerme, extiendo la mano para apartárselo.

Se estremece de manera casi violenta y hace una mueca antes de que se le escape de los labios un siseo. Se ha puesto rígido. Aparto la mano al instante.

—Lo siento. ¿Se encuentra bien?

Se ríe, pero el sonido suena forzado.

—Es mejor que no nos toquemos.

—¿Por qué?

Se le oscurecen los ojos y un rayo de calor me recorre el cuerpo y se me instala entre las piernas.

—Creo que sabes muy bien por qué.

Se me seca la boca y asiento. Es verdad, lo sé. Sus palabras desintegran una pequeña parte de la red de seguridad. Había dado por hecho que estos sentimientos solo los albergaba yo.

He debido de distraerme unos momentos porque, cuando me quiero dar cuenta, se ha vuelto hacia mí y me está alisando las arrugas de la frente con los dedos. Después de decir que no deberíamos tocarnos.

Después de que yo haya asentido.

—Eres demasiado bella para tener esa cara tan triste, Amaya.

Se me tensa todo por dentro.

—Eso me lo tiene que decir porque es sacerdote.

Niega con la cabeza y se acerca un paso para ponerme la mano en la mejilla. Y el corazón se me precipita por el abismo que ha estado bordeando.

—*Non*—susurra—. No debería decírtelas porque soy sacerdote.

Se me corta la respiración al mirarlo a la cara, al mirarle los labios, luego de nuevo a los ojos.

Quiero que me bese. Sé que es imposible, que está mal, pero…

«Quiero que me bese».

Carraspea para aclararse la garganta, retrocede un paso, me quita de la mano la taza todavía llena y se vuelve para dejarla sobre la mesita de café.

—Es tarde —dice.

La decepción me hace un nudo en el pecho, denso como una piedra, pero también con una buena dosis de alivio.

—Sí, lo… lo siento mucho. Siento haberlo molestado, padre.

Utilizo el título para recordarme quién es. Lo que es.

—Cade —replica con tono brusco.

—¿Qué?

Suspira y se pasa los dedos por el pelo revuelto.

—Cuando estemos a solas, puedes llamarme Cade.

Llamarlo Cade me parece muy personal, y eso me da miedo.

Pero hago caso omiso de las alarmas que me resuenan en la cabeza y asiento muy despacio.

—De acuerdo, Cade.

—A mí lo que me sorprende es que quieras que Quin participe de alguna forma en ese festival —comenta Dalia al día siguiente con la nariz arrugada.

Alzo la vista, desconcertada ante tal afirmación, mientras escurro los macarrones.

—¿Qué? ¿Por qué no iba a querer que participara?

Voy hacia el fregadero, abro el paquete de aluminio del queso y lo vierto en la cazuela caliente antes de volver a echar los macarrones y remover bien.

—¡Quin! —grito—. ¡A cenar!

El sonido de sus pisadas se acerca por el pasillo y Quinten se asoma por la puerta de la cocina.

—Acaba primero esto y luego a cenar —dice.

—Vale —asiento.

No sé qué es «esto», pero le gusta negociar, y por lo general acepto las condiciones porque quiero que se sienta autónomo. Me sonríe con una expresión que me llena el pecho de calidez. Luego se va a su cuarto a terminar lo que sea que lo tiene tan ocupado y me vuelvo a concentrar en Dalia.

—Amaya, cielo, que es el Festival de los «Locos» —sigue—. Me parece una auténtica mierda.

—Sí, bueno, ya —respondo—. No es que me guste mucho el nombre, pero ¿qué quieres que haga? ¿Prohibir que Quin participe

para demostrar mis principios?

Me siento culpable, pero me molesta que Dalia me hable como si no hubiera invertido horas en pensar sobre todo lo que afecta a Quinten.

Meneo negativamente la cabeza mientras mezclo bien los macarrones con el queso para que no se enfríen.

—Impedir que participara solo contribuiría a aislarnos más.

—Si no lo intentas, no lo sabrás.

Suelto de golpe la cuchara de madera y la encimera se llena de salpicaduras anaranjadas.

—Es que ya lo he intentado. ¿Qué te crees, que no hago nada? El primer año, cuando se fue mi madre, asistí a la reunión del consejo para pedirles que cambiaran el nombre del festival. —Me vuelvo hacia ella con los brazos cruzados—. Y, por si te interesa, me dijeron que es una fiesta popular y que siempre se ha llamado así, que no me lo tenía que tomar como algo personal. Y volví al año siguiente, y al siguiente, y al puto año siguiente.

—Ah… —dice Dalia.

—Sí, ah. Y vete a la mierda, Dalia, tú y tus suposiciones.

—Vale, perdona, lo siento. Es que… —Suspira y se frota la cara—. También es mi peque, ¿vale? No soporto pensar que algo le pueda hacer daño.

La empatía aplaca mi ira.

—Claro.

Dalia clava la vista en la pared.

—Me preocupa que algún día piense en todo esto y crea que no hicimos nada porque no nos pareció mal.

Cojo un plato hondo del armario, lo lleno de pasta y lo dejo en la mesa. Me siento frente a ella y le cojo la mano.

—Lo entiendo, de verdad. Lo entiendo. Pero solo podemos

protegerlo hasta cierto punto, habrá cosas que no podamos ahorrarle. A veces resulta doloroso cuando te das cuenta de que los demás no lo entienden o… o que no les importa. Y es una mierda. —La emoción hace que se me forme un nudo en la garganta y las lágrimas me escuecen en los ojos—. Es una mierda saber que es el mejor chaval del mundo y que no puedes protegerlo de la maldad de los demás.

Asiente.

—Pero me tiene a mí. —Me encojo de hombros—. Y ahora también te tiene a ti. Y él lo sabe, Dalia. Sabe que haríamos cualquier cosa para verlo sonreír. Quiero pensar que algún día contará con más personas que lo apoyen. No todo el mundo puede ser tan desagradable como la gente de Festivalé.

Dalia sorbe por la nariz y se seca una lágrima que se le ha escapado.

—Tienes razón. Soy una sentimental.

Me echo a reír y le aprieto la mano.

—¿Y tú crees que quiere participar en la obra? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Cuando se lo dije, pareció muy contento. ¡Quin! —grito de nuevo.

Me levanto y voy a su habitación. Está con el iPad, moviendo el dedo frenético sobre la aplicación con la que juega, sea la que sea.

—Es hora de cenar, peque. Tráete la tableta.

Se dirige hacia la cocina sin levantar la vista de la pantalla, se sube a la silla y coge el tenedor para pinchar un macarrón y metérselo en la boca antes de seguir jugando. Lo observo comer los macarrones de uno en uno, con cuidado para que no se le caiga ninguno y procurando no rozarlos con los dedos.

Siento una opresión en el pecho tras la conversación con Dalia,

pero el amor que me invade cuando miro a Quinten eclipsa todas las dificultades del mundo.

—Quin, ¿estás contento con lo de la obra? —le pregunta Dalia.

—¿Sí o no? —dice, y empieza a sacudir las piernas con violencia. Si estuviera de pie, estaría dando saltos en el sitio.

—¿Sí o no? —repite Dalia a modo de pregunta.

—¡Sí! —grita él.

Miro a mi amiga con una sonrisa de oreja a oreja que significa «¿Ves? Te lo había dicho».

La alarma del teléfono suena y me levanto.

—Tengo que irme.

Esta noche trabajo, y solo faltan veinte minutos para que pase el siguiente autobús.

Dalia me despide con un gesto.

—Claro, tranquila. Aquí está todo bajo control.

CAPÍTULO 17

Amaya

Andrew Gleeson es mi mejor cliente habitual.

También es el más molesto.

Viene cuatro o cinco veces por semana y gasta mucho dinero, pero se le van un poco las manos. Se lo paso porque, cuando le doy un manotazo y le digo que respete las normas, me obedece.

Pero esta noche, antes de que empiece todo, me doy cuenta de que algo falla. Tiene un brillo diferente en los ojos y las pupilas dilatadas como si hubiera esnifado cocaína. No hago caso porque necesito el dinero y, como he dicho, me obedece… por lo general. Así que, cuando se pone molesto mientras actúo en el escenario y parece nervioso cuando me reúno con él en la sala privada, dejo a un lado la sensación y me recuerdo a mí misma que es inofensivo.

La música retumba en los altavoces; el bajo seductor me vibra por dentro mientras me meto en el papel de Esmeralda como suelo hacer, y voy hacia él para hacer mi número. Solo que, cuando me siento en su regazo y noto la erección contra mi cuerpo, sigo siendo yo. Mi *alter ego* no se ha presentado, se ha esfumado como un fantasma en el viento.

«Es un problema».

Trato de fingir para sacarlo adelante, repito los movimientos

habituales, aunque tengo la mente en otra cosa, en mil cosas diferentes. Pero Andrew se da cuenta casi de inmediato.

—¿Qué pasa? —me espeta.

Niego con la cabeza, le sonrío y le rodeo los hombros con los brazos al tiempo que muevo las caderas haciendo ochos en su regazo.

—Nada, guapo.

No es la primera vez que me cuesta meterme en el papel de Esmeralda, pero nunca me ha pasado con alguien como Andrew, un baboso prepotente que debería estar en casa con su mujer, no pagándome para que me frote contra su polla hasta que se corre con los pantalones puestos.

Siempre he conseguido bailar de manera satisfactoria y el dinero que gano por ello me ha hecho sentir bien. Pero esta noche las manos de Andrew son como babas en mis costados.

Y eso es culpa suya, no mía.

—Nada de tocar —le digo al tiempo que me levanto de su regazo y me doblo por la cintura para poner algo de espacio entre nosotros sin parar de bailar.

—Vuelve aquí ahora mismo.

Su tono de voz me alarma y aprieto los dientes. Nunca ha sido tan brusco conmigo, pero obedezco porque quiero que se calme y terminar de una vez. Me doy la vuelta y me siento en su regazo mirándole a los ojos turbios.

«Va puesto, seguro».

Me agarra por las caderas y me embiste entre las piernas con tanta fuerza que me hace daño.

—¡Joder, Andrew, que pares! —Mi voz es firme y me detengo por completo.

—Pues muévete tú, Esmeralda, que pareces un puto robot.

Sé lo que debería hacer, lo más inteligente. Debería darle una bofetada y llamar a Benny, el portero, para que saque la basura. Pero recuerdo a Parker y lo que me dijo que pasaría si volvía a faltarme dinero a la hora de pagarle, cierro los ojos y me trago las ganas de salir corriendo.

Dejo vagar la mente y, cuando en la imaginación se me aparece el rostro del padre Cade, tengo que contener una exclamación ante la repentina oleada de calor. Me aferro a su imagen, aunque sé que hago mal, y, de repente, cuando muevo las caderas, es como si estuviera en su regazo, y cuando noto una mano que me toca, son sus dedos los que me rozan la carne.

La tela del tanga se moja con los fluidos de la excitación; noto que el clítoris se me hincha mientras me froto y lo duro que está cuando me muevo justo como deseo contra su polla dura.

«Joder».

Cierro los ojos con fuerza y disfruto de la sensación de entregarme, de permitirme sentir.

De ser el motivo de que rompa los votos.

Unas manos fuertes me agarran los pechos, me tocan el colgante de la esmeralda falsa que llevo cuando adopto mi papel y se me escapa un gemido, muevo las caderas más deprisa contra su erección para frotarme el punto exacto. Los aguijonazos de placer se me clavan entre las piernas, y oigo un gruñido gutural delante de mí.

—La leche, Esmeralda. Ya sabía yo que querías. Estás mojada, nena.

Abro los ojos de golpe y me levanto. La realidad me cae encima hasta que me siento atrapada bajo sus escombros.

Las manos de Andrew me agarran por la cintura con fuerza; los dedos regordetes se me clavan en la piel hasta hacerme daño.

—¿A dónde vas?

—La canción se ha terminado, Andrew. —Me libro de él—. Tengo que marcharme.

Consigo dirigirle una sonrisa, me inclino para darle un beso rápido en la mejilla y corro hacia la puerta sin siquiera acordarme de coger el dinero que me debe.

Jamás, jamás me había excitado de esa manera trabajando. Para mí, mi trabajo no tiene nada que ver con el placer sexual. Es una manera de ganar dinero y de recuperar el control de mi sexualidad, el que me arrebataron cuando acababa de cumplir diecinueve años.

Me preocupa enormemente haber tenido una fantasía sexual con el padre Cade.

«Esto es ridículo».

Todavía me lo estoy reprochando veinte minutos más tarde cuando salgo a toda prisa por la puerta trasera del club, desesperada por llegar a casa y acurrucarme bajo las mantas y fingir que esta noche no ha pasado nada.

Por lo general, suele haber un portero, pero no lo veo mientras bajo a toda prisa por los peldaños y hago un cálculo mental de lo que tendré que esperar en la parada antes de que pase el próximo autobús. Tal vez por eso no oigo las pisadas que me siguen hasta que alguien me agarra el brazo con fuerza y tira de mí hacia un cuerpo duro.

Se me corta la respiración.

—Te has olvidado del dinero —me jadea Andrew al oído.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza. El miedo me perfora como una aguja.

—Ah, ¿sí?

El corazón me golpea las costillas, me dice a gritos que me vaya a toda prisa y le hago caso. Trato de librarme de él para marcharme, pero me agarra con más fuerza y me arrastra de vuelta al callejón

de la parte trasera del club para empujarme contra una pared del edificio.

—No escapes, nena —me susurra mientras me embiste con las caderas y me presiona contra el muro—. Termina lo que has empezado. Te gusta. No me digas que no te gusta.

—No, Andrew, es un trabajo.

Forcejeo con él con los nervios en la boca del estómago y la adrenalina corriéndome por las venas. Vuelvo a ver a Parker cuando entró en nuestro apartamento a plena luz del día como si estuviera en su casa, la bofetada que le di cuando me preguntó por enésima vez dónde estaba mi madre. Su manera de agarrarme por el cuello, de tirarme sobre el sofá. Sus manos carnosas arrancándome la ropa mientras me juraba que iba a dar con ella. Y que, hasta que volviera, me correspondía a mí pagarle.

Como le dije que no pensaba hacerlo, me hizo aún más daño.

—¡Para mí solo es un trabajo! —le grito a Andrew—. ¡Para!

—No mientas, joder.

Me clava contra la pared y me araño la mejilla contra la superficie irregular.

Se oye un crujido junto al contenedor de basura, al final del callejón, tan estrepitoso que los dos pegamos un salto y Andrew afloja la presa. Aprovecho la oportunidad, le doy un codazo en el vientre, me escabullo por debajo de sus brazos y echo a correr.

No me paro, no miro atrás, solo aminoro la velocidad cuando llego a la parada del autobús, donde ya hay gente esperando. Entre la gente me siento más segura.

Solo cuando vuelvo la cabeza y no veo a Andrew, me relajo. Apoyo las manos en las rodillas con los pulmones en llamas por el ejercicio violento y todos los nervios de punta por la conmoción. Me tiemblan las manos y la boca se me llena de ácido. He de cerrar los

ojos para no vomitar.

El autobús aún tarda diez minutos, y necesito cada segundo de ese tiempo para calmarme. Para convencerme de que todo va bien, de que estoy reaccionando de manera excesiva. De que, si hablo con Phillip, mi jefe, le prohibirá la entrada en el club a Andrew y todo volverá a ser como antes.

Cuando llego a casa, ya he conseguido apartar de mi mente la experiencia; no quiero que Dalia se dé cuenta de que algo va mal. Por suerte, no está despierta, así que entro con todo el sigilo posible y cierro la puerta en cuanto estoy en mi dormitorio.

Y ahí me quedo el resto de la noche. En mi cama, entre las mantas, fingiendo que sigo despierta porque quiero.

CAPÍTULO 18

Cade

Cuando era niño, me dominaba una rabia incontrolable. Estallaba dentro de mí como un huracán, me prendía fuego a todos los nervios y sembraba el caos en mi interior.

Estaba furioso.

Furioso con mis padres, fueran quienes fueran, por abandonarme nada más nacer.

Furioso porque me habían tirado a un vertedero, como si fuera tan fácil arrebatar el don de la vida.

Furioso con los que me encontraron y me dejaron en aquel espantoso orfanato y no en cualquier otro sitio.

Y furioso con el mundo por no proporcionarme a nadie que se preocupara por mí cuando escapé de ese lugar horrible a los siete años.

Solo en el seminario aprendí a compartimentar. A desmenuzar las cosas, a analizarlas y luego volver a armarlas en un molde diferente. Descubrí que, si ponía toda mi fe en Dios, Él no permitiría que fuera por el mal camino.

Porque Él me ama. Y me perdona.

La razón se me hizo evidente una noche, mientras rezaba, lleno de cicatrices por dentro, cuando me pregunté «¿Por qué?». Y oí con

toda claridad su voz, su respuesta.

Fue una epifanía. Descubrí que todo el dolor, toda la injusticia del mundo, habían recaído sobre mí porque era su leal soldado: estaba en el mundo para experimentar lo peor de lo peor y salir de ello aún más fuerte. Para reconocerlo en mí mismo y así ayudar a otros a sanar. No me costó emprender ese camino y, durante un tiempo, pensé que me había curado.

Pero entonces otra voz empezó a sonar en mi mente y me convenció de que no bastaba con sanar a la gente. Una necesidad pútrida, violenta, me creció por dentro como si nunca me hubiera abandonado; y, cuando salí a dar un paseo nocturno para tratar de aplacarla, lo que sucedió fue que tomó las riendas.

Fue la primera vez que maté a un hombre.

La sensación fue increíble. Racionalicé la culpa mientras lo hacía y la voz me dijo que era nuestro deber. Que aquel hombre estaba enfermo, lleno de demonios, igual que yo cuando era niño.

«Llevas dentro una enfermedad, niño. Y Dios quiere que te la saque a golpes».

La voz de la hermana Agnes sonó dentro de mi cabeza y me dijo que estaba haciendo bien.

Que era lo correcto.

Solo cuando la adrenalina se disolvió, junto con la excitación de tener en mis manos la vida de otra persona, volví a sentir el pozo infinito de la verdad.

«La enfermedad sigue dentro de mí».

Así que volví a casa y me la saqué a golpes.

El ciclo se ha seguido repitiendo, pero nada, ni un solo momento de esa ira, se compara con la furia que me ha invadido al ver a otro hombre tocar a Amaya en las salas privadas de la Capilla… y a ella disfrutarlo.

Han tenido suerte de que ella haya recuperado la cordura antes de que me diera tiempo a arrancar la cortina, ir hasta donde estaba ese tipo y sacarle los ojos de las órbitas. Sigo temblando de ira ahora, mientras la espero en el callejón de la parte de atrás.

Me pellizco el puente de la nariz y vuelvo a ver sus ojos cerrados, los labios entreabiertos, la respiración agitada por la excitación, y siento la llamarada de los celos dentro de mí.

Unas pisadas resuenan en la gravilla, sobre el hielo derretido. Alguien se acerca. Enderezo la espalda. Estoy apoyado en la pared, tras el contenedor verde de basura.

El olor es repugnante, pero hago caso omiso.

Y de pronto veo a ese bastardo, junto al edificio, vigilando la entrada de empleados como un perro a la espera de su amo.

Aprieto los dientes.

«¿La está esperando?».

El muy miserable no debería respirar el mismo aire que ella, y menos aún tocarla. No puede ser mía, pero no por eso va a ser de otro.

Respiro hondo, trato de controlarme, de justificar por qué tengo que quitarle la vida, trato de encontrar un motivo que no sea que ha tocado lo que a mí me gustaría tener. No puedo arrebatar una vida por motivos egoístas.

«Está casado», razono conmigo mismo. Eso salta a la vista por el anillo de oro que lleva en el dedo. Y el adulterio es pecado.

La rectitud moral me caldea las venas mientras estiro la espalda y flexiono los dedos, y clavo la vista en el objetivo.

Tengo que librar a este hombre de sus demonios.

Antes de que me dé tiempo a hacer nada, Amaya sale a toda prisa por la puerta trasera, y se me va la mano al corazón al verla. La opresión del pecho se transforma en indignación cuando veo que el

hombre se adelanta, que la vuelve a agarrar con sus sucios dedos y la atrae hacia él como si se mereciera su calor.

La empuja hacia el muro de cemento y luego la arrastra más allá, obligándola a doblar la esquina, de forma que quedan fuera del objetivo de las cámaras de seguridad que vigilan el aparcamiento. La quemazón de mi pecho se convierte en un incendio arrasador.

No llevo armas encima. Nunca llevo armas. Parte de la satisfacción viene de experimentar cómo se rompen los huesos, cómo crujen los cartílagos entre mis manos. De «sentir» cómo los demonios se separan del alma y huyen de vuelta al infierno, con el diablo.

Pero en este momento me temo que el diablo soy yo.

Doy un puñetazo en un lado del contenedor verde; el sonido retumba en el callejón. De pronto, me encuentro caminando hacia ellos sin poder detenerme, lo veo todo rojo, la envidia me clava las zarpas en la piel.

Estoy tan concentrado en mi objetivo que casi no me doy cuenta de que Amaya escapa de su presa y se aleja corriendo.

El hombre se dispone a seguirla, pero llego junto a él, lo agarro por la parte trasera del cuello con la mano enguantada y le doy un tirón, de manera que de pronto es su cuerpo regordete el que queda contra la pared de ladrillo.

—¿Qué cojones…? —chilla.

Al momento, empieza a forcejear y las heridas apenas curadas de la espalda se me abren; pero el latigazo de dolor me motiva todavía más.

«Él es misericordioso».

Le presiono la tráquea con el antebrazo al tiempo que chisto para que se calle.

—Chisss, *mort vivant* —susurro mientras voy aumentando la presión en su garganta.

Bajo la otra mano y le agarro la polla asquerosa, rabioso de que se haya puesto dura por ella. Ha estado tan cerca de su coñito dulce y pecador, ese que me muero por probar… Se la retuerzo y trato de arrancársela hasta que se pone rojo y abre la boca en un grito silencioso. Supongo que no sería tan silencioso si no tuviera las cuerdas vocales comprimidas por la presión que ejerzo sobre él con el brazo, que le corta la respiración.

—Dime, ¿rezas todos los días? —Mi voz es grave, sedosa. Le suelto la polla y le doy unos cachetes en la mejilla—. *Non*, no importa —sigo—. Quiero que sepas una cosa. —Me inclino hacia él y le pongo los labios junto a la oreja al tiempo que sigue tratando de escabullirse—. Esta noche vas a morir.

En cuanto le suelto el cuello, cae al suelo y se lleva las manos a la entrepierna retorciéndose de dolor. Mi sombra se cierne sobre él; solo una farola de luz amarilla y titubeante ilumina su miedo.

—N-no…, por favor… —tartamudea.

La súplica me hace sonreír, pero necesito que siga en silencio. Me llevo la mano al cuello, me quito la larga bufanda y se la meto en la boca hasta que la tela le provoca arcadas. Deja escapar un gruñido amortiguado y me acuclillo con una rodilla contra su esternón, los faldones del abrigo barren el cemento mojado del suelo. Le agarro una mano entre las mías y le doblo la muñeca, de manera que no puede moverse.

—Tengo celos de tus manos —digo, y pongo la palma contra la suya como si tratara de robarle de la piel el recuerdo de la de Amaya —. No me gusta la envidia. Es una emoción desagradable.

Le doblo el índice hacia atrás bruscamente hasta que el chasquido del hueso reverbera contra las paredes de ladrillo.

Grita, pero el sonido apenas se oye tras la mordaza improvisada.

—Si dejas de resistirte, esto será más rápido —susurro, y cargo

sobre él todo el peso del cuerpo al tiempo que le estiro el dedo corazón y repito el movimiento. Un torrente de satisfacción me corre por las venas con el sonido de los huesos rotos.

Otro grito ahogado.

Pero me llega un sonido diferente, desde un lugar que está lo suficientemente cerca como para preocuparme. Voces, risas.

Suspiro, miro a mi víctima y la decepción se mezcla con la adrenalina cuando me doy cuenta de que voy a tener que terminar más deprisa de lo que me gustaría. Por lo general, habría buscado un lugar más íntimo para nosotros, pero esta vez estoy matando motivado por la pasión, y eso me ha vuelto descuidado.

Le suelto los dedos torcidos y la mano le cae inerte al suelo. Tiene los ojos inyectados de sangre, las lágrimas le corren por la mejilla para acabar en el suelo de cemento. Chasqueo la lengua.

—No te mereces una muerte rápida.

Me inclino sobre él, le saco la bufanda de la boca y se la enrosco al cuello. Cruzo los extremos, uno en cada mano, y tiro, y me sumerjo en su manera de agitarse, de sacudirse debajo de mí mientras la tela suave lo estrangula. Abre mucho la boca, se le salen los ojos de las órbitas.

Los sonidos que emite incapaz de respirar y su cara al comprender que son sus últimos momentos me ponen la polla dura y hacen que un cosquilleo de placer me recorra la espalda.

Arrebatar una vida tiene algo de erótico.

Y, luego, se queda en silencio. El cuerpo cae inerte hasta quedar boca arriba, inmóvil en el suelo frío y húmedo.

No basta para calmar los celos de que haya tenido a Amaya en su regazo, pero me tendré que conformar.

Me levanto, me sacudo las rodilleras de los pantalones y me abrocho el abrigo. Noto una humedad que me resbala por la

espalda, allí donde las heridas de los latigazos más recientes se han vuelto a abrir, pero no les hago caso. Estarán mucho peor antes de que termine la noche.

No me molesto en limpiar el cadáver de huellas; lo tiro al gigantesco contenedor y lo dejo allí para que se pudra, que es lo que se merece.

Cuando vuelvo a Festivalé, se me pasa por la cabeza ir al apartamento de Amaya para estrangularla como acabo de hacer con ese tipo. No es justo que siga viviendo tras torturarme así.

Pero empiezo a darme cuenta de que, cuando se trata de ella, soy débil. Y no sé si seré capaz de matarla.

CAPÍTULO 19

Amaya

—¿Te lo has pasado bien con la señorita Gabby? —dice Quinten cuando sale de la consulta de su terapeuta ocupacional dando saltitos—. Yo me lo he pasado bien.

Gabby se me acerca. Tiene los ojos ambarinos muy brillantes. Las dos nos quedamos mirando a Quin, que avanza por el pasillo dando saltitos.

—Hoy ha estado muy bien. Hemos trabajado la conciencia espacial con las bandas elásticas y le ha encantado.

Arqueo las cejas.

—¿Cuántas veces ha intentado salir?

La sonrisa se le acentúa.

—Solo unas pocas.

Guardo el teléfono en el bolso y saco las llaves del coche de Dalia. Por suerte, me lo ha prestado hoy, así que no hay que caminar por el barrizal de nieve derretida para llegar a la estación de autobuses. Quiero marcharme antes de que salga Abby, la propietaria de Terapia Manos y Corazones, que es donde nos encontramos, y me pregunte si he recibido sus mensajes.

—Oye, ¿has hablado con Abby? —me pregunta Gabby.

El corazón me da un vuelco.

—No.

—Ya. Es que tiene que comentarte no sé qué del seguro. No será nada. Ha habido una confusión sobre la cobertura de Quin.

Pongo los ojos en blanco y la misma cara que de costumbre, como si fuera una simple confusión. El tratamiento de Quinten es una losa financiera para mí, y no siempre puedo pagar las facturas. El seguro cubre la mayor parte, pero siempre me critican que no lo lleve a terapia ABA.

Pero es que la terapia ABA no le funciona. La terapia ocupacional, con juegos, sí.

El seguro es una estafa diseñada para joderme la vida, pero sé que hay que pagarlo. «Y lo pagaré», me consuelo. Ya me siento suficientemente culpable por poder traerlo solo dos veces por semana, pero es que no doy abasto con los copagos.

La ira me vibra bajo la piel cuando me imagino todo lo que podría hacer si no fuera por el puto Parker.

El teléfono empieza a vibrar justo cuando Quinten corre hacia mí y me agarra por la manga.

—¿Listo para volver a casa? —me pregunta.

—Vamos, peque. —Sonrío a Gabby y me guardo el teléfono en el bolsillo—. Hasta la semana que viene.

Me despide con un gesto de la mano y sigo a Quinten por el pasillo alfombrado mientras corre y salta hacia la salida.

El teléfono vuelve a vibrar, pero no lo cojo porque no quiero que Quin tropiece y tampoco quiero resbalar yo y tirarlo, y eso que han echado sal en las aceras, de manera que hago caso omiso. Seguro que es Dalia, que quiere saber cómo nos va, y la vamos a ver en un momento.

O puede que sea Parker, y desde luego no quiero hablar con él ahora mismo.

Le abrocho el cinturón a Quinten, le pongo los auriculares y la música y arranco en medio de un silencio que me permite dar vueltas a los pensamientos en la cabeza. Han pasado unos días y no he vuelto a trabajar. Le he puesto excusas a mi jefe, le he dicho que estoy enferma, pero Gabby me ha mencionado el problema del seguro y eso me recuerda que no puedo permitirme no llevar dinero a casa cada noche.

Pero es que… cada vez que pienso en volver me imagino a Andrew con ganas de acabar lo que empezó.

El teléfono vuelve a sonar, vibra en el salpicadero, justo cuando aparco en una plaza vacía delante del apartamento.

Casi no he hecho más que meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abre de golpe. Dalia me mira con los ojos llenos de angustia.

—¿Dónde leches te habías metido?

Se me cae el alma a los pies al verle la cara.

—Estaba con Quin, en terapia. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Quinten viene a saltitos y pasa entre Dalia y yo para correr hacia la sala. Ella ni lo mira, y empiezo a preocuparme de verdad.

—He intentado hablar contigo. Te he estado llamando, Amaya, por Dios.

Me agarra por el brazo con fuerza.

—¿Señorita Paquette?

La voz llega desde detrás de ella. Suspira, se aparta a un lado y veo a dos hombres de pie, en la cocina.

La aparto y entro en la casa. De inmediato, busco a Quinten con los ojos. Está en la sala y mira de reojo a los dos desconocidos, pero mantiene la distancia.

—¿Señorita Paquette? —repite el hombre de la derecha.

—¿Qué pasa? —No me gusta que cualquiera entre en nuestro

apartamento, en el lugar donde estamos a salvo.

—Soy el detective Fuller, este es el detective Allan —responde el mismo hombre al tiempo que señala a su compañero—. Queríamos hablar un momento con usted, si no le importa.

Cruzo los brazos y miro a Quinten, luego a Dalia, antes de indicarle con un movimiento de la cabeza que vaya con él y lo distraiga. Ella asiente y se muerde el labio antes de ponerse en marcha. Yo voy hacia los detectives con una sensación pesada en el estómago y en la garganta.

«¿Esto es sobre mi madre? Qué tontería. Han pasado años».

—Claro —digo al final. Abro la nevera para coger la leche y empiezo a preparar café—. ¿Les apetece un café?

El detective Fuller sonríe y sacude la cabeza con una sonrisa tensa en los labios finos.

—No le vamos a robar mucho tiempo.

Asiento, cojo el café molido y pongo unas cucharadas en el filtro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

El detective Allan me clava los ojos azules e interviene por primera vez. Tiene el pelo cortado a navaja y una voz a juego.

—¿Dónde estaba hace tres noches, alrededor de las dos menos cuarto de la madrugada?

Me detengo en seco y arrugo el entrecejo.

«¿Qué leches pasa aquí?».

—Pues… trabajando, me imagino.

El detective Fuller frunce el ceño de manera que se le marcan todavía más las arrugas en torno a la boca.

—¿En la Capilla?

Se me para un segundo el corazón. Esto empieza a ser demasiado indiscreto. Estos hombres no son de Festivalé, o al menos yo no los he visto nunca, pero si saben dónde trabajo eso quiere decir que

otros también pueden saberlo.

La sola idea hace que el corazón me dé un vuelco.

—Así es —confirmo.

—¿Y a qué hora diría que salió del trabajo?

Me giro hacia ellos y me apoyo en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No sabría decirle. Creo que llegué a casa sobre las tres. Fue una noche frenética.

El detective Allan arquea una ceja y se rasca la incipiente barba entrecana.

—¿De veras?

Me muerdo el labio y asiento.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo, señorita Paquette? —me pregunta el detective Allan.

—Lo siento. No entiendo a qué vienen todas estas preguntas. —Me pellizco el puente de la nariz—. ¿Qué ha pasado?

Miro hacia la sala de estar, desde donde Dalia, que está coloreando dibujos con Quinten, no deja de mirarnos. Tengo un nudo en el estómago. No quiero que se entere de lo que pasó con Andrew; yo misma he hecho un verdadero esfuerzo por olvidarlo, pero las preguntas de los detectives me llevan a pensar que todo esto tiene relación con lo que sucedió la otra noche.

«Pero ¿cómo se han enterado?».

El detective Fuller resopla y me mira con atención para sopesar hasta el menor de mis movimientos antes de observar la cocina.

—Un apartamento pequeño, ¿eh?

Me cruzo de brazos.

—¿Y qué?

Se encoge de hombros.

—¿Le pagan bien en la Capilla?

—¿A dónde quiere llegar, detective? —estallo.

Se ríe entre dientes y sacude la cabeza.

—¿Conoce a un hombre llamado Andrew Gleeson, señorita Paquette?

—Pues sí. —Asiento mientras noto la vena que me palpita en el cuello—. Viene mucho al club.

—Y usted baila para él.

Trago saliva, incómoda.

—A veces.

—Su jefe, Phillip, dice que usted era su favorita. Que, cuando llegaba él, no dejaba que nadie más se le acercara.

Tenso todos los músculos. No sé qué quieren estos detectives o qué está pasando, pero si han ido a hablar con Phillip…

La situación es de lo más extraña.

—Perdonen, no quiero ser grosera, pero ha sido un día largo y la noche va a ser más larga todavía, así que si no les importa… —Señalo con una mano—. Prefiero que se vayan.

—Siento decirle que no es tan sencillo. —El detective Fuller da un paso hacia mí; los tacones de sus zapatos elegantes resuenan contra las baldosas del suelo—. Andrew Gleeson ha muerto, señorita Paquette. Y, según sabemos, usted fue la última persona que estuvo con él.

CAPÍTULO 20

Amaya

No había estado nunca en una comisaría de policía; no sé por qué, cuando el detective Fuller me pidió que fuera con ellos, pensaba que sería en Festivalé, pero me trajeron en coche a Coddington Heights.

Tiene lógica que Andrew fuera cliente del club de estriptis de su ciudad.

«Está muerto».

No siento pesar. La verdad, estas cosas no me afectan. A veces pienso que soy un bicho raro en lo relativo a la muerte: todo el mundo parece sufrir, pero yo me quedo entumecida, insensible, en blanco, como un disco duro recién borrado.

Ahora tengo esa misma sensación, solo que hay un atisbo de curiosidad también. Doy por hecho que me quieren interrogar porque soy la última persona que lo vio, pero, aparte de la información que ya les he dado, no sé en qué más puedo servir de ayuda.

Y, francamente, al muy cerdo le está bien empleado. Intentó violarme.

Pero, cuanto más hacia el fondo de la comisaría vamos, más pesado siento el cuerpo. Y, cuando me llevan a una sala pequeña con una mesa y sillas de metal, una bola de demolición da al traste

con el entumecimiento. Porque me da la sensación de que me tratan como si fuera sospechosa.

Respiro hondo, me siento y me digo que ni siquiera sé si ha habido un crimen, que no debería sacar conclusiones precipitadas. Seguro que solo quieren hacerme unas cuantas preguntas, cosa que tiene todo el sentido del mundo si fui la última persona que estuvo con Andrew y lo han encontrado muerto.

La boca se me llena de un sabor amargo y me golpeo la rodilla contra la parte de debajo de la mesa al mover nerviosamente la pierna.

Estoy histérica. «¿Eso me hace parecer culpable?».

—¿Quiere beber algo? —me pregunta el detective Allan al tiempo que cierra la puerta desde dentro.

—No, gracias —respondo—. ¿Van a…? ¿Estoy…?

No termino la frase porque me da miedo lo que vayan a decir, y ahora mismo solo puedo hacer suposiciones. Cambio de postura en la silla, me miro las manos y me retuerzo los dedos sobre el regazo.

—Parece nerviosa —señala Fuller al tiempo que se inclina sobre la mesa y tamborilea con los dedos contra la superficie de metal.

—No me están dando nada de información, y toda esta situación es muy… agresiva. ¿Usted no estaría nervioso?

Se encoge de hombros.

—Si fuera inocente, no.

—Yo soy inocente —replico, y solo entonces comprendo lo que acaba de decir—. Espere, espere, ¿soy sospechosa? ¿Es que han… asesinado a Andrew?

Casi no puedo respirar de pánico.

—Estamos intentando descartar todas las posibilidades, Amaya. —Sonríe—. ¿Puedo llamarte Amaya?

Lo pienso un segundo y asiento, pero la verdad es que no estoy

segura. Solo veo claro lo que tengo justo delante, el resto es una neblina negra. Tengo el pulso acelerado y estoy segura de que esto no lo podré resistir mucho tiempo.

Puedo caer muerta de un ataque al corazón.

Eso hace que el pulso se me acelere aún más, porque, si falto yo, ¿qué será de Quinten?

—No pasa nada, Amaya —dice el detective Fuller al tiempo que coloca una silla junto a la de su compañero. Se recuesta contra el respaldo y cruza las piernas, de lo más tranquilo, como si tuviera todo el tiempo del mundo y esto fuera una conversación de lo más normal—. Respira hondo y cuéntame todo lo que pasó esa noche.

La cabeza me da vueltas, pero trato de ser lógica. Yo sé que soy inocente, pero también sé que soy una estríper sin dinero, sin apenas familia y amigos. Les resultaría de lo más fácil colgarme esto, encerrarme y perder la llave. Y no sé qué decir que los convenza, porque mi última interacción con Andrew no me dio motivos para quererlo vivo, precisamente.

Respiro hondo, despacio, y alzo la cabeza para mirar a los ojos al detective Fuller.

—Quiero un abogado.

Llevo dos horas sentada aquí, en silencio.

Tengo el culo dormido por todo el rato que llevo sentada en esta silla metálica y me zumban los oídos por el silencio. Hay una larga pared de espejos al otro lado y los miro fijamente, cruzada de brazos. Sé que hay alguien al otro lado que observa cada uno de mis movimientos.

La ansiedad me está devorando por dentro como gusanos en una manzana podrida.

He tenido tiempo de sobra para obsesionarme hasta que me he

quedado sin cutículas y me he dejado los labios en carne viva de tanto mordérmelos.

La puerta se abre y aparto la vista del espejo falso en el que he tenido clavada la mirada. La expectación crece dentro de mí…

Y veo entrar a Florence Gammond.

—Amaya Paquette.

Tiene un aspecto tan profesional como siempre, con una falda de tubo azul marino y una blusa blanca nívea remetida en la cintura. Se dirige hacia la mesa y se sienta frente a mí con una sonrisa burlona.

—¿Quién iba a decirme que acabaría defendiéndote?

—No. —La palabra se me escapa sin darme tiempo a pensar. Miro hacia el espejo falso y agito un dedo en el aire. Sé que alguien me está observando—. Quiero otro abogado.

Florence sacude la cabeza y suspira. Se pellizca el puente de la nariz como si le resultara cargante.

—¿Con quién hablas, Amaya?

La miro. El pánico que he tratado de contener sube de pronto a la superficie y me da una bofetada en toda la cara.

—No me subestimes, Florence. Hay un conflicto de intereses…

Se le dibuja una sonrisa en la cara mientras se adelanta hacia mí.

—Tienes toda la razón, hay un conflicto de intereses. Pero no tienes otra opción. O lo tomas o lo dejas. A ver… Cuéntame qué pasó la otra noche. Cuando estabas trabajando en… —Baja la vista por la página y luego me vuelve a mirar—. En la Capilla.

Se me hace un nudo en la boca del estómago.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Aprieto los dientes para no decir lo que quiero decir, porque no pienso permitir que Florence Gammond me represente.

—No te voy a contar nada, Florence. Fuera de aquí.

Inclina la cabeza a un lado.

—O yo o nadie, nena. Tú te lo has buscado y me muero por ver cómo acaba esto. ¿Sabe Parker que te dedicas al estriptis?

Aprieto los dientes.

—No me hables de Parker.

—No creo que le sigas interesando si se entera. —Me mira con desprecio—. Aunque no tienes nada interesante, así que a saber qué es lo que le gusta de ti.

Las palabras me hacen daño.

—Tienes razón —replico—. Es mucho más sencillo saber lo que no le gusta.

No debería provocarla, pero, Dios, cómo me ataca los nervios esta mujer.

Se le van los ojos hacia el espejo y luego me mira antes de sonreír tensa.

—Sigue insultándome, pedazo de basura, y me encargaré de que te encierren para siempre.

Se me para el corazón.

—Y me muero por ver cómo le sienta a Quinten estar en tutela.

Me levanto tan bruscamente que la silla chirría contra el suelo.

—Vete a la mierda, Florence.

—Ay, nena —se burla—. Nadie va a estar tan metido hasta el cuello en mierda como tú.

Se ríe mientras voy hacia la puerta y la abro de golpe para salir al pasillo, donde veo al detective Fuller y a su compañero esperando apoyados en la pared. El primero tiene un café en un vaso de cartón y lo está removiendo con un palito.

—¿Estoy obligada a quedarme aquí? —le pregunto directamente.

Tengo los pulmones agarrotados y me siento al borde de un ataque de nervios.

El detective Fuller se yergue, mira hacia el interior de la salita y

luego a mí.

—Señorita Pa…

Lo interrumpo con un ademán.

—Legalmente, ¿estoy obligada a seguir aquí?

Carraspea para aclararse la garganta.

—Genial.

Paso de largo junto a él en dirección a la salida y no me detengo hasta que estoy a una manzana de distancia. Tengo que contener un sollozo, pero no me derrumbo porque no pienso permitir que la canalla de Florence Gammond me haga perder el control.

Con dedos temblorosos, saco el teléfono y marco el número de Dalia. Solo cuando lo coge, me derrumbo por completo, porque no tengo la menor idea de qué voy a hacer.

CAPÍTULO 21

Cade

—Lo siento. No sabía a dónde acudir.

Oigo las palabras de Amaya cuando ni siquiera he terminado de abrir la puerta.

Son casi las diez de la noche y me estaba preparando para escribir la homilía del domingo cuando alguien llamó a la puerta. Nadie viene a mi casa, en la parte trasera de la iglesia, aparte de Amaya. Jeremiah, cuando necesita orientación, suele ir a verme al despacho de la iglesia, así que no me sorprende verla. Miro más allá, detrás de ella, para asegurarme de que no haya nadie que pueda vernos, y me aparto a un lado para dejarla pasar antes de cerrar la puerta a toda prisa y echar el cerrojo. Tengo que ocultar una mueca cuando me vuelvo hacia ella porque el movimiento repentino hace que protesten las heridas recientes en la espalda y en la cara interna de los muslos. Me muerdo la mejilla por dentro hasta que la boca me sabe a sangre y me vuelvo hacia Amaya muy despacio.

—¿Qué pasa? —pregunto, y me detengo a unos pasos de ella. No me atrevo a acercarme demasiado.

No he podido dejar de pensar en la noche en que maté por ella, porque, por mucho que quiera justificarlo, la niebla verde ya se ha esfumado y solo puedo llamarlo por un nombre: fue un crimen

pasional.

Desde entonces, he estado haciendo penitencia, aunque no me arrepiento de haber matado a ese tipo.

Me siento culpable por no arrepentirme.

Pero desde entonces he evitado ver a Amaya. No he cedido.

Y sé que tengo que librarme de ella de manera permanente antes de que esta adicción se apodere de mi vida. Tengo que arrancarla de raíz de mi vida, expulsarla para siempre.

Pero aquel hombrecillo patético merecía morir. Volvería a matarlo.

Amaya parece agotada, tiene los ojos enrojecidos y el pelo revuelto, como si se lo hubiera estado mesando.

Está angustiada.

Siento un nudo en el corazón.

—Amaya —la calmo, y doy un paso hacia ella, sin poder evitarlo.

Se me tensan los dedos. Me muero de ganas de ponerle la palma de la mano en la mejilla. Quiero que me mire, quiero ahogarme en su piel cálida, en sus labios gruesos. Ver cómo se entreabren invitadores con tan solo una ligera presión en la barbilla.

Siento que se me agita la polla y me meto las manos en los bolsillos.

Amaya sacude la cabeza. Tiene los ojos húmedos.

—No sé qué hacer o a dónde ir. Sé que no debería acudir a usted, pero es que no tengo a nadie más.

Es ella la que se acerca un paso, de manera tan repentina que me sobresalto y me muevo bruscamente, con lo que se me abre uno de los peores latigazos, una herida del costado. Tengo que ahogar una exclamación y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Se encuentra bien?

Rechazo su preocupación con un ademán.

—No es nada.

—Parece enfermo… —Señala la mueca que me ha retorcido el rostro.

Da otro paso hacia mí y reacciono sin pensar, agarrándola por el brazo con fuerza. Los dos nos quedamos paralizados ante el contacto y el aire se vuelve denso a nuestro alrededor.

Le tengo rodeada la muñeca con los dedos, y eso me recuerda lo delicada, lo menuda que es.

La podría romper en dos sin esfuerzo. Sería sencillo, tan fácil como respirar.

«¿Se pondría de rodillas? ¿Me suplicaría misericordia?».

La idea me gusta.

Flexiona los dedos, pero no sé si es para escapar o para acercarse más a mí. Si es lista, elegirá lo primero.

—No —digo, y le aprieto un poco más la muñeca durante un segundo para luego apartarla, para librarme de la tentación de ir más allá.

El corazón se me acelera al imaginarme rodeándole el cuello con las manos para saber si es tan vulnerable, tan delicado como la muñeca.

«Tan fácil de romper».

Se encoge como si me leyera el pensamiento.

—Dime qué quieres o márchate.

Resopla, se frota la muñeca y me mira con el ceño fruncido.

—No debería haber venido.

—Cierto. No deberías haber venido.

Parpadea.

—¿Por qué es tan…? Da igual. Déjelo.

Se da media vuelta, pero, antes de que pueda llegar muy lejos, estoy sobre ella, con la frente apoyada en su espalda mientras la presiono contra la pared, junto a la puerta. Se tensa cuando la tengo

aprisionada entre mis brazos. Cada fibra de mi ser se muere por tocarla.

No puedo controlar ninguna de mis mitades: ni al monstruo que la quiere follar ni al hombre que la quiere matar.

Mi respiración jadeante le agita el cabello cuando me acerco más a ella, cuando me humedezco los labios como si la pudiera saborear en el aire.

—¿Por qué soy tan qué, *petite pécheresse*?

—Tan desagradable —me susurra con la voz rota—. Nunca había sido desagradable conmigo.

Me rindo. La necesidad de ella es tan fuerte que me corre por las venas y me enloquece. Quito la mano de la pared y la agarro del pelo para pegar su cabeza a mi pecho. Veo las venas delicadas de la garganta y entreabro los labios, que se me han secado al verla tragar saliva.

Respira con inhalaciones entrecortadas. Su tráquea me está pidiendo a gritos que la aplaste.

Me pican los dedos.

«Sería tan sencillo…».

«Hazlo».

Levanto el brazo despacio anticipando el placer que me proporcionará verla morir, pero en ese momento se le escapa un gemido y bajo la mano al instante, agarrándole con más fuerza el pelo para sentirla aún más cerca.

—*Tu me rends fou* —jadeo.

Le pongo la palma de la mano en el vientre, la estrecho hasta que mueve el culo contra mí y nota la erección. Echo la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Cade… —susurra.

—Mira lo que me has hecho —susurro con los labios en su oreja,

con los dedos entre los mechones negros ondulados—. Mira a lo que me has reducido.

La embisto con las caderas y le acaricio el vientre, el pecho, hasta detenerme sobre el corazón. Noto la fuerza vital que palpita acelerada bajo la palma de mi mano.

«Hazlo».

No tardo ni una fracción de segundo en agarrarla por el cuello, en acariciárselo con el pulgar al ritmo de su corazón.

Podría convertirla en poco más que un recuerdo pintado en mis dedos, tan fácil de limpiar como la tiza bajo la lluvia.

Aprieto con más fuerza y noto cómo se me tensa el vientre y los testículos cuando ahoga una exclamación.

«Hazlo», oigo de nuevo.

Le clavo los dedos en la piel.

Un poco más, solo un poco más, y seré libre. Qué bendición sería sentir que la obsesión se apaga junto con la luz de sus ojos.

He conocido a muchos demonios, pero ella es el peor. Me tortura hasta que estoy seguro de que, si no la tengo cerca, echaré de menos el dolor.

—Dime, *petite pécheresse*, ¿has estado pensando en tu sacerdote?

Traga saliva y noto el movimiento bajo la mano. Me imagino lo que sentiría si fuera mi polla lo que tiene en la garganta, lo que traga.

Aflojo la presa cuando mis prioridades cambian, cuando la mente pasa del odio a la lujuria.

—¡Responde! —ordeno.

—Sí —jadea.

Se me queda la mente en blanco y una necesidad primigenia me recorre.

La necesidad de tocarla.

La necesidad de sentirla.

La necesidad de borrar lo que cualquier otro hombre le haya hecho, de dejarla inútil hasta para Dios, hasta que solo me pueda rezar a mí.

Pero no es culpa mía. «Es culpa de Dios, por no hacer al hombre tan fuerte como al diablo».

Le deslizo la mano por el cuerpo, memorizo cada curva antes de meterla bajo la cintura de la falda. En lugar del tejido que espero me encuentro la carne húmeda, caliente. Tengo la polla ya goteando.

—*Fille sale* —digo con un gemido—. Estás completamente mojada.

Se le escapa un gemido cuando le paso el pulgar por el clítoris, cuando los dedos se me deslizan sin esfuerzo entre los pliegues de su sexo. Me muerdo la cara interna de la mejilla hasta que el sabor del cobre me llena la boca.

Hace tanto que no toco a una mujer…

Oh, Dios…

Me deslizo dentro de ella. Las paredes del coño apresan mis dedos, haciendo que apenas me quede el más tenue hilo de control. Estoy… perdido en ella.

Le sigo acariciando el clítoris con el pulgar hasta que noto que se hincha y me agarra la muñeca con las dos manos tan fuerte que me clava las uñas en la piel.

El dolor hace que se me escape una gota de semen.

Le clavo los dientes en el cuello y su sabor me estalla en la boca como ambrosía. Cuando empieza a mover las caderas contra mí, la embisto, la empujo contra la pared, la follo con los dedos hasta que grita.

Con la otra mano aún metida entre su pelo, le doy un tirón brusco para que arquee la espalda contra mí, y juro que no me importaría

morir ahora mismo y arder en el infierno con tal de conservar el recuerdo de cómo pierde el control entre mis manos.

—*Cette chatte est à moi* —susurro, y le recorro la lengua con el cuello.

—Oh, Dios… —gime.

Acelero el ritmo de los dedos, mis músculos se tensan, tengo la polla tan dura que me va a reventar los pantalones. Sería increíble arrancarle la falda, clavarme en ella, abrirla en dos, sentir sus piernas en torno a mis caderas y su coño prieto hasta correrme en su interior.

—Córrete para mí —ordeno.

Le presiono el clítoris con el pulgar y deja escapar un gemido largo, agudo, mientras su cuerpo vibra y las paredes del coño palpitan en torno a mí.

El sonido es demasiado para mí y estallo; veo tras los párpados cerrados una luz blanca cegadora mientras la polla late con contracciones agudas que parecen vaciar años de frustración sexual acumulada. Es una sensación sucia, ardiente… En mi vida había sentido tanto placer y alivio.

Nos quedamos los dos quietos unos segundos. Le sigo agarrando el pelo con tanta fuerza que no sé si podré desenredar los dedos. Apoyo la frente donde el cuello se le junta con el hombro. Tengo la piel pegajosa y trato de recuperar el ritmo de la respiración.

En cuanto lo consigo, la culpa me golpea con fuerza.

La aparto de un empujón, helado, con las emociones desbocadas.

—Márchate —ordeno.

—No…, ¿qué? —Se vuelve hacia mí y se pasa las manos por el pelo.

—Eres… —La señalo con el dedo—. Eres una tentación, una bruja enviada para llevarme a la condenación. Tal como dijo tu madre.

—Ah, te han hablado de mi madre, claro. —Se echa a reír.

Como si esto fuera gracioso.

Me precipito sobre ella con tal violencia que choca contra la pared.

—¿Te parece cosa de risa? ¿Crees que es para tomarse a la ligera que haya violado mis votos?

Niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos, de pronto alerta.

—He entregado mi vida a Dios y tú apareces, me torturas con tu mera existencia. No. —Niego con la cabeza hasta que me duele el cráneo—. Eres una maldición. La maldición que destruirá todo por lo que he luchado.

—Cade —murmura, y tiende la mano para acariciarme la mejilla.

Me aparto antes de sentir el calor de su contacto. Le doy la espalda y aprieto los dientes.

—No soy Cade. Soy el padre Cade Frédéric, el sacerdote de Festivalé. Y tú, Amaya Paquette, eres peor que una prostituta. —Escupo sin mirarla, sin reconocer que se me desgarra el corazón con cada palabra que digo—. Eres el diablo, no quiero volver a verte.

Siento un pellizco poderoso en el corazón cuando oigo cómo se cierra la puerta, y de pronto tengo el estómago del revés. Corro hacia el baño y vomito bilis hasta que lo único que me queda dentro es el sabor amargo del arrepentimiento.

Y, aunque ya estoy dolorido por los golpes, voy a mi dormitorio, cojo el flagelo y me golpeo por mis pecados.

«Él es misericordioso».

CAPÍTULO 22

Amaya

—Sal de la cama.

La voz de Dalia llega hasta mi cuarto y me tapo la cabeza con las mantas para fingir que no la he oído. He llevado a Quinten al colegio esta mañana y he vuelto directa aquí para meterme entre las sábanas y dejarme envolver por la desesperación.

Estoy entre la espada y la pared, y maldigo a Dios, si es que existe, por ponerme en esta situación. Me estoy esforzando al máximo, haría lo que fuera por Quinten, pero aquí estoy, perdida, ahogada, sin salida.

En un mundo ideal, no tendría por qué preocuparme. Soy inocente. Si me quedara alguna fe en la humanidad, pensaría que todos verán las abrumadoras pruebas de mi inocencia y buscarán a quien mató a Andrew. Pero sé mejor que nadie que la mayoría optará por el camino más fácil siempre que pueda, y culpar a una bailarina exótica sin apenas ingresos y muchos enemigos es más fácil que reconocer que no se tienen pruebas.

Hacer mal tu trabajo no queda bonito, a menos que seas Florence y tu venganza personal contra la cliente sea para ti más importante que la necesidad de ganar. Ni se me pasa por la cabeza que vaya a estar de mi parte. Todo lo contrario, estoy segura de que verme

encerrada y condenada por asesina le proporcionará un placer que no le da ganar ningún caso.

—Puede que nos sorprenda —dijo Dalia cuando se lo conté.

Me eché a reír porque sabía que solo intentaba ser optimista. No obstante, su optimismo desapareció en cuanto le conté el resto de la conversación.

En cuanto vi a Florence, supe que la situación era desesperada, así que me agarré a lo único que me ha dado algo de paz, la única persona de la que sabía que tenía que alejarme, pero no conseguía hacerlo. Porque soy una ingenua ridícula y confiaba en él. Confiaba en él por la manera en que se comportó con Quinten, pero fue un error pensar que la atención que me prestaba significaba que nos estábamos haciendo amigos.

Y eso también lo he jodido.

O quizá lo haya jodido él.

La verdad es que no sé cómo reconciliar en mi mente las dos mitades de Cade Frédéric. El sacerdote devoto y el francés grosero que hizo que me corriera con los dedos. Parecen la misma persona, pero eso es imposible.

Sea como sea, la red de seguridad que pensé que él era para mí desapareció en un instante, arrastrada por una tormenta.

Cade Frédéric no es seguro para mí.

Es un peligro.

—Amaya, venga. No te puedes pasar el día regodeándote en tus penas —insiste Dalia.

—Ya verás como sí —murmuro.

Me arranca las mantas de encima y doy zarpazos para recuperarlas, pero antes de que lo consiga me coge entre sus brazos, me estrecha y me mece. Se me escapa de la garganta un sollozo patético que rasga el aire.

—Ya sé que tienes miedo —susurra—. Pero estoy contigo. Daremos con la solución.

Me echo hacia atrás y cierro los ojos para contener las lágrimas. Me siento como una cría llorona.

—No tengo miedo por mí. Es que…

Dalia lo sabe. Claro que lo sabe. Es la única persona del mundo que me comprende.

Pase lo que pase, yo sobreviviré. Seguiré adelante, como siempre.

Pero me preocupa Quinten. Es lo que más quiero en el mundo, y si no estoy con él, ¿cómo lo voy a proteger, a educar, a estar a su lado mientras crece y se convierte en el maravilloso ser humano que sé que puede ser?

«No quiero ver a Quinten en una casa de acogida».

La emoción me ahoga y bajo las manos de los hombros de Dalia para entrelazar los dedos con los suyos. Se los aprieto con fuerza.

—Si la cosa va mal…, prométeme que te ocuparás de Quin, Dal —suplico.

Protesta y niega con la cabeza, con los ojos llenos de pesar.

—No —insisto, brusca—. Prométemelo.

—Amaya… —No puede seguir, y mira hacia un lado—. No puedo.

Enderezo la espalda y abro mucho los ojos, llenos de incredulidad.

—Ojalá pudiera —sigue a toda prisa—. Pero ¿cómo voy a prometerte algo que no sé si puedo hacer? La gente como nosotras no tiene poder aquí, y lo sabes. No quiero que me odies para siempre si no puedo cuidarlo bien e impedir que se lo lleven a una casa de acogida.

Agacha la cabeza y el corazón se me encoge.

Tiene razón. Detesto que sea así, pero tiene razón; todo está contra nosotras. No tenemos ningún poder. El poder solo lo tienen los ricos, los prósperos, los afortunados.

—Ya me siento bastante culpable —añade con la voz rota—. Pero te prometo que lo intentaré. Lucharé con todas mis fuerzas para proteger a Quin, para tenerlo conmigo.

Me lo dice para tranquilizarme, pero sus palabras previas ya se me han quedado grabadas por dentro.

«No tenemos ningún tipo de poder».

Pero sé quién lo tiene.

Una determinación férrea se activa engranaje a engranaje hasta que tengo la espalda bien recta y las lágrimas se me secan en las mejillas.

Sorbo por la nariz, asiento, me paso la lengua por los dientes.

—Todo saldrá bien, Dalia.

Ella inclina la cabeza hacia un lado y se seca los ojos con el dorso de la mano.

—¿Qué…?

Me levanto de la cama y me paso la mano por la ropa arrugada. Siento que me invade la resignación.

Sé lo que tengo que hacer.

—Tú misma lo has dicho. No tenemos el poder. —Aprieto los dientes—. Así que voy a acudir a quien lo tiene.

Vender el alma no es como me había imaginado.

No sé qué me esperaba. Desesperación, tal vez. Que la tristeza me clavara las garras y me hundiera. Pero, en lugar de eso…, no siento nada.

Ni dolor porque el padre Cade haya resultado ser una basura.

Ni miedo por lo que le pueda pasar a Quinten si no estoy a su lado.

Solo es un camino amplio, despejado, que tengo que recorrer. Cristal transparente, duro, blindado. Ni siquiera me tiemblan las

manos mientras espero con paciencia en la sala de espera de Errien Enterprises y la secretaria de Parker me lanza miradas despectivas mientras teclea ante el ordenador.

—Amaya, qué sorpresa tan agradable —dice Parker. Su voz me llega amortiguada, como si tuviera la cabeza debajo del agua.

Me levanto y me obligo a lucir una sonrisa tan amplia que me duelen los músculos de las mejillas y, cuando se me acerca lo suficiente, le doy un casto beso en la mejilla, pero lo prolongo un momento más de lo necesario.

Me dan ganas de vomitar.

Se pone rígido, seguramente no se lo esperaba. Es la primera vez que tomo la iniciativa para este tipo de acercamientos.

—¿Podemos hablar en tu despacho? —Miro a su secretaria, luego otra vez a él con los ojos entrecerrados—. O en un lugar privado.

Le brillan los ojos azules de curiosidad y asiente. Me pone una mano en la base de la espalda para guiarme hasta la puerta.

Las náuseas me atenazan el estómago y se abren paso a través del entumecimiento que siento. Trago saliva para quitarme el regusto ácido de la boca.

Tiene la puerta entreabierta. Cuando entro en el despacho, me detengo en seco al ver que no estaremos a solas. El padre Cade está sentado en una silla, le relampaguean los ojos al ver que Parker me está tocando.

Siempre aparece allí donde estoy.

Tiene una pierna cruzada sobre la otra, y parece completamente relajado. Exuda poder y control. ¿Es cosa de todos los sacerdotes o solo del padre Cade?

Mi corazón, el muy traidor, se acelera cuando nos miramos a los ojos. Aparto la vista al recordar cómo me insultó, al recordar lo que me hizo sentir. Ahora mismo tengo que ser una pizarra en blanco. Si

no, no sobreviviré a lo que voy a hacer.

Que se vaya a la mierda Cade Frédéric. Es un hipócrita. Un mal sacerdote y un mal hombre.

Ahora sé que es mejor mantenerlo a distancia.

Pero su manera de mirarme en este momento me lo pone difícil. Es una mirada que rezuma preocupación. Es como si se abriera camino a través de mi piel y me observara directamente el alma. ¿Se dará cuenta de que mi mundo se ha sacudido como placas tectónicas, que estoy colgando sobre el abismo y sin salida?

¿Y le importará?

—¿Va todo bien, Amaya?

La voz de Cade me envuelve, me tienta con su caricia de seda. La aparto a un lado y aprieto los dientes para contener la llamarada de rabia al pensar en lo que me dijo. Cómo utilizó contra mí lo que había descubierto sobre mi madre, cómo me clavó sus dolientes palabras en el corazón.

—Va a tener que perdonar que dé por terminada la reunión, padre —interviene Parker—. Pero, cuando viene a verme una mujer hermosa, solo puedo estar por ella… Ya sabe cómo son estas cosas. —Se echa a reír—. Bueno, no, no lo sabe, claro.

Me contengo para no soltar un bufido y Cade arquea una ceja como si esto le pareciera de lo más gracioso. Deja escapar una risita y el dolor se transforma en ira que me devora a dentelladas.

Qué cara más dura tiene este hombre, con ese alzacuellos falso, con cara de tener línea directa con Dios.

«Pero sabe mover los dedos».

Una descarga eléctrica de deseo me recorre el cuerpo y se me dilatan las aletas de la nariz.

El rostro de Cade cambia al mirarme. Y de pronto sé, sé sin lugar a dudas, que es consciente de lo que me está pasando por mi

mente. Su mirada es tan intensa que me abrasa y se me cuela por debajo de la piel.

Hay unos momentos de silencio, lo justo para que la situación empiece a ser incómoda, pero al final sonríe. El muy hijo de puta sonríe y se levanta.

Todos sus movimientos son elegantes y controlados. Me muero por ver cómo es cuando pierde la compostura. Cuando estalla igual que me hizo estallar a mí. Me encantaría ser tan cruel como él lo fue conmigo, humillarlo y pisotearle el ego.

—Claro, Parker. Pase cuando quiera por la iglesia. Siempre tengo la puerta abierta.

Aprieto los dientes sin volver la vista al recordar que a mí me dijo esas mismas palabras.

Una mentira más, evidentemente.

—Puedo volver en otro momento… —ofrezco, pero sé que Parker no dejará que me vaya. Nunca lo permite, ni cuando más lo habría querido yo.

—No digas tonterías, Amaya —me interrumpe—. El padre Cade solo quería convencerme de que hiciera una donación para el Festival de los Locos en lugar de cancelarlo.

Cade se acerca un paso a mí. Me pongo rígida cuando me llega su aroma a maderas y siento minúsculas descargas eléctricas que me erizan toda la piel.

No soporto lo alto que es, he de alzar la barbilla para mirarlo, y eso solo sirve para ponerme a su merced.

—¿La veré en misa este domingo, señorita Paquette?

La voz se me enrosca como una cuerda y me visualizo cortando las hebras con un cuchillo.

—Si va Parker… —respondo con más dulzura de la necesaria, sabiendo sin lugar a dudas que eso despertará sus celos o que le

dará a entender que lo que pasó ayer no significa nada. Menos que nada. Es mezquino por mi parte. Lo sé.

Veo llamas en sus ojos, pero sonríe y asiente.

—En ese caso, la estaré esperando, *petite pécheresse*.

Se me encoge el corazón cuando sale; quiero correr tras él y exigir que se disculpe por lo que me dijo, pero, en lugar de eso, me vuelvo hacia Parker.

Está mirándome, apoyado en el escritorio, con las piernas extendidas ante él y un tobillo cruzado sobre el otro. Como siempre, lleva el pelo rubio repeinado hacia atrás. No dice nada, se limita a aguardar con paciencia.

Así que respiro hondo, dejo escapar el aliento muy despacio y me reconcilio con el hecho de que, de ahora en adelante, mi vida va a cambiar. Lo que voy a hacer es arriesgado. Puede que hasta peligroso. Tal vez, en el futuro, volveré la vista atrás y sabré que este fue el momento en el que lo tiré todo por la borda. Pero es mi mejor opción para asegurarme de que no me pase nada. Y, si yo estoy a salvo, Quinten también, y preferiría morir mil veces antes de permitir que le pasara nada.

Cierro los ojos y disfruto de los últimos momentos de libertad antes de abrirlos y mirar a Parker para empezar a contárselo todo.

Que he estado trabajando en la Capilla.

Y que un cliente habitual se pasó de la raya y ahora está muerto.

Luego le digo lo que nunca pensaba decirle.

Que acepto casarme con él.

CAPÍTULO 23

Amaya

—No te preocupes por nada, preciosa. Jason es el mejor abogado defensor de todo el estado, aunque no te va a hacer falta después de los preliminares, claro. No es posible que hicieras las cosas que dicen que le hicieron a ese imbécil, no tienes la fuerza suficiente. Y no eres sospechosa, solo quieren que declares. Jason pondrá fin a todo esto —me asegura Parker con una mano en mi nuca.

No ha parado de hacer esto desde que pasé a ser «suya» ayer. Siempre me está tocando. Una mano en la rodilla, los dedos en la nuca, el brazo posesivo en torno a mi cintura. La lengua metida hasta la garganta.

Y lo acepto todo, me niego a ver otra cosa que el rostro de Quinten y le dejo hacer. Es su futuro. Un futuro del que yo seré parte, y puede que sea mejor que lo que temíamos.

Al menos eso me digo. Parker es un hombre peligroso, pero no le haría daño a Quinten.

—De acuerdo —respondo dócil, aunque todas las fibras de mi ser me piden a gritos que le quite la mano de un golpe y le diga que todo esto es una chorrada. Por el amor de Dios, que soy inocente.

—Y no volverás nunca a ese club, Amaya —dice con voz severa.

Me muerdo los labios y vuelvo a asentir. Me dejo invadir por las

emociones agridulces. Echo de menos la energía que me da la barra, pero la verdad es que no quiero volver a la Capilla después de lo que pasó.

Es como si ese lugar se hubiera echado a perder para mí.

Nos encontramos en el asiento trasero del coche de Parker, en ruta hacia mi apartamento. Quiere que me vaya a vivir con él de inmediato, pero lo he convencido para que me dé tiempo. Tengo que ir poco a poco con Quinten; además, se lo tengo que contar a Dalia.

«Se va a cabrear».

Parker se recuesta en el asiento, despatarrado como si fuera el dueño del mundo.

Y lo es, me imagino.

—Me alegro de que ese hijo de puta esté muerto —dice.

—Claro.

Se encoge de hombros.

—Eres mía, Amaya. Y no me gusta que nadie toque mis cosas.

—No soy propiedad de nadie —replico.

La sonrisa se le borra y adopta una expresión gélida.

—Ya podrías ser un poco más agradecida en vez de una zorra amargada.

Se me tensan los pulmones.

—Ahora eres mercancía en mal estado —sigue—. La verdad, no sé ni por qué sigo adelante con esto. A la junta directiva de Errien Enterprises no le va a hacer gracia. La noticia de que he puesto un anillo en el dedo de una estríper que se ha cargado a un tipo no será buena para el negocio.

Su manera de decir «estríper» hace que me entren ganas de lanzarme sobre él y arañarle la cara. Consigue que suene como algo sucio, y no lo es.

—Bailar es un trabajo —replico—. Me ha servido para poner

comida sobre la mesa y pagar las facturas. De no ser por ti, hasta habríamos vivido bien. No fingiré que me avergüenzo, porque no me pienso avergonzar de mi trabajo jamás.

—Bueno, ya da igual. —Parker me desnuda con la mirada y siento náuseas—. Estoy seguro de que me compensarás la pérdida de reputación. Llevo mucho tiempo esperando, nena.

Me trago las respuestas que se me vienen a la cabeza y asiento.

El coche se detiene ante mi apartamento. Parker mira por la ventanilla con desprecio.

—Este lugar sigue siendo una mierda.

—Es mi casa —respondo en voz baja con los dedos ya en la maneta de la puerta.

Salgo al frío exterior con el estómago tenso de nervios.

—No tardes, que tengo cosas que hacer —me ordena desde el coche.

«¿Así van a ser las cosas a partir de ahora?». ¿Siempre con un hombre controlando todo lo que hago, diciéndome qué me tengo que poner, dónde me tengo que colocar, cuánto tengo que tardar en hacer lo que sea?

A cada paso que doy hacia la puerta siento como si la realidad me cayera encima con todo su peso. Estoy cambiando unas cadenas por otras.

Pero lo hecho hecho está.

Cuando entro, Dalia está sentada en el sofá, leyendo un libro.

Alza la vista y debe de verme algo en la cara, porque deja de leer de inmediato, suspira y apoya la espalda en el respaldo. Es increíble, siempre sabe lo que voy a hacer antes de que lo haga, hasta el punto de que suelo decirle en broma que la ciudad anda desencaminada, que la bruja es ella.

—Venga, cuéntame.

Tiene voz de resignación. Ha estado esperando desde que volví a casa anoche, pero lo he demorado hasta ahora, le he dicho que estaba demasiado extenuada para darle explicaciones.

Tengo un nudo en la boca del estómago y no sé si alguna vez lograré hacerlo desaparecer. Tampoco sé si quiero que desaparezca, porque ahora mismo es lo único que me mantiene de una pieza.

—Voy a casarme con Parker Errien.

Las palabras suenan a falso cuando las digo, y me preparo para su reacción.

—Vale.

Arqueo las cejas y me adelanto un par de pasos ahora que veo que no me va a gritar.

—Vale —repite, y asiente.

—¿Es lo único que me vas a decir? ¿No estás… sorprendida o asustada?

—¿Qué quieres que te diga, Amaya? ¿Que es un error espantoso? No lo es. —Se encoge de hombros—. ¿Que creo que te precipitas? Puede. Pero no sé si tienes más opciones.

Abro la boca para responder, pero no ha terminado.

—No es ningún secreto que Parker lleva muchos años obsesionado contigo. Y, ahora mismo, el tiempo no está de tu lado. Parker es un cabrón, pero es un cabrón poderoso. Si crees que es la solución, adelante.

Trago saliva con dificultad, voy hasta el sofá y la estrecho contra mí con un abrazo de oso.

—¿No crees que es un error? —consigo decir.

Suspira y me frota la espalda con la mano.

—Es posible. Pero los errores son parte de la vida. Y estaré a tu lado siempre que cometas uno.

Me aparto. Tengo los ojos nublados de alivio.

—Eres la mejor amiga que he tenido jamás.

—Soy la única amiga que has tenido.

Sonrío.

—Razón de más para que sea un honor, oye —bromeo.

Hago caso omiso de la expresión de dolor que le pasa por los ojos y me fijo solo en la sonrisa que ha esbozado.

—No te olvides de mí cuando estés forrada.

—¿Qué dices? —replico—. Quin y yo no sabríamos qué hacer sin ti. Y te vas a quedar aquí. No voy a permitir que pierdas tu casa solo porque yo no estoy en ella.

Desecha el tema con un ademán.

—¿Quieres que esté contigo cuando se lo digas a Quin?

Niego con la cabeza y me vuelve a invadir el temor.

A Quinten le gusta la rutina. No sé qué pasará cuando lo arranque de todo lo que ha conocido para meterlo de bruces en esta nueva realidad.

«Pero, al menos, estaremos juntos».

—No. Ya me encargo yo.

Asiente y se hace el silencio.

—Tengo que marcharme. Parker me está esperando. Solo… Mira, ya te iré contando lo que pasa, ¿vale?

—Te quiero, Amaya. Y eres una buena madre.

Me escuecen los ojos.

—No soy madre.

—Claro que sí. A todos los efectos. —Se echa a reír y sacude la cabeza—. Venga, lárgate, que me voy a poner a llorar y se me echa a perder el maquillaje.

La calidez me invade el pecho en el camino de vuelta al coche de Parker. El chófer está afuera, en medio del frío, esperando junto a mi puerta, y me ofrece la mano para volver a entrar.

Dalia es la encarnación de la lealtad. Juro que seré la mejor amiga posible para ella. Nunca le he entregado toda mi confianza porque me cuesta confiar en alguien, pero una y otra vez me ha demostrado que ella no me abandonará.

Que siempre estará a mi lado.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Parker mientras me abrocho el cinturón.

Alza la vista del teléfono. Tiene los ojos brillantes y los dientes apretados en un gesto de determinación.

—Ahora… tenemos que planear una boda.

CAPÍTULO 24

Cade

Había tenido la esperanza de que, después de perder el control con Amaya y castigarme por ese error, las cosas empezaran a mejorar. Pensé como un idiota que probar el veneno bastaría para que el arrepentimiento por mis actos se impusiera a todo lo demás.

Pero todo ha ido a peor. Ahora siento su aroma invadiendo mis sentidos, su piel amoldándose a mis dedos, su coñito rosado apretándome los dedos y me imagino yo llenándolo luego con mi polla.

Antes todo eran imaginaciones, fantasías que imaginaba hacer realidad, aunque sabía que eso era imposible. Pero ahora Amaya es tangible, real y tan deliciosa que, aunque han pasado días, aún siento su contacto en mis manos.

Verla entrar en el despacho de Parker hizo que temblara por dentro. Tenía planeado todo el día: una reunión con Parker para hablar del Festival de los Locos y luego volver a la iglesia para confesar. Pero en lugar de eso, cuando ese hombre despreciable me hizo salir de su despacho de manera tan grosera tras la llegada de Amaya, esperé ante Errien Enterprises durante dos horas hasta que ella salió de nuevo, se metió en el coche de su compañera y volvió a su apartamento.

La seguí, claro. Dejé de lado mis deberes para con la parroquia y me pasé la noche entre los arbustos para ver cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración, para preguntarme si yo era parte de las pesadillas que la tuvieron agitada toda la noche, para reconciliarme con una sencilla verdad: no podía matarla. Ya lo habría hecho de haber podido, pero cada segundo que paso en su presencia la necesidad se transforma en otra cosa. No menos visceral, pero sí más… amable.

Al final, al amanecer, volví a mi casa, me quité la ropa pese a que el frío de la noche se me había metido en el cuerpo y me azoté hasta que perdí el conocimiento. No soporto lo débil que esa mujer me hace sentir.

A la noche siguiente, tuve que hacer un esfuerzo brutal para no hacer lo mismo, pero los pensamientos me siguieron dominando y no pude dormir. Tuve que expiar que la polla me rezumara deseo al recordar su coño en mi mano, sus gemidos…

Hoy me duele tanto la espalda que casi no puedo mantenerme en pie.

La hermana Genevieve abre mucho los ojos verdes cuando me ve en la puerta del monasterio, apoyado en el marco. Al mirarla, noto que algo me sacude por dentro, pero desecho esa sensación.

Tiene dentro oscuridad, igual que yo. Por eso he venido.

No estoy acostumbrado a depender de nadie. No me gusta que alguien más conozca las prácticas espirituales, los fallos que tengo que expiar, pero, desde que llegué a Festivalé, los latigazos se han vuelto más habituales. Más duros. Y el dolor que siento en la espalda empieza a ser insoportable. Sé que, si no busco ayuda para curarme las heridas, se me pueden infectar. Es lo que pasa cuando la cuerda abre heridas que aún no se han cerrado.

Pero no puedo acudir al médico o a un hospital. La comunidad ya

me conoce, una lengua suelta puede hacer perder la guerra o, en este caso, el aura de misterio que me envuelve. No me interesa que nadie sepa nada que yo no quiera, y tener a todos pendientes de los latigazos me impediría controlar la narrativa.

¿Qué dirían si supieran que su sacerdote es tan débil que tiene que molerse a golpes para arrepentirse? ¿Que solo soy un hombre que ha roto los votos de castidad, dominado por la lujuria? No sería peor que si se enteraran de lo que hago cuando me levanto en mitad de la noche.

Pero esa parte de mí la consigo mantener oculta mucho mejor.

Al final, el resultado sería que me perderían el respeto y me harían demasiadas preguntas. Y puede que una pequeña parte de mí no quiera que Amaya sea objeto de más odio. Todo el odio que reciba debe venir de mí, no de otros. La sola idea de que alguien le falte al respeto hace que me llene de ira.

No lo toleraré. Antes tengo que decidir qué hacer con ella ahora que he aceptado que no puedo matarla.

Lo que sí sé ya es que no puedo tocarla. No puedo volver a ceder ante la tentación. Si no, no sobreviviré a los latigazos. Pero una parte de mí tiene miedo de ser demasiado débil para resistirme. Los pensamientos que me dominan han ido a peor desde que se corrió con mis dedos, desde que sentí el latido de su corazón en la palma de mi mano.

—Padre Cade —saluda la hermana Genevieve, y se hace a un lado para franquearme el paso.

—Necesito de su discreción.

No me molesto con frases corteses que solo servirían para hacernos perder el tiempo a los dos. Paso junto a ella y entro en la pequeña sala. Está igual que la última vez, con un tronco en la chimenea que chisporrotea en una esquina y proyecta una luz cálida

y acogedora en la estancia.

—Cuente con ella.

Me mira con curiosidad.

Asiento y me quito los guantes y el abrigo, lo doblo de manera metódica y lo pongo en el respaldo del sofá antes de subirme la camisa para quitármela también.

Abre mucho los ojos un segundo antes de disimular la expresión y, cuando me vuelvo para mostrarle la espalda, oigo su exclamación contenida.

No me he mirado al espejo porque ya sé lo que veré. No tengo un centímetro de piel ilesa. Hay cicatrices viejas, algunas de cuando era niño, y heridas recientes que todavía rezuman sangre cuando tenso la piel.

Transcurren unos momentos de silencio tenso antes de que Genevieve venga a mi lado, me agarre el brazo con una mano cálida y me dé un apretón reconfortante.

—No se siente. Mancharía los muebles de sangre.

No muevo ni un músculo hasta que vuelve con el botiquín de primeros auxilios y un taburete que deposita a mi lado. Me lo señala para dejar bien claro que debo sentarme.

Me escuece la espalda cuando lo ocupo y hago una mueca cuando ella se sienta detrás de mí y empieza a untar algo húmedo y frío en las heridas. Escuece. El dolor hace que cierre los ojos y me deje invadir por una enfermiza satisfacción, como siempre que siento que la expiación me lacera la piel.

No decimos nada mientras trabaja, pero el ambiente es reconfortante y sé que puedo confiar en ella. Y también sé que volveré. Una parte de mí desea que no estuviera aquí, en soledad, para que pudiera venir conmigo a la parroquia y ocuparse de mis secretos en caso de necesidad.

Da puntos en algunos cortes más profundos y luego me pone en la espalda una pomada densa que hace que ceda el dolor intenso. Suspiro de alivio. Me siento mejor que en muchos días. Me venda las heridas y, cuando termina, me vuelvo a vestir con cuidado.

—Se lo tiene que tomar con calma las próximas semanas —dice, y me clava unos ojos penetrantes, seguros—. Si quiere, puede quedarse aquí, conmigo.

Me pongo los guantes y voy hacia la puerta, de pronto desesperado por marcharme. Sé que tiene razón. Lo que no sé es si me lo puedo tomar con calma; y, desde luego, no quiero quedarme aquí con ella.

—No hará falta.

—Padre. —Me agarra por el brazo para detenerme; me doy la vuelta hacia ella con toda mi altura—. No le servirá de nada hacerse daño hasta que no pueda tenerse en pie. No sé qué está haciendo…, pero pare. Tiene que curarse.

Aprieto los dientes hasta que se me tensa la mandíbula, asiento bruscamente y me dirijo hacia el coche.

Es sábado. Tras una mañana de confesiones, estoy en el despacho, preparando la homilía de mañana, cuando suena una notificación en el ordenador avisándome de que ha llegado un mensaje de correo electrónico. Suspiro al ver en la pantalla el nombre de mi superior, el obispo Lamont, y suelto el bolígrafo para hacer clic con el ratón y abrir el mensaje.

> Padre Cade:
>
> El señor Errien ha tenido la amabilidad de informarme de que va a contraer matrimonio y quiere que se celebre en la Iglesia católica. Ya le he explicado lo que eso conlleva, y quiere tomar

medidas de precaución adicionales con su futura esposa, entre ellas un cursillo privado para rehabilitar su imagen. Le he garantizado que haremos todo lo que esté en nuestra mano para satisfacer sus deseos, y que nos aseguraremos de hacer de ella una mujer de fe. El señor Errien ha hecho una generosa donación a modo de agradecimiento.

Por favor, haga todo lo posible por acceder a sus peticiones.

Obispo Lamont

Pongo los ojos en blanco y me pellizco el puente de la nariz, irritado por estar a merced de Parker. Me encantaría ponerlo en su sitio, pero eso solo serviría para ponerme las cosas difíciles. Está muy involucrado en la Iglesia. Y ahora se va a casar. Se me escapa una sonrisa burlona al pensar en la pobre mujer que se va a pasar el resto de la vida sometida a Parker.

Seguro que se casa con él por su dinero, porque no me imagino que sea la personalidad de ese individuo lo que hace que las mujeres caigan a sus pies. Pero siento alivio al pensar que, pronto, ya no estará disponible para otras. Con un poco de suerte, eso quiere decir que no tendré que ver a Amaya en su órbita, y se acabarán todas las dudas que tengo sobre ellos.

Leo de nuevo el mensaje del obispo Lamont.

Alguien llama a la puerta y digo que adelante porque doy por hecho que se trata de Jeremiah.

Pero el que entra es Parker.

Ocupa todo el hueco de la puerta, con una mano en la cintura menuda de la mujer que va con él.

Amaya.

De repente, no veo nada más, solo a ella. Concentro mi mirada en ella mientras todo lo demás se vuelve gris y difuso.

—Qué sorpresa, señorita Paquette —digo, y la realidad se me derrumba encima cuando comprendo lo que significa que esté aquí con Parker.

Que la lleve cogida de la cintura de manera tan posesiva.

Los ojos de Amaya, llenos de dolor e ira, se clavan en los míos.

«Está enfadada conmigo. Claro».

Respiro hondo, despacio, para recordarme que no tengo ningún derecho sobre ella. Pertenezco a Dios. Pero nada de todo eso importa, porque lo que siento es que debería llevar mi nombre grabado a fuego en el alma para que el mundo entero lo viera.

Parker, con una expresión altiva en ese rostro que me muero por desfigurar, la obliga a adelantarse como si fuera ganado. Cuando se sientan delante de mí y le pone la mano sobre la cara interna del muslo, empiezo a verlo todo borroso.

Clavo los ojos en ella.

«Mírame, *petite pécheresse*».

Lo hace de inmediato, como si oyera mis pensamientos, y el corazón se me acelera al saber que comparte esa sensación de estar conectados.

—Espero que no estemos interrumpiendo nada, padre. —Parker pone fin a ese instante de conexión.

—Nunca estoy demasiado ocupado para usted.

No aparto los ojos de Amaya, que suelta un bufido y luego se muerde el labio como si se le hubiera escapado.

Arqueo una ceja como para retarla a que diga algo en voz alta.

—Amaya —la regaña Parker con una mirada de desaprobación—. No seas grosera.

—Eso, señorita Paquette. ¿Algún problema?

Me lanza una mirada que hace que la dopamina me corra por las venas, satisfecho de contar con su atención ahora que ha venido con

otro hombre.

Al ver que Parker le sube la mano por el muslo y pellizca su carne tensa, la sangre me bombea de manera tan violenta que me zumban los oídos. Me agarro al borde del escritorio para no moverme. La enfermedad empieza a crecer dentro de mí y quiere tomar las riendas.

«Mátalo. Rómpele el cuello, mira cómo se le escapa la vida de esos ojos patéticos y arrogantes».

Trago saliva para silenciar la voz. No puedo matar a Parker. Eso me causaría demasiados problemas, aunque, ahora mismo, no me imagino nada más satisfactorio que atarlo a la silla, romperle los dedos uno tras otro y luego follarme a Amaya delante de él y correrme entre sus muslos para que ella también sepa a quién pertenece.

Esa imagen me pone dura la polla y cambio de postura, lo que me despierta un dolor agudo en la espalda. Me muerdo la mejilla por dentro mientras vuelvo a oír la voz de la hermana Genevieve: «Tiene que curarse».

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —pregunto sin apartar los ojos de Amaya, hasta que finalmente me obligo a mirar a Parker.

Sonríe, y me imagino cortándole los labios a cuchilladas.

—Supongo que el obispo Lamont ya le habrá dicho que vamos a casarnos. Hemos venido aquí para planear la boda.

Ya lo había deducido, pero se me para el corazón.

—¿Qué boda? —pregunto. Necesito oírselo decir.

Me concentro en Amaya, clavo los ojos en ella, la reto a que me lo diga.

«Venga —pienso—. Mírame y atrévete a decírmelo».

La mano de Parker le aprieta la pierna hasta que le hace daño, y siento como si me estuviera apretando a mí por dentro.

—La nuestra.

CAPÍTULO 25

Amaya

—Qué buena noticia.

La voz de Cade es como el hielo, tan suave y fría que escuece cuando me salpica la piel.

Tengo los ojos clavados en mis manos, como si me diera miedo mirarlo demasiado tiempo, como si eso fuera a llevarme a hacer una locura; lanzarme sobre él para darle una bofetada, por ejemplo.

«Eres una tentación, una bruja enviada para llevarme a la condenación. Como dijo tu madre».

—¿Cuándo podríamos casarnos en su iglesia? —pregunta Parker.

Cade deja escapar una risita.

—No tenemos mucha disponibilidad de fechas…

Ahora sí que lo miro. Alzo la cabeza bruscamente y me encuentro con sus ojos clavados en mí. Parker me aprieta el muslo hasta hacerme daño.

—El obispo Lamont me garantizó que no habría problemas —sisea.

Cade chasquea la lengua.

—Esta mujer no está preparada para el matrimonio católico.

Cada vez se intensifica más la irritación que siento contra él. Un reguero de incomodidad se abre camino dentro de mí.

—Pero yo soy católico —replica Parker—. No puedo casarme en

otro sitio. El obispo Lamont me dijo que podía preparar a Amaya impartiéndole algunos cursos.

—Usted es católico, pero ella no. —Cade hace un gesto despectivo para señalarme.

—Me educaron como católica —protesto.

Ignora lo que le acabo de decir, pero se dirige hacia mí.

—Desde que llegué, no ha venido a misa ni una vez, señorita Paquette, y seguro que en Festivalé todo el mundo me confirmará que hace años que no va. Está en pecado.

—El pecado es subjetivo —siseo entre dientes.

—No, no lo es —replica.

«Gilipollas».

—Vale —insisto—. Pues entonces empezaré a asistir a misa con Parker.

Deja escapar una risa grave, siniestra, y me vuelve a mirar con intensidad.

—Vaya, qué fácil ha sido que se comprometa a ir a misa los domingos, señorita Paquette.

Trago saliva. Tengo la boca reseca.

—Y, dígame, ¿cuándo fue la última vez que se confesó?

Inclina la cabeza a un lado y le lanzo una mirada asesina. Sabe muy bien cuándo fue. No se molesta en aguardar mi respuesta, sino que vuelve a concentrarse en Parker.

—Necesitan los certificados de bautismo —dice.

Parker asiente.

—Sin problema.

Se me hace un nudo en el estómago. No estoy bautizada, pero no quiero reconocerlo ahora, delante de Cade. Le diré a Parker que se ocupe de eso.

La sangre se me acelera debajo de la piel y me caldea las mejillas.

—Y sobre lo demás… —dice Parker, que me sigue presionando el muslo y me dibuja círculos con el pulgar.

Cade no aparta la vista del movimiento y detecto un tic en el músculo de su mandíbula. Poco a poco, aparta la vista del punto donde Parker me está tocando, sube los ojos por mi cuerpo, se detiene en mi pecho y al final se concentra en la base de mi cuello.

El corazón me late a toda velocidad contra las costillas.

—No daré el visto bueno a este matrimonio hasta estar seguro de que los dos están preparados —dice Cade, y me mira a los ojos—. Y sí, acepto darle el cursillo privado a su prometida.

Arqueo las cejas.

—¿El qué?

Una chispa de diversión brilla en los iris de Cade, como si supiera que tiene la baza ganadora.

—¿No dice que es católica, señorita Paquette? Pues no parece que conozca muy bien su religión. Todas las parejas hacen un cursillo para que determinemos si están listos para la santidad del matrimonio.

—¿Y eso quién lo decide?

Se le dibuja una sonrisa tan amplia que le aparecen hoyuelos en las mejillas.

—Yo.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Y lo del cursillo privado…?

Parker carraspea y me mira de reojo.

—Se lo he pedido al padre Cade; es para asegurarnos de que seas… apropiada.

—Apropiada —repito.

Parker se vuelve hacia mí.

—Exacto, apropiada. No hagas como que no sabes de qué te

estoy hablando. Tu imagen es penosa. —Hace una pausa—. Jason también cree que necesitas mejorarla.

Me quedo boquiabierta. Soy muy capaz de leer entre líneas, y solo por eso no discuto más a pesar de que cada fibra de mi ser se estremece ante tamaña falta de respeto. Si ha soltado el nombre de Jason, mi nuevo abogado, significa que quiere que dé otra imagen si vamos a juicio.

Una mujer religiosa y que va a la iglesia es más defendible que una a la que llaman bruja y se desnuda a cambio de dinero.

El rostro de Parker es rígido.

—Es lo mejor —me dice—. Confía en mí.

Su teléfono empieza a sonar y por fin, ¡por fin!, me suelta el muslo para sacarlo de su bolsillo. Mira la pantalla y se lo vuelve a guardar.

Pero no sin que antes yo vea el nombre que aparece en la pantalla.

«Florence».

—Excelente. Entonces todo arreglado —dice Parker sin molestarse en mirarnos a Cade o a mí—. Tengo que volver al trabajo. Pueden empezar el cursillo ahora mismo.

Me atraganto.

«¿Va a dejarme aquí?».

Antes de que ese pensamiento acabe de formarse, Parker se ha marchado ya, dejando tras él un silencio tenso.

Ninguno de los dos decimos nada. Estoy segura de que el padre Cade oye cómo me late el corazón en el pecho, cómo sale a la superficie la ira ahora que estamos a solas. Me vuelvo muy despacio y dejo de mirar la puerta para clavar la vista en él.

No sé cuándo se ha levantado, pero ahora está apoyado en el escritorio, con un tobillo cruzado sobre el otro y las manos en los

bolsillos. Y me mira.

«Siempre me está mirando».

Finalmente rompe el silencio.

—Por fin, solos.

Tiene una voz suave como la mantequilla, cosa que me cabrea.

—Por desgracia para mí —le ladro.

Sonríe.

—En realidad, por desgracia para los dos. Pero no perdamos el tiempo fingiendo que no disfrutas de nuestros momentos a solas, Amaya. Los dos sabemos que sí, y mucho.

Me adelanto en la silla y lo señalo con un dedo.

—Ni se te ocurra hacer eso. Ni se te ocurra fingir que lo que hicimos estuvo bien. Como si lo que dijiste… —Me interrumpo. No quiero acabar la frase. No importa lo que dijo, y mostrar así mis emociones es una pérdida de control que no soporto.

«No importa».

Inclina la cabeza a un lado.

—¿Eres consciente de que en la Iglesia católica no existe el divorcio?

Se me encoge el corazón porque la verdad es que no lo había pensado. Aunque tampoco importa. Alzo la barbilla en gesto desafiante.

—¿Y qué?

—¿Sueles permitir que otros hombres te toquen estando comprometida? —Las palabras suenan suaves, pero noto que están cargadas de tensión.

—¿Y tú sueles tocar a otras mujeres estando comprometido? —replico señalando el alzacuellos.

Frunce el ceño y un mechón de pelo negro revuelto le cae sobre la frente. Se lo aparta de un manotazo.

—Un error que no volveré a cometer.

No sé por qué me hiere tanto esa afirmación, pero me hiere. No es que yo quiera que vuelva a hacerme lo que me hizo, claro. Me cruzo de brazos y se le van los ojos hacia mi pecho.

—Eh, padre, que los ojos los tengo aquí arriba.

Se le dilatan las aletas de la nariz y se yergue. Luego se acerca y, agarrándose a los brazos de la silla con fuerza, se inclina sobre mí.

—Conozco cada centímetro de ti, *petite pécheresse*, como si te hubiera pintado con mis propias manos.

Se me corta la respiración. Sus palabras me golpean el corazón y hacen que los latidos pierdan el ritmo.

Me echo hacia delante hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. Siento por dentro una vibración que me hace hervir. Su nariz roza la mía y noto su aliento en los labios.

—Y en esa pintura, ¿qué soy? —murmuro—. ¿Una prostituta o una bruja?

El músculo de la barbilla se le contrae de manera involuntaria y sé que está a punto de decir algo hiriente. Algo que ensuciará más aún la imagen que tengo de él y hará que me deteste todavía más por ser incapaz de olvidar la sensación de sus dedos fuertes dentro de mí.

Le pongo la mano sobre la boca y me quema la piel con los labios.

—No —digo entre dientes—. Sea lo que sea lo que vas a decir…, no lo digas.

Una sombra le nubla la cara y me agarra la muñeca, me presiona la cara interna con el pulgar como si me buscara el pulso y luego, muy despacio, me la baja hasta que me la pone sobre el regazo sin aflojar ni por un momento.

—Es mejor que te vayas. Hazlo antes de que haga algo que los dos lamentaremos —ruge en voz baja.

Me suelta el brazo como si quemara y se vuelve para darme la espalda. Me levanto y salgo del despacho con todos los músculos en tensión y la mente hecha un caos. ¿Cómo demonios vamos a sobrevivir cuando tengamos que vernos a solas?

CAPÍTULO 26

Cade

Dicen que los siete primeros años sientan las bases de la vida del niño. La ciencia dice que son años de formación en los que las ondas cerebrales son diferentes, se encuentran en un estado casi hipnótico, hacen que los ideales cristalicen, se fragüen como el cemento para crear los cimientos de lo que vamos a ser el resto de la vida.

Pues, cuando yo tenía siete años, me escapé del orfanato y salí a las calles de París, y ahora, veintinueve años más tarde, esos primeros años siguen siendo los que me atormentan.

—Los pequeños demonios que no aprenden la lección se las ven de nuevo con el látigo.

—Por favor, hermana —suplico—. Ha sido sin querer.

Tiene los ojos llameantes cuando me mira desde arriba; el olor a paredes sucias y a lágrimas saladas oculta el resto de los sentidos.

—¿Y qué has hecho sin querer? —me pregunta, con el cinturón de cuero en la mano.

Trago saliva porque no sé qué he hecho. Nunca lo sé.

Se inclina más hacia mí; noto su aliento dulce, repulsivo, en la oreja.

—Llevas dentro una enfermedad, niño. Y Dios quiere que te la saque a golpes.

El cinturón silba.
Golpea.
Llega el dolor.

El recuerdo de la voz de la hermana Agnes me despierta de una pesadilla. El castigo por haber sido malo se me pega a la piel como una sanguijuela.

Toda acción tiene una reacción; toda elección tiene consecuencias.

Hace mucho que aprendí que, si haces algo malo, has de pagar por ello.

A veces todavía me pregunto qué vio en mí que necesitaba sacarme a golpes. Tal vez presintió al monstruo que crecía en mi interior antes de que nadie supiera que existía. O tal vez, como me dijo a menudo, estaba tratando de curarme, pero yo estaba demasiado roto, no tenía reparación posible.

Aunque lo más probable es que simplemente no le gustara que yo existiera.

Y tiene lógica. Si mis padres no me quisieron, ¿por qué iba a quererme nadie?

Pero, pese a todo, estaba hecho a imagen de Dios, y Él me escucha cuando rezo. Se alegra cuando expío mis pecados.

Tengo el don de la penitencia. Y lo ejerzo una y otra vez porque, en el calor de la presencia de Amaya, el control no es más que un espejismo lejano.

Me ciega, no me deja ver mi propósito, y esconde hasta el de Él.

Y ahora estamos condenados a vernos para que la prepare para casarse con otro hombre.

Solo de pensarlo, el asco me burbujea en las entrañas.

Puede que, si me expongo a ella mucho tiempo, me vuelva inmune a su hechizo y solo será una más. Y, ahora que me han dado instrucciones de satisfacer las ridículas exigencias de Parker, esa

mujer me hablará. Me tentará. La tendré tan cerca que podré saborearla, y tocarla, y follarla.

«Que se la quede Parker».

Noto un nudo en el pecho.

Ayer, cuando le dije que se fuera, me pasé el resto de la noche en el despacho, vacilando entre la necesidad de fustigarme por los pensamientos pecaminosos y la de acecharla, verla cada vez que tomaba aliento.

La indecisión me paralizó, y así he estado las dos noches siguientes.

No la he seguido, no la he buscado entre la gente. He agachado la cabeza y me he concentrado en la parroquia. En todo lo que es mi obligación.

Pero los monstruos se vuelven más fuertes en la oscuridad, y esta noche no puedo dejar de pensar dónde estará, con quién puede estar…

Así que, aunque es la noche más fría del año, salgo con una misión.

El aliento se condensa en nubes nada más salir de la boca, se cristaliza en cuanto se encuentra con el aire gélido y el frío hace que no note la nariz. Pero tengo fuego en las venas mientras me sitúo entre los arbustos, frente a su apartamento, y me agacho para mirar por su ventana y observar, y esperar.

Una vez más.

Algo encaja de pronto en ese momento, como una pieza del rompecabezas que me faltaba hasta ahora, mientras miro a mi alrededor para confirmar que no hay nadie más, que estoy bien escondido y nadie que pase por aquí podrá verme.

Solo es la una de la madrugada y, normalmente, estaría en el club trabajando al menos una hora más y luego volvería caminando a su

casa desde la parada del autobús. Pero hoy está aquí, en su apartamento, y verla me resulta tan sorprendente que se me corta la respiración y el corazón se me paraliza.

No lleva nada más que una mullida toalla blanca y se mira al espejo situado sobre la cómoda destartalada. El pelo oscuro, ondulado, le cae en torno a la cara en bucles húmedos que le chorrean agua sobre los hombros de una manera tan seductora que se me seca la boca. Quiero lamerle la humedad de la piel.

Se sujeta la toalla ante el pecho con tanta fuerza que incluso desde donde estoy puedo ver que tiene los nudillos blancos. La suelta de repente y la sangre se me concentra en la entrepierna al ver su cuerpo húmedo, desnudo.

Oh, Dios…

Es preciosa, es una diosa; la piel le brilla tras la ducha; tiene las curvas perfectas, plenas. La devoro con ojos codiciosos y flexiono los dedos para contenerme y no abrirme el botón de los pantalones y agarrarme la polla dolorida.

La necesidad de tocarme al verla es desesperada, agónica.

Tiene los pechos grandes, con areolas oscuras, y cuando se coge un pezón con los dedos, me muerdo la mejilla por dentro con tal fuerza que el sabor del cobre me llena la boca.

Me pongo la palma por encima del tejido de los pantalones y aprieto con firmeza, y mis caderas embisten de manera involuntaria contra la mano.

Se suelta el pecho, baja la mano hasta la superficie de la cómoda, inclinada, como decepcionada consigo misma por haber cedido. En esa postura, arquea la espalda y estoy seguro de que, si cambio el ángulo de visión, veré los labios perfectos del coño que asoman entre los muslos.

Me muevo y las hojas del arbusto crujen. Amaya levanta la cabeza

de repente y se me para el corazón.

Porque me está mirando directamente a los ojos.

CAPÍTULO 27

Amaya

Da igual que esté envuelto entre las sombras, con el rostro oculto bajo el ala del sombrero. Lo veo con tanta claridad como si lo hubiera conjurado con la mente.

«Puede que lo haya hecho».

El padre Cade está ante la ventana de mi apartamento, en medio del frío gélido, y me mira…, me vigila, con unos ojos que me abrasan.

Debería estar asqueada, indignada, gritando, llamando a la policía.

Pero no es así.

Todo lo contrario: siento dentro de mí una descarga de poder, algo que había perdido por completo desde que me llevaron a la comisaría y me interrogaron acerca del asesinato de un hombre. ¿Qué hace aquí? ¿Cuántas noches heladas me ha estado espiando? En lugar de la repulsión que debería invadirme, esa idea me hace vibrar con un poder embriagador.

Tengo control sobre este hombre. Sobre este hombre intimidante que debería ser irreprochable. Y puede que sea porque acabo de ducharme para tratar de no pensar en él, o porque no tengo voz ni voto en ningún otro aspecto de mi vida, pero disfruto sabiendo que lo hago débil. Que me desea tanto y de una manera tan retorcida

que hace cosas como ir hasta mi ventana para espiarme o masturbarme en su despacho, a pesar de ser quien es y de sus votos.

Ahora mismo estoy demasiado cansada, porque me he pasado el día sentada en el despacho de un abogado que no ha parado de tranquilizarme, y demasiado excitada como para fingir que no siento lo que siento por Cade.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, con el corazón al galope, enderezo la espalda ante la cómoda y subo la mano a lo largo de la cadera, me rozo la piel con las yemas de los dedos hasta que el vello se me eriza. No veo nada que no sea el ángulo pronunciado de su mandíbula y su boca entreabierta, pero sé que me está mirando. Se me entrecorta la respiración al recordar cuando fue él quien me tocaba, al recordar cómo me excitó la sensación de estar haciendo algo malo con el sacerdote de esta ciudad de mierda, porque soy una niña mala, muy mala… Sigo explorando mi cuerpo como creo que lo haría él, acaricio las hondonadas y las curvas como si él me tocara, hasta que llego a los pechos. Me cojo uno y aprieto la carne. Se me amolda a la palma de la mano y, cuando retuerzo el pezón, siento por dentro una oleada de deseo que me recorre, como si hubiera una conexión directa con los nervios del clítoris.

Si él estuviera aquí dentro, conmigo, le pediría que me hiciera daño. Que me apretara con fuerza para dejarme marca. Una marca que sentiría cada vez que respirase, un secreto que nadie más sabría.

Pero yo sí que lo sabría. El sacerdote que vino a salvar Festivalé, pecando por mí.

Por la bruja que todos detestan.

Bajo la otra mano hasta rozarme el sexo, deslizo los dedos por encima del clítoris. Bajo todavía más, dibujo círculos en torno al

coño, me meto dos dedos hasta la primera articulación y se me escapa un gemido ante la sensación maravillosa.

Se acerca más a la ventana. Me llevo los dedos húmedos a la boca y me los paso por los labios, dibujo círculos con la lengua por las puntas como si fueran su polla… si se atreviera a abrir la ventana y entrar.

Se humedece el labio inferior, como si, con un esfuerzo, él también pudiera saborearme.

Muevo la mano, me subo el pecho hasta que me roza la clavícula, echo el cuello hacia atrás como el otro día, cuando me incrustó contra la pared próxima a la puerta y me metió los dedos mientras se frotaba la polla contra mi culo.

«Oh, Dios…».

La mano enguantada presiona el cristal y me abrasa. Qué fácil sería dejarlo entrar, arrodillarme, llevarle las manos a mi cabeza para que metiera los dedos entre el pelo mientras le suplicaba que me follara la boca, pero no lo haré.

No puedo ir más allá de esto. Ahora soy de Parker y tengo que seguir con él para garantizar la seguridad de Quinten y la mía.

Cade no puede ser mío. Después de lo que me dijo, ni siquiera sé si quiero que lo sea.

Pero me apodero de este instante, solo para mí.

Tenso los muslos y vuelvo a rozarme el clítoris, dibujo círculos lentos como una tortura, lo justo para mantenerme en el límite.

Inclina la cabeza hacia un lado y creo que está comprobando que no haya nadie a la vista antes de volver a concentrarse en mí. Pone el brazo por delante de los pantalones.

El corazón me da un vuelco cuando se desabrocha la hebilla del cinturón.

Se me corta la respiración cuando se baja la cremallera.

Rezumo humedad. Me baja por la cara interior de los muslos cuando Cade se saca la polla dura y se la acaricia con la mano enguantada. La luz tenue y amarillenta de la farola permite que vea el movimiento, pero no los detalles, y daría cualquier cosa por acercarme más.

Quiero ver la vena que le recorre el miembro, quiero ver cómo se hincha y palpita mientras se pasa la mano. Necesito ver el momento en el que se le tensan los testículos y hacen que la polla se le ponga aún más dura antes de correrse. Quiero ver cómo echa la cabeza hacia atrás, cómo se le mueve la nuez cuando traga saliva en medio del placer cegador.

Vuelvo a meterme los dedos con urgencia apremiante, me concentro en la velocidad a la que mueve el brazo, voy a su mismo ritmo. Puede que sea mi mano la que hace los movimientos, pero el que va a hacer que me corra es Cade. Y es su nombre el que se me escapa de los labios cuando estallo, cuando me deshago en un millón de pedazos.

«Cade. Cade. Cade…».

Es sucio saber que está ante mi ventana, espiándome, cuando debería estar en la iglesia; que se está tocando mientras me mira. Eso me ha llevado al límite y los músculos se me enroscan, tensos, mientras el calor me sube por dentro como un infierno entre las piernas, me abrasa los miembros. Abro la boca en un grito silencioso y echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me froto el clítoris palpitante contra la palma de la mano para prolongar el orgasmo.

Cuando abro los ojos, saciada, relajada, él ya no está.

A la mañana siguiente, me quedo en la cama hasta tarde para reconciliarme con lo que pasó la noche anterior y con lo que va a ser mi vida a partir de ahora. Busco dentro de mí la culpa o la repugnancia por saber que tenía a un hombre mirándome por la

ventana, pero lo único que siento es una seguridad que anoche no tenía. Como si, por primera vez, tuviera el control. Sé algo sobre el padre Cade, algo que no puede quitarme ni cambiar.

La gente ya no puede pensar peor de mí, pero si supieran lo que hace él…

La pasajera sensación de poder se apaga de inmediato cuando me doy cuenta de que sí tengo algo que perder. Si Parker se entera, me dejará, no me cabe duda. Tendré que hacer frente a una posible acusación de asesinato que tal vez me lleve a dejar a Quinten sin nadie que lo cuide.

Por eso he decidido que lo mejor es hacer como si no hubiera pasado. En algún momento, más pronto que tarde, volveré a ver a Cade y fingiré que todo sigue igual. Que no es nadie. Un discreto papel pintado que se confunde con el fondo.

El resto de la semana transcurre despacio. Aplazo lo de contarle a Quinten que me voy a casar y me reúno dos veces más con Jason, mi nuevo abogado. Todos los días veo las noticias para ver si hablan del asesinato de Andrew, pero todavía nada.

No sé por qué me sorprende. Jason me dijo que las autoridades lo estaban llevando con discreción para no causar el pánico en la zona.

Luego, por la noche, me siento y espero, tensa, para ver si viene Cade.

Siempre viene.

A vigilarme, como si fuera un derecho divino.

Y llega el domingo, y un coche me ha recogido después de dejar la mañana de Quinten planeada con Dalia y ponerme un discreto vestido verde de manga larga. Me queda un poco apretado en la cintura y el escote es un poco marcado, pero es lo más adecuado que tengo para ir a la iglesia.

Parker ha dejado muy claro que quiere verme allí esta mañana. Se me pasó por la cabeza llevar a Quinten, pero creo que no aguantaría un servicio religioso largo en el que tiene que hacer lo mismo que todos los demás.

Me meto en el coche y sonrío a Parker; tengo miedo de que me mire y vea lo que ha estado sucediendo todas las noches de esta semana pasada.

—Hola, *fiancé* —digo en tono exagerado.

Se inclina hacia mí y me da un casto beso en la mejilla para luego apartarse y examinar mi atuendo mientras se guarda en el bolsillo el teléfono del que no se despega.

—Va a haber que comprarte ropa.

Me tenso.

—Perdona, ¿qué?

Hace un ademán vago en dirección a mí.

—Esto es muy atrevido. Tendrás suerte si te dejan entrar en la catedral con esa pinta de puta arreglada. Tu madre trabajaba de eso; mi mujer, no.

Las palabras me habrían escocido menos si me hubiera abofeteado con ellas. Me aparto y cruzo los brazos sobre el pecho, insegura de repente. Yo pensaba que iba bien vestida.

—No es justo —susurro.

Suspira, me acaricia la barbilla con el pulgar y me mira con ojos más amables.

—Venga, nena, no pongas esa cara de cachorrito apaleado. Ya nos ocuparemos de eso, ¿vale? Pero…, bueno, no hagas nada que llame mucho la atención.

—Claro —replico—. No querría avergonzarte.

—Eso es. —Sonríe—. Me has recordado una cosa. —Se mete la mano en el bolsillo y saca una cajita azul. Luego me coge la mano y

frota mi dedo corazón con su pulgar—. También tenemos que ocuparnos de esto. —Abre la caja y saca un pedrusco enorme, me lo pone, me levanta el dedo y sonríe—. Mira, ya has mejorado mucho.

Me miro la mano en cuanto me la suelta. El diamante centellea y, sin saber por qué, hace que sienta que todo es más real. Más definitivo.

El peso de la realidad me cae a plomo sobre los hombros.

Cierro los ojos y me concentro en disipar la tensión que noto de repente, y no los vuelvo a abrir hasta que nos detenemos en el aparcamiento de Notre Dame. Se me hace un nudo en el estómago porque sé que Cade estará ahí. La boca se me seca y el corazón me late irregular.

«¿Le costará concentrarse a él también?». Quizá está acostumbrado. Igual no es la primera vez que, con su disfraz de sacerdote, se dedica a espiar a mujeres desprevenidas.

Los celos se me clavan en el pecho al pensar que ha podido compartir con otras lo que hay entre nosotros. Por primera vez desde que comenzó esto, me siento asqueada, porque me quiero sentir especial. Quiero ser la única. Deseo a un hombre que es la definición misma de lo prohibido y que me insulta como todos los demás de la ciudad.

La puerta del coche se abre y una mano me ayuda a salir. Luego Parker me agarra con firmeza por la cintura y entro en la iglesia a su lado. Me pregunto, como cuando era niña, si Dios me va a fulminar con un rayo.

CAPÍTULO 28

Cade

Amaya ha venido hoy a misa. La he visto cuando me he acercado al altar, antes de decir la primera palabra de la homilía.

Siento su presencia igual que siento la de Dios.

Me enfurece que haya venido con Parker y que no esté aquí por mí. Llevo un mes pidiéndole que venga a misa, pero ha hecho falta otro hombre para que se presente.

Una pecadora que se hace pasar por santa.

Igual que yo.

Está sentada en el banco junto a su prometido. Busco a Quinten con la mirada, pero no lo veo.

Cuando leo el pasaje del Antiguo Testamento, entrelaza los dedos con los de Parker y se me traban las palabras. Tengo que apartar la vista. No puedo distraerme, aquí, ahora.

Pero no mirarla es como tratar de separar dos imanes.

Consigo concentrarme más o menos en la misa hasta el momento de la comunión, cuando los ojos se me van hacia ella, siempre hacia ella, que se ha levantado y repite lo que voy diciendo.

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad, en la tierra como

en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

Su boca acaricia las vocales como la seda, me recuerda cómo se entreabre en un círculo perfecto al susurrar mi nombre una y otra vez estas últimas noches, cuando la he mirado por la ventana.

La ira sigue creciendo.

En el momento de comulgar, se acerca como los demás para ponerse en la cola. La mano de Parker la aprieta cuando tira de ella.

La envidia florece dentro de mí como una semilla.

—Este es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Dichosos los llamados a esta cena.

Las palabras retumban entre los arcos altos de la catedral.

—Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

No repite la frase con todo el mundo.

Cuando Parker y ella llegan a donde estoy, me palpita la cabeza y mis pensamientos son un torbellino. Estoy rabioso porque ahora ha infectado hasta la ceremonia más sagrada con su presencia. Tal vez ha sido una bendición que no viniera hasta ahora, me ha ahorrado este ciclo interminable de tortura.

Parker inclina la cabeza cuando está delante de mí, pero de pronto eso no me basta.

—Arrodíllate, hijo —digo con voz retumbante.

Alza la cabeza bruscamente, mira a su alrededor cuando el silencio se prolonga lo justo para que sea incómodo. Arqueo una ceja y, muy despacio, se arrodilla.

Amaya, detrás de él, cambia de postura, incómoda.

Levanto la hostia.

—El cuerpo de Cristo.

—Amén —responde, y abre la boca.

Me baila una sonrisa en los labios al verlo sometido a mis pies. Después de comulgar, se levanta a toda prisa, me lanza una mirada asesina y vuelve a su banco.

Y llega el turno de Amaya.

Oigo los susurros de la gente; es obvio que su presencia molesta, pero no les hago caso, me concentro en ella. ¿Qué va a hacer?

Nos miramos a los ojos y se me agita la polla. El pecho me vibra cuando, muy despacio, se arrodilla. Se me seca la boca y el cuerpo entero me tiembla debido al esfuerzo que estoy haciendo para no inclinarme para tocarla.

Repito el mismo movimiento que antes: alzo la hostia.

—El cuerpo de Cristo.

La lengua de Amaya acaricia el labio inferior. Tiene algo oscuro y delicioso que le centellea en los ojos, y se me retuercen las entrañas de deseo.

—Amén —susurra.

Entreabre los labios para dejar a la vista la superficie húmeda de la lengua y echa el cuello hacia atrás para ofrecerme la boca como una invitación.

Los dedos me tiemblan cuando los adelanto para depositarle la oblea sobre la lengua, y me demoro un segundo más de lo necesario, permito que sus labios me rocen la piel cuando los cierra. Respiro hondo a través de la niebla de deseo, ira y lujuria. Me enfurece que se haya atrevido a hacer esto delante de todos, en la iglesia. Me enfurece que me esté distrayendo y haciendo que deje de pensar en Él. No soporto su descaro. Pero lo peor es que a una parte de mí no le importa que haya otros delante. Estoy seguro de

que, si se lo ordenara, me chuparía la polla delante de todo el mundo, sorbería mis pecados mientras se los derramo en la lengua.

Y, de pronto, ya no está, y me veo repitiendo el movimiento con un centenar de personas más sin poder concentrarme en ninguna de ellas.

Me viene a la cabeza un pensamiento aterrador porque me obliga a enfrentarme a la verdad: si Amaya se enfrentara a Dios, saldría victoriosa. La fe me da calor, pero ella arde como plomo fundido.

Será mi perdición, porque solo soy un hombre y, por ella, soy débil.

A la mañana siguiente, estoy en mi despacho esperando a Amaya. Llega diez minutos tarde; cada segundo que pasa, crece la irritación que me está devorando por dentro. Anoche no fui a su ventana. Tuve miedo de que me estuviera esperando y, tras la tortura de la misa, estaba seguro de que no me iba a quedar fuera.

Y, para ser sincero, estaba demasiado dolorido.

Nunca he tenido tan mal las heridas de la espalda. En cuanto acabe aquí, iré a los Montes Verdes para ver a la hermana Genevieve. Es la única que lo sabe, la única que puede ayudarme.

Llaman a la puerta y a continuación veo descender la maneta y entrar a Amaya.

Pero la ira no se disipa.

Me meto las manos en los bolsillos de inmediato, como siempre que estoy cerca de ella. Al principio era para no estrangularla delante de la gente, pero ahora es para no tocarla. Para no hacerla mía cuando no es mía.

Está diferente. Sigue siendo lo más bello que he visto jamás, pero diferente. Lleva el pelo negro como el ala de un cuervo recogido en un moño prieto, sin un mechón fuera de su sitio. La falda negra de

tubo le llega justo hasta las rodillas, pero le remarca las curvas de una manera que hace que el cuerpo me palpite de deseo. Zapatos de suela roja en los pies perfectos y perlas en torno al cuello delicado, con una piedra preciosa verde que hace juego con sus ojos. Me recuerda a la enorme que llevaba cuando era Esmeralda, y me pregunto si será intencionado.

Es la imagen de la mujer perfecta. El sacerdote que llevo dentro la aprueba. Es un atuendo respetable para venir a la iglesia.

Y me enfurece.

Quiero a mi Amaya, salvaje, libre.

—Ya veo que Parker ha estado jugando a vestir a su muñeca nueva —me burlo.

Me mira, cierra la puerta y sacude la cabeza.

—Debe de ser usted el peor sacerdote en la historia de la Iglesia católica.

Me acerco hasta que estoy a solo unos centímetros de ella y retrocede, poniendo las manos contra la pared. Me detengo justo antes de tocarla y alzo las manos a ambos lados de su cabeza, la inmovilizo. Bajo la cabeza y le paso la nariz por el cuello para inhalar el olor cálido de su piel.

—Ah, *petite pécheresse*, pero ¿quién ha dicho que yo fuera bueno?

Se atraganta y retrocedo bruscamente; un dolor sangrante me recorre la espalda ante el movimiento repentino.

—Tenemos que marcar unos límites —dice al final—. Puede empezar por disculparse.

Me río y me paso una mano por la cara.

—¿Por qué debería hacerlo? Lo único que he hecho ha sido ser débil ante ti.

—Ah, entonces ¿es culpa mía?

Me encojo de hombros.

—Mía no, desde luego.

Asiente muy despacio.

—Vale.

Se queda inmóvil y murmura algo entre dientes.

El corazón se me acelera y enderezo la espalda.

—¿Qué estás haciendo?

Me mira de reojo y vuelve a cerrar los párpados.

—Chisss… Estoy trabajando.

El vello se me eriza en los brazos y recuerdo los rumores que circulan por la ciudad.

«Es una bruja».

«Hechiza a todo el mundo».

El pánico hace que se me forme un nudo en la garganta.

—¡Para! —ordeno.

Abre los ojos y me mira de arriba abajo.

—¿Ha dado resultado?

—¿Qué tiene que dar resultado, mujer desesperante?

—¿Se nota diferente? —insiste.

Antes de poder contenerme, me lanzo sobre ella y la agarro con fuerza por los brazos.

—¿Me has lanzado un encantamiento?

Se echa a reír con la cabeza hacia atrás. Tengo su cuerpo pegado al mío desde el pecho a las caderas.

—Por Dios santo —bufa—. Es igual que el resto de la gente de esta ciudad. Un consejo, padre: no se deje controlar por las supersticiones o le costarán la vida.

La suelto con el ceño fruncido, doy un paso atrás y me paso los dedos por el pelo revuelto.

—No menciones a Dios en vano delante de mí.

—Haré lo que me dé la gana —replica.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos. Noto cómo crece dentro de mí la furia contra la que he luchado toda mi vida. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo el dolor reflejado por un instante en el rostro de Amaya. Y ver ese dolor, por pasajero que sea, aplaca la ira hasta casi hacerla desaparecer, hasta que solo es un ruido de fondo.

Siento una opresión en el pecho y noto como si el corazón se me estuviera rompiendo. El dolor es tan intenso que coloco una mano sobre él para aliviar el dolor.

«No me gusta hacerle daño».

Frunzo el ceño mientras me acostumbro a esta nueva sensación. A este… este poder que tiene sobre mí, más fuerte que el que me había imaginado.

La agarro por la nuca para atraerla hacia mí y ella echa la cabeza hacia atrás y deja escapar una exclamación de sus labios entreabiertos. El fuego me quema con el contacto, me arden las entrañas con lo que hay entre nosotros, sea lo que sea.

—Lo siento —digo.

Abre mucho los ojos y apoyo la frente en la suya. Aprieto los dientes e intento controlar mis emociones, pero fracaso.

—¿Me has oído, Amaya Paquette? Siento lo que te dije. Siento haberte hecho daño.

—¿Lo pensabas? —susurra, y cierra los ojos.

—En aquel momento… estallé y quise hacerte daño, alejarte de mí. Para tratar de entender qué es esto que me haces sentir. —Trago saliva. Tengo la boca seca—. Porque esto… esto es imposible. Lo nuestro es imposible.

Se le encienden las mejillas, baja la vista, se aparta de mí y se estira la falda.

Quiero cogerla de nuevo, sentirla en mis manos, decirle que verla

con Parker me pone enfermo; pero, en lugar de eso, encuentro dentro de mí la resolución que necesito.

Ya le he hecho demasiado daño. Dejaré de resistirme. No la puedo matar, de eso estoy seguro, pero sí puedo aliviar nuestro sufrimiento.

Puedo marcharme de Festivalé.

—Si quieres traer ropa normal y cambiarte una vez que estés aquí, no se lo diré a nadie —comento, y me aparto hasta que hay una buena distancia entre nosotros.

Alza la vista y la sorpresa es evidente en su rostro.

—Gracias. Me encantaría.

Aprieto los dientes. Asiento.

—Bueno. ¿Qué hacemos ahora? —Mira a su alrededor.

—Se supone que tengo que enseñarte, *petite pécheresse*. Pero no me interesa demasiado. Prefiero aprender de ti. Háblame de tu madre.

CAPÍTULO 29

Amaya

Cade Frédéric me lleva de un extremo a otro. Primero es dominante, peligroso, oculta el alma oscura y atormentada bajo esa capa de devoción a la Iglesia; al momento siguiente es desenfadado, casi… normal.

Como Jekyll y Hyde, cambia de personalidad como quien pulsa un interruptor. Es amable con Quinten y luego odioso conmigo.

Me mete los dedos en el coño en su casa y luego me llama puta y me trata como a una mierda que hubiera pisado.

Ese «Lo siento» no compensa cómo me hizo sentir, pero es mucho más de lo que me esperaba. Y sé que es sincero.

Pero la pregunta sobre mi madre me parece demasiado íntima. Demasiado personal. Y después de todo lo que hemos pasado, después de decir que lo nuestro es imposible, cosa que ya sabía, no puedo seguir adelante. Prefiero replicarle.

—¿Ante cuántas mujeres confiadas has fingido ser un hombre de Dios para aprovecharte de ellas?

En cuanto lo digo, el ambiente cambia. Cierro los ojos y aprieto los labios. Daría cualquier cosa por poder borrar lo que acabo de decir. Se me había olvidado lo peligroso que es, lo tangible que resulta su presencia, tan densa que casi se palpa en el aire.

Cade se tensa como una tabla, con la espalda rígida como un muñeco de resorte.

Noto los nervios en la boca del estómago.

—No quería decir…

Se mueve tan deprisa que noto el aire en el pelo; tengo que retroceder hasta casi quedar tumbada en el sofá, con el cuello echado hacia atrás sobre el brazo. Las chispas de su energía se mezclan con la mía, me recorren la piel como olas que van a romper contra la orilla.

—¿Qué es lo que no querías decir, *petite pécheresse*? ¿No querías lanzar acusaciones sin fundamento contra un hombre del que no sabes nada?

Se me eriza el vello de la nuca.

—No son sin fundamento —susurro, porque… ¿Quién demonios sabe por qué? Es obvio que tengo talento para autosabotearme. Sé que lo estoy provocando, pero no puedo parar, quiero ver hasta dónde puedo llegar. Por lo menos, si vuelve a estar furioso, no me preguntará por mi madre.

Alza los brazos a ambos lados de mi cabeza y veo cómo se le marcan las venas de los antebrazos. Se me ha soltado el pelo y me lo presiona con las palmas, y siento un tirón. Contengo un gemido ante la punzada de dolor y, horrorizada, me doy cuenta de que me asusta y me excita a la vez.

Noto su aliento en el cuello. Un centímetro más y estará pegado a mí.

—¿Cómo puedes culparme? —ruge en voz baja—. Soy un hombre de Dios, *mon trésor*, pero sigo siendo un hombre.

El corazón me late a toda velocidad, me cuesta respirar, el aliento me sale a bocanadas breves, aceleradas.

Y espero. Espero a que me toque. A que me bese. A que me haga

daño. A lo que sea.

Pero no lo hace.

Lo que hace es retroceder, sentarse en el extremo opuesto del sofá, alisarse la pechera de la camisa como si no hubiera estado a punto de destrozarme la vida.

—Así que vuelve a ser culpa mía. —Me incorporo para sentarme—. Yo no te he obligado a venir a mi ventana cada noche, Cade. Todo lo contrario, eso debería hacer que huyera de ti.

Sacude la cabeza.

—Los dos hemos cometido errores. Los dos hemos hecho cosas que no deberíamos.

—Qué excusa tan mala —resoplo.

Me lanza una mirada de desaprobación.

—Tenemos que empezar de cero, ¿no? ¿Tal vez como amigos?

Mi primera reacción es llevarle la contraria, primero porque me pone nerviosa y segundo porque no quiero ser amiga suya. No sé si podría serlo. Además, cuantas más vueltas le doy, más lógico me parece.

Como ha dicho…, lo nuestro es imposible. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, solo puede causarnos dolor.

«Amigos».

—De acuerdo —accedo—. Amigos.

Me sonríe y se relaja contra los cojines del sofá.

—Muy bien, «amiga». Háblame de tu madre.

Suspiro y me apoyo en el respaldo. Estoy demasiado cansada para seguir discutiendo y, la verdad, me da miedo que, si echo leña en el fuego de su ira, esta se convierta en otra cosa. En algo que me difumine la línea de este límite nuevo que hemos establecido.

—Tú primero —replico.

No hay nada que me apetezca menos que hablar de mi madre,

pero quiero saber cosas de él. Si pudiera, me metería en su cerebro y me haría un hueco en él donde vivir para poder repasar todos sus recuerdos.

Se pasa la mano por el pelo negro. Los dedos masculinos se flexionan con el movimiento.

Me muerdo el labio para no reaccionar como me gustaría.

«Amigos».

—No conocí a mi madre.

Frunzo el ceño.

—¿Y a tu padre?

—Lo más parecido que he tenido a una familia fue una monja, la hermana Agnes, que habría preferido matarme a palizas antes que permitirme ocupar espacio en su orfanato.

Lo dice con indiferencia, como si me estuviera hablando del tiempo, pero reconozco el dolor que oigo en su voz de la misma manera que lo siento en la mía. La empatía me sacude desde dentro. Sé lo que es sentirse no querido, sé lo que representa ser una maldición para la persona que debería ocuparse de ti.

—La verdad, no es la respuesta que me esperaba —bromeo para tratar de arrancarle una sonrisa.

Se le alzan las comisuras de los labios en un gesto tan infantil e inocente que casi parece fuera de lugar. Decido que me gusta, que quiero verlo sonreír más a menudo.

—Así que te criaste en un orfanato, sin amigos ni familia.

Asiente.

—Así es.

—¿Y por qué te hiciste sacerdote?

Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—He respondido a tu pregunta. Ahora responde tú a la mía.

Me tenso.

—¿De verdad?

—*Oui.* Esto es un *tête-à-tête.*

Trago saliva. De pronto tengo la garganta seca, pero me rindo.

—Mi madre tenía… problemas.

—¿En qué sentido?

—Me tuvo cuando era muy joven. —Me encojo de hombros—. A veces pienso que, cuando te pasa una cosa así, no te da tiempo a madurar lo suficiente para criar a otro ser humano. Creo que arruiné su vida. Le provoqué mucha amargura, mucha ira.

El rostro de Cade se ensombrece.

—¿Te hizo daño?

Sonrío, aunque la emoción me ha hecho un nudo en la garganta.

—Depende de lo que consideres «daño».

—¿Y ahora dónde está?

Me echo a reír y me paso la mano por el pelo. Al encontrarme un nudo, cojo el mechón y trato de deshacerlo.

—Ni la menor idea. Por lo que sé, puede estar muerta.

—¿Y el padre de Quin?

Aprieto los dientes y me encojo de hombros.

—No creo que ni ella supiera quién es el padre. Desde luego, no me lo dijo, pero, bueno, tampoco me dijo quién era el mío.

—Cuéntame algo más sobre ella —insiste.

Se me encoge el corazón.

—Tenía un gusto pésimo en cuestión de hombres.

—Vaya, eso debe de ser cosa de familia.

Suelto un bufido y, sin pensar, le doy un manotazo en el pecho, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Te refieres a ti o a Parker?

Se ríe, me coge la mano y la presiona contra su pecho. Noto el calor de la piel a través de la ropa. Casi puedo palpar sus pectorales

bien definidos, duros como la piedra bajo mis dedos.

—Siento decir que a ambos, *mon trésor*. Parker es…

Aparto la mano de golpe y hago caso omiso del vacío que siento al hacerlo.

—No hace falta que me digas lo que es Parker. Ya lo sé.

Asiente y se rasca la barbilla.

—Esto de ser amigos no está tan mal —reconozco—. ¿Todas las sesiones del cursillo serán así? No es lo que me esperaba, la verdad.

—¿Por qué te vas a casar con él? —pregunta de repente.

Me quedo con la boca abierta. De todas las preguntas que podía hacerme, esta es la que menos me esperaba. La verdad, es una tontería por mi parte. Debería tener la respuesta más que lista y en la punta de la lengua. No le he hablado de la investigación, de que me han interrogado, de que tengo miedo de que la cosa vaya más lejos. Y las autoridades han conseguido que el tema no llegue a las noticias, aunque sospecho que de eso se ha encargado Parker.

Miro a Cade a los ojos.

—Porque puedo.

Llaman a la puerta. Se me encoge el corazón ante la interrupción y siento una enorme tristeza cuando Cade dice «Adelante» y Parker entra en el despacho.

—Señor Errien —saluda Cade al tiempo que se acomoda en el sofá y se cruza de piernas.

—Padre —responde Parker, rígido. Se vuelve hacia mí—. ¿Preparada, nena? La sesión terminó hace diez minutos.

—No sabía que ibas a venir a recogerme —digo.

Me levanto y me coloco bien la ropa. Es incómoda, pero esta mañana me ha despertado el mensajero que me la traía y he entendido el mensaje, que tenía que ponérmela sin discusión.

Parker se me acerca, me coge por la barbilla y me da un beso. Se

me tensa el pecho y me quedo paralizada. No quiero que Cade vea cómo Parker me controla de manera tan descarada. Sus labios babosos me saben a veneno, y el recuerdo de la primera vez que se abrió camino a la fuerza por mi boca me provoca arcadas.

—Te voy a llevar a mi casa. Hemos de hablar de la mudanza. —Sonríe.

Detrás de nosotros, Cade carraspea y se levanta.

—No deberían vivir juntos hasta después del matrimonio. No es correcto.

Me contengo para no reírme al verlo representar el papel de policía de la moral.

El rostro de Parker se endurece y se vuelve hacia Cade.

—No le estaba pidiendo permiso. Le estaba informando de que Amaya se viene a vivir conmigo. De inmediato. Aguanto todas las demás gilipolleces, como lo del cursillo, pero no voy a permitir que mi mujer duerma en una cama que no sea la mía.

Cade parpadea y mira a Parker con cara de aburrimiento.

—Y no se crea que me he olvidado de su jueguecito de ayer durante la comunión —sigue Parker—. Me hizo que me arrodillara como a una puta.

Abro mucho los ojos y paseo la mirada entre uno y otro. Cade sonríe y apoya un hombro en la pared.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

Parker me agarra del brazo, furioso. Tira de mí y me retuerce el codo de tal forma que hago una mueca de dolor. Cade se endereza, ya sin rastro de diversión en la cara, y mira fijamente la mano con la que Parker me ha agarrado.

Sacudo la cabeza para suplicarle en silencio que no se meta. Solo conseguirá empeorar las cosas.

Cuando Parker me saca del despacho al pasillo, tengo que hacer

un gran esfuerzo para no volverme y mirar a Cade.

CAPÍTULO 30

Amaya

Nos pasamos los veinte minutos siguientes en el coche para llegar a las afueras de la ciudad, donde las calles se convierten en carreteras. Ahí se encuentra el edificio más grande de Parker, el hotel Errien, con el nombre como un espantoso añadido sobre la hermosa arquitectura francesa.

No había venido a este hotel desde la desaparición de mi madre, decidida a mantener toda la distancia posible porque, hasta hace muy poco, cualquier excusa para no encontrarme con Parker era buena. Llegamos a la entrada y el vehículo se detiene. Me abre la puerta un aparcacoches que lleva un traje negro con ribete rojo. Me ayuda a salir con una mano enfundada en un guante blanco, que acepto con una sonrisa para luego alzar la vista hacia el edificio gigantesco.

Parker me coge por la cintura y me lleva hacia las puertas. Hace caso omiso del personal y ellos corresponden tratando de no cruzarse con él.

El hotel es muy bonito por dentro, y un cosquilleo de incomodidad me recorre porque sé que Parker vive así cuando hay tantos que carecen de lo más básico. Y caigo en la cuenta de que soy igual de culpable. Ya me he empezado a acostumbrar a que me espere un

coche en la puerta. ¿Cuánto tardaré en no ver al personal, en mirar a los demás por encima del hombro?

En el vestíbulo hay una lámpara de araña tan grande como mi sala de estar y muebles con adornos dorados, y por todas partes hay jarrones con rosas blancas. Los suelos centellean con el reflejo de la luz y el sonido rítmico de mis tacones contra el mármol nos acompaña al atravesar la estancia. A la izquierda está la recepción, donde hay una pequeña cola de gente esperando, pero nos dirigimos hacia un pasillo que hay a la derecha, donde se encuentran los ascensores.

Entramos en uno. Parker presiona una tarjeta contra el cuadro de mandos hasta que suena un bip.

—Al ático, me imagino —digo.

—Chica lista. —Agita la tarjeta—. Te daré una copia para que vengas cuando quieras.

Se me encoge el corazón al pensar en cómo se sentirá Quinten en un hotel. Hay mucha gente, muchas interacciones, dos cosas a las que no está acostumbrado.

«Nos adaptaremos. Al menos estaremos juntos».

El timbre del ascensor indica que hemos llegado y las puertas se abren en un gran vestíbulo de mármol que da a una espaciosa sala de estar. Sigo a Parker y observo el lugar para tratar de imaginarme cómo será mi vida aquí.

Es bonito, pero todo son líneas rectas y muebles monocromos, y, por mucho que me esfuerzo, no me siento cómoda en este lugar.

—Se nota que eres soltero. —Sonrío. Es lo único que se me ocurre decir.

No me hace ni caso. Está concentrado en el teléfono que lleva en la mano, como siempre. ¿Qué le habrá distraído, algo del trabajo o Florence?

—Va a venir un estilista para tomarte medidas y hacerte ropa nueva —comenta sin alzar la vista.

—De acuerdo.

Hace una mueca a la pantalla y vuelve a guardarse el teléfono en el bolsillo. Las suelas de los relucientes zapatos negros levantan sonidos del suelo cuando se dirige hacia mí. Me agarra por la barbilla y pienso que voy a sentir algo. Una chispa, una descarga, cualquier cosa que me dé esperanza de que este matrimonio no va a ser tan malo como parece. Pero no siento nada. Solo desprecio hacia mí misma, que me voy a casar con el hombre que me desvirgó a la fuerza, y miedo por lo que sé que puede hacer. Y eso que intento estar agradecida hacia él, que me está ayudando a salir de una situación complicada.

—Ahora eres mía, nena. Tienes que vestir a la altura.

Me muerdo la lengua para no responder lo que estoy pensando.

Pasa de largo junto a mí.

—Tengo una reunión. Instálate, y luego te puedes llevar el coche el resto del día.

Asiento. La verdad es que es una maravilla tener un coche con chófer, no depender del autobús, poder llevar a Quinten del colegio a la terapia.

—Oye, Parker… —Se detiene y me mira—. ¿Se sabe algo nuevo del caso?

La verdad es que no quiero preguntar. Ha sido estupendo fingir que el tema no existe, pero esto solo funciona hasta que los pensamientos agobiantes se me instalan en el pecho y me corroen. La verdad es que no saber lo que está pasando me está volviendo loca.

Aprieta los labios.

—Jason se encarga de todo, ya te lo he dicho. Si no te ha llamado,

es que no hay problemas.

Siento un cierto alivio y dejo escapar el aliento contenido. Se le suaviza la mirada. Se acerca a mí de nuevo y presiona sus labios agrietados contra los míos.

—Estás conmigo, nena. Mientras yo esté a tu lado, nadie te va a hacer nada.

Se me revuelve el estómago, pero contengo la repugnancia.

—No te han acusado de nada, solo quieren información. Seguro que también han interrogado a otras personas.

Me aparta el pelo de la cara y asiento, decidida a creerle.

Tres horas más tarde, estoy en la sala de espera, dando vueltas con el pulgar al anillo con el diamante que llevo en el dedo mientras espero a que Quinten salga de terapia. Puedo oír el sonido de su risa desde aquí. Lo he recogido del colegio y lo he traído a la clínica.

No ha pasado tanto tiempo desde que mi mundo se puso patas arriba, pero, cuando pienso en dónde estaba hace unas semanas, me parece que era una vida diferente.

—¡Hola, Amaya!

Me vuelvo en la silla y veo a Abby, la directora de la clínica.

—Hola, Abby. —Sonrío.

—¿Has tenido ocasión de hablar con el seguro?

Las palabras hacen que se me encoja el corazón, sobre todo por la fuerza de la costumbre. Ya no debería haber problema, pero me siento fatal porque me había olvidado de esto por completo.

Parker se encargará de todo si se lo pido. Creo… Estas cosas me angustian, y voy a tardar en acostumbrarme a que no sea así.

—No, la verdad —digo.

Abby frunce el ceño.

—Pero lo que no cubra el seguro lo pagaré yo —me apresuro a añadir.

No sé si será así, pero tengo que quitármela de encima hasta que consiga que Parker venga y lo arregle todo. Lo puede pagar, o tal vez cuando nos casemos me cubra su seguro, cosa que le abriría un nuevo mundo a Quinten en el tema de la terapia.

Vuelvo a dar vueltas al anillo en el dedo.

—Estoy en etapa de cambios.

Abby contempla el diamante abriendo mucho los ojos y me sonríe.

—¡Vaya! ¡Felicidades!

La aprobación es tan evidente que me da náuseas. Me encantaría agarrarla por los hombros, sacudirla y gritarle que no hay nada que celebrar, pero entonces Quinten abre la puerta y sale dando saltos, lo que hace que me olvide de todo. Sonrío al recordar por qué hago lo que hago.

Mi hermano se merece lo mejor y quiero estar a su lado para compartirlo con él.

—No quiero darte la lata. —Abby vuelve a captar mi atención—. Pero me están presionando y, cuando intento arreglarlo, no hay manera de convencer a tu seguro. —Mira a Quinten, que está abrazado a las piernas de Gabby—. No quiero cancelar las sesiones.

Asiento, pese a que tengo la sensación de que me está haciendo un reproche. Como si fuera culpa mía que los seguros sean un puto timo, que no pueda pagar lo que mi hermano necesita.

—Me encargaré de todo.

Saco el teléfono y pulso sobre el nombre de Parker.

Yo: Oye, luego tengo que hablarte de la terapia de Quin. Hay un problema con el seguro y necesito que me ayudes.

Miro la pantalla con el pulgar sobre la opción de enviar. Las

náuseas me suben por la garganta y me queman en la boca. ¿Cómo he pasado tan rápidamente de no querer nada de Parker a depender de él para casi todo? Justo lo que siempre había querido él.

Pero en los momentos desesperados hay que tomar medidas desesperadas.

Me he estado aferrando al último resto de poder que sentía cuando estaba con Cade, pero ahora tampoco puedo contar con ello. Mi vida está a la deriva, a caballo entre dos mundos. Entre lo que era y lo que va a ser.

El teléfono vibra y bajo la vista con la esperanza de que sea Parker para decirme que se va a ocupar del seguro de inmediato. Es una decepción ver en la pantalla el nombre de Phillip, mi antiguo jefe.

Hago una mueca porque sé que debería coger la llamada. Técnicamente, aún no he dejado de trabajar en la Capilla; no tengo horario fijo y puedo ir cuando quiera, pero debería decirle que no voy a volver.

Lo que pasa es que no quiero decirle eso. Para empezar, me gusta bailar allí, y aferrarme a esa posibilidad me da cierta sensación de control, así que quiero mantener mi relación con el club hasta donde me sea posible, por si acaso. Además, si le digo a Phillip que ya no volveré a trabajar en la Capilla, no me dejará seguir yendo al estudio, y mi cuerpo necesita el ejercicio físico y mental que me proporciona la barra.

Si pierdo eso, ¿qué más me quedará que sea solo mío?

Quinten viene hacia mí dando saltitos y me aparta de mis pensamientos. Detrás de él, viene Gabby, su terapeuta.

—¿Te lo has pasado bien con Gabby? —dice Quinten.

—Yo me lo he pasado bien. —Asiento—. ¿Y tú?

—¿Y tú? —repite—. Me lo he pasado bien.

Alzo la vista para decirle a Abby una vez más que lo arreglaré

todo, pero se ha marchado. Ha debido de irse mientras miraba el teléfono, inmersa en mis pensamientos.

Gabby me cuenta lo que ha trabajado hoy con Quinten. Mientras, él se aleja hacia un niño más pequeño, sentado en una de las sillas que hay arrimadas a la pared, con las piernas recogidas y los ojos muy abiertos, cautelosos, clavados en él.

Me despido de Gabby, cojo el gorro de Quinten, la sudadera y los auriculares, y voy hacia donde están.

—¿Nos vamos ya, colega? —le pregunto. Miro al niño y a su madre—. Hola.

—Hola —repite Quinten, y me mira.

—¿No quieres decir hola, cielo? —le dice la madre al niño.

El pequeño parpadea y se encoge aún más. Le pongo la mano a Quinten delante para que vea que lo voy a tocar, y luego lo agarro por el brazo y tiro de él hacia atrás con delicadeza.

—Es muy tímido —se apresura a explicar la madre.

Trago saliva ante la emoción repentina que ha hecho que se me cierre la garganta. Las cosas en apariencia sin importancia como esta son las que me pillan desprevenida. Cosas a las que no habría dedicado dos pensamientos antes de cuidar de Quinten, y en cambio ahora… Me duele el corazón al imaginar lo que está sintiendo esa madre —una mezcla de emociones encontradas: la necesidad de explicar el comportamiento de su hijo y la culpa por pensar que tiene que dar explicaciones a la gente—. Yo también me he sentido así un millón de veces con Quinten.

Es una sensación de mierda. Solo hace un par de años que he entendido que no importa lo que piense nadie mientras Quinten sea feliz y esté sano.

Que les den.

—Es perfecto —respondo con una sonrisa—. A Quin le costó años

poder ponerse a metro y medio de nadie. Tu chaval lo está haciendo de maravilla.

La madre se relaja de manera visible y sonríe.

—Es la primera sesión que tiene Stefan.

Asiento con la cabeza, comprensiva.

—Está en buenas manos, mamá.

—Buenas manos, mamá. —Quinten salta y me agarra la mano con los deditos.

Le sonrío y lo llevo hacia la puerta, nos detenemos antes de salir y seguimos la rutina de siempre: primero la sudadera, luego la chaqueta. La gorra en la cabeza y por último los auriculares con luz que bloquean los ruidos del exterior.

Vamos hacia el coche, donde ya nos espera firme, con la puerta abierta, el conductor de Parker. Estoy segura de que ha recibido instrucciones estrictas de no mirarme siquiera.

Quinten entra y mira de reojo al hombre, luego a mí, y me sonríe. Se me encoge el corazón al pensar que tengo que explicarle que nos vamos a mudar. Había pensado que tendría tiempo, pero Parker quiere que vayamos a vivir con él antes de la boda, así que me quedan unos días en el mejor de los casos.

«Se lo diré en cuanto tenga ocasión», decido. Lo miro mientras abre la aplicación y los cascos iluminan el interior del coche con un estallido de colores.

CAPÍTULO 31

Amaya

—A la iglesia, por favor —le digo al conductor al tiempo que hago subir a Quinten y me meto en la boca el último bocado del desayuno.

Es el primer día de ensayo de la obra para el Festival de los Locos y tenemos que correr si no queremos llegar tarde.

—¿Estás emocionado con lo de la obra, Quin?

Da saltos en el asiento mientras mira por la ventana. Sonrío. Es un alivio ver que hago algo bien. Al menos por él, ya que no por mí misma.

El coche recorre las calles y miro a través de los cristales ahumados de la ventanilla para ver a la gente que trata de mirar hacia el interior. Me siento culpable por estar aquí adentro mientras todos los demás están afuera, pero no puedo hacer nada.

Si todo va bien con Parker, tal vez llegue un momento en que sí pueda. Es lo que me digo para sobrellevar mejor mi decisión: si estoy casada con el «rey de Festivalé», tendré poder para cambiar muchas cosas.

Llegamos delante de Notre Dame y los nervios me atenazan a medida que el coche va parando. Es más que posible que vea a Cade. Tras la conversación de hace dos días en su despacho, he

conseguido hasta cierto punto no pensar en él. Al menos no durante el día. Por las noches, miro por la ventana y espero, y la decepción me pesa como una losa por dentro cuando no se presenta.

La plaza Mayor está decorada ya para las fiestas, con guirnaldas verdes y lazos rojos, como si la Navidad hubiera vomitado sobre la ciudad. A mi lado, Quinten no puede parar de moverse. Me agarra la mano mientras subimos por los peldaños de la catedral y las gárgolas me miran con sus ojos de piedra.

Siempre me han dado un poco de miedo, pero Quinten corre hacia ellas, flexiona las piernas y salta en el aire.

—¡Hola, gárgolas! —saluda. Se vuelve hacia mí—. ¿Has dicho hola a las gárgolas?

Me acerco y sonrío.

—¿Qué tal, gárgolas?

—Las gárgolas son protectores espirituales —dice—. Espantan a los demonios y a los espíritus malos. Las gárgolas tienen caños para recoger el agua del tejado y expulsarla por un lado del edificio.

Inclino la cabeza. ¿Qué ha estado viendo para aprender esas cosas? Tiene un verdadero superpoder, puede escuchar algo una sola vez y luego recitarlo palabra por palabra. Su cerebro está lleno de conocimientos, datos y fragmentos de información. Lo almacena todo para cuando lo necesite.

Ahora mismo está sonriendo de oreja a oreja, con la punta de la nariz tan sonrosada como las mejillas. Habría dado lo que fuera por cogerlo en brazos y absorber todo lo que siente para emocionarme yo también así.

—¡Hola, Amaya! —Lydia, la cuidadora en Quinten en el colegio, se nos acerca con una sonrisa.

—Hola, Lydia. —Yo también sonrío. Al principio no estaba previsto que formara parte de esto, pero he insistido mucho. Es la única que

entiende de verdad a Quinten. En este entorno, lo conoce mejor que yo—. Muchas gracias por venir.

Le quita importancia con un ademán. Se acerca a mi hermano y le da la mano.

—Qué va, es un placer. —La sonrisa le llega a los ojos al mirarlo—. ¿Qué te parece si vamos adentro a ver qué pasa, Quin?

Él asiente y se alejan juntos.

Frunzo el ceño al darme cuenta de que me han dejado allí de pie, como una de las estatuas de piedra entre las que me encuentro. Había pensado entrar con él, pero es mejor que no, la verdad. Quinten se distrae conmigo, prefiere quedarse a mi lado en lugar de explorar. Lo malo es que no sé qué hacer mientras espero.

Se me van los ojos hacia el sendero que lleva a la parte trasera de la iglesia, a la casa donde vive Cade, pero desecho la idea de inmediato.

«No seas idiota, Amaya». ¿A plena luz del día? Además, lo más probable es que no esté ahí.

Sinceramente, no tengo la más remota idea de qué hacen los sacerdotes aparte de confesar entre semana y dar misa los domingos.

Una ráfaga de viento me azota la cara y me estremezco. Subo los peldaños hasta el atrio y el calor me envuelve como una manta cuando entro. Al momento, me vienen a la cabeza imágenes, recuerdos de cuando acudía aquí todas las semanas. Recorro el pasillo donde están las oficinas y el corazón se me acelera cuando finjo que no miro por las ventanas en busca del hombre al que sé que no debo buscar.

Las paredes color pardo y las alfombras discretas de la parte de atrás son muy diferentes a la falsa arquitectura gótica de la parte delantera. Me causan la sensación de estar entre dos mundos: uno

que me lleva a la hermosa historia de Francia y el otro que me trae a la vulgaridad de las construcciones estadounidenses, apresuradas, funcionales.

Cuando llego a la escalera que lleva al sótano, sigo explorando y doy por hecho que no pasa nada, porque no hay carteles que indiquen que esté prohibido el paso.

El pasillo del sótano huele a cerrado, hay humedad rancia en el aire. Veo varias puertas, unas abiertas, otras no, y mesas y sillas en miniatura con carteles intercambiables en las paredes que indican el rango de edad de cada sala. Miro hacia el interior de la que me queda más cerca, pero no hay nadie.

—¿Espiando por las ventanas, señorita Paquette?

Me da un vuelco el corazón y me doy media vuelta, quedándome con la espalda contra la puerta.

Cade.

«Mierda».

Entrecierro los ojos.

—Nah, eso te lo dejo a ti.

Se me contrae el coño con el recuerdo y me ruborizo.

«Solo amigos, Amaya».

Me sonríe y esos hoyuelos insoportables vuelven a aparecerle en las mejillas. Mira en ambas direcciones antes de acercarse. Y de pronto está a mi lado. Justo a mi lado, en mi espacio, haciendo que el corazón se me acelere como en una montaña rusa.

—¿Pensando en mí?

Trago saliva y presiono las manos contra la pared que tengo a la espalda.

«Me pone a menudo en esta posición».

—No.

Tiene los labios tan cerca de los míos que nos rozaremos si respiro

demasiado hondo.

—Demuéstralo.

La tensión crece entre nosotros, se me instala en el pecho, me oprime hasta que duele. Cualquiera podría doblar la esquina y vernos, y eso debería ponerme nerviosa; en cambio, me provoca diminutas descargas eléctricas a lo largo de la columna.

Apoyo el cuerpo contra el suyo.

—¿Y qué si estaba pensando en ti?

Tiene llamas en los ojos, pero no permite que nos toquemos.

—¿Otra vez me quieres tentar, *mon trésor*?

Niego con la cabeza y me muerdo el labio porque tenerlo tan cerca me resulta abrumador.

—Dijimos que íbamos a ser amigos.

—Y lo somos —susurra—. Los mejores amigos del mundo.

Ahora sus labios rozan ligeramente los míos, pero es suficiente para que me prendan llamas por todo el cuerpo.

Estoy a dos segundos de rendirme porque siento que voy a morir si no lo hago. En ese momento, una puerta se abre al final del pasillo y se cierra de golpe, y luego se oyen unas pisadas ligeras.

Nos apartamos el uno del otro como si hubiéramos recibido una descarga eléctrica y me paso los dedos por el pelo con la esperanza de no parecer demasiado alterada.

Y el pánico crece de nivel cuando la que dobla la esquina es Florence Gammond, que nos mira con ojos cargados de sospecha al vernos juntos.

CAPÍTULO 32

Cade

Soy un depravado y no hay cura posible para mí.

Y Amaya Paquette es mucho más perversa que cualquier otra persona. Me tienta, me atormenta, me provoca, y luego me sonríe y consigue que me olvide de que debo alejarme de ella.

Ahora está aquí, en mi iglesia, para seguir tentándome. Aunque, claro, yo soy el que ha venido a buscarla, porque sé que el colegio está ensayando la obra en la sala juvenil. Pero, cuando evitamos por los pelos que alguien nos atrape, la realidad se impone.

Doy un largo paso atrás, otro, mientras la ansiedad me hace estallar los nervios como luces de Navidad y me oprime con tal fuerza que me duele el estómago.

He de poner fin a esta obsesión que tengo con ella para que los dos podamos seguir adelante de una manera u otra. Hace tiempo que sé que mi monstruo no puede matarla. Está tan obsesionado con ella como yo. Pero la otra idea que tuve ha echado raíces.

Le voy a pedir al obispo Lamont que me traslade a cualquier otro lugar. Y, si se opone, me iré yo a donde sea. Aquí no me necesitan. Nunca me han necesitado.

La Iglesia está corrompida. La codicia de Parker habla por boca del obispo Lamont. Yo no quiero ser parte de esto.

Además, si una simple mujer puede embrujarme de esta manera, puede que necesite más reflexión de la que imaginaba. Como si acechar por las calles y matar a un hombre por celos no fueran motivos suficientes.

Lo que hago sacia al monstruo, pero deja al hombre desgarrado, ensangrentado.

Aun así, no me arrepiento. Volvería a hacerlo mil veces si tuviera la ocasión. Lo que me sorprende es que no hayan localizado aún el cadáver. Tal vez todavía se esté pudriendo en el contenedor, en la parte trasera del local donde trabajaba Amaya.

El local al que no acudió anoche; lo sé porque fui allí a verla bailar.

Tras asumir que no estaba en la Capilla, me obligué a volver a casa en lugar de ir a la suya, aterrado ante la idea de que me invitara a entrar. Le había marcado los límites, éramos amigos, y sabía que nuestros encuentros secretos en la ventana lo tirarían todo por tierra.

Pero estar a su lado tiene el mismo efecto.

Florence se acerca y nos mira.

—Padre Cade —me saluda, suavizando su expresión al tiempo que me coge por el brazo.

Imposto una sonrisa y asiento para responder al saludo.

—Amaya. —Se le borra la sonrisa—. Cuánto siento que me hayan apartado de tu defensa.

Me pongo rígido.

«¿Tu defensa?».

Amaya se echa a reír.

—Debes de estar destrozada, seguro.

Florence mira hacia abajo, en dirección a las manos de Amaya, y a mí también se me van los ojos. Se me corta la respiración al ver el enorme diamante que le brilla en el dedo.

Una marca de propiedad.

De alguien que no soy yo.

Sabía que esto se avecinaba, pero ahora es demasiado real.

Florence sonríe, burlona.

—Vaya, veo que tienes iniciativa. ¿Quién es el desafortunado?

Amaya levanta la barbilla con cierta altanería, como si se alegrara de estar a punto de restregarle a Florence por la cara su compromiso. Como si estuviera orgullosa de pertenecer a Parker.

Al advertir el cambio que se produce en ella, algo me arde por dentro.

No soporto que sea otro hombre el que le proporciona tanta confianza. Me vuelve loco de ganas de ir a por Parker y matarlo de una paliza.

—Ah, ¿no lo sabías? —responde Amaya, con tono edulcorado—. Me voy a casar con Parker.

Florence se queda boquiabierta y abre desmesuradamente los ojos.

—¿Con mi Parker?

Inclino la cabeza hacia un lado. «Qué interesante».

A Amaya le centellean los ojos.

—El único e inimitable. Recuerdo que hubo algo entre vosotros hace tiempo, así que espero que no te siente mal.

Si me paso un minuto más oyéndolas a las dos hablar de Parker me voy a volver loco.

—Dígame, señora Gammond, ¿a qué venía usted? —pregunto.

—A ayudar con el ensayo. —Se acerca un paso—. Es muy amable por su parte ceder la sala a los niños, padre. Está dando nueva vida a esta parroquia, es maravilloso.

Mascullo algo a modo de asentimiento ante las alabanzas. Pero son chorradas. No he hecho más que espiar a Amaya y castigarme

por ese pecado.

Mira a Amaya de reojo.

—Aunque me gustaría que fuéramos más… exigentes acerca de quién entra aquí.

Amaya la mira, se da media vuelta y se marcha sin decir palabra.

Cada fibra de mi ser quiere ir tras ella, pero Florence ha dicho algo que me tiene clavado en el sitio.

«La han apartado de la defensa de Amaya».

Sonrío, le pongo la mano en la espalda y la hago entrar en la habitación vacía.

—¿Podemos hablar un momento, señora Gammond?

Se deja llevar sin oponer resistencia.

—Claro, padre.

Una vez dentro del cuarto, cierro la puerta y me vuelvo hacia ella.

—¿A qué defensa se refería antes?

Florence se muerde el labio, incómoda, y cambia de postura.

—La verdad es que no le puedo hablar de ello.

Me río, sacudo la cabeza y cambio de táctica.

—Claro, perdone. Es que…, si en Festivalé pasa algo que tenga que ver con las personas que dejo entrar en la iglesia… o estar cerca de nuestros niños…, me gustaría estar informado.

—Si se sabe que se lo he dicho, puedo perder el empleo.

—Lo trataremos como una confesión. —Me inclino hacia ella con el ceño fundido—. Sus secretos están a salvo conmigo.

Asiente con parsimonia.

—Amaya tiene instrucciones de no salir del estado.

Arqueo las cejas. La sorpresa es mayúscula.

—¿Por qué?

—Porque asesinó a Andrew Gleeson.

La afirmación me conmociona tanto que me tambaleo.

—¿Qué?

Asiente.

—Bueno, presuntamente… Por el momento no está acusada, pero solo es cuestión de tiempo. Me asignaron su caso para defenderla, pero es obvio que a ella no le pareció bien que yo la representara.

Florence deja escapar una risita, pero, aunque me maten, no entiendo qué le hace tanta gracia.

Los recuerdos de los últimos días me pasan por la mente a toda velocidad. La rabia que me invadió y cómo maté a Andrew con mis propias manos y luego tiré su cadáver al contenedor de basura, que era donde debía estar.

Cuando vino a verme Amaya al cabo de unas pocas noches, en plena oscuridad, con los ojos enrojecidos y llorosos, y, en lugar de escucharla, cedí a mi debilidad acorralándola contra la pared.

Cómo, al día siguiente, se había prometido.

El arrepentimiento me corre como veneno por las venas.

Acudió a mí en primer lugar.

Y yo la rechacé.

CAPÍTULO 33

Amaya

Estoy sentada ante una larga mesa de reuniones, en el despacho de Parker, mirando la televisión de la pared. Él está sentado a mi derecha, con la mano en el respaldo de mi silla. Jason, el abogado, está frente a nosotros, al otro lado de la mesa. No sé por qué, Cade también está presente. Se encontraba con Parker cuando llegué.

No quería que se enterara de todo el asunto del asesinato, pero, bueno, *c'est la vie*. Ya no tiene remedio.

Han pasado más de dos semanas de la muerte de Andrew y la noticia la están dando hoy.

En la pantalla se ve a una mujer hermosa con dos niños pequeños. Uno es un crío rubio, animado, y el otro es un bebé de pocos meses. A la mujer le han metido un micrófono en la cara. Alguien fuera de cámara le da un pañuelo de papel para que se seque las lágrimas de los ojos.

Tengo el estómago en la garganta.

Andrew no era una persona de importancia, trabajaba en los niveles intermedios de un banco en el centro de Coddington Heights, pero no importa. Un drama es un drama, y lo están retorciendo para que sea aún más grotesco de lo que me habría podido imaginar.

«Las similitudes entre los asesinatos de Andrew Gleeson y

Candace Walker, una mujer de Festivalé, son asombrosas. Pero ¿existe alguna conexión? ¿O es pura coincidencia? Por el momento, el detective al mando del caso dice que no están seguros».

Dios santo. El pánico me está provocando vértigo.

Un asesino en serie.

No es posible que crean que soy yo.

Pero no es ningún secreto que Candace y yo no nos llevábamos bien. Tengo relación con las dos víctimas.

La televisión se vuelve a concentrar en la esposa de Andrew.

«Solo queremos saber qué pasó. Seas quien seas… —se seca debajo de los ojos con el pañuelo y mira directamente a la cámara —, ojalá ardas en el infierno por haber matado a mi marido».

La voz se le rompe y la culpa me invade casi como si hubiera hecho algo malo, pese a ser inocente.

—Apaguen eso. —La voz de Cade es puro hielo.

No lo miro porque ni siquiera sé bien qué hace aquí. Pero ojalá no estuviera.

Jason y Parker no le están haciendo caso. El abogado me mira a los ojos.

—Mira, no importa lo que digan…

—Es que dicen muchas cosas —lo interrumpo con voz temblorosa.

—No importa —repite—. No tienen pruebas.

Sacudo la pierna por debajo de la mesa y vuelvo a mirar la tele.

—He dicho que apaguen eso —exige Cade.

La temperatura de la sala baja en picado y el frío corta el aire como un cuchillo que me pasara sobre la piel.

Jason carraspea, incómodo, y se inclina hacia delante para coger el mando a distancia y apagar la televisión.

—Es increíble que ninguno de ustedes dos se esté dando cuenta de lo mal que lo está pasando Amaya —sisea Cade al tiempo que me

señala.

Me atraganto y abro mucho los ojos al mirarlo. «¿Qué está haciendo?».

—Casi ni aguanta en la silla y no paran de hablar de ella como si no los oyera. Como si no fuera su vida la que está en juego. Es deleznable.

Parker se pone rígido, tensa el brazo detrás de mí.

—Jason es el mejor abogado que conozco. No hay de qué preocuparse.

Se me van los ojos hacia Cade, con el corazón a punto de salírseme del pecho. Tiene una expresión dura como la piedra, las manos juntas con las yemas de los dedos apoyadas, la mandíbula tensa.

—¿Se va a filtrar mi nombre? —pregunto al tiempo que me obligo a apartar la vista.

—Insisto, no eres sospechosa, no te acusan de nada —dice Jason —. Solo eres lo que se denomina una «persona de interés». —Se debe de dar cuenta de lo intranquila que estoy, porque sacude la cabeza de pelo castaño, ondulado—. No tienen nada tangible, y aunque lo tuvieran…

La mano de Parker pasa de la silla a mi hombro, me dibuja círculos posesivos sobre la piel. Noto con claridad la mirada de Cade.

—Tú me tienes a mí —termina Parker.

Jason asiente.

—Tu marido es muy poderoso, Amaya. No tienes por qué preocuparte.

—Prometido —lo corrige Cade.

Todos volvemos la cabeza hacia él. Me tenso y vuelvo a preguntarme qué demonios hace aquí. «¿No se da cuenta de lo mal que queda que me defienda? Con lo que Parker lo detesta…».

Miro a Parker, nerviosa.

—Es cierto. —Parker lo mira con gesto frío, inexpresivo—. No soy su marido… todavía. Pero este fin de semana estará en mi cama, que es donde tiene que estar. Y usted, padre, estará en la iglesia, que es donde tiene que estar.

Cade no responde, pero el tic de la mandíbula continúa, repetitivo, atormentado, mientras se acomoda en la silla.

—Garantízame que esto no llegará a juicio —le dice Parker a Jason.

Los miro y se me agarrotan los nervios en el estómago.

Jason titubea, pero al final asiente.

—Esto no llegará a juicio.

Parker me coge la mano, entrelaza los dedos con los míos y los apoya sobre la superficie de la mesa. Tengo las palmas sudorosas, pero parece que no le importa. Se dedica a juguetear con el gigantesco diamante que llevo en el dedo.

—Caballeros, necesito hablar a solas con mi prometida —dice subrayando la última palabra.

Jason se levanta de inmediato, recoge los papeles que había puesto sobre la mesa y los mete en la carpeta antes de salir como si hubiera fuego en la habitación.

Cade, en cambio, se toma su tiempo.

Estira las piernas, se frota la barba incipiente y nos mira durante largos momentos antes de levantarse muy despacio. Luego pasa por detrás de nosotros tocando las sillas y no se molesta en cerrar al salir.

Parker suspira, se levanta y cierra la puerta con cerrojo.

—¿Qué hacía aquí? —pregunto.

—¿Quién? ¿El padre Cade? —Arquea una ceja mientras vuelve.

Asiento.

—Se ha enterado de que estabas en apuros y ha venido a ofrecer el apoyo de la Iglesia.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Cómo se ha enterado?

Parker se encoge de hombros.

—¿Qué más da?

Ya me lo imagino.

«La hija de puta de Florence».

Me coge la mano.

—Lo de antes lo he dicho en serio, ¿entendido? Quiero que vengas a vivir conmigo este fin de semana.

Noto un calambre en las piernas, pero me controlo para que no se dé cuenta de la reacción.

—El padre Cade ha dicho que…

Me aprieta los dedos.

—Me importa una mierda lo que diga Cade. Si le sigo la corriente con esas reglas ridículas es porque queda bien de cara a la gente, pero si crees por un momento que voy a dejar que vivas lejos de mí, que voy a permitir que te me escapes ahora que te tengo, estás muy equivocada.

—No es eso —trato de calmarlo—. Es que pensaba…

Me suelta la mano con un resoplido. Levanta la barbilla y me mira con dureza.

—¿No quieres casarte conmigo, Amaya? ¿Es eso? ¿Quieres convertirme en el hazmerreír, utilizarme por mi dinero, por mis recursos, y luego romper el trato? ¿Te parece que soy de los que se toman bien que los utilicen y luego los tiren a la basura?

El pánico me atenaza la garganta como un nudo corredizo.

—No, no —respondo con firmeza—. Claro que quiero casarme contigo. —La desesperación me sube por dentro. Me adelanto hasta

situarme entre sus piernas. Tengo las piernas temblorosas, pero no hago caso y le acaricio la cara—. Lo siento.

Me inclino hacia él y le doy un beso en los labios secos. No me lo devuelve y, en lo más profundo, lo agradezco, pero sé que necesito que ceda. Lo vuelvo a besar.

Se relaja poco a poco y me roza el pómulo con el dorso de un dedo. Lo hace con suavidad, pero para mí es como una navaja.

—Tienes suerte de que sea tan tolerante —canturrea—. No quiero hacerte daño, nena. Nunca he querido hacerte daño. Pero a veces no me dejas alternativa. —Me da unos golpecitos en la barbilla con el dedo y me empuja hacia atrás para levantarse—. Por cierto, ¿cómo está tu amiga? —Se abotona la chaqueta del traje—. Dalia, se llama Dalia, ¿no?

Consigo despegar la lengua del paladar.

—Está bien.

Asiente y me mira de arriba abajo.

—La quieres mucho, ¿verdad?

Se me encoge el corazón y casi no puedo respirar. «¿La está amenazando?».

—Solo quiero darle tiempo a Quin para hacerse a la idea, Parker. —La voz me tiembla—. Nada más.

La expresión de Parker se suaviza.

—Yo me voy a ocupar de Quinten y de ti, Amaya. Te lo he prometido. Confía en mí.

Me trago el asco y sonrío.

CAPÍTULO 34

Cade

Vuelvo a estar aquí.

En el lugar donde tanto he deseado estar, pero al que no me he permitido venir.

Me he metido entre los arbustos del callejón trasero para ver al objeto de mi deseo mientras la luna entra por la ventana y le acaricia el cuerpo como querría hacer yo con las manos.

En la habitación, hay unas cuantas cajas vacías con la tapa abierta y otras ya cerradas arrimadas a la pared. He desperdiciado momentos valiosos cuando podría haber estado envolviéndome en ella.

Y ahora se va a vivir con Parker y será inaccesible para mí.

Ya he deducido que ha dejado de trabajar en la Capilla. Fui allí dos noches seguidas para tratar de verla. Al no encontrarla, pensé que era un acto divino, que Dios me estaba apartando de la tentación. Y había conseguido resistirme a venir a su ventana.

Pero, como en todo lo que respecta a Amaya, soy débil.

Tras enterarme de que está en apuros y de que yo soy la causa, me siento incapaz de apartarme de ella. Es como si estar aquí, como si verla y vigilarla, fuera a calmar la culpa que me roe por dentro.

Podría dar un paso al frente y reconocer que los asesinatos los

cometí yo; tal vez lo haría si fuera un buen hombre.

Pero no soy ningún héroe.

«Dios todopoderoso, ¿qué puedo hacer?».

Inclino la cabeza y cierro los ojos para escuchar la solución, la respuesta, algo que me guíe. Pero no oigo su voz, solo el silencio en medio del frío cortante.

Puede que la pasión que siento por Amaya me haya alejado demasiado de Dios. Yo fui el que mató de aquella manera a Andrew. Ver cómo la tocaba me llenó de rabia, quise humillarlo, quise que su nombre quedara envuelto en la vergüenza y la humillación.

No pensé en ningún momento en que todo se volvería contra ella.

Fue un error estúpido.

Si se entera de que fui yo quien lo maté, me odiará.

Ojalá yo pudiera odiarla. Pero lo que siento por ella es cada día más fuerte. Más tóxico, más retorcido, más codicioso.

«Acudió a mí en primer lugar».

El corazón se me encoge como siempre que pienso por lo que estaba pasando la noche que le metí los dedos en el coño y luego utilicé a su madre como arma para apartarla de mí.

Pero ¿qué le podía ofrecer yo, un sacerdote, aparte de rezar por ella?

Parker tiene el dinero, tiene el poder y, por mucho que me cueste reconocerlo, es una opción mejor.

Se conocen hace tiempo. Pero la sola idea de que la bese en los labios, de que sienta su coño abrazándole la polla, me da ganas de vomitar.

¿Ha gemido Amaya su nombre de la misma manera que me muero por oírle gritar el mío?

Los celos se sublevan al pensarlo. Esta mañana, cuando los vi juntos en la sala de reuniones, cuando tuve que ver las caricias

posesivas de Parker y la condescendencia con la que mira a Amaya, me entraron ganas de volcar la mesa y sacarle los ojos con los huesos que le arrancaría antes de sus dedos.

No debería haber ido, pero no me pude contener. Tenía que conseguir toda la información posible y, egoístamente, quería verlos juntos, aliviar la envidia comprobando que solo se casa con Parker porque está en apuros.

Amaya está cerrando una caja con precinto. Se seca las lágrimas y me acerco más a la ventana. Daría lo que fuera por entrar, por abrazarla, por suplicarle que me perdone por ser la causa de su dolor.

Por tratar de borrarle las penas.

Se me rompe el corazón cuando las lágrimas le siguen rodando por las mejillas.

«Mira lo que le has hecho».

Lo que hago, lo que he estado haciendo, espiarla cuando más vulnerable es, ha sido repugnante.

Pero sé que le gusta. Y necesito con desesperación cualquier cosa que ella me dé, aunque sea dolor.

Se vuelve, se yergue y se aparta de la cara los largos mechones ondulados para recogérselos con una cinta morada. Tiene los hombros caídos, pero de pronto, como si me hubiera presentido, clava los ojos en los míos.

El estómago me da un vuelco. Daría lo que fuera por estar a su lado.

¿Se le entrecortaría la respiración, abriría los labios húmedos? ¿Me tentaría el calor de su piel, me haría anhelar entrar en ella hasta que no pudiera ser de otro?

Camina hacia la ventana y es a mí a quien se le entrecorta la respiración. La polla me palpita contra la cremallera del pantalón. Me

humedezco los labios cuando mete los dedos delicados bajo los tirantes finos de su camisón color púrpura y este se desliza por su cuerpo como una cascada hasta caer al suelo. Da un paso para dejarlo atrás antes de apartarlo a un lado con un pie. Está tan cerca, con los pezones contra el cristal… El frío se los pone duros, me suplican que los acaricie con la lengua, que los mordisquee con los dientes.

La quiero en mi boca.

La quiero en mi polla.

La quiero en mi cama.

No se toca como ha hecho las noches anteriores, y yo tampoco busco el desahogo. Pero me empapo de ella, deseando sentir con los ojos como siento con las manos.

Pone los dedos contra la ventana y yo hago lo mismo. Le cubro la palma con la mía. Pese al grueso cristal que nos separa, siento un nudo en el estómago. Muy despacio, deja escapar el aire contenido. Sus pechos suben y bajan como mecidos por el océano. Al final, sonríe, se da la vuelta y se aleja.

Es como si me rompieran el corazón. Aprieto los puños y presiono los nudillos contra el cristal.

El dolor es insoportable.

Se mete en la cama, se tapa con las mantas y se oculta de mí.

Sigo allí mucho después de ver cómo se le acompasa la respiración. Tengo un agujero negro que se me pudre en el plexo solar, que gira y se retuerce hasta que una idea cobra forma. Algo que la pondrá a salvo de toda sospecha.

«Acudió a mí en primer lugar».

Me aparto del edificio y miro a derecha e izquierda antes de echar a andar por la acera en mal estado. Cojo la piedra más grande que encuentro. La luz parpadeante y amarilla de la farola proyecta la luz

necesaria. Doblo la esquina hacia otra ventana, quiero pensar que la de su amiga.

También es posible que sea la de Quinten, pero tengo que correr el riesgo.

Miro a mi alrededor una vez más para confirmar que nadie me ve y lanzo la piedra con todas mis fuerzas contra el cristal. Se rompe de inmediato y al momento suena un grito. Me apresuro a esconderme a la vuelta de la esquina, pero no me voy hasta que oigo a la amiga de Amaya gritarle que llame a la policía.

Siento un alivio inmenso mientras bajo por la calle a paso vivo, porque sé que solo tengo unos momentos.

No puedo limpiar el nombre de Amaya…, pero sí puedo hacer esto por ella.

Cuando llego a la plaza Mayor de Festivalé, donde se encuentra la catedral de Notre Dame, voy hacia la izquierda y salgo de Festivalé en el último asiento de un autobús, en dirección a Coddington Heights, en busca de los depravados, de los condenados.

Daré con un alma poseída por los demonios y los mataré igual que maté a Andrew Gleeson.

Porque le acabo de proporcionar a Amaya una coartada.

CAPÍTULO 35

Amaya

Quinten está sentado a la mesa de la cocina y Dalia se encuentra delante de nosotros. Los dos me miran mientras como cucharadas de cereales de marca blanca.

Estoy perdida en mis pensamientos. No hemos dormido gran cosa. De eso se encargó la persona que tiró la piedra contra la ventana de Dalia a las tres de la mañana. Nos ha dejado como zombis.

Dalia está muy nerviosa desde entonces. Ni los policías que vinieron para tomarnos declaración ni yo hemos conseguido calmarla.

«Ha habido muchos robos en este barrio».

«Seguro que solo eran unos gamberros adolescentes».

«Pueden presentar denuncia, pero no servirá de gran cosa».

Pero eso no es lo que me impide concentrarme. No puedo dejar de pensar en Cade, que por fin volvió a mi ventana anoche, y en vez de asco sentí… consuelo.

Su atención me proporciona confianza.

Creo que tal vez fue él quien rompió la ventana, pero no se lo digo a la policía.

«Debo de estar loca».

¿Quién puede enamorarse de un acosador?

La misma persona que deja que un sacerdote la ponga contra una pared y le meta los dedos en el coño, me imagino.

«Venga, Amaya, espabila».

Dalia carraspea para aclararse la garganta y me mira con los ojos entrecerrados. Se ha empeñado en que le diga esta mañana a Quinten que nos vamos a mudar. Anoche se asustó mucho con lo que pasó, y es una baza que puedo utilizar a nuestro favor.

Parece distante, pero sé mejor que nadie que mi hermano se guarda sus emociones. «Debe de ser cosa de familia». Lo que menos me apetece en el mundo es hablarle de lo mío con Parker.

Suspiro y tamborileo con las uñas sobre la mesa.

—Oye, Quin…

No levanta la vista.

—Quin —repito.

Por fin, alza la cabeza y clava esos ojos inocentes en los míos.

—¿Te acuerdas de esos cuentos que te leía cuando eras pequeño, con princesas que se iban a vivir a un castillo y caballeros que se convertían en reyes?

Parpadea y se me encoge el corazón.

—Vamos a ir a vivir a un sitio mejor. Es como un castillo. Hay mucho más espacio y tú tendrás una habitación más grande para ti y para todos tus juguetes.

—Mucho más espacio —repite.

Asiento.

—Eso es. Y vas a tener un dormitorio nuevo. ¿Qué te parece?

—¿Dalia también va a tener un dormitorio nuevo? —me pregunta.

La mira y luego vuelve a mirarme.

La tristeza me golpea como un puñetazo en el diafragma.

—Yo me quedo aquí, Quin —dice Dalia—. Para que puedas venir a verme cuando quieras.

Frunce el ceño y luego asiente como si hubiera llegado a una conclusión.

—Yo me quedo aquí.

Sonrío como puedo.

—No, cielo. Quiero que vengas conmigo. ¿Te acuerdas de Parker?

Claro que se acuerda. Solo lo ha visto unas pocas veces, cuando no he podido evitarlo, pero Quinten no olvida nada.

Me vuelve a mirar.

—Así estaré muy contenta, ¡y va a ser divertido! Una nueva aventura. —Sonrío y trato de hablar con todo el optimismo posible—. ¿La semana que viene?

Se queda en silencio unos momentos largos, tensos. Luego casi veo cómo se enciende la lucecita dentro de su cerebro.

—¿Quieres ir la semana que viene a la casa nueva con la cama nueva y poner allí los juguetes? —dice, y da patadas contra las patas de la silla.

El alivio me invade y dejo escapar el aliento contenido.

—Eso es, colega.

Y así, sin más, vuelve a concentrarse en la comida y en la aplicación pedagógica. Miro a Dalia con una sonrisa aliviada.

—¿Ves? —susurra, y ella también sonríe—. ¿Tanto te ha costado?

—Sí. —Me cruzo de brazos.

Es obvio que ella también siente alivio. La cosa ha ido mucho mejor de lo que esperábamos.

—Oye. —Me inclino hacia delante y pongo una mano sobre la suya —. ¿Seguro que quieres quedarte aquí? Seguro que puedo convencer a Parker para que puedas instalarte en el hotel.

—Parker ya paga para que me quede aquí, Amaya. No pasa nada. —Suelta un bufido y pone los ojos en blanco, pero veo que se le han humedecido los ojos—. ¿Qué vas a hacer hoy?

Me encojo de hombros.

—Llevar a Quin al colegio. Luego probablemente vaya al estudio de Phillip.

—¿Le has dicho que dejas definitivamente la Capilla?

—No tengo que decirle nada. No es mi dueño —salto a la defensiva. La culpa me pone nerviosa—. Han pasado semanas. Seguro que ha pillado la idea.

Dalia sacude la cabeza.

—No, ya, pero es simple cortesía, mujer. Dile que no vas a volver.

Suspiro, me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos con fuerza.

—Es que me gustaría poder seguir yendo a bailar al estudio…

—Puede que te deje hacerlo. —Se encoge de hombros—. También se lo podías alquilar por horas.

Me muerdo la lengua para no responder, porque sé que Parker no lo permitiría jamás. Dudo que me dejara ir, y vivo con el temor constante de que me arrebate lo último que me queda que es solo mío.

—Puede —digo en voz baja—. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

Se da unas palmaditas en la pierna.

—Fisioterapia.

—¿Te llevo? Ahora tengo chófer. —Arqueo las cejas varias veces.

Hace un ademán desdeñoso.

—Nah, voy en mi coche.

—Como quieras. —Dejo caer la cuchara en el plato y me levanto para dejarlos en el fregadero. Luego me doy la vuelta con las manos en los bolsillos de atrás y le digo a mi hermano—: Vamos, Quin. Hay que ir al colegio, colega.

Salta de la silla y lo ayudo a vestirse en el orden habitual: primero la sudadera, luego la chaqueta, la gorra y, al final, los auriculares.

Ya se ha acostumbrado al coche, así que me sigue y entra. No deja de llamarme la atención lo cómodo que está con la situación. Creo que tener todos los días el mismo conductor y el mismo coche es algo que ayuda a ello. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo positivo que ha sido eso para Quinten. Para él, la rutina es vital.

Siento una oleada de satisfacción y me alegro de poder proporcionarle lo que necesita.

Después de dejarlo en el colegio, le digo a Barney, el chófer, que me lleve al estudio de baile de Coddington Heights. No sé si lo estará utilizando alguien en este momento y tampoco sé si es muy conveniente que me lleve allí un hombre de Parker, pero necesito hacer algo que me permita dejar de pensar, y eso solo lo consigo concentrándome en mi cuerpo cuando bailo. Así que ignoro todas mis reservas.

Cojo el teléfono del regazo y llamo a Phillip, mi antiguo jefe. El alivio me invade cuando salta el buzón de voz. No me gustan los enfrentamientos; esto es más sencillo.

—Hola, Phil, soy Esmeralda… Bueno, Amaya. Te llamo porque…, a ver, mi vida ha cambiado últimamente, y no voy a volver a bailar en la Capilla. Quiero que sepas que te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí, y oye, igual soy una cobarde por decirte esto en un mensaje, pero te aprecio mucho y no quiero que intentes convencerme para que siga yendo al club. De todas formas, yo…, esto…, espero que no te importe que siga utilizando el estudio de baile. Ahora mismo voy para allí, y mira, bueno, no sé… Si no te parece bien, dímelo. —Hago una mueca ante las tonterías que me salen por la boca—. Bueno, ya nos vemos, ¿eh? Venga, gracias.

Cuelgo y me paso la mano por la cara. Repaso lo que he dicho y me doy cuenta de que ha sonado desastroso. Bueno, a juego conmigo.

Soy una calamidad.

Dos horas más tarde, estoy empapada de sudor, agotada, y me siento más yo misma que en ningún momento del mes pasado.

El sudor me gotea de la frente y los músculos protestan cada vez que hago algún movimiento. Tengo la respiración entrecortada, jadeante.

Antes ya lo sabía, pero ahora estoy segura: no puedo renunciar a esto. No puedo perder todo lo que me hace ser yo misma.

Tal vez por eso me afecta tanto Cade: es la única persona del mundo que me dedica su atención porque soy yo. Estar a su lado me hace sentir como estar en la barra: yo misma.

Recuerdo la primera noche que lo vi en el club. ¿Sabía ya entonces quién era?, ¿me había seguido? «¿Y si me hubiera pedido que bailara para él?». Si no hubiera sido un sacerdote, si yo no hubiera estado tan nerviosa tras ver a Parker, ¿qué habría pasado? ¿Me habría dejado bailar para él?

¿Y a mí? ¿Me habría gustado?

¿O esta conexión entre nosotros, tan extraña y tóxica, es precisamente así de intensa porque las cosas se desarrollaron de esa manera?

En fin, ya no importa.

Suena el teléfono y lo cojo al ver el nombre de Dalia en la pantalla.

—Dime.

—¿Dónde estás? —Su voz suena aguda—. Ven a casa ahora mismo. Y llama a Parker. Han encontrado otro cadáver.

CAPÍTULO 36

Cade

Esta vez la noticia del asesinato sale en las noticias casi de inmediato.

Me han bautizado como el estrangulador de Montes Verdes. Su falta de creatividad es casi insultante. Si ni siquiera los he matado en la montaña.

Y he ido mucho más allá de estrangularlos.

De hecho, matar a ese tipo me ha resultado más catártico que flagelarme, porque ha sido como volver a asesinar a Andrew. He sustituido el rostro de ese desconocido por el del baboso que quiso violar a Amaya y he vuelto a disfrutar rompiéndole los huesos uno a uno por tocar lo que debería ser solo mío. Por pensar que podía tenerla. Hacerle daño. Tocarla.

Daría cualquier cosa por ir a ver a Parker y preguntarle si Amaya ha dejado de ser sospechosa, pero me controlo y no lo hago. No puedo alegar ningún motivo para estar tan interesado, y he sido demasiado descuidado con los asesinatos, no debo darle munición a nadie.

Y menos a Parker.

El resto de la semana transcurre sin nada digno de mención; cada día deja paso al siguiente hasta que llega el momento de otra santa

misa. Y ahí está ella, salida de la nada para materializarse en uno de los bancos delanteros, con Parker del brazo y la barbilla alta.

Me resulta muy difícil no correr a su lado, tratarla como a cualquier otro de los feligreses, cuando no lo es, en absoluto. Me asaltan imágenes en las que me veo de rodillas ante ella, con los brazos abiertos, suplicante. «¿Has visto lo que he hecho por ti? ¿Lo que estoy dispuesto a hacer por ti?». Contenerme me cuesta más de lo que podría imaginar.

Me obligo a concentrarme en Él, como debe ser, mientras cito pasajes de la Biblia.

Pero, cuando ella está cerca, mis oraciones pierden todo su poder.

Porque me consume por completo.

En su presencia, mi enfermedad crece hasta el punto de que no quiero volver a sentirme sano.

El lunes por la mañana, cuando llego a mi despacho, Amaya ya está allí, esperándome.

Se me sube el corazón a la garganta, pero me detengo en seco al ver a Jeremiah sentado tras mi escritorio, cruzado de brazos y con los ojos castaños entrecerrados.

Le he encargado recibir a la gente en el Festival de los Locos. Va a hacer frío y querrán entrar en calor. Le dije que viniera hoy para ponerme al día, pero no había precisado la hora.

—Jeremiah. —El saludo es cortante.

No me gusta cómo está mirando a Amaya.

Se le dulcifica la mirada cuando se vuelve hacia mí y luego vuelve a concentrarse en ella.

—Lo siento, padre. No sabía que esperaba visita.

Amaya sonríe, pero aprieta los puños. Se controla bien, como le he visto hacer infinitas veces con la gente de esta ciudad. Parece

experta en controlarse con todo el mundo…, menos cuando está conmigo.

—Claro. —Me dirijo hacia el escritorio—. La señorita Paquette viene por petición de su prometido, el señor Errien, para un cursillo.

Jeremiah arquea las cejas.

—Ah, no lo sabía.

—Ni tienes por qué saberlo —replico.

Una expresión de sorpresa momentánea le cruza la cara, pero se controla. Suspiro y trato de decidir qué hacer. No es culpa suya que no se lo avisara, pero Amaya parece nerviosa, como si cualquier excusa para escapar le pareciera buena.

Me paso una mano por el pelo y sacudo la cabeza.

—No tardaremos mucho. Espera aquí si quieres, puedes ir trabajando en la homilía para el domingo.

La sonrisa le ilumina la cara y sé que he acertado. Es la primera vez que dejo que tome las riendas en una cosa así. A decir verdad, apenas he pasado tiempo con él, poco más del que he pasado ocupándome de Festivalé en general, así que lo mínimo que puedo hacer es darle libertad para que vuele.

Sobre todo considerando la decisión que he tomado: en cuanto Amaya esté libre de sospechas, me marcharé de Festivalé.

Ella nos mira, pero no dice nada.

—Señorita Paquette.

Me vuelvo hacia ella y me quedo sin respiración. Hay tantas cosas que quiero decir y hacer, tantas cosas que querría contarle… Pero sé que nunca podré hacerlo…

—Padre Cade.

La sonrisa le baila en los labios y un chispazo de calor me recorre las piernas y el torso.

«¿Cómo puede ser tan bella?».

Durante mucho tiempo la he odiado porque le tenía miedo. Y ahora le tengo miedo porque la anhelo.

Pero va a ser de Parker. Imaginarla con él me duele tanto como si me clavaran un picahielo en el pecho, pero es lo mejor.

Yo no puedo ofrecerle nada. Es ridículo fingir lo contrario.

—¿Quiere dar un paseo, señorita Paquette?

Le tiendo la mano. Sé que no debería tocarla, pero no soy capaz de contenerme.

Asiente, me mira, luego mira a Jeremiah, pero al final pone la mano delicada en la mía.

Siento mariposas en el estómago y se me acelera el pulso.

La ayudo a levantarse, tal vez con más fuerza de la necesaria, y se tambalea un instante. Me apoya una mano en el torso para recuperar el equilibrio. Los dos ahogamos una exclamación y la agarro por la cintura para sostenerla.

El calor me recorre el brazo y se me instala en el pecho.

Tenso los dedos contra el tejido de la falda y le doy un tirón, apenas perceptible, lo justo para que se pegue a mí.

Es solo un segundo. Un único momento que sin duda se perderá en el infinito del espacio-tiempo. Pero me sacude como un terremoto.

Nos separamos a toda prisa y abro la puerta, me despido de Jeremiah y salgo con ella al pasillo.

No me detengo hasta que estamos fuera, en el camino que conecta la catedral con mi casa. Un camino que está lo suficientemente alejado para disfrutar de una ilusión de intimidad.

Aquí no viene nadie nunca.

Me mira cuando estamos ante la puerta de mi casa. Se ha puesto tensa.

—¿Qué hacemos aquí?

Me encojo de hombros porque la verdad es que no estoy muy seguro. Cuando se trata de ella, nunca sé lo que hago.

—Algo que no deberíamos, probablemente.

Una sonrisa le ilumina la cara y, cuando abro la puerta, entra, se quita la chaqueta y la pone en el respaldo del sofá. Sé de inmediato que traerla aquí ha sido un error.

No puedo dejar de pensar en la última vez que estuvo en mi casa, en lo húmeda y lo caliente que estuvo.

Si fuera inteligente, le diría a Parker que no quiero seguir adelante con esto del cursillo particular. Mis intenciones en relación con Amaya Paquette no tienen nada de honorables; tendría que aferrarme al poco decoro que me queda, pero no me puedo controlar.

—Tiene lógica —dice, y se vuelve para mirarme—. Somos amigos, ¿no?

«No».

—Pensé que preferirías estar en un lugar conocido —respondo.

—Quiero estar donde estés tú. —Abre mucho los ojos. El pecho me estalla en fuegos artificiales—. Ay, no quería decir… Bueno, ya me entiendes.

—*Non, petite pécheresse.* —Me acerco un paso a ella—. No te entiendo.

Retrocede hasta que choca con el respaldo del sofá y se me escapa la risa. Paso de largo junto a ella para ir a la cocina, y doy por hecho que me va a seguir.

Así es.

Cuando pasas tanto tiempo observando a alguien, al final aprendes mucho sobre esa persona. Puede que no sepa cuáles fueron las primeras palabras de Amaya o qué edad tenía cuando supo que quería ser bailarina, pero sé cómo se humedece los labios

cuando está nerviosa, cómo canturrea entre dientes cuando está a solas.

Sé que le gusta el control y que no soporta que le digan lo que tiene que hacer, y que se guarda dentro las emociones hasta que no puede más.

Sé que su color favorito es el verde esmeralda, que no le gusta vestir ropa elegante, que es tan hermosa que ni un ángel se puede comparar con ella.

Así que sabía que me iba a seguir a la cocina, porque conozco a Amaya Paquette, tal vez mejor incluso de lo que ella misma se conoce.

CAPÍTULO 37

Amaya

—Jason dice que ya no soy sospechosa —digo a toda prisa para tratar de que el ambiente sea menos… menos como es.

Estoy en la cocina de Cade, que ha clavado en mí la mirada. Esa mirada, la que me dirige cuando está a punto de hacer algo malo. Algo prohibido.

Arquea las cejas, se apoya en la encimera y se cruza de brazos.

—¿De veras?

Asiento. La verdad es que no he hablado con Jason pese a que le pregunté a Parker si podíamos hablar con él después de que se diera la noticia del asesinato más reciente. Me respondió que no hacía falta, que la policía estaba en mi casa por lo de la ventana rota cuando tuvo lugar el crimen y que no había manera de que yo estuviera en dos lugares a la vez.

Tengo una coartada.

«Tengo una coartada».

Supongo que podrían intentar colgarme los otros dos asesinatos, pero, según Jason, les costará más demostrarlo, porque las tres víctimas tienen las mismas señales de estrangulamiento en el cuello y las mutilaciones de las dos últimas son idénticas.

Es un alivio. Pero, tras el alivio, llegaron las preguntas. Me he

pasado los dos últimos días sacando conclusiones, y todas me llevan a lo mismo.

«Cade».

—Ha habido otro asesinato —digo, y lo miro con atención—. ¿Lo sabías?

Asiente.

—Lo sabía.

—¿Y no te importa?

Es un tiro a ciegas. No sé por qué pienso que Cade puede tener algo que ver con esto, pero la intuición me dice a gritos que tiene alguna relación con lo sucedido, y hasta ahora mi intuición nunca me ha fallado.

Aún no sé si esa idea me espanta o me fascina.

¿Es una locura pensar que Cade está detrás de esa muerte?

Siempre me está siguiendo, y muchas veces, cuando está cerca, siento que se me eriza el vello y se encienden todas las luces rojas que me alertan sobre el peligro. «¿Estaba también en la Capilla aquella noche, cuando lo de Andrew?».

Pero luego recuerdo que Candace también tenía las marcas de estrangulamiento, y ya no encaja.

No pudo ser él.

A no ser que lo de Candace fuera pura casualidad.

Puede que esté intentando relacionar cosas que no tienen nada que ver porque, no sé por qué motivo retorcido y enfermo, la idea de que Cade matara al hombre que me atacó y luego a otro para que dejara de ser sospechosa me resulta… apasionante.

Nadie me ha protegido nunca así. A nadie le he importado tanto.

—Amaya. —Su voz me trae de vuelta a la realidad—. ¿En qué estás pensando?

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Nada, nada, tonterías.

—Bueno —sigue, y se vuelve para poner el hervidor sobre el fogón —. Me importa, claro.

—Claro —repito. Me muerdo el labio y me acaricio el colgante con la perla y la esmeralda que llevo al cuello.

Se da la vuelta para mirarme.

—¿Vas a seguir adelante? ¿Te vas a casar con él?

—No…, ¿qué?

—Parker. —Da un paso hacia mí—. No me irás a decir que estás enamorada.

Me retuerzo los dedos.

—Es complicado.

Cade suelta un bufido.

—No permitirá que me eche atrás —me defiendo.

Se le nubla la expresión y avanza otro paso.

Y otro.

Extiendo una mano para detenerlo cuando vuelve a avanzar y le pongo la palma en el torso. Trago saliva con la garganta tensa.

—Sabes que no dejará que me eche atrás.

Siento su aliento en el pelo y alzo la vista. Veo cómo se le contrae el músculo de la mandíbula afilada.

—No eres suya, *mon trésor*.

Nos miramos a los ojos y engarfio los dedos contra la tela de la camisa.

—Entonces ¿de quién soy?

Un silbido agudo interrumpe el momento y nos apartamos bruscamente.

—¿Un té? —dice con voz ronca.

Se pasa los dedos por el pelo y se vuelve para apartar el hervidor del fuego.

—Eeeh…, sí.

Me agarro los dedos para que no me tiemblen.

Coge las tazas y prepara el té mientras yo me adentro en la cocina y me siento en una de las sillas.

—¿Crees que alguien nos ha visto venir aquí? —pregunto cuando se sienta conmigo ante la mesa.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Qué importa?

Cojo la taza, tan caliente que me abrasa la piel. Aprovecho el ligero dolor para poner los pies en el suelo, para anclarme en el momento en lugar de permitir que la imaginación se me vaya hacia donde de verdad quiere ir.

—Tú sabrás. —Me encojo de hombros—. Es tu reputación la que está en juego.

Se lleva la taza a los labios y sopla sobre el líquido caliente antes de beber un sorbo. Al ver cómo sus labios se cierran en torno al borde de la taza, cómo se le mueve la garganta al tragar, una oleada de calor me baja por la columna hasta la entrepierna.

—No estamos haciendo nada que no haría con cualquier otra persona de la parroquia —comenta.

Eso me duele de una manera que no me esperaba.

—Ya, claro. —Asiento y me llevo el té a los labios para no decir algo de lo que luego me arrepentiría. Lo miro por encima de la taza y la curiosidad se vuelve a apoderar de mí—. ¿Qué haces por las noches?

Arquea una ceja y bebe otro sorbo.

—Eso ya lo sabes.

Las mejillas se me ponen rojas y siento que me palpita el clítoris. Soy imbécil. Dejo de golpe la taza sobre la mesa y el té caliente salpica la superficie.

—¿No vamos a hablar de ciertas cosas?

—Prefiero no hacerlo.

Asiento muy despacio y tamborileo con los dedos sobre la mesa tratando de contener la oleada de ira repentina.

—Vale. Pues después de eso de lo que no vamos a hablar… Bueno, para ser más específicos, después de la última vez que pasó eso de lo que no vamos a hablar, ¿a dónde fuiste?

—Vine a casa, claro. —Inclina la cabeza hacia un lado—. ¿A dónde iba a ir?

Me encojo de hombros y trato de leer entre líneas a un hombre que es imposible de leer.

—No sé qué haces en tu tiempo libre. Uno de nosotros tiene la costumbre de espiar a la gente, y no soy yo.

Parpadea de nuevo y se le dibuja una sonrisa en la cara, se levanta y sacude la cabeza como si la rara fuera yo.

Vuelvo a coger la taza y soplo, pero, antes de que pueda beber otro sorbo, lo tengo delante y sus dedos rozan los míos mientras me quita la taza de la mano.

El corazón me da un vuelco.

—Vamos —dice, y la pone sobre la mesa—. Tenemos que volver.

La verdad es que no tenemos por qué hacerlo, pero entiendo su necesidad de la misma manera que él tiene que entender la mía. No es necesario decirlo. Está tratando de hacer lo correcto, de que no estemos a solas mucho tiempo, porque, de lo contrario, los dos sabemos bien lo que pasaría.

O puede que no le guste que lo haya interrogado sobre sus actividades.

Mi sospecha vuelve a asomar la cabeza, pero no lo presiono. Lo que hago es asentir. Me pongo de pie de inmediato para ir a la sala a coger la chaqueta y los guantes, porque yo tampoco me fío de mí

misma.

Una vez en el camino que lleva de vuelta a la catedral, lo miro de reojo.

—Por si no lo sabes, estos cursillos personales se te dan de pena.

Se ríe entre dientes. Su aliento se eleva como una nube hacia el cielo gélido.

—Solo lo hago porque mi superior me lo ha ordenado. Porque tu prometido está forrado y utiliza su dinero para untar a la Iglesia.

Me muerdo el labio.

—¿Eso te molesta?

—*Oui.* —Se encoge de hombros—. Pero así es el ser humano, siempre con artimañas y sobornos.

Me detengo y lo miro, porque necesito saber.

—Cade —murmuro, y lo agarro por el antebrazo.

Se detiene y me mira.

—Mañana me voy a vivir con él.

CAPÍTULO 38

Cade

La desesperación se apodera de mí antes incluso de que llegue la noche. No ha dejado de existir en ningún momento desde que vi por primera vez a Amaya, pero la he dejado bullir dentro de mí. Esta mañana, lo que me dijo antes de irse prendió fuego a la mecha que me ha estallado en las venas y me ha ennegrecido la sangre de ceniza y hollín.

Tengo que verla una última vez.

Luego enviaré la solicitud para irme de Festivalé.

El callejón trasero de su apartamento me resulta ya tan familiar que podría recorrerlo con los ojos vendados. El pecho me duele cuando llego a los arbustos. Es la última visita a este lugar. Estos momentos son un error, lo sé, pero también son algo muy especial e importante. Y pronto se desvanecerán para convertirse en un simple recuerdo.

Sí. Es mejor que me vaya de Festivalé.

No soporto la idea de seguir aquí y ver a Amaya con Parker.

Anhelando su contacto.

Deseando que me hubiera elegido a mí, aunque no le he dado la oportunidad.

Non. Imposible.

Miro por la ventana y se me corta el aliento al verla. Es una visión. Está sentada en la habitación vacía donde solo queda un colchón en el suelo.

Golpeo el cristal con los nudillos y me mira de inmediato.

Como si me hubiera estado esperando.

Como si supiera que iba a venir.

Nos miramos durante unos momentos largos, dolorosos; luego se acerca muy despacio, como siempre, y el corazón dolorido y magullado se me acelera en el pecho.

De esto no puede surgir nada bueno, pero hace mucho que crucé la línea de no retorno.

Y, si va a ser el último momento que pasamos juntos, quiero arder.

«Él es misericordioso».

Amaya llega a la ventana y la levanta muy despacio por el marco de madera hasta que queda una abertura por la que puedo pasar.

Los nervios me tensan los músculos, pero me cuelo por la ventana y contengo el aliento mientras ella vuelve a cerrarla y baja la persiana.

Se vuelve para mirarme.

Ninguno de los dos decimos palabra, pero hay un deseo denso, pesado, que impregna el aire. Ella debería haber escapado. Si fuera listo, yo también tendría que haberlo hecho. Pero ahora ninguno de los dos quiere alejarse. Aunque los dos sabemos lo que está pasando.

Esto es una despedida.

Por eso, cuando da un paso hacia mí de manera que sus pechos me rozan el cuerpo, niego con la cabeza y me aparto.

No la puedo tocar.

Si la toco, no me recuperaré jamás. No podré dejarla, ni podré abandonar esta ciudad.

—*Laisse-moi te voir, mon trésor* —digo con un susurro ronco. «Deja que te vea».

Nunca he conocido mayor tortura que esta: no hacer nada, sabiendo que, con solo alargar la mano, podría tenerla.

Meto un dedo enguantado bajo el tirante de su camiseta y el vientre se me tensa de ganas de tocarle la piel. El tejido fino le cae por el hombro y lo sigo con el dedo a lo largo del brazo, disfrutando al ver cómo se le eriza el vello a mi paso.

—*Tu es magnifique* —murmuro al tiempo que aparto la mano de golpe.

Entreabre los labios y se queda inmóvil como una estatua, a la espera de lo que haga a continuación.

Aprieto los dientes y retrocedo.

—Desnúdate delante de mí, *petite pécheresse*.

Tiene llamas en los ojos mientras levanta la mano y deja caer el tirante del otro hombro y la camiseta queda sostenida solo por los pechos, provocadora, amoldándose al valle que hay entre ellos, diciéndome a gritos que me rinda.

Podría tener sus tetas entre mis manos. Podría acariciarlas y sentir el calor de su piel, pasar la polla entre ellas y correrme. Se me tensan los abdominales.

—Necesito que me prometas una cosa —digo.

Pasa la mano por la tela de la camiseta y se la quita poco a poco hasta dejar los pechos a la vista muy despacio, centímetro a centímetro.

La sangre me corre hacia la entrepierna, me palpita la polla.

—Lo que sea —responde.

—No permitas que te folle esta noche.

—Cad…

Niego con la cabeza para interrumpirla.

—No puedo, Amaya. De lo contrario, no sobreviviré.

—Entonces ¿por qué has venido? —me pregunta, y hay dolor en su voz.

—Quería verte una vez más. —Me adelanto para ponerla a prueba y es perfecta. Retrocede, mantiene la distancia entre nosotros—. Tócate. —Doy otro paso al frente y de nuevo recula—. Tengo que reconciliar la imagen perfecta de ti con la realidad de lo inevitable. —Vuelve a caminar hacia atrás y, al chocar contra el colchón, se deja caer—. Enséñame cómo te gusta que te toquen —suplico—. Enséñame a qué estoy renunciando.

Frunce el ceño, pero se mueve sobre el colchón hasta situarse en el centro.

Se le van las manos hacia la cara interior de los muslos y separa las piernas largas para dejarme ver el coño rosado, húmedo.

Se me hace la boca agua.

Esta mujer me ha hechizado. Me ha embrujado. Me ha robado la voz que dedicaba a Dios para hacer que cante para ella.

Me acerco y clavo una rodilla en el colchón al tiempo que me inclino sobre ella para grabarme su imagen en el cerebro, de modo que, cuando me sienta perdido, pueda recordar que una vez, en un momento mágico, al menos tuve esto.

Qué fácil sería agarrarla por los muslos y tirar de ella hasta el borde del colchón, separarle las piernas y bebérmela hasta que me bautizara con su humedad. El cuerpo entero me vibra de necesidad y muevo la mano hacia ella, pero aparta la pierna y solo toco el aire.

Se me dilatan las aletas de la nariz y dejo escapar el aliento, frustrado.

—Bien hecho.

Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para quedarme inmóvil, para mirarla mientras se toca. Desliza los dedos desde las

clavículas hasta la piel suave del vientre, luego por las caderas amplias.

Se demora por encima del sexo y se le escapa un gemido cuando se toca el coño con la mano.

Tengo una gota de humedad en la punta de la polla y estoy desesperado por aliviarme, loco por entrar en ella y demostrarle que encajamos perfectamente.

Estoy a punto de perder mi autocontrol.

Me quito la bufanda del cuello, me la enrollo en el puño y avanzo hacia ella, obligándola a que se pegue contra el colchón para evitar que la toque. Contiene un gemido con la excitación pintada en la cara mientras me alzo sobre ella y me sujeto de manera que no nos toquemos.

—Métete los dedos en el coño y fóllate como lo haría yo, *petite pécheresse*.

Parpadea, cierra los ojos.

—No dejes de mirarme, *mon trésor* —exijo.

Vuelve a clavar los ojos en mí; tiene las pupilas dilatadas y los labios hinchados, oscuros. Desenrollo la bufanda y la dejo colgar sobre su cuerpo de manera que el extremo le roce la piel.

Arquea la espalda y se mete los dedos más, se dibuja círculos sobre el clítoris con la palma de la mano. Muevo el extremo de la bufanda por su costado y me admiro al ver cómo se le eriza el vello con mis atenciones.

El estómago se me agarrota cuando paseo el tejido sobre sus pechos, dibujo círculos sobre un pezón; luego el otro; se me tensan los testículos cuando gime mi nombre.

—Cade, voy a…

Está muy cerca. Lo sé.

Me muevo para colocarme entre sus piernas abiertas, muy cerca y

a la vez infinitamente lejos, y muevo la tela sobre su vientre, la bajo sobre las caderas hasta que se frota con más fuerza en busca del orgasmo.

Aparta la palma para que pase la tela por el clítoris hinchado.

Una vez.

Dos.

Y se corre.

Tengo los labios tan cerca que me bebo sus gemidos, echo la cabeza hacia atrás al saborear su voz en la lengua.

—*Tu es la mienne, au cours de toutes nos vies* —le susurro al oído.

Me aparto de ella, me obligo a imponer una distancia que daría cualquier cosa por borrar.

Y me marcho sabiendo que ha sido una despedida.

CAPÍTULO 39

Amaya

Sabía que Cade iba a venir anoche.

Igual que sé que no debo acercarme a él. Después de lo de la noche pasada, es demasiado… peligroso. No me fio de mí misma, y lo que menos quiero es que Parker se entere.

No puedo acercarme a él.

Esta extraña conexión que nos ha unido desde el principio no hace más que cobrar fuerza, y la única manera de sobrevivir es cortarla por completo.

No puede ser más que el sacerdote de Notre Dame.

«Y nunca será otra cosa».

Los brazos de Dalia me pesan cuando me abraza, me estrecha como si tuviera miedo de dejarme ir. Estoy en el apartamento y he cargado la última caja en el maletero de su coche para llevarla a mi nuevo ático.

Está nerviosa, le da miedo quedarse sola aquí después de la pedrada de la otra noche en la ventana, pero es tan terca que no lo reconocerá jamás. He tratado de convencerla para que no se quede, aunque estoy convencida de que fue Cade quien tiró esa piedra.

—¿Seguro que te las vas a arreglar? —insisto por última vez.

Suelta un bufido y hace un ademán desdeñoso, aunque sé que es

pura fachada. Cuando vives tanto tiempo con una persona, aprendes a leerla entre líneas.

—Si quieres, puedes venir y quedarte en el hotel —repito por milésima vez.

Se aparta y hace una mueca graciosa con la nariz arrugada.

—Para ya, Amaya.

—Parker dijo que cuidaría de mi familia y tú eres de mi familia. —Le bajo las manos por los brazos y le aprieto los dedos.

—No me perdería por nada del mundo tener este apartamento todo para mí, y pagado por tu maridito.

—De acuerdo.

Suspiro, le suelto las manos y meto las mías en los bolsillos.

Miro a mi alrededor una última vez para comprobar que no se me olvida nada mío o de Quinten, aunque la verdad es que entre los dos no tenemos gran cosa. Está en el colegio ahora mismo y quiero que la mudanza haya terminado antes de llevarlo a casa, de manera que no tenga que ver el proceso, que se instale directamente en su nuevo espacio.

—¿Lista? —me pregunta.

Le sonrío con tristeza y vamos hacia el coche. La música empieza a sonar a todo volumen por los altavoces. En cualquier otro momento, le habría echado la bronca, pero ahora me dejo bañar por el ruido con la esperanza de que nos evite tener que despedirnos. Sé que va a estar al otro lado de la ciudad, a una llamada de teléfono de distancia, pero nada será lo mismo.

Cuando pasamos por el lugar donde vivía Candace, Dalia se muerde los labios y baja la música.

—¿Hay noticias de Parker o del abogado? Acerca de… ya sabes —pregunta.

—No. No me ha dicho nada más desde que me presentó como

«buenas noticias» el hecho de que hubieran matado a otro hombre.

Se echa a reír.

—Bueno, en cierto modo, lo son.

—Ya, claro. —Consigo no sonreír—. ¿Está muy mal que no me sienta culpable?

—¡Amaya! —me reprocha entre risas—. No se te ocurra decir esas chorradas en voz alta.

Sonrío.

—Ya, ya, pero… privilegios de ser mi mejor amiga. Tienes derecho a escuchar todo lo que se me pasa por la cabeza y no le digo a nadie más.

Asiente.

—Bueno, si es así, en mi papel de mejor amiga, exijo que me cuentes por qué te vas a vivir con Parker si ya no eres sospechosa.

Inclino la cabeza a un lado y me mordisqueo el labio. Es increíble con cuánta facilidad se me olvida que no todo el mundo conoce al mismo Parker Errien que yo. Cuando accedí a esto, sabía dónde me metía, y no soy tan ingenua como para pensar que me va a dejar escapar. Me ha echado el lazo y no dejará que me vaya nunca.

Además, se las ha apañado para meterse en todos los aspectos de mi vida y ha conseguido algo que juré que nunca ocurriría: que dependa de él completamente (ha contratado cuidados adicionales para Quinten, paga su terapia, me proporciona transporte, le ha conseguido una entrevista en un colegio privado de Coddington Heights…).

«El egoísmo es una cualidad muy poco atractiva, Amaya», dice la voz de mi madre.

Asiento y me humedezco los labios.

—Le da… le da a Quin una vida que yo no podría darle.

Dalia frunce el ceño y me mira de reojo.

—Yo creo que le das a Quin la mejor vida posible porque tú estás en ella. Ese crío te adora.

—Sí, bueno, igual se me ha ido la mano en la autocrítica.

Me inclino hacia delante y vuelvo a subir el volumen. No me apetece seguir hablando.

Veinte minutos más tarde, nos detenemos ante el hotel Errien.

El portero sale con un gran portaequipajes dorado y, antes de que me dé tiempo a parpadear, ha cargado todas mis cosas y las de Quinten, y se ha vuelto a meter en el edificio.

—Pues ya está —dice Dalia—. Mira qué fácil.

—Claro —respondo con la vista clavada en los muros de ladrillo rojo.

Cuanto más los miro, más miedo siento, pero intento ignorarlo. Dalia lanza un silbido.

—Menudo pelotazo has pegado. No te olvides ahora de los pobres, tía.

Resoplo.

—Por favor. No me insultes.

Se me acerca para darme un golpecito en el hombro con el suyo.

—Vamos, te ayudo a desempaquetarlo todo.

No sé bien qué esperaba que pasara cuando entrara en el hotel; tal vez que todo el mundo me lanzara una mirada agria o sentirme criticada porque Parker vaya a casarse conmigo a pesar de lo que soy y lo que opina de mí esta ciudad, pero es todo lo contrario. Todos los empleados me sonríen. Cuando Dalia y yo cruzamos el vestíbulo y llegamos al ascensor, me saco del bolsillo trasero la tarjeta llave que me dio Parker y que me permite acceder a nuestro piso.

Funciona a la perfección y las puertas se abren directamente en el ático.

Dalia hace una mueca.

—¿El ascensor llega directo al interior del piso?

Me encojo de hombros.

—Pues sí. —Salimos y nuestras pisadas levantan ecos en los suelos de mármol. Me doy la vuelta—. ¿Qué te parece? Es bonito, ¿no?

Dalia mira alrededor y asiente.

—Un poco aburrido.

—Y enorme.

—Sí, desde luego —dice—. ¿Sabe lo que son las paletas de color o se ha ido a la gama de grises para que la decoración refleje su personalidad?

Me echo a reír. El personal del hotel ha puesto las cajas arrimadas a una pared de la sala y voy hacia donde están. Paso los dedos por el nombre de Quinten.

Se me encoge el corazón.

Dalia se acerca a mí.

—Ya verás como le va bien. Al final siempre le va bien.

Trago saliva para ahogar las emociones y asiento. Sé que no le va a pasar nada, pero aun así estoy preocupada. Sigo sin saber si estoy haciendo lo correcto.

—Claro.

—Te tiene a ti. Y te digo por experiencia que contar con alguien que te quiere es lo único que de verdad nos hace falta.

Me río, pongo los ojos en blanco y me vuelvo hacia ella.

—Me estás dando coba porque ahora soy rica.

—¡Ja! Y tanto. Venga, vamos a pedir unas pizzas y a deshacer el equipaje.

CAPÍTULO 40

Cade

Siseo mientras la hermana Genevieve me pone pomada en la espalda.

—Cuidado —salto.

—Perdone, padre.

Si hay un lugar en el mundo donde no quiero estar ahora mismo, es en las montañas. La carretera está resbaladiza, llena de hielo, y el tiempo hace que el viaje sea espantoso. Espero que la situación no empeore mientras estoy aquí y me impida volver a la ciudad.

Aquí solo hay secretos y soledad, dos cosas que no quiero. Estar solo me da tiempo para pensar. En Amaya. En la titubeante lealtad a Dios. En los secretos que deben quedar enterrados donde nadie pueda verlos jamás.

Siento una punzada en el corazón y aprieto los dientes para ahogarla. Este ridículo sentimiento que tengo en el pecho es el motivo de que anoche me excediera con el flagelo. Tenía la esperanza de que el dolor físico ahogara ese otro, sordo, que me desgarra el pecho.

Me dije que no volvería a pensar en Amaya. Que haría lo que tenía que hacer. Ya nos hemos despedido, es hora de que mi mundo deje de girar en torno a ella, como si fuera mi sol particular. «Tengo que

marcharme de Festivalé», me digo una vez más.

—No puede haber hecho nada que requiera este nivel de golpes —dice la hermana Genevieve al tiempo que me venda las heridas.

—No vengo a conversar, hermana.

Masculla algo y le crujen las rodillas cuando se levanta y recoge las cosas del botiquín de primeros auxilios.

—No soy tan inocente como cree.

Inclino la cabeza a un lado y la miro.

—¿No? Pero es monja.

Aprieta los labios y entrecierra los ojos verdes.

—Dios perdona.

Asiento.

—Así es.

—¿Quiere una taza de té? —me pregunta, y echa a andar hacia la cocina sin esperar respuesta.

Suspiro, me apoyo en el respaldo y miro por las ventanas que hay a cada lado de la chimenea. No debería quedarme. Pero la nieve está cayendo cada vez más espesa y las carreteras estarán peor; además, si vuelvo tendré que empezar a fingir.

Aquí, al menos, la hermana Genevieve no me obliga a esconderme.

Necesito distraerme para no hacer más tonterías, como ponerme a pensar dónde estará Amaya ahora mismo y con quién, o qué estará haciendo.

No es asunto mío.

Ya no lo es.

La hermana Genevieve vuelve con dos tazas de té y me tiende una antes de sentarse en el sofá.

—¿Ha estado enamorada alguna vez, hermana? —le pregunto al tiempo que vuelvo a ponerme la camisa.

Se echa a reír.

—Muchas veces, por desgracia.

—¿De veras? —Arqueo las cejas, sorprendido ante la respuesta.

Me mira, burlona.

—No siempre he sido monja, igual que usted no ha sido siempre sacerdote. Tardé muchos años en darme cuenta de lo que quería hacer de verdad.

—¿Alguna de las personas que quiso la correspondió?

Bebe un sorbo de té.

—¿Está enamorado, padre?

Resoplo.

—Solo es una pregunta teórica.

—Claro. —Bebe de nuevo—. Bueno, si lo estuviera, teóricamente, claro, le diría que no vale la pena. Las cosas del corazón rara vez valen la pena.

No sé por qué la respuesta me provoca en el pecho un estallido de oscuridad, sobre todo porque tiene razón.

Además, lo que siento por Amaya va más allá del amor. Es incomparable. Y salta a la vista que lo que sintió en el pasado la hermana Genevieve no ha sido ni siquiera parecido porque, si lo hubiera sido, no estaría aquí, hablando conmigo.

Me marcho poco después, con las heridas de la espalda un poco mejor, todo lo contrario que el dolor del corazón.

Transcurre una semana y Amaya es como un fantasma. Si no tuviera los recuerdos y este insoportable anhelo que me erosiona los nervios como un adicto sin su dosis, sería como si nunca hubiera existido.

Pero, contra mi esperanza de recuperar la concentración, es como si el mundo entero hubiera perdido el color.

Vivo a caballo entre la mera existencia mientras espero noticias

del obispo Lamont, al que he enviado la solicitud para el traslado, y buscarla en cada rostro que me cruzo por la calle. Y es el motivo que me doy a mí mismo para pasar una y otra vez por los ensayos de la obra del colegio Louis, siempre a la espera de verla. Pero a la única que veo es a la cuidadora de Quinten.

Sé que Amaya me está evitando.

Así que me preparo para la misa de Navidad con nervios y tensión. No me cabe duda de que Parker vendrá, y no me imagino que no venga con él. Me pongo la vestimenta y recito las oraciones que he recitado tantas veces, solo que en esta ocasión me suenan huecas. Donde antes encontraba claridad y concentración, ahora solo siento un silencio atronador. Es desconcertante y me hace dudar de todo aquello en lo que siempre he creído.

No la veo de inmediato durante el servicio religioso, pero de pronto ahí está, como un ángel caído, con un exquisito vestido rojo de manga larga, el pelo oscuro recogido y un collar nuevo de esmeraldas en el cuello.

El corazón me da un vuelco cada vez que centellean las gemas; siento ganas de arrancárselas del cuello y hacérselas tragar a Parker.

La adicción vuelve como un rugido, me araña la piel con uñas como garras.

Hago lo posible por dejar todo eso de lado, porque hoy es un día sagrado.

Consigo celebrar la ceremonia entera, aunque constantemente se me van los ojos a la mano que Parker le tiene agarrada. En cuanto acabo, salgo de allí, resistiéndome al deseo de darme la vuelta para ir con Amaya y eliminar de su piel cualquier rastro que él le haya dejado.

Me voy a la casa, me pongo de rodillas y rezo.

Dos días después, no puedo contenerme y vuelvo al ensayo del

colegio Louis. Hoy están en el ábside, que es donde van a hacer la obra, y busco a Quinten con la mirada. Espero que verlo a él me baste para saciar la necesidad desesperada de ver a su hermana.

Lo localizo junto a las velas votivas. Ha sacado las apagadas y las está colocando en una hilera. Miro por todas partes, no hay nadie cerca de él. ¿Por qué está solo? ¿Porque lo ha elegido o porque el resto de niños lo ignora?

La mujer que he visto a veces con Quinten está al otro lado de la estancia, hablando con el director de la obra, el señor Anderson. En el pasillo, entre los bancos, veo a Florence Gammond y la directora Lee, que parecen dos gotas de agua, hablando con las cabezas muy juntas.

En el escenario hay un grupo de niños, todos con un papel en la mano, recitando sus diálogos, y hay otros alumnos riéndose en un rincón, que de vez en cuando miran a Quinten. Pero nadie hace nada para que participe en lo que está sucediendo.

Mis pies se mueven hacia él antes de que tome la decisión consciente. Me aseguro de que me vea antes de sentarme en el suelo tras apartar la caja con las velas sin encender. Flexiono las piernas para apoyar los codos en las rodillas y me quedo mirándolo, recostado contra la pared.

Está examinando las velas de una en una antes de colocarlas en una hilera. Cuando me fijo mejor, veo que también ha cogido figuritas del belén que tenemos expuesto.

Permanezco a su lado en silencio, viendo lo que hace. Me limito a acompañarlo hasta que me diga que me vaya. Por primera vez en semanas, me siento en paz.

Al final, alza la vista y se le dibuja una sonrisa en la cara. Tiene los ojos tan verdes como Amaya, con las mismas chispas doradas, y un extraño *déjà vu* me nubla la mente.

—Te gustan los dinosaurios —dice Quinten.

Esbozo una sonrisa, en cierto modo halagado de que se acuerde, aunque el encuentro en la tienda y la conversación sobre los dinosaurios tuvieron lugar hace una vida entera.

—Eso es. —Me señalo—. Me llamo Cade, ¿recuerdas?

—Cade —repite, y se mece adelante y atrás antes de poner otra vela al final de la hilera—. Hola, Cade.

—Hola, *mon petit*. —Miro al escenario, luego a él, me doy cuenta de que Florence nos está observando. «¿Qué pinta aquí?»—. ¿Cómo es que estás solo?

Quinten parpadea con expresión concentrada, como si estuviera desmenuzando las palabras que le he dicho para darles forma de manera que encajen en su cerebro.

—Me pongo aquí, donde no estorbe.

—¿Aquí? —Señalo el lugar donde nos encontramos.

—Quédate ahí. —Señala igual que yo.

—¿Te gusta estar aquí?

Me vuelve a mirar con cautela y se muerde el labio inferior.

—No.

Es solo una palabra, pero también es la respuesta más directa que me ha dado hasta ahora, y lo que está pasando es muy evidente.

Este niño no tiene a nadie que lo apoye. Nadie a quien le importe.

«Amaya confía en estas personas para que se ocupen de su hermano cuando no está ella, ¿y lo hacen así?».

La ira me invade al recordar la conversación con la directora Lee, cuando vi cómo empujaban a Quinten en el pasillo. Tendría que haber imaginado que ocurriría esto. Tendría que haber estado más atento para asegurarme de que no lo trataban así cuando la obligué a que hiciera lo que tuviera que hacer para que Quin participara en la obra. Pero en aquellos días aún estaba convencido de que la

intensidad de las emociones que Amaya causaba en mí solo se debían al ansia de mi monstruo por verla muerta.

—Oye, ¿quieres venir a mi despacho un rato? —le pregunto—. Podemos jugar a lo que quieras.

Inclina la cabeza a un lado y luego asiente.

—Vale.

Sonrío.

—Vale. Vamos.

CAPÍTULO 41

Amaya

Una mano me acaricia el costado muy despacio y me tiemblan los párpados. Sonrío y me desperezo estirando los brazos, y me vuelvo hacia el cuerpo cálido.

«Cade».

Estoy a punto de susurrar su nombre cuando una voz me habla al oído.

—Nena.

Abro los ojos de golpe, me incorporo como si tuviera un resorte y me vuelvo hacia Parker.

Está vestido y a punto de salir hacia el despacho. Me pongo la mano en el pecho para recuperar el aliento y el pánico me aguijonea los músculos cuando me doy cuenta de que he estado a punto de decir delante de él el nombre de Cade.

Parker se ríe entre dientes.

—Buenos días, futura esposa. Tómate un café y vístete. Jason quiere vernos.

Eso me termina de espabilar y enderezo aún más la espalda al tiempo que me paso una mano por el pelo y disimulo un bostezo con la otra.

—Ah, vale. Espero que sean buenas noticias.

Sonríe.

—Ya no eres sospechosa, nena.

Bajo la mano y lo miro sin saber si creérmelo o no.

—¿Qué? ¿En serio?

Se inclina hacia mí para besarme en los labios y me pongo rígida de manera involuntaria antes de relajarme bajo el contacto.

—Ya te dije que iba a cuidar de ti, Amaya.

El alivio me invade como una oleada y, sin pensarlo, le echo los brazos al cuello mientras trato de controlar la emoción de saber que esa mierda ya no pende sobre mi cabeza.

—Gracias, Parker. Gracias, gracias, gracias.

Me quita las manos de la espalda, me las pone en la parte superior de las piernas y se abre camino hacia el pantalón corto del pijama.

—Se me ocurre una manera de que me lo agradezcas.

Noto cómo me sube la bilis a la garganta y consigo soltar una carcajada al tiempo que le aparto las manos de un manotazo juguetón. Hasta ahora he tenido suerte porque Parker ha estado trabajando hasta muy tarde.

—Acabas de decir que Jason quiere vernos y además parece que ya ibas a salir. Mejor luego.

Deja escapar un gemido y, antes de erguirse y estirarse el traje, me aprieta los muslos con tanta fuerza que puede que me salga un moratón.

—Vale, pero no voy a estar esperando siempre. Accediste a ser mía y he cumplido mi parte del trato. A ver si empiezo a ver un poco de gratitud por todo lo que te doy, joder.

Es oficial, ya no soy sospechosa, y me muero por recoger a Quin del ensayo en la iglesia e ir a casa… Bueno, a casa de Dalia, para

celebrarlo.

Le he pedido estos días anteriores que lo lleve a los ensayos y luego me lo traiga porque no quería correr el riesgo de ver a Cade, y hasta ahora lo he conseguido. Pero hoy, después de contarle las buenas noticias a mi amiga, he decidido mandar a la mierda mis preocupaciones e ir yo. Una parte de mí, sin duda la más depravada, tiene la esperanza de que me tropiece con Cade para poder darle las buenas noticias.

—¿Dónde está Quin? —le pregunto a Lydia mientras miro en todas direcciones.

El resto de los niños ya están con las chaquetas puestas yéndose con sus padres.

Se rasca el cuello y clava la vista en el suelo, y la culpa se le refleja en la cara.

—Se lo llevó el padre Cade durante el ensayo.

Me quedo paralizada.

—¿Qué?

Me mira con ojos compungidos.

—Estaba tranquilo, así que fui a hablar con el señor Anderson y, cuando me quise dar cuenta, había desaparecido. Lo estuve buscando media hora por todas partes hasta que Florence me dijo que había visto que se iba con el padre Cade. Me tranquilicé al saber que estaba con el sacerdote.

«Increíble».

—¿Qué pintaba aquí Florence? —estallo. Luego levanto la mano—. Mira, déjalo, no importa.

He perdido toda noción de la lógica. «¿Es su manera de hacer que vaya a hablar con él?».

Teníamos un acuerdo no formulado, pero pensaba que los dos entendíamos lo que había que hacer. Yo he cumplido mi parte, he

procurado no acercarme a él. No quiero destrozarle la vida y tampoco quiero que él me la destroce a mí, pero me parece que secuestrar a mi hermano no equivale a cumplir su parte.

—Vamos —digo, y me doy la vuelta sin comprobar que me sigue —. Ya hablaremos luego de que has pasado media hora sin saber dónde estaba Quinten. Ahora ven conmigo y quédate con él mientras tengo una conversación con el padre Cade.

Lydia se muerde los labios y asiente con cara de culpa.

La miro de reojo mientras andamos.

—Se sobreentiende que, mientras estás cuidando de él, no deberías perderlo de vista.

Siento una enorme satisfacción al ponerla en su sitio. ¡Vaya! ¿Quién iba a decir que era tan agradable tener confianza en mí misma? Ya no soy el cero a la izquierda impotente para todo que solía ser. Ya era hora, sobre todo si me voy a casar con Parker.

Cuando llegamos al despacho de Cade, estoy echando humo, con la cabeza llena de visiones de Quinten interactuando con otros niños solo para que venga alguien y le arrebate esta oportunidad.

«¿Ha sido la primera vez? ¿Se ha estado reuniendo con Quinten en secreto todo este tiempo?».

Llegamos a su despacho y le lanzo a Lydia una mirada que le ordena que se quede donde está. Abro la puerta sin miramientos, con tal fuerza que la maneta pega contra la pared de golpe.

Cade y Quinten están sentados en el suelo, y están… pintando con pintura de dedos. Arqueo las cejas con los ojos muy abiertos. Primero miro a Cade, que se queda observándome. Lleva una camiseta blanca de manga corta que se le ciñe a los brazos musculosos llenos de salpicaduras de colores. Luego me fijo en Quinten, que sonríe de oreja a oreja y tiene las manos pringadas de verde y azul.

Nunca lo había visto con las manos tan sucias, ni siquiera en terapia, y su alegría es tan intensa que me provoca un nudo en la garganta. Vuelvo a mirar a Cade a los ojos.

Mi hermano sonríe y levanta los deditos para mostrármelos.

—¡Pintura de dedos!

Aparto la mirada de las pupilas intensas de Cade y me concentro en Quinten.

—Ya lo veo.

Me acerco y la ira se disuelve como nieve bajo el sol al ver el enorme papel blanco pegado al suelo con cinta adhesiva, cubierto de huellas de manos grandes y pequeñas.

—Oye, qué bien os ha quedado.

—La próxima vez te pintamos uno a ti —dice Cade.

El corazón se me para un instante.

—Sí, bueno, veremos… —Me acuclillo al lado de Quinten—. Oye, Lydia te va a llevar al baño para lavarte las manos y luego nos vamos a casa, ¿vale?

Asiente mirándome y luego se vuelve hacia Cade.

—¿Pintamos mañana más?

—Claro, *mon petit* —responde él—. Si a tu hermana le parece bien.

—Tiene terapia.

Cade se encoge de hombros.

—Pues luego.

Lydia llama a la puerta abierta con los nudillos y mete la cabeza, mira a su alrededor, luego sonríe a Quinten.

—Vamos a lavar esas manos, cielo.

—¿Mañana? —vuelve a preguntar Quin.

—Veremos —respondo, y se me encoge el corazón ante la sola idea de que se encariñe más con Cade de lo que ya lo está.

Lydia se acerca, coge de la mano a mi hermano y cierra la puerta tras salir.

Se hace el silencio.

Cade se levanta. Está guapísimo con la camiseta blanca, los pantalones negros, las manchas de pintura en los brazos… Vuelvo a sentirme llena de gratitud, como cuando nos vimos en la tienda, por su manera de portarse con Quinten.

Me asaltan las preguntas, las posibilidades.

¿Y si no fuera sacerdote?

¿Y si pudiera ser mío?

¿Y si…? ¿Y si…? ¿Y si…?

Paseo mi mirada por él y, cuando vuelvo a centrarme en su rostro, los iris de Cade son como fuego líquido. Eso me cabrea y de repente vuelvo a sentir la ira de antes.

Porque esto no es justo. No es justo que no pueda tenerlo y no es justo, es una mierda, que esté prometida a otro hombre y que Cade sea quien es cuando nadie me ha hecho sentir nunca lo mismo que él.

Es un canalla por portarse así, por cuidar de Quinten como lo ha hecho cuando no puede formar parte de nuestras vidas.

—Menuda cara tienes —le espeto, y le doy un empujón.

Se tambalea un instante.

—¿Cómo dices?

Otro paso adelante y le clavo un dedo en el pecho.

—¿Cómo coño te atreves a hacer esto? ¿Qué es, un plan para ablandarme y que vuelva a entrar en tu vida?

Se le entristece la mirada.

—Amaya.

—No. —Le vuelvo a clavar el dedo—. No es justo, Cade. No puedes ser mío y lo sabes. No nos hacemos ningún favor el uno al

otro. Y te encuentro aquí, en tu despacho, con… con esta pinta. —Hago un ademán que abarca todo su cuerpo—. Jugando con Quin… ¿Y qué quieres que haga? ¿Olvidarme de todo lo demás?

Sacude la cabeza.

—No sé qué quieres que diga.

—¡La verdad! —grito—. ¡Dime la verdad por una puta vez! Dime qué hacía Quin aquí contigo, y dime quién eres en realidad, porque lo de que eres un hombre de Dios no te lo crees ni tú.

Se ríe y, cuando se pasa la mano por la pechera de la camiseta, se le marcan los músculos y veo las manchas de pintura en los brazos, el cuello y el rostro anguloso. No soporto lo guapo que está ahora mismo. Lo normal que parece. Lo que necesito es que me recuerde que no lo es.

—Te voy a decir la verdad, *mon trésor*. Estás delirando. —Se acerca un paso. Es obvio que está furioso. Tiene hinchadas las venas del cuello y las aletas de la nariz dilatadas como si estuviera al borde de perder el control—. Y eres una ingrata.

Me cruzo de brazos y suelto un bufido.

—No me digas que soy una ingrata, tú eres un… ¡un impostor!

Frunce el ceño, echa hacia atrás la cabeza y deja escapar una risotada de incredulidad. El aire mismo vibra con nuestra ira. El momento queda paralizado en el tiempo y contengo la respiración a la espera de lo que haga. No sé si se va a controlar o va a estallar.

La verdad es que quiero pelearme con él. Quiero hacer algo, lo que sea, que acabe con esto que siento y me deje escapar de la prisión en la que me encuentro.

Cade se pasa la mano sucia de pintura por los mechones revueltos de pelo negro y se lo agarra.

—Eres desesperante.

Abro la boca para decir algo, pero me agarra de repente, rápido

como un rayo, por la cintura, y me atrae hacia él hasta que tengo el cuerpo pegado al suyo. Dejo escapar una exclamación mientras el calor me invade por dentro como un incendio descontrolado. Noto que tensa los dedos sobre mí como si estuviera luchando contra sí mismo, sin saber si apartarme de un empujón o estrecharme todavía más. Cierro los ojos y pido a Dios que sea lo segundo.

Este es el máximo contacto que hemos tenido desde hace semanas, y sé que soy patética, porque me derrito con la sensación.

—¿Crees que finjo ser lo que no soy, *petite pécheresse*? —dice con voz ronca.

Siento un escalofrío que me baja por la espalda como papel de lija, basto, arañándome las terminaciones nerviosas.

—¿Crees que esto no es real?

Me agarra la mano y me la baja hasta su polla dura. Me muerdo la parte interior de la mejilla para no dejar escapar un gemido mientras el coño me palpita de deseo.

—¡Vete a la mierda!

Aparto la mano de golpe, me retuerzo para alejarme de él. Mientras me esté tocando no puedo pensar. Pero, cuanto más forcejeo, más me aprieta.

—¿No decías que querías la verdad, Amaya? Toma un poco más de verdad.

Se inclina hacia delante y me mordisquea la barbilla. Se me eriza el vello del cuello y los hombros y, noto un latigazo de calor que me baja por la columna.

—Finges que me detestas porque así es fácil. Entras aquí escudada en la ira, atacando para que no te ataquen.

—No. —Niego con la cabeza; sus palabras se me han clavado en el pecho.

—Pero en lo nuestro no hay nada fácil. Y, si hay alguien aquí que

finge ser lo que no es, esa eres tú.

Se me escapa un sollozo porque sé que tiene razón. Estoy furiosa, pero no con él. Estoy furiosa con la situación, porque no puedo tener a la única persona que por fin me ha hecho sentir tanto.

—Solo quiero que esto acabe —suplico. Engarfio los dedos con los que le agarro la camiseta y lo atraigo hacia mí—. Quiero existir sin que ocupes cada uno de mis pensamientos. Me siento enferma y… y obsesionada. Por favor, Cade.

Se echa a reír, pero es una risa hueca.

—¿Qué sabes tú de la obsesión? Me has estado atormentando desde la primera vez que te vi.

Una lágrima me corre por la mejilla y aparto la cara.

Me quita la mano de la cadera izquierda para cogerme por la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—*Si seulement tu savais quel est mon amour pour toi.* Me consumes entero, Amaya. Has destrozado mi fe con el fuego de mil soles, pueblas todas mis pesadillas, solo sueño contigo.

Se me escapa otra lágrima y de pronto se inclina hacia mí, me la lame de la mejilla y deja escapar un gemido que me reverbera por dentro. Sus sentimientos retorcidos tiran por tierra todos los muros que he alzado y me dejo llevar por el abrazo.

—¿Y tú crees que estás obsesionada, *petite pécheresse*? No sabes ni lo que significa eso.

Y cae sobre mí.

Me coge la cara con las dos manos, se adentra entre mis labios con la lengua. Su sabor me llena la boca y devora el quejido que se me escapa. Por un momento no me deja respirar mientras me besa como nadie me ha besado. Es violento, los dientes chocan, muerden, le meto los dedos entre el pelo, tiro con fuerza para atraerlo hacia mí mientras me aferro a su cuerpo, trato de acercarme

todavía más, temerosa de soltarlo, de no volver a sentirlo.

Algo cae al suelo cuando me empuja contra el escritorio, manteniendo su cuerpo contra el mío, y me agarra del pelo para echarme la cabeza hacia atrás. Nuestros labios se separan y arqueo la espalda. Me llena el cuello de besos y siento diminutas punzadas cuando me lame, me muerde y prende fuego en mi piel con sus besos.

—Cade… —suplico, aunque no sé bien qué.

Se oye una risa al otro lado de la puerta y, repentinamente, los dos volvemos al presente y nos separamos.

Se yergue de inmediato, con los ojos oscuros y la boca enrojecida, hinchada. Me aparto del escritorio y carraspeo al tiempo que trato de calmar mi pulso acelerado. Me estiro bien la ropa y respiro hondo.

«Dios».

Niego con la cabeza.

—Esto ha sido…

—Inevitable —termina.

Se alza ante mí, me coge la cara y me obliga a echar el cuello hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Esto ha sido inevitable —repite.

—Puede —reconozco, y sacudo la cabeza—, pero no puede volver a pasar.

—¿Porque eres de Parker? —se burla.

—Porque tú eres de Dios —replico, y le pongo la mano en la barbilla, me alzo de puntillas y le doy un beso en la comisura de los labios.

Después, con la cabeza muy alta, salgo de su despacho para llevar a Quinten a casa.

Ya no soy sospechosa, pero se me han quitado las ganas de

celebrar nada.

CAPÍTULO 42

Cade

Estoy de rodillas junto a mi cama con la cabeza inclinada y las manos juntas. Rezo para pedir absolución. Para pedir resolución. Para que Dios me diga algo, lo que sea. Necesito que me diga qué debo hacer. A primera vista, lo correcto, o lo que siempre he pensado que era lo correcto, es evidente. Hace muchos años que no tengo otro objetivo que ser un buen soldado de Dios, el que condena a los malditos al tiempo que me condeno yo mismo.

Pero lo que siempre he pensado que era lo correcto ya no encaja. Ahora tiene aristas y salientes que trato de limar para que ocupe el mismo puesto que ocupaba antes.

Ahora lo único que me parece correcto es ella.

Aún me queda la fe, aún creo en lo que predico, en su palabra. Pero soy incapaz de reconciliar el dolor que siento por dentro por no poder tener a Amaya y seguir sirviéndolo a Él. No me parece justo.

Y no me gusta estar rabioso contra Dios.

Este es el último intento de aferrarme a la probidad, a lo que siempre he pensado que era lo correcto. Rezo, le pido que me oriente. Pero, igual que las otras veces, no obtengo más respuesta que el silencio.

El nombre de Amaya me resuena en el pecho con cada latido de

mi corazón. Oigo sus gemidos en mi cabeza, tengo su sabor grabado en la lengua.

Tuve que estallar. Me presionó, me arrinconó, y mis nervios torturados saltaron por fin en un millón de pedazos que cayeron a sus pies. Las inacabables horas de tormento, de desearla, de soñar con ella y espiarla culminaron en una explosión, y la única manera de ahogar las llamas fue sumergirme en ella. Y cedí. La estreché contra mí, me sumergí en el sabor delicioso, pecaminoso, de su boca.

Ahora es parte de mí, se ha fundido conmigo y nada podrá arrancármela.

Desde que la vi por primera vez mi vida cambió por completo, tan retorcida y remodelada que ya no es reconocible.

Puede que me haya convertido en el pecador al que siempre quise matar. O puede que siempre lo haya sido.

De cualquier manera, no me importa.

Amaya ha nacido para mí. Y, ahora que he aceptado lo que eso significa, no puedo tolerar que no esté a mi lado.

Me levanto, voy al armario y saco la ropa para vestirme a toda prisa. Me pongo el abrigo y los guantes antes de salir y recorrer las calles de la ciudad.

Hace un frío intenso. Están empezando los preparativos para el Festival de los Locos y hay docenas de trabajadores instalando calefactores de exterior y pequeñas pagodas cada pocos metros por toda la playa.

Debería quedarme aquí por si me necesitan para cualquier cosa, pero para eso ya está Jeremiah. Ahora mismo no tengo tiempo para mis deberes para con la Iglesia. No puedo ni respirar si no veo a Amaya una vez más.

¿Por qué la ha puesto Dios en mi camino si no es para que sea

mía?

Si es una bruja, que me hechice.

Si es un demonio, arderé de buena gana.

Hay unos cuantos hombres echando sal en los peldaños de cemento de Notre Dame, pero no les presto atención. Ya no me importa si alguien me ve salir. Que se entere todo el mundo. Me voy a marchar de esta ciudad y me llevaré a Amaya y a Quinten para empezar una nueva vida en otro sitio.

Es temprano, poco más de las siete de la mañana y sé que, si me doy prisa, la veré cuando deje a su hermano en el colegio. Llego al Louis justo a tiempo. El coche de lujo de Parker es inconfundible.

Tamborileo con los dedos sobre el volante cuando me detengo junto a la acera, sin ponerme en la fila de coches, y veo que Quinten se baja del coche y que su cuidadora lo recoge y lo lleva al interior del edificio. Entonces el coche de lujo arranca y yo lo sigo.

No me importa dónde vaya, yo voy a ir tras ella; pero me sorprende ver que salen de Festivalé y se dirigen a Coddington Heights.

«No irá a la Capilla, ¿verdad?».

No, no va al club de estriptis. Pasamos de largo y llegamos a las afueras de la ciudad. El vehículo de Parker se detiene ante un edificio pequeño que hace esquina. Hay pequeñas tiendas alrededor y miro hacia arriba en busca de algún cartel que me indique a dónde viene Amaya, pero no veo nada que me dé una pista. Siento una punzada de celos en el estómago al imaginarme que viene a ver a otro hombre, que le da lo que solo debería ser para mí. Desecho la idea con un resoplido. No vendría a verse con otro en el coche de Parker.

Contengo el aliento mientras espero. El recuerdo de sus labios llenos contra los míos me calienta la sangre y hace que se me ponga

dura la polla. Amaya sale del automóvil, le dice algo al conductor y entra en el edificio. Cuando el coche se aleja, la curiosidad me devora. Me paso diez minutos debatiéndome sobre si es mejor esperar aquí o entrar para que sepa que la he seguido, que no podrá escapar de mí otra vez.

Que no dejaré que huya.

Y salgo del coche.

Entro en el edificio y miro en todas direcciones. ¿En qué apartamento estará? El interior es de colores neutros, con moqueta industrial y cinco puertas a cada lado del pasillo. En cada una hay una ventanilla y una placa con el nombre del negocio.

Lo recorro despacio y miro por las ventanillas en busca de Amaya.

«¿Qué hace aquí?».

Al llegar a la mitad del pasillo, me asalta el sonido de música amortiguada que resuena al otro lado de la pared.

Ha venido a bailar. Claro.

Acelero el paso. Algo tira de mí como si tuviera una cuerda tensa en el pecho que me une a ella. Cuando llego a la puerta detrás de la cual suena la música, la veo.

Me quedo paralizado de inmediato, como la primera vez que la vi. Me muevo sin poder contenerme, pongo la mano en la maneta y entro en la sala. No sé si cuando me vea se detendrá y se pondrá furiosa de nuevo o se alegrará. Con ella, siempre es una moneda en el aire.

Pero está tan inmersa en el baile que ni siquiera se da cuenta de mi presencia. Tiene los ojos cerrados y su cuerpo vuela en torno a la barra. Más allá se ve una silla solitaria.

El deseo me estrangula como un humo rojo.

Es un pequeño estudio. La pared del fondo está cubierta de espejos de cuerpo entero. Hay un taburete de madera y, sobre él, un

altavoz con *bluetooth*, una botella de agua y el teléfono de Amaya.

Apoyo un hombro en la pared y la observo.

Baila un par de minutos más antes de abrir los ojos y verme en el espejo. Se detiene bruscamente. Se desliza muy despacio por la barra hasta que toca el suelo con los pies.

Su pecho sube y baja con cada inhalación entrecortada. Tiene los labios entreabiertos y la piel cubierta de sudor. Cuando nuestra mirada se encuentra en el espejo, sonrío.

CAPÍTULO 43

Amaya

Lo presentí antes de saber que estaba allí. Sé que parece una tontería, pero es verdad. Mientras bailaba, noté un cambio en la energía y me entregué a esa sensación; se apoderó de mí un impulso que hizo mis movimientos más sensuales, menos apresurados. Pero no supe de verdad que era él hasta que abrí los ojos.

Cuando bailo, entro en un estado mental diferente; el cerebro se me desconecta y el cuerpo toma el mando, y siento un inmenso alivio porque me olvido del caos que domina mi mundo. En esos momentos, soy yo misma. Y hoy necesitaba esa evasión.

No me sorprende que Cade esté aquí. Que me haya seguido.

Lo hace a menudo, y ya no voy a fingir que no me gusta la atención que me dedica. Somos tóxicos el uno para el otro; cualquier terapeuta me diría que gritara a pleno pulmón y saliera huyendo en dirección contraria, pero nunca he sido de las que obedecen con facilidad.

Lo único que me ha faltado siempre ha sido valor. Valor para enfrentarme a los matones de la ciudad. Para no permitir que fueran otros los que controlaran mi vida. Para lanzarme de cabeza a algo que tal vez sea lo más importante que me ha pasado, aunque me

aterrorice la idea de perderlo una vez que lo consiga.

Me he pasado años trabajando de manera incansable para que todo fuera estructurado, rígido. Inamovible, rutinario, por el bien de Quinten y también por el mío. Si no te desvías de la rutina, nunca te encuentras con lo inesperado. Todas mis interacciones han sido siempre controladas, distantes. Pensaba que encerrar bajo llave el corazón, meterme con Quinten en una burbujita, nos protegería de cualquiera que fuera a hacernos lo mismo que nos hizo nuestra madre.

Si no dejas que nadie se te acerque, nadie te puede hacer daño.

Pensé que eso me hacía fuerte.

Pero, no sé cómo, Cade ha conseguido atravesar el escudo, y tal vez en eso consiste la verdadera fuerza: en abrirte a la posibilidad de que te causen dolor, en encontrar la fe al otro lado del miedo.

Así que, cuando abro los ojos y lo veo apoyado en la pared, como si ese fuera el lugar donde debe estar, me rindo.

Me entrego por completo, libremente, sin restricciones.

Estoy harta de resistirme. Harta de preocuparme por lo que pensarán los demás, por si Quinten y yo encajaremos alguna vez.

La verdad es que estoy cansada de todo eso.

La música se desvanece; el final de una canción deja unos segundos de silencio tenso durante los que nos miramos fijamente a los ojos. En ese momento empieza otra. Más lenta. Más delicada. Más sensual.

El sonido del bajo late dentro de mí como un ser vivo y me impulsa hacia Cade.

Me está mirando, siempre me está mirando, y yo también lo miro porque sé que le gusta.

Muevo las caderas de un lado a otro mientras me acerco a él. Cuando estoy a pocos pasos, echa el cerrojo de la puerta y se vuelve

hacia mí. Me detengo cuando lo tengo delante y lo miro a los ojos. Se me dibuja una sonrisa en la cara.

—Hola.

Se aparta de la pared y el estómago me vibra de expectación cuando empieza a quitarse los guantes dedo a dedo, devorándome con la mirada, que pasea por las clavículas, el sujetador deportivo, el vientre expuesto, los pantalones cortos y las piernas desnudas, para luego hacer el recorrido inverso.

—Hola, *petite pécheresse*.

Se mete los guantes en el bolsillo del abrigo, se lo desabrocha y lo deja caer en el suelo de madera, sin importarle si está sucio o no.

Aguardo. No quiero decir nada más. Tengo miedo de que el menor sonido rompa el hechizo. Los dos podríamos recuperar la cordura y recordar que no debemos vernos de esta manera. Que no debemos estar juntos.

La sola idea me hace actuar: si este es nuestro momento, lo voy a vivir a fondo. Le pongo las manos en el torso y siento cómo se le tensan los abdominales. Lo recorro con los dedos, los separo sobre su pecho y doy un paso adelante hasta que estamos a pocos centímetros.

Cade aguarda en silencio, inmóvil. Me mira desde arriba con los ojos llameantes. Este permiso para explorar su cuerpo es embriagador, una sensación que me emborracha. ¿Qué ha cambiado, qué ha hecho que ceda ante esto que hay entre nosotros, sea lo que sea? No lo sé, y la verdad es que no me importa.

La música sigue latiendo y yo lo sigo explorando. Le meto los dedos bajo el cuello de la camisa, aunque lo que me gustaría es sentir el calor de su piel, no el tacto del tejido.

Me pongo de puntillas, le beso la barbilla y, como ya no puede más, me agarra por la cintura y atrae mi cuerpo hacia el suyo.

Contengo el aliento cuando noto la erección que me presiona. Le clavo los dedos en los hombros mientras él me los clava en la espalda.

—No me provoques, Amaya. —Su voz es un rugido.

—No te provoco —le aseguro, y le vuelvo a besar la barbilla, pegándome más a él—. Te necesito, Cade.

Deja escapar un suspiro inmenso antes de apartarme unos centímetros. Me suelta la cintura para cogerme la mano.

Miro nuestros dedos entrelazados y me sorprende que ese simple contacto me haga sentir tanto, como si me estallaran un millón de fuegos artificiales en el pecho. Me hace retroceder por la sala hasta que estamos junto a la barra y entonces me suelta, se sienta en la silla, me agarra por las caderas y maniobra hasta que me encuentro entre sus piernas separadas.

—Baila para mí —ordena.

—¿Alguna vez viniste a verme al club? —pregunto—. Aparte de la primera, cuando nos conocimos.

Me mira, pero se toma su tiempo antes de responder. Me baja las manos por las caderas, por los muslos… Me roza la parte baja de los pantalones y se mete bajo la tela para rozarme apenas la piel. Luego mueve las manos hacia atrás para ponerme las palmas en el culo y hace que me siente en su regazo con las piernas a ambos lados de sus caderas. El coño me palpita al sentir su erección en mi entrepierna y tengo que contenerme para no frotarme contra la polla, que noto dura.

—¿Quieres que te diga que sí, *petite pécheresse*? —Se inclina hacia mí y me lame la oreja—. No sería mentira. He estado allí donde has estado tú. Te he mirado. Te he deseado. He matado por ti.

Dejo escapar un gemido cuando se aprieta contra mí, cuando noto

el miembro en la costura de los pantalones cortos, y una descarga eléctrica me recorre entera como un relámpago de dentro afuera.

Necesito con desesperación que me siga hablando.

Saber más de su obsesión por mí.

Saber más de él.

—¿Tienes miedo, *mon trésor*?

Me besa el cuello antes de morderme la carne, succionar, marcarme la piel con la boca.

—No —digo con una exhalación.

Y es lo más sincero que he dicho en mi vida. Sé lo que acaba de admitir; es algo que intuía desde hace tiempo. Tal vez debería huir, asqueada por lo que es, por lo que representa.

Pero no lo hago, porque no me da miedo lo que es.

Cade me hace sentir libre. Me hace sentir comprendida.

Me hace sentir amada.

Y es lo único que me importa.

Sube la mano derecha por la cadera y el costado hasta llegar al pelo de la nuca, su lugar favorito…, y tira de él haciendo que arquee la espalda. Me lame el cuello, me besa la garganta y me dejo caer con todo mi peso para presionar el clítoris contra él.

—Bien —dice sin apartarse de mi piel—, porque a ti jamás te haría daño. Siento habértelo hecho en el pasado. —Otra sensación aguda cuando me mordisquea la piel; luego se apoya en el respaldo, manteniendo los dedos entre mi pelo—. Baila para mí, *mon trésor*.

Lo hago.

Muevo las caderas y cierro los ojos cuando la erección me roza los nervios sensibles justo como deseo. Repito el movimiento. Me gustaría saltarme las caricias previas y cogerle la polla para meterla dentro de mí. Sé que me hará un daño delicioso.

Muevo el cuerpo, le rozo los labios con el pecho con cada

movimiento y empiezo a quitarme el sujetador deportivo, pasando un dedo bajo el borde antes de sacármelo por la cabeza y tirarlo a un lado.

Se le dilatan las pupilas y al instante me pone la boca sobre el pecho y noto cómo me acaricia un pezón con la lengua antes de devorármelo con fuerza.

—Dios, Cade… —gimo, y la mano se me va hacia la parte de atrás de su cabeza mientras me froto contra la polla.

—Cuidado con esa boquita.

Se le escapa un quejido sobre mi piel y luego pasa a chuparme el otro pecho. Estoy tan mojada que seguro que le estoy manchando los pantalones. Pero no me importa. Necesito que me folle, ¡me moriré si no lo hace!

—Cade… —murmuro. El clítoris me duele de deseo cada vez que lo paso contra su regazo—. Por favor…

Me suelta el pezón, me quita la mano del pelo y se la lleva a la cremallera. Me levanto un poco mientras se abre los pantalones y de pronto tiene la polla en la mano, ya húmeda en la punta. Se me hace la boca agua. Me levanto y me arrodillo frente a él para meterme su miembro hasta la garganta antes de que tenga tiempo de negarse.

—¡Joder! —gime, y cierra el puño sobre mi pelo de nuevo.

Nunca dice tacos, así que este hace que me recorra una oleada de deseo cuando su sabor salado me cubre la lengua mientras subo y bajo la cabeza.

—Eso es, *petite pécheresse*. Traga hasta que no puedas respirar.

Subraya las palabras con una brusca embestida y se me llenan los ojos de lágrimas cuando entra en acción el reflejo de arcada al sentirlo tan dentro de mí.

Respiro por la nariz. El deseo me atenaza el estómago.

De repente me tira del pelo y me saca la polla palpitante de la boca, de la que me pende un fino hilo de saliva. Pero yo inclino la cabeza de nuevo hacia su verga y le lamo la punta… Necesito más.

Chasquea la lengua y de nuevo me tira del pelo hasta que se me escapa un gemido. El dolor repentino me hace ver estrellas. Tengo fuego en el coño de pura necesidad de correrme. Se inclina hacia mí y me mordisquea el labio inferior, me pasa la lengua por la comisura de la boca, me la mete entre los labios como si quisiera probar su propio sabor dentro de mí.

Lo necesito como respirar.

—Dime que puedo tenerte —murmura sin apartarse—. Dime que eres mía.

—Tuya… Sí… Por favor… —suplico.

Me tiembla todo el cuerpo cuando me hace levantar, mete las manos bajo la cintura de mis pantalones y me los baja por las piernas despacio, tan despacio que es una tortura. El corazón me late contra las costillas, pero permito que marque el ritmo.

Le cedo el control, me entrego a lo que quiera hacerme.

Tira los pantalones a un lado, pone la palma de la mano sobre la parte delantera de las bragas de algodón y me las arranca de un tirón, haciendo que me arda la carne con una sensación deliciosa.

Me agarra por las caderas con firmeza y me vuelve a sentar en su regazo. Cuando mi sexo le roza la polla, los dos dejamos escapar un gemido.

He soñado con este momento.

He pensado en esto cada vez que me metía los dedos en el coño y anhelaba que fuera él.

—Fóllame hasta que me duela, Cade. Por favor.

—No te voy a follar, Amaya.

Tira de mí hacia delante. Se moja la polla con mis jugos.

Dejo escapar un quejido y cierro los ojos.

Me quita una mano de la cadera para ponérmela en la mejilla. Me apoyo contra él.

—Te voy a amar. Porque amarte duele mucho mucho más.

Mi corazón estalla cuando me mete su polla de golpe y nuestras caderas chocan. Me llena por completo. Entonces me levanta un poco con la otra mano y luego me vuelve a soltar para iniciar un ritmo desenfrenado. Mi mente se colapsa y se expande como si estuvieran naciendo las estrellas de una galaxia.

Somos un caos de miembros y besos húmedos, de dedos que tiran, que aprietan… Es sexo sucio, furioso, como si temiéramos no poder volver a tener algo así.

—Dios, Cade, eres…

Se me corta la voz. Me folla y me roba el aliento. Meto la mano entre nosotros, pero apenas llego a tocarme el clítoris antes de que me aparta la mano.

—*Non* —dice—. Cuando estás conmigo, estás conmigo.

Me cubre la palma con la suya para llevar ambas manos hacia mi sexo y baja el ritmo de las embestidas al tiempo que forma una uve con nuestros dedos y rodeamos su miembro. Mis manos resbaladizas por mi propia humedad se deslizan sobre su piel. Me alzo un poco para sentirlo más en los dedos y luego vuelvo a bajar. La tensión se me enrosca en el abdomen cuando toco el punto donde entra dentro de mí.

Contengo un grito.

—¿Notas cómo me envuelves, *mon trésor*? ¿Cómo me abrazas la polla, cómo te lleno? —Embiste de nuevo y me pone la otra mano en la nuca para atraerme hacia él y unir nuestras frentes—. Mírame, Amaya.

Nos miramos.

Exhalo. Inhala.

Todo en nosotros es conexión, es embriagador, hace que me dé vueltas la cabeza y me vibre el cuerpo.

—No hay otro hombre que pueda hacerte sentir esto —ruge entre dientes.

—Cade… —susurro.

—Dilo, Amaya.

—Solo tú —gimo, y el calor se me enrosca como una bola de fuego en la base de la columna, y estalla.

Me corro, con el cuerpo tembloroso, el coño palpitante en torno a él, hasta que siento como si el alma me abandonara y remontara hacia el cielo.

Lanza un gemido largo, gutural, y su polla palpita mientras me llena por dentro.

Me derrumbo sobre él mientras trato de recuperar el aliento.

Me duele todo el cuerpo, pero siento el alma saciada. Cierro los ojos y apoyo una mejilla en su pecho para relajarme con el sonido de su corazón palpitante.

Tiene razón.

Nuestro amor duele mucho.

CAPÍTULO 44

Amaya

Cade volvió a follarme antes de marcharse, y ahora estoy de vuelta en mi nuevo «hogar». Tengo que comportarme con normalidad mientras estoy con Parker. Me he puesto maquillaje en el cuello y la ropa me cubre hasta el último centímetro de piel porque tengo los dedos de Cade grabados en el cuerpo en forma de marcas de un delicado violeta.

Lo siento en cada movimiento que hago, y me encanta.

Por primera vez desde que vinimos a vivir aquí, Parker llega a la hora de cenar y tengo los nervios de punta no solo porque me siento magullada y torpe por lo que ha pasado, sino porque esta es la primera interacción real entre Quinten y él. Mi mente se debate entre lo mucho que me gustaría tener una relación con Cade —aunque en ningún momento él me ha dicho que vaya a ofrecerme más de lo que ya me ha dado— y saber que, en el fondo, no tengo elección.

Ya he hecho un trato con el diablo.

Los ojos de Parker me examinan desde el otro lado de la mesa. Me obligo a permanecer inmóvil, aunque el cuerpo me pide a gritos que cambie de postura porque me siento incómoda.

—¿Qué tal el día, nena?

Me encojo de hombros.

«Increíble».

«Me ha cambiado la vida por completo».

«No puedo casarme contigo».

«¿Le haría daño a Quin?».

Ojalá no hubiera acudido a él.

Daría cualquier cosa por hablar con Dalia, confesarle mis secretos más oscuros y pedirle su opinión, pero entonces pienso en Cade. No puedo ponerlo en peligro, no puedo hablarle de él a nadie hasta que no sepa qué terreno pisamos. Confío por completo en mi amiga, pero en este caso se impone la lealtad y la necesidad de proteger a Cade.

—Amaya.

La voz brusca de Parker me arranca de mis pensamientos y vuelvo a la realidad sobresaltada. El movimiento brusco me provoca una punzada de dolor en la entrepierna magullada.

Quinten levanta la cabeza del iPad ante el tono de Parker y entrecierra los ojos.

El ambiente se tensa y contengo la respiración. La ansiedad hace que me suden las manos y se me haga un nudo en la garganta.

—Perdona, hoy estoy distraída.

Le sonrío para suavizar la situación. No me devuelve la sonrisa, y siento por dentro un peso como una losa de cemento.

—¿Has hecho algo interesante? —sigue, y se mete en la boca un trozo de carne, que mastica despacio al tiempo que se apoya contra el respaldo.

El corazón se me sube a la garganta.

—Poca cosa. He llevado a Quinten al colegio, he hecho unos recados y luego he ido con Quin a terapia. —Pincho un trozo de lechuga de la ensalada—. Por cierto, esto es delicioso. Gracias por

pedir que nos trajeran la cena.

Asiente y coge el vaso de whisky. Las venas del cuello se le hinchan cuando traga y vuelve a dejarlo sobre la mesa, todavía en silencio.

Todavía mirándome.

Me suenan sirenas de alarma dentro de la cabeza.

«¿Lo sabe?».

No me engaño, seguro que Barney, el chófer, le informa de todo lo que hago. Pero no me paré a pensar en eso cuando me dejé llevar por Cade. Además, aunque le hubiera contado a Barney cualquier historia sobre lo que hago en el estudio, tampoco había importado. No me dirige la palabra.

—¿Y tú? —pregunto.

Asiente.

—Ha sido muy… esclarecedor.

—Ah, genial… —Trago saliva con la boca seca—. ¿Va todo bien?

Me arrepiento nada más decirlo. Daría lo que fuera por retirar esas palabras, pero intento parecer despreocupada y…, no sé…, ¿normal?

—Todo perfecto, nena. —La respuesta de Parker viene con una sonrisa de labios apretados. Mira a Quinten y luego me mira a mí—. De hecho, he tomado una decisión. No vamos a esperar más. Estoy harto de seguirle el juego a la Iglesia.

Se me encoge el corazón.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que la Iglesia era importante para ti.

—Refréscame la memoria, ¿qué estás aprendiendo en el cursillo ese? —me pregunta, e inclina la cabeza a un lado—. Ahora mismo no caigo.

Tengo el corazón tan acelerado que me da miedo que oiga los latidos.

—No sé…

—Ya. —Asiente y se rasca la barbilla—. Nos casaremos el fin de semana que viene.

Se me cae el tenedor y el sonido del metal contra la porcelana es estrepitoso. Parker me mira y trato de recomponer la expresión.

Deja su tenedor con delicadeza, coge la servilleta de lino y se da unos toquecitos en los labios antes de ponerla también en la mesa.

—Pensé que te alegrarías.

Miro de reojo a Quinten, que nos mira alternativamente a Parker y a mí.

—¿Te importa si lo hablamos luego? —pregunto, y hago un ademán en dirección a mi hermano.

Parker suspira, coge el vaso de whisky, se lo lleva a los labios y lo apura de un trago. A continuación, se levanta y se acerca a mí mientras se abrocha la chaqueta del traje. Cuando coloca una mano en mi nuca con ademán posesivo y me da un beso en la cabeza, se me eriza todo el vello del cuerpo. Sus dedos presionan las marcas que me ha dejado Cade y me muerdo la parte interior de la mejilla por el dolor que me causa en las magulladuras.

—No hay nada que hablar —dice—. Lo hecho, hecho está. He tomado una decisión.

Y, sin decir más, se va a donde quiera que se vaya siempre y me quedo con Quinten, que me mira con los ojos muy abiertos mientras yo trato de sonreír pese al pánico que siento para que no se dé cuenta de que algo va mal.

CAPÍTULO 45

Cade

Estoy en un callejón sin salida. Entre la espada y la pared. Pensaba que, una vez tomada una decisión, no habría vuelta atrás, se acabarían las preguntas.

Cuando estoy con Amaya, desaparece la necesidad de limpiarme a golpes.

Pero, cuando vuelvo a estar a solas, compruebo que las viejas costumbres no se quitan con facilidad.

Sentado en mi habitación, con el olor de Amaya todavía en la piel, me debato en una batalla muy diferente, que vacila entre lo que siempre he sabido hacer y lo que quiero hacer ahora.

«Arrepentimiento. Expiación. Penitencia».

Pero he decidido que lo que siento por Amaya no es algo por lo que deba sentirme mal, incluso si eso significa caer en desgracia ante Dios.

Me levanto, voy hasta la esquina de la habitación y miro en el baúl abierto. La indecisión me corroe las entrañas. Resoplo, me alejo de allí, pero enseguida vuelvo a acercarme y saco el flagelo. La cuerda me araña la mano como papel de lija.

Me siento de nuevo en la cama y la miro.

«Dios quiere que te lo saque a golpes». La voz de la hermana

Agnes resuena en mi mente como siempre lo ha hecho desde que era niño, y sé que rendirme es la única manera de que se vaya.

Pero arrepentirme de lo que siento por Amaya la convierte a ella en algo sucio. En un pecado.

Y ella lo es todo para mí. Sin embargo, al notar el deseo reptando bajo mi piel como una bestia, siento la necesidad de arrancarme la carne de los huesos para eliminarlo.

Me levanto de golpe, me quito la camisa y la tiro en la cama. Estoy apretando tanto los dientes que creo que se me van a romper las muelas.

«Los pequeños demonios que no aprenden la lección se las ven de nuevo con el látigo».

Cierro los ojos, se me rompe en dos el corazón y levanto la mano muy despacio. Sujeto la cuerda con tanta fuerza que los dedos me tiemblan.

Luego asesto el golpe.

«Uno».

Hoy estoy confesando. Es la última oportunidad antes del Festival de los Locos, el primero de mes. Hace días que evito ver a Amaya y hablar con ella no solo porque me estoy recuperando de los golpes que me administré cuando por fin fue mía, sino porque una parte de mí quiere que sea ella la que se acerque a mí.

Ha sido decepcionante, no ha venido, aunque la verdad es que no sé qué esperaba. He tomado una decisión: tiene tiempo hasta el festival. Si no se entrega a mí antes, aceptaré la oferta del obispo Lamont de trasladarme de nuevo a París.

Tengo miedo de que vivir sin ella sea una tortura peor que la muerte, pero, por ella, lo soportaré.

Si me elige a mí, dejaré la Iglesia.

Ser sacerdote ya no me atrae como antes, aunque mi amor a Dios sigue tan firme y fuerte como siempre.

Cuando salgo del confesionario, se ha hecho tarde y tengo la mente tan agotada como magullado el cuerpo. En lugar de marcharme, voy hacia la zona del estrado, me arrodillo y empiezo a rezar en busca de alivio para el vaivén constante de preguntas que tengo en la cabeza.

—Por favor —susurro con los ojos fijos en el crucifijo que se alza ante mí como una promesa—. Dime qué debo hacer.

Se oye el sonido de una puerta al abrirse, que retumba entre las paredes de arcos altos, y unas pisadas ligeras se acercan hasta el banco, detrás de mí. Me levanto y, cuando me vuelvo para ver quién es, me quedo sin respiración y noto que mi corazón pierde su ritmo.

Ella, claro.

Amaya.

Dios me manda la señal que le pedía.

Me precipito hacia ella sin darle tiempo a decir palabra, la cojo entre mis brazos, le sujeto la cara con fuerza y le beso los labios. Gime y me devuelve los besos. Los sentimientos se le derraman en mi boca con tanta fiereza como los míos en la suya.

Noto humedad en los nudillos y me aparto. Es entonces cuando veo cómo le corren las lágrimas por la cara.

—¿Qué te pasa, *mon trésor*?

Sacude la cabeza.

—No debería estar aquí.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Siempre deberías estar conmigo.

Clava los ojos en los míos como si tratara de verme el alma.

—¿Fuiste tú?

Trago saliva.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. Dijiste… dijiste que habías sido tú. Lo reconociste…

La lucidez me invade y recuerdo las palabras que se me escaparon cuando estuvimos juntos. Le dije que había matado por ella.

Le pongo la mano derecha en la nuca, le paso el pulgar por la marca que le dejé y que ya casi ha desaparecido. Me invade una ola de posesividad, un deseo enfermizo corre por mis venas como una droga.

—Por favor… —susurra, y me agarra la camisa—. Necesito saberlo.

Resoplo y se me tensan todos los músculos.

—Temo que me detestes.

Niega con la cabeza y se aprieta aún más contra mí.

—Eso nunca.

Le inclino la cabeza a un lado y bajo la mía para rozarle la oreja con los labios.

—Para que fueras mía, mataría a mil hombres.

Retiro la mano de su cara, le rozo la clavícula y desciendo por el costado hasta deslizar mis dedos por la cinturilla de la falda para explorar bajo sus bragas. Tiene el coño húmedo.

Contiene una exclamación.

—Te vi con ese hombre y perdí la cabeza —digo. Curvo el dedo dentro de ella—. Lo maté porque te tocó. —Se le escapa un gemido y cae sobre mi pecho. La estrecho contra mí hasta que no hay distancia entre nosotros y me muevo dentro de ella con un ritmo pausado, constante—. Maté al segundo hombre para que no te acusaran.

Le presiono el clítoris con el pulgar y me aprieta los dedos con el coño.

—¿Y Candace? —pregunta.

—Un alma atormentada.

Titubea.

—¿Porque era una prostituta?

—No —replico, pero luego pienso en lo que me está preguntando y detengo el movimiento de los dedos—. O sí, en cierto modo. No fue por su profesión, sino por los demonios que llevaba dentro, como cualquier otro pecador. —La obligo a alzar la cabeza hasta que está de puntillas y me roza los labios con los suyos—. ¿Me detestas ahora, *petite pécheresse*? ¿Vas a salir huyendo?

Tiembla y contengo la respiración a la espera de lo que diga. Tengo miedo de que se vaya y me condene a una vida sin ella. O de que me pida que me arrepienta y sustituya las expectativas de Dios por las suyas.

Por ella, lo haría. Por ella, haría cualquier cosa.

—No te detesto, Cade —murmura con los ojos clavados en los míos—. Estoy enamorada de ti.

Sus palabras me golpean como una bola de demolición. Le quito la mano del coño, la cojo en brazos y la dejo sobre el banco más cercano. Se le sube la falda y le aparto a un lado las bragas para poder devorar su clítoris hinchado. Lo hago como si me fuera a morir si no pudiera probar su sabor.

Deja escapar un grito y le tapo la boca con una mano para amortiguar el sonido al tiempo que hundo los dedos de la otra en su sexo. Se corre, arqueando las caderas y frotándose contra mi cara, su placer me cubre los labios.

Me siento y me limpio la boca con el dorso de la mano, pero se incorpora y me agarra la cabeza para beber de mi lengua. Dejo escapar un gemido. Me palpita la polla. Sin mirar, con torpeza, me desabrocho los pantalones y la pongo ante su sexo al tiempo que la vuelvo a tumbar en el banco de madera. Aparto los labios de los

suyos, le quito el pelo revuelto de la mejilla antes de cogérsela con la mano.

«Es tan hermosa…».

—¿Me quieres, *mon trésor*?

Asiente, gira la cabeza para meterse mi pulgar en la boca.

—Vivo por ti.

Entro en ella hasta que mis caderas chocan contra la cara interna de sus muslos. Me echa las manos a la espalda y me araña las heridas aún abiertas a través de la camisa. El dolor me tensa los testículos y dejo escapar un gemido, pongo los ojos en blanco.

Esto no va a durar mucho, pero es tan intenso como la primera vez que entré en ella. La penetro con ritmo rápido, salgo casi por completo antes de volver a entrar. Bajo los dedos para pellizcarle el clítoris y, con la mano libre, le tapo la boca para acallar los gemidos, y se vuelve a correr, las paredes húmedas del coño me aprietan la polla palpitante.

—*Merde* —mascullo cuando el placer me sacude los brazos y las piernas.

Me tenso, dejo de ver, la penetro hasta que no puedo más y me derramo dentro de ella en medio de sus espasmos. Finalmente, me derrumbo sobre su cuerpo y trato de recuperar el aliento mientras los dos volvemos a la tierra. Cuando lo hacemos, recuperamos la razón. Me siento, me paso una mano por el pelo y miro en todas direcciones para asegurarme de que nadie ha entrado.

De que nadie nos ha visto.

«Me hace perder la cabeza».

Espero que la culpa me invada, pero no es así. Estoy más seguro que nunca de que ella es mi futuro, aunque eso signifique renunciar a todo lo demás.

—¿Dónde está Quinten? —pregunto.

Salgo de ella y me abrocho los pantalones. La ayudo a ponerse bien la falda, pero no puedo resistirme y le beso la rendija de piel que aún se le ve en el vientre.

Sé que ahora viven con Parker, pero la idea de que el niño esté solo con Parker me pone nervioso. Me doy cuenta de que le tengo mucho cariño, y la posibilidad de que le pase algo me preocupa.

—En nuestra antigua casa, con Dalia. Va a dormir allí.

Le meto los dedos entre el pelo, aliviado.

—Quédate en mi casa esta noche.

Frunce el ceño y se le entristece la mirada. Siento un nudo en el pecho por la decepción antes aún de que me responda. Niega con la cabeza.

—No puedo.

Asiento.

—Entonces ven solo un momento.

Titubea, pero asiente. La ayudo a levantarse y a abrocharse el abrigo, y la acompaño hasta la puerta.

CAPÍTULO 46

Amaya

Sabía que no debía venir, pero no he podido evitarlo. Lo que me dijo Cade, que había matado por mí, no paraba de darme vueltas en la cabeza por mucho que tratara de olvidarlo, así que, cuando Dalia se ofreció a quedarse con Quinten por la noche, aproveché la oportunidad.

Venir aquí es arriesgado, pero Parker me ha dicho que no volverá hasta tarde, y desde luego no le he pedido a Barney que me traiga. Pero sigo sintiendo el apremio del tiempo, incluso cuando estoy en la cama de Cade, después de que me haya convencido para que vuelva a su casa.

—Tengo que irme, de verdad —digo, aunque detesto acabar con el momento.

Cade yace junto a mí, sobre la espalda, medio desnudo. No sé cuándo ha perdido la camisa, no sé cuándo, en algún momento entre que entramos en la casa y me tumbó en la cama para meterme la cara entre las piernas. Suspira, se da la vuelta y se levanta mientras sacude la cabeza.

Lo sigo con los ojos como si quisiera atraerlo de vuelta, decirle que no iba en serio, aunque los dos sabemos que sí. Pero se me atragantan las palabras cuando le veo la espalda.

No puedo contenerme y se me escapa una exclamación. Me incorporo sobre las rodillas y voy hacia el borde de la cama al tiempo que se vuelve con los dedos entre el pelo.

Mi rostro debe de reflejar la sorpresa y el horror, porque parece confuso por un momento antes de caer en la cuenta.

—Cade —digo, y me tapo la boca con una mano mientras tiendo la otra hacia él.

Se aparta bruscamente y trato de fingir que eso no me rompe el corazón.

—No es nada —dice.

Niego con la cabeza y parpadeo para apagar el fuego que siento en los ojos.

—Es mucho, cariño.

Trato de tocarlo de nuevo, lo cojo por el brazo y esta vez no se aparta. Tiene el cuerpo rígido y la mandíbula tensa, pero se queda inmóvil y no opone resistencia cuando lo obligo a darse la vuelta.

Un peso enorme me oprime el pecho cuando veo la carne lacerada de su espalda. Son… años y años de marcas. Carne irregular que se lee como un libro en su piel. ¿Qué es esto? ¿Por qué hay tantas marcas recientes? Voy a decir algo, pero no se me ocurre qué, así que me inclino y le beso una de las cicatrices.

Se pone rígido.

No permito que eso me detenga, sino que paso a otra, aunque esquivo las que están apenas recién cicatrizadas. No me anima a seguir, pero tampoco se aparta, y me lo tomo como una victoria. Cuando termino, dejo caer la sábana con la que me rodeo la cintura y me levanto de la cama. Me pongo delante de él y lo miro a los ojos.

—¿Por qué?

Se le dilatan las aletas de la nariz. Tiene los ojos cargados de

emociones.

—Es la única cosa que se me ocurre. Soy una mala persona, Amaya. Esta es mi penitencia.

Dejo escapar despacio el aliento contenido, asiento, trato de controlar la expresión de mi rostro. No sé por qué, sabía que iba a decir eso, y me invade una tristeza increíble solo de pensar que se hace daño para sentirse digno de Dios.

Voy hacia él, lo abrazo, apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos para escuchar los latidos de su corazón y dejar que me calmen. Me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Dijiste que jamás me harías daño.

—Que no te lo volveré a hacer.

—Pues, cuando te haces daño a ti mismo, me haces daño a mí —susurro—. Por favor, no me hagas más daño.

No dice nada, pero noto que asiente y se me escapa una lágrima solitaria. Le beso en el pecho. No soporto amarlo tanto y tener que marcharme.

Pero no sé qué más puedo hacer.

A la mañana siguiente, Parker me llama para que vaya a su despacho en el ático. Ya estoy levantada y lista porque Dalia llegará en un par de horas con Quinten, y quiero convencerla para que se quede un rato, ya que Parker ha dicho que no vamos a ir a misa.

—¿Qué es esto? —pregunto cuando entro y me pone delante un papel.

—La licencia matrimonial. —Le da unos golpecitos con el dedo—. Fírmala, por favor.

Cambio el peso de un pie al otro. Se me ha revuelto el estómago.

—¿Lo podemos hacer antes de la ceremonia?

Parker deja escapar una risita y sale de detrás del escritorio,

agresivo y dominante en toda su estatura. Retrocedo un paso, pero llega hasta mí antes de que pueda escabullirme, me agarra por el cuello y aprieta hasta que me corta la respiración.

Le cojo las muñecas y trato de arañarlo para que me suelte porque no puedo coger aire. Sin embargo, solo consigo que apriete más.

El pánico hace que me zumben los oídos y se me acelere el corazón. Dejo de arañar y le agarro las muñecas con la esperanza de que me permita vivir.

Me atrae hacia él y pega la nariz contra la mía. La falta de aire me abrasa los pulmones.

—Debes de pensar que soy tan idiota como tu hermanito.

Se me hace un nudo en la garganta y trato de negar con la cabeza, de darle una patada, lo que sea para quitármelo de encima, pero es demasiado fuerte y la falta de oxígeno me ha robado las fuerzas. El miedo empieza a apoderarse de mí. Creo que va a matarme.

—¿De verdad crees que no sé cada paso que has dado desde que llegaste a mi ciudad con la puta de tu madre? —sigue, y una sonrisa cruel se le dibuja en la cara—. Aquí, yo soy Dios, y para ti debería ser un puto honor que haya decidido hacerte mía. Pero te burlas de mí, te portas como una putita ¿y crees que no me voy a enterar? Tengo ojos y oídos en todas partes, nena. Sí, también en Coddington Heights.

Parpadeo y me esfuerzo por permanecer consciente. Tengo el estómago agarrotado. Retrocedo como puedo, sintiendo todo el cuerpo en tensión, mientras trato de respirar.

«Sabía que era un error que Barney me llevara al estudio».

Me suelta y caigo de rodillas, llevándome las manos al cuello mientras se me llenan los ojos de lágrimas y respiro a bocanadas

dolorosas.

—Vas a firmar, Amaya —me dice Parker, que se alza a mi lado—. Porque no me gusta perder. Porque eres mía.

Se acuclilla junto a mí y, cuando me aparta el pelo de la cara, empiezo a temblar. Daría cualquier cosa por tener fuerzas para enfrentarme a él mientras me escupe todo su odio.

—Si no firmas, iré a la iglesia, a por ese sacerdote blasfemo, y le cortaré la polla delante de ti y se la haré tragar.

El cuello me palpita con tanta intensidad que sé que ya me están saliendo cardenales, pero asiento con desesperación. Haré lo que sea con tal de que me deje en paz. Se yergue, pero no se aparta.

—Levántate —ordena, y me da una patada en el muslo.

Me pongo de pie con una mueca de dolor y me seco las lágrimas que no dejan de correrme por las mejillas. No lo soporto, pero estoy llorando, y eso me hace sentir débil.

Impotente.

Supongo que eso es lo que soy. Una persona débil.

En esto me ha convertido.

Parker me da un empujón por la espalda para lanzarme hacia delante y mis piernas chocan contra el escritorio. Se sitúa detrás de mí, coge una pluma y me obliga a sostenerla. Su repulsiva mano carnosa guía la mía hasta el certificado.

—No volverás a verlo, «esposa». ¿Entendido?

Titubeo. Me mete una mano bajo la parte trasera de la falda y me arranca las bragas. Esta vez, el ardor en la piel no es grato.

—Parker, por favor… —suplico, y un sollozo me desgarra la garganta sin que pueda contenerlo—. No vuelvas a hacerlo.

—¡Firma!

Cierro los ojos con fuerza y rezo para que suceda un milagro cuando oigo que se desabrocha la hebilla del cinturón y siento la

presión de la mano cuando me empuja contra el escritorio.

Y, cuando me penetra de una embestida, firmo mientras las lágrimas emborronan la tinta.

CAPÍTULO 47

Amaya

Me duele caminar.

Me duele moverme.

Me duele respirar.

Pero tengo a Quinten, y me tengo a mí misma, por apaleada y silenciada que esté.

«Soy una superviviente».

Sé que superaré esto igual que lo he superado todo hasta ahora.

Hoy es el Festival de los Locos, así que, aunque preferiría estar en cualquier lugar menos aquí, me encuentro delante de Notre Dame, donde sé que estará Cade. Me las apaño para sonreír por el bien de Quinten. Dalia y yo nos hemos dado cuenta de que, desde Navidad, está de muy buen humor.

Parker me pasa un brazo por los hombros y su contacto me repugna hasta tal punto que de inmediato siento la bilis en la garganta y que me abrasa el esófago. Me entran ganas de arrancarme la piel.

Es 1 de enero y el clima es el propio de las fechas: el aire gélido me azota las mejillas y me congela los dedos a pesar de los guantes. La plaza está llena de tenderetes blancos y calefactores de exterior. Por todas partes hay atracciones callejeras, malabaristas con ropa de

licra que lanzan bolos al aire y hacen equilibrios sobre monociclos, una hazaña impresionante en un suelo tan helado y resbaladizo. El ambiente general es de alegría, de gente celebrando y festejando. Es el único día del año en que Festivalé no es lúgubre, cruel y sombrío.

Pero a mí la calidez que se respira me resulta ominosa y una sensación de inquietud me atenaza el cuello como una soga.

Las puertas de la catedral están abiertas. Hoy se sirve en la entrada chocolate caliente y pastas, y dentro la gente charla, ríe, conversa con los amigos. En el ábside se ha montado un escenario donde los niños del colegio Louis van a representar la obra.

Tengo el estómago revuelto como un barco en medio del mar tormentoso. Miro por todas partes tratando de localizar a Quinten. No lo he visto desde que llegamos y lo dejé en manos de Lydia.

Parker me lleva entre las hileras de bancos para que nos sentemos en primera fila a la espera de que empiece la obra. Estoy callada, inmóvil, tratando de que no se me note en la cara el dolor que me produce cambiar de postura sobre la dura madera. Esta mañana estaba sangrando y temo que, si me muevo demasiado, llamaré la atención.

Y hoy quiero que toda la atención sea para Quinten, que por fin puede participar en una actividad de esta ciudad, tras tantos años de ser el blanco de las iras de todos. Siento náuseas, algo que siempre me ocurre cuando estoy en Notre Dame, porque me viene a la mente la última ocasión en que estuve aquí con mi madre.

«No. Ahora las cosas son diferentes. Todo está cambiando», me recuerdo. Por eso estamos aquí, por eso Quinten participa en la obra.

Quiero mirar alrededor para ver si ha llegado Dalia, pero me da demasiado miedo levantar la vista y ver a Cade. Noto que está aquí,

pero no lo quiero buscar. Parker me ha dejado muy claro lo que debo hacer, y sé que cumplirá su amenaza si no le obedezco. Además, no me cabe duda de que a Cade le bastará verme la cara para saber que pasa algo, y apenas he empezado a asumir lo que me ha pasado. No quiero que se entere, porque dará con la manera de llegar hasta mí y necesito su consuelo demasiado como para resistirme.

«También puede matar a Parker, lo haría por ti», me susurra una vocecita.

Oigo llegar a más gente. Los bancos se están ocupando y todo el mundo charla mientras espera. Tengo los hombros tensos y el cuerpo rígido, aunque no hay motivo lógico. Empiezo a mover la pierna con nerviosismo y la mano de Parker se desplaza del hombro al muslo para apretarme con tanta fuerza que me provoca una mueca de dolor.

Dejo de moverme, permito que la ansiedad se me acumule dentro.

Alguien me da un golpecito en el hombro y el corazón se me sube a la garganta. Salto de golpe para encontrarme frente a frente con la sonrisa de Dalia.

—Hola, tía. —Se inclina hacia delante—. Hola, Parker.

Él la saluda con un ademán y me aprieta los hombros con más fuerza.

Nunca imaginé que ver un rostro amigo haría que sintiera tantas ganas de gritar, pero es exactamente lo que sucede.

—Hola —consigo decir.

A Dalia se le borra la sonrisa y me mira con el ceño fruncido. Yo sonrío y trato con todas mis fuerzas de ser convincente. No puede darse cuenta de que algo va mal.

No quiero que se dé cuenta.

Solo quiero olvidarme de lo que ha pasado.

—¿Te puedes creer que Quin vaya a salir en la obra? —comento, y me arriesgo a mirar en dirección al escenario.

La preocupación se le borra de la cara. Se echa a reír y se instala en el banco.

—¡Es increíble! Va a ser genial. ¿Está nervioso?

Me encojo de hombros porque, la verdad, esta mañana no parecía que le importara lo más mínimo.

—Da la sensación de que pasa. Me parece que no sabe lo importante que es su papel.

—No importa. —Agita la mano en el aire—. Será al que más miren, seguro.

—Tienes razón —digo con un suspiro.

Trato de cambiar de postura sin que el dolor se me note en la cara. Miro otra vez a mi alrededor con la esperanza de ver cómo se prepara Quinten, pero no diviso a ninguno de los niños. A la que sí veo es a Florence Gammond, con los ojillos clavados en Parker y en mí. No tengo fuerzas para enfrentarme a ella, así que aparto la mirada, y es entonces cuando veo a Cade.

Está de pie, a un lado del escenario, con un hombro apoyado en la pared y las manos en los bolsillos. El cuello clerical le destaca en la camisa y, como de costumbre, me está mirando.

El anhelo me inunda el pecho, lento, pegajoso como la melaza, y deseo con todas mis fuerzas levantarme y correr a sus brazos para que alivie el dolor que me pesa en el alma.

Respiro hondo y vuelvo a sentir la punzada en el costado, donde Parker me dio una patada. El dolor me provoca una mueca y me llevo la mano a ese lugar.

Cade se yergue y entrecierra los ojos.

Parker se inclina hacia mí con los labios contra mi pelo.

—Como no dejes de mirarlo, voy a tener que montar una escena.

Me pongo rígida y aparto la mirada, componiendo una sonrisa falsa para Parker mientras noto cómo una extraña bola de energía se arremolina en mi pecho y parece a punto de estallar.

La gente sigue sentándose en los bancos. Finalmente, Florence va hacia el escenario, anuncia a los niños y dice que ha sido un honor trabajar con ellos. Me muerdo el labio inferior. No sabía que trabajaba en la producción de la obra.

«Debería haber prestado más atención».

Los niños salen en fila al escenario. Sigo buscando a Quinten con la mirada, pero no doy con él. Así que espero. Pasan los minutos y me distraigo, me refugio en un rincón seguro de mi mente donde no tengo que sentir las cosas que me pasan por el cuerpo y por el corazón.

La obra se acerca a su fin y Dalia se inclina hacia mí.

—¿Dónde está?

Me encojo de hombros.

Yo también me lo pregunto, pero no lo digo en voz alta porque la bola de energía de mi pecho sigue creciendo y no me deja hablar. Parker ha trasladado la mano del hombro al muslo y me aprieta justo sobre la magulladura.

Me muerdo la mejilla por dentro hasta que me sangra; vuelvo a tener un presentimiento extraño.

La obra termina y todos los niños salen a saludar. Estoy rabiosa porque Quinten no ha aparecido. ¿Dónde demonios está?

Florence vuelve al escenario, me mira por un instante y sé de inmediato que va a pasar algo malo.

—Este año estamos introduciendo pequeños cambios. —Junta los dedos y deja escapar una risita—. Se nos ha ocurrido que, ya que la Iglesia ha tenido la amabilidad de participar este año en el festival,

debíamos volver a las raíces, a sus orígenes.

Me enderezo aún más.

—En los viejos tiempos, en el Festival de los Locos siempre se coronaba a un rey.

Me mira directamente y el terror se apodera de mí.

«No».

Intento levantarme, pero Parker me retiene de un tirón y choco contra el banco con un golpe audible. El dolor entre los muslos me recorre como un latigazo que me sube por la espalda y se me llenan los ojos de lágrimas.

Veo con el rabillo del ojo que Cade se aparta de la pared sin disimulos y me arriesgo a mirarlo de reojo, a sacudir la cabeza con la esperanza de que capte el mensaje.

—¿Qué leches pasa aquí? —pregunta Dalia, y señala a Florence con un ademán—. ¿Por qué te mira así esa cabrona?

Un par de niños, uno de los cuales es el imbécil de su hijo, sacan al escenario un pequeño trono: es una silla infantil decorada con serpentinas a los lados y con un cartel enorme en la parte de atrás que dice: Rey de los locos. Noto una llamarada en el estómago y me clavo las uñas en las palmas de las manos. Me vuelvo hacia Dalia.

—En cuanto veas a Quin, sácalo de aquí.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Prométemelo, Dalia. Llévatelo muy lejos.

Asiente, despacio.

—Te lo prometo.

Me vuelvo hacia mi marido.

—Parker —digo con los dientes apretados—, déjame levantarme.

Me mira con el ceño fruncido.

—Te lo juro por Dios, como no me dejes levantarme, voy a

empezar a gritar a pleno pulmón.

Se le tensa la mandíbula y, por un momento, creo que me va a poner a prueba, pero he apostado por el hecho de que no le gusta que lo avergüence en público. No sería bueno para su imagen que pareciera que su esposa se ha vuelto loca.

Me suelta el muslo, me pongo de pie bruscamente y me abro camino para salir del banco hasta un lado del escenario. Parker me sigue con los ojos y los entrecierra al mirar más allá de mí, y sé sin lugar a dudas que Cade está a mi espalda.

Aprieto los dientes y no digo nada.

—¡Recibamos con un aplauso a nuestro rey de los locos, Quinten Paquette! —exclama Florence.

Las risas y los aplausos retumban en la catedral y un grupo de niños sacan a Quinten a escena. Se me rompe el corazón y no veo de pura rabia, porque mi hermano tal vez no entienda lo que está pasando, pero yo sí.

Se están burlando de él. Delante de todo el mundo.

La tensión que he ido acumulando estalla y de pronto solo siento rabia.

Florence sale del escenario y viene directa hacia mí con una sonrisa empalagosa que me muero por borrarle de la cara.

Estoy harta. Harta de que todos hagan este tipo de mierdas sin que les pase nada. Pasa delante de mí para enfilar por el pasillo y, en cuanto veo que Dalia ha sacado a Quinten del escenario, voy detrás de ella.

Me parece que oigo a Parker gritar mi nombre, pero no le hago caso. Estoy concentrada en una única cosa. Puede que él me siga, pero me da igual. Florence se mete en el cuarto del baño que hay al final del pasillo y entro detrás de ella, rabiosa.

—¡Zorra de mierda!

Mi voz levanta ecos entre las baldosas de las paredes. Se yergue detrás del lavabo ante el que se había inclinado para mirarse al espejo, se vuelve muy despacio y me mira con una ceja arqueada.

—Por el amor de Dios, contrólate. —Pone los ojos en blanco.

Estoy temblando de la cabeza a los pies.

—Eso ha sido una crueldad.

Contiene la risa.

—Qué dramática te pones, Amaya. Si es muy gracioso, mujer.

Avanzo hacia ella despacio, con la anticipación palpitándome en las venas, y le doy una bofetada tan fuerte que choca contra el lavabo y la cabeza se le gira.

Contiene un grito y se lleva la palma de la mano a la mejilla enrojecida, mirándome con el desprecio pintado en la cara.

—No eres más que basura, Amaya Paquette. Tú eres basura, tu hermano es basura y esa puta de tu amiga Dalia es basura.

La señalo con un dedo tembloroso.

—Cierra tu sucia boca.

—No digo nada que no sea verdad. Hasta tu madre lo sabía. —Sonríe con desprecio—. ¿Por qué crees que se fue?

Pierdo el control, agarro el dispensador metálico de pañuelos de papel que hay junto al lavabo. Ni siquiera me doy cuenta de lo que pesa cuando lo alzo y se lo estrello contra la cabeza.

Oigo que una puerta se abre detrás de mí, pero me importa una mierda que alguien me vea y vuelvo a golpearle la cara con el dispensador. Se derrumba y, cuando cae al suelo, me agacho para seguir machacándole el cráneo mientras veo cómo su sangre se derrama por las baldosas.

Unos brazos me rodean, me apartan de Florence y me sacan del cuarto de baño. Tengo los dedos llenos de sangre, clavados en el dispensador de metal que aún llevo en la mano.

El familiar olor a pino me invade los sentidos y, por primera vez desde ayer, suelto el aliento contenido y me derrumbo sobre el pecho de Cade, que me lleva por el pasillo.

CAPÍTULO 48

Cade

—Cálmate, *petite pécheresse* —le susurro al oído.

No sé si se da cuenta siquiera de que está temblando entre mis brazos.

Tengo el corazón acelerado y, aunque ni de lejos es el momento apropiado, se me ha puesto dura como la piedra. La exhibición de violencia ha sido una visión. Es un ángel caído que quiere vengar las afrentas sufridas.

Es una obra maestra, y es mía.

—Cade… —murmura con los ojos muy abiertos, mirando sin ver.

Está llena de sangre y si no le he quitado el dispensador metálico de la mano es porque no quiero que deje ninguna prueba. He tenido suerte de llegar al baño antes que Parker y ahora la llevo a toda prisa a la salida trasera para ir al aparcamiento.

Deja escapar un sollozo y se acurruca entre mis brazos. Me muero por sentarme, abrazarla, mecerla y calmar el dolor que le pesa en el alma, pero no es el momento.

Es muy probable que acabe de asesinar a Florence Gammond, y tengo que sacarla de aquí para que no termine en la cárcel.

—Amaya, dime dónde está Quin.

—¿Quin? —Sacude la cabeza y sorbe por la nariz—. Está bien. A…

a salvo con Dalia.

—¿Seguro?

Titubea, pero asiente.

—Sí, he visto que ella se lo llevaba.

Asiento. Es lo único que quiero saber. Una vez que la ponga a salvo, puedo volver a por él.

Cuando llego al coche, abro la puerta del acompañante y la hago entrar. Le pongo el cinturón de seguridad y luego le aparto el pelo de la cara y le cojo la barbilla. Mira la sangre que tiene en las manos y el objeto metálico que aún lleva.

—Escúchame. Te voy a sacar de aquí, ¿entendido? ¿Confías en mí?

Alza la vista. Tiene los ojos enrojecidos, hinchados. Asiente, se inclina hacia delante y pone los labios sobre los míos. Cierro los ojos y me obligo a apartarme. Por mucho que quiera sumergirme en el beso, no es el momento.

Sé de inmediato a dónde voy a llevarla. En cuanto la dejo en el asiento con el cinturón, me siento tras el volante y salgo del aparcamiento rumbo al lugar donde sé que no la podrán encontrar, donde estará a salvo hasta que se me ocurra qué hacer.

Una hora más tarde, estamos en lo más alto de los Montes Verdes. Amaya no ha dicho ni una palabra durante el viaje; se ha limitado a mirar los árboles desnudos con gesto inexpresivo. De vez en cuando, se contempla las manos y luego vuelve a suspirar antes de mirar de nuevo por la ventanilla.

Me gustaría poder decir que comprendo lo que siente, pero no estoy seguro de que sea así. Yo no sentí remordimientos la primera vez que maté. Mi sensación de culpa siempre se ha originado por no sentir lo que debería. No sé qué le pasa por la cabeza, pero doy por supuesto que lo que ha hecho le ha afectado. Aunque también es

cierto que me doy cuenta de que es mi otra mitad: nunca pensé que fuera capaz de machacarle la cabeza a otra persona como le he visto hacer.

Cuando llegamos al monasterio, aparco el coche, salgo y le abro la puerta. Le pongo una mano en la mejilla para comprobar que sigue conmigo.

Alza la vista y me sonríe.

—No lamento haberla golpeado —susurra con voz temblorosa—. Me ha sentado bien.

—Eso quiere decir que estás hecha para mí en más de un sentido, *petite pécheresse*. —Le doy un beso en la frente—. Vamos, hay que limpiarte.

Me permite que le desabroche el cinturón y la ayude a salir del coche. Una vez fuera, respira hondo mientras mira a su alrededor.

—Esto es precioso. ¿Dónde estamos?

—En un lugar que nadie conoce.

La cojo de la mano y la llevo hasta la entrada. Se me hace un nudo en el pecho solo de pensar en dejarla aquí con la hermana Genevieve, pero no me queda más remedio, porque tengo que volver a Festivalé para recuperar a Quinten e idear un plan, y, mientras lo hago, este es el lugar donde Amaya estará más segura.

Entro sin llamar a la puerta y, al no ver a la hermana Genevieve ni en la capilla ni en la sala, llevo a Amaya al piso de arriba, a uno de los dormitorios desocupados de la izquierda.

Mira a su alrededor, pero no dice nada y se limita a seguirme al cuarto de baño de la habitación. La sangre se le está secando en las manos. Yo ahora también tengo las mías manchadas. Abro el grifo del lavabo, apoyo la cadera en la encimera y cojo el dispensador de metal que aún lleva agarrado en la mano izquierda. Le separo los dedos poco a poco, uno a uno, hasta que cae al suelo con estrépito.

Me inclino sobre ella, la levanto por las caderas, la siento en la encimera y me meto entre sus piernas para, con una toalla empapada en agua, empezar a limpiar sus pecados.

Despacio, poco a poco.

Le limpio un dedo, me inclino y le beso el nudillo, y paso al siguiente. Cuando termino con las manos, empiezo con los brazos, y sigo así hasta que no queda ni rastro de sangre en su piel. Amaya permanece sentada, inmóvil y en silencio, permitiendo que me ocupe de ella, como siempre he querido hacerlo.

Cuando terminamos, la cojo por la barbilla y atraigo su boca hacia la mía para un largo beso. El cuerpo se le relaja y me echa los brazos al cuello atrayéndome más hacia ella. Al notar la polla dura, me aprieto contra su sexo y me muevo contra ella, que se estremece, pero al instante me doy cuenta de que no es de placer. Contiene como puede una exclamación de dolor.

Retrocedo con el ceño fruncido.

Aparta la vista, girando la cabeza a un lado.

Le pongo la mano en la mejilla para que me mire a los ojos.

—Mírame.

Alza la vista y veo el mundo en sus ojos. El anhelo, el dolor, el sufrimiento.

La vergüenza.

El fuego me arde en el pecho, mi monstruo sacude los barrotes de la jaula, ruge pidiendo que lo libere. Resoplo por la nariz y trato de medir mi reacción porque sé que tengo que estar tranquilo, controlado. Por ella.

—¿Te duele, *mon trésor*? —pregunto con delicadeza.

—Un poco. —Se muerde el labio y aparta la vista de nuevo—. No importa.

Doy un palmetazo contra la pared y me acerco más a ella. Le cojo

la cara hasta que tiene los ojos muy abiertos y me mira fijamente.

—Eres lo único que importa. ¿Entendido?

Tiene la respiración entrecortada, como si le costara contener las lágrimas. Al final, se desmorona y se le escapa un sollozo mientras se deja caer entre mis brazos.

—Yo no quería hacerlo, Cade, fue…

Le acaricio la nuca y la abrazo con fuerza, dejando que sus lágrimas me mojen la camisa.

—Tranquila. No pasa nada —la calmo—. Ya verás que todo se va a arreglar.

Seguimos así un rato hasta que los sollozos se aplacan y las explicaciones balbuceantes dejan paso a una confesión larga, llena de dolor. La rabia me ruge en los oídos, pero oigo lo esencial.

Parker. Virginidad. Violación. Matrimonio forzado. Violación.

Nos quedamos abrazados hasta que se queda dormida, y entonces la llevo a la cama, la arropo y le beso los labios, asegurándole que no tardaré en volver.

Bajo a la primera planta y me encuentro a la hermana Genevieve en la cocina, sentada a la mesa con una taza de té en la mano.

—He visto su coche y me he imaginado que tarde o temprano bajaría a contarme qué pasa. —Sonríe—. ¿No es raro? Lo he echado de menos.

Tiene en la mesa el botiquín. Es obvio que ha dado por supuesto que he venido a que me cure de nuevo.

Sacudo la cabeza, incómodo.

—He traído a una amiga. Necesita un lugar seguro para quedarse. ¿Puedo confiar en que cuidará de ella?

La hermana Genevieve bebe un sorbo de té.

—Por supuesto.

—Volveré lo antes posible —digo.

La intranquilidad me atormenta, no quiero dejar a Amaya aquí. Pero tengo que ir a buscar a Quinten.

Y ahora también tengo que ir a buscar a Parker.

—Hermana… —Me detengo justo antes de salir—. Si a esa mujer le pasa algo en mi ausencia, el diablo parecerá un santo a mi lado.

CAPÍTULO 49

Amaya

Tengo un hilo de saliva seca en la mejilla y se me ha pegado el pelo. Parpadeo despacio mientras trato de orientarme y me quito los mechones de la cara. Me siento en la cama. La áspera manta azul me cae hasta la cintura.

«¿Dónde estoy?».

Me desperezo estirando los brazos por encima de la cabeza y disfruto con el desentumecimiento de la espalda. Me levanto de la cama y miro a mi alrededor. Todo es anodino. Solo veo la cama grande, con sábanas básicas y una manta de un color azul oscuro, y un escritorio pequeño en la esquina con una lámpara a la derecha. Al otro lado está la puerta del cuarto de baño y, de pronto, los acontecimientos de todo el día vuelven a mi mente como una marea y recuerdo que estoy en lo más alto de las montañas, escondida como una criminal.

Porque, técnicamente, lo soy.

«¿Seguirá viva?».

Me siento en la cama con los pies en el suelo y me retuerzo las manos. Me miro las uñas. Aún tengo restos de sangre incrustada, y me vienen a la cabeza imágenes de lo mucho que pudo sangrar Florence. Trato de buscar en mi conciencia algún tipo de

remordimiento, pero no encuentro nada.

Lo único que siento es satisfacción porque esa zorra de mierda ha recibido por fin su merecido, y siento también que he recuperado una parte del poder que Parker me arrebató cuando me metió dentro su sucia polla.

Esa mujer se atrevió a exhibir a Quinten como si fuera un loco en el escenario. Lo único que lamento es haber hecho algo que lo puede apartar de mí, con todo lo que he trabajado, con todo lo que he sacrificado para que estuviéramos juntos.

«Quinten».

Su nombre me provoca una punzada de ansiedad en el corazón. Siento que el estómago se me revuelve como una montaña rusa. Aparto la manta, que de pronto me parece asfixiante, y me pongo en pie de un salto para pasear por la habitación mientras me meso el pelo. «¿Cómo he podido abandonarlo así?».

Se me pasa por la cabeza buscar mi teléfono, pero no lo hago porque doy por hecho que Cade se lo ha llevado para que nadie lo utilice para localizarme. Y lo entiendo, de verdad. Pero, hasta que tenga a Quinten al lado, no podré respirar. Vi que Dalia se lo llevaba, sé que lo mejor es que yo esté aquí, pero me sigo sintiendo fatal por no estar a su lado. Solo lo necesito a él. A él y a Cade.

«Cade ha ido a buscarlo. Todo va a salir bien».

Me asusta confiar en alguien de manera tan absoluta, pero no tengo otra opción. No puedo volver con Parker, y menos ahora. Estoy segura de que ya me está buscando, no sé si para matarme o para destrozarme, dependerá de su estado de ánimo.

«Ay, Dios… ¿Y si va a por Dalia?».

La bilis se me sube a la garganta y corro al cuarto de baño. Caigo de rodillas con tanta fuerza que se oye el crujido contra las baldosas. Levanto la tapa y espero a que lleguen las arcadas, pero lo único

que siento son náuseas.

«Cade dará con ellos», me digo otra vez.

Me agarro con más fuerza al retrete.

El pánico me da estocadas en el pecho, porque Parker sabe muy bien dónde vive Dalia.

«Cade va a traer a Quinten, y luego pensaremos qué hacer».

Espero que traiga también a Dalia. Mientras Parker viva, no estará a salvo.

Tengo que quedarme media hora en el suelo frío del baño hasta que supero el ataque de pánico, hasta que me convenzo de que todo saldrá bien porque no puede ser de otra manera.

Me pongo de pie muy despacio, me miro en el espejo y veo una vez más la huella de suciedad que me ha dejado el día. Dudo, no sé si ducharme o bajar al piso inferior para ver si hay alguien más.

Debería presentarme ante quien viva aquí. Vuelvo a mirarme los dedos, hago una mueca y decido que la ducha es imprescindible.

El agua caliente me alivia los músculos doloridos y relaja la tensión que se me ha acumulado en la piel desde Dios sabe cuándo. Aún me siento mareada y desgarrada, preocupada por Quinten y asqueada por Parker, y también nerviosa por lo que le he hecho a Florence. Pero contar con el apoyo de Cade hace que me cueste menos respirar.

«Él se encargará de todo».

La condensación de la ducha ha empañado el espejo. Me pongo delante y paso la mano por la superficie para ver mi reflejo. No sé qué espero encontrarme, pero me sorprende que la persona que me devuelve la mirada sea… yo misma. Solo yo misma.

Nada extraordinario. No hay en la mirada una crueldad nueva. Es la misma Amaya Paquette de siempre.

Suspiro y regreso al dormitorio. Arrugo la nariz al ver la ropa sucia

que me tengo que poner. Pero no tengo más remedio. Examino las prendas en busca de manchas de sangre y me alegro de haber elegido algo oscuro porque, si hay alguna mancha, no se ve. Una vez vestida, salgo del cuarto e inspecciono el lugar por primera vez desde que llegué.

Sigo sin saber dónde me encuentro.

Los peldaños crujen cuando desciendo sujetándome a la barandilla. La madera fría huele a abrillantador. El ambiente es en cierto modo escalofriante y se me eriza el vello de todo el cuerpo.

En un rincón de la sala de estar hay una chimenea encendida y una entrada sin puerta, a la izquierda, lleva a la cocina estrecha.

«Debería tomar algo». Una manzanilla o algo que me calme los nervios mientras espero.

Los tablones del suelo crujen detrás de mí justo cuando estoy cogiendo un vaso. Al volverme sobresaltada, el vaso se me cae de la mano y se estrella contra el suelo. Los fragmentos me arañan los tobillos. Pero no siento dolor.

Una mujer me mira con los ojos muy abiertos y da un paso atrás. Se lleva una mano al pecho.

—Amaya —dice.

Se ha puesto muy pálida.

Yo abro la boca y parpadeo, incrédula.

Porque delante de mí está mi propia madre.

CAPÍTULO 50

Cade

Siempre he sido violento. Lo he llevado dentro desde niño.

Por eso me daba aquellas palizas con el cinturón la hermana Agnes.

Por aquel entonces, no sabía cómo utilizar lo que sentía, claro. No había aprendido a canalizarlo, a convertirlo en un recurso útil. No, dejaba que se acumulara dentro de mí hasta que estallaba como la bocanada de fuego de un dragón.

Al principio, destrozaba animales de peluche o rompía un plato solo para ver lo que se sentía. A la hermana Agnes no le hacía la menor gracia, pero yo no podía controlarme.

Me costó tiempo, años, paciencia, diferenciar lo que era yo como hombre, y luego como sacerdote, del monstruo.

En este momento, tras aparcar delante de lo que era el apartamento de Amaya, mientras la nieve cruje al pisarla, vuelvo a sentirme como aquel niño. La ira no encuentra salida ni dirección, así que me hierve en las venas.

Y crece.

Crece.

Crece.

No ha parado de nevar desde que salí del monasterio; una fina

capa blanca hace que todo brille un poco más ahora que se ha puesto el sol. Me arrebujo en el abrigo y camino apresurado hacia el pequeño porche de la entrada, con una punzada de nostalgia al mirar hacia el que solía ser el dormitorio de Amaya, su ventana, al doblar la esquina de la casa.

Subo por los peldaños helados y llamo a la puerta con el pecho cargado de tensión. Tengo que confirmar que Quinten está a salvo y luego tengo que ir a por Parker antes de volver con Amaya.

Nadie responde, así que llamo de nuevo, con un peso insoportable sobre los hombros, tanto que me cuesta mantenerme erguido.

«Vamos, Dalia, abre ya, venga».

Llamo una última vez y bajo del porche para mirar por la ventana de la sala. La persiana está subida, pero no hay nadie, al menos que yo vea. Vuelvo hasta la puerta. Me cuesta respirar mientras cojo el picaporte. Casi rezo por que esté cerrado, porque entonces puedo engañarme, decirme que no están en casa, creer que Dalia ha sido lista y se ha dado cuenta de que corrían peligro.

La puerta se abre de inmediato, como si nada. Y se me encoge el corazón.

El silencio dentro es inquietante. La aprensión me pesa como una losa.

—¡Quinten! —llamo—. ¡Dalia!

No recibo respuesta. El silencio nunca me había parecido tan estrepitoso.

Cruzo el pasillo que lleva hasta la cocina y miro en la primera habitación a la derecha, pero no hay nadie, solo unas estanterías y una cama con una colcha de Buzz Lightyear. Luego voy a la que sé que es la habitación de Dalia, que tiene la puerta entreabierta. La luz se filtra hacia el pasillo oscuro. Termino de abrir con la punta del zapato y el crujido de la madera suena como un cañonazo.

Me llevo la mano a la nariz para tapármela.

El olor es… potente.

Merde.

Aquí está Dalia, y ojalá no estuviera. Es lo que desearía con todo mi corazón por el bien de Amaya. Le han rajado el vientre desde el pecho hasta el ombligo. Está desnuda de cintura para abajo, y con señales evidentes de agresión.

Soy violento. Pero esto hace que se me suba la bilis a la garganta y tengo que tragar saliva para no vomitar.

Entro con el corazón encogido porque sé que Amaya va a quedar destrozada. Tengo que dar con la manera de que sobreviva a este dolor, a la culpa que sé que va a sentir por algo sobre lo que no ha tenido el menor control.

Respirando por la boca, voy hacia el cadáver golpeado y magullado de Dalia y le cierro los ojos con la mano enguantada.

—Señor Dios todopoderoso, padre y creador, te encomiendo el alma de mi querida hermana, que vuelve a ti. —Le pongo los dedos en la frente—. En el nombre del Padre. —Los bajo al pecho, donde comienza la herida y el olor a muerte que le sale de las carnes—. Del Hijo. —Luego le toco los dos hombros—. Y del Espíritu Santo. Amén.

Las palabras que antes contenían tanta verdad, en las que puse tanta fe ciega, me suenan huecas, caen sobre el cuerpo de Dalia y se desintegran en él como ceniza.

Me levanto, rígido, con los puños cerrados y los dientes tan apretados que me duele la mandíbula. He recitado sus palabras como si fueran mías, igual que he hecho desde hace años, pero, en lugar de encontrar paz en Él, solo siento rabia por ella. Por Amaya. Porque sé que el asesinato de su amiga le va a romper el corazón.

Me he dado cuenta de que la fe no significa nada para mí si ella no está en el centro de todo.

La ira crece en mi interior y se convierte en un infierno abrasador. Necesito hacer que Parker sufra tanto como ha hecho sufrir a Amaya, y esa necesidad me galopa por las venas y me bulle en las yemas de los dedos.

Me doy la vuelta y examino la escena. Dudo entre dejarla así y pedir ayuda.

Pero veo algo, en un rincón, junto a una mesilla volcada y una lámpara caída.

«Ha opuesto resistencia, es evidente».

Me dirijo hacia el objeto brillante. Es un gemelo de oro con las iniciales PE en la parte delantera.

«Qué descuidado, Parker».

Trazo un plan a toda prisa.

Tengo que dar con Quinten lo antes posible, pero sería una estupidez no asegurarme antes de que no tengo que hacer otras paradas. No sé a ciencia cierta qué se avecina, pero sí sé que, cuando salga de aquí, a ser posible con Quinten, Parker Errien estará muerto. Y, si todo se tuerce, tengo que organizarlo para que podamos escapar. Así que hago una parada antes en mi casa para, si tengo que huir, poder hacerlo sin preocuparme por lo que dejo atrás.

La necesidad desesperada de dejarlo todo e ir a por Parker me galopa por las venas, pero hago una pausa cuando llego al umbral y veo que la puerta está entreabierta.

Se me hace un nudo en la boca del estómago y se me eriza el vello. La empujo y miro a derecha e izquierda.

Todo está a oscuras. No se ve ni una luz. Pero el aire es denso y está cargado de tensión.

«Aquí hay alguien».

Cierro la puerta tras entrar, pero no oigo el clic del picaporte. Paso el dedo y noto que está torcido, como si alguien lo hubiera forzado y

luego hubiera tratado de disimularlo.

El monstruo que llevo dentro se despereza y ruge en mi pecho.

—Has venido.

Se me dibuja una sonrisa en la cara al alzar la cabeza y encontrarme frente a frente con el hombre al que quería ver.

—Hola, Parker.

Está sentado en la cocina, a oscuras, con las piernas cruzadas, junto a la mesa. Tiene una pistola ante él, junto a un servicio de té de porcelana blanca china, como si estuviera esperando para matarme.

Tanta confianza me maravilla.

—¡Dinosaurios!

Me giro de golpe y el alivio me llena el pecho cuando veo a Quinten, ileso y en apariencia despreocupado. Está sentado en un rincón, en el suelo, y lleva puestos los auriculares de arcoíris que pasan del azul al verde y al rojo.

Por lo visto, los niños son el punto débil de Parker, no como las mujeres. O tal vez lo conserva como cebo y cree que no le será útil si le hace daño. Sea como sea, doy las gracias al ver que se encuentra bien.

—*Bonjour, mon petit* —le susurro al tiempo que sonrío y lo examino con la mirada para asegurarme de que está ileso—. Parker —digo sin apartar los ojos de Quinten—, deja que lo lleve a otra habitación.

Parker se ríe entre dientes.

—Yo creo que esto le puede ayudar a hacerse un hombre.

Sonrío.

—Sin duda. —Doy un paso hacia él mientras los dedos se me flexionan contra el cuero de los guantes—. Pero también tendrá pesadillas por lo que te va a ver hacer…

Se le enturbian los ojos y miro a Quinten de reojo. Ha vuelto a concentrarse en el iPad y no nos hace el menor caso. Nunca he estado tan agradecido por su obsesión con los juegos educativos y los cascos que cancelan el sonido.

—¿Has venido a matarme, Parker? —pregunto al tiempo que señalo con la barbilla la pistola que tiene delante.

Se encoge de hombros y se acomoda en la silla. Parece tan cómodo como si ya hubiera salido ganador de nuestro enfrentamiento.

—Eso depende de lo que hayas hecho con mi esposa.

Sonrío.

—¿En cuál de las ocasiones?

Se incorpora de un salto y da un palmetazo en la mesa con tal fuerza que los platos tiemblan.

—Hijo de puta —escupe—. No te quiero ver aquí ni un minuto más. Le vas a decir al obispo Lamont que te vas o te juro por ese ser mítico al que le rezas que voy a esparcir tus sesos por el suelo de la cocina.

Asiento y junto las manos delante de mí, tratando de aparentar que me ha asustado.

—Calma, Parker. —Miro la pistola—. Aquí el poder lo tienes tú. Deja que saque de aquí al niño y haré lo que quieras. —Lanzo una mirada en dirección a Quinten—. Deja que lo lleve a un dormitorio, aunque sea.

Parker aprieta los dientes, mira al niño y luego me mira a mí.

—Ya has ganado —digo. Suspiro y agacho la cabeza—. ¿Qué más puedo hacer?

Titubea un momento, luego se pone de pie y echa mano a la pistola.

Pero soy mucho más alto y ágil que él, así que salvo el espacio

más deprisa, agarro el arma con una mano y le pongo la otra en el cuello. Lo tiro sobre la mesa y lo golpeo contra la madera hasta que la tabla cruje y la porcelana tiembla.

Forcejea como un perro y vuelvo a clavar los ojos en Quinten, que nos mira con los ojos muy abiertos.

Agarro con más fuerza a Parker por la garganta.

—No pasa nada, *mon petit*. Te lo prometo.

El chaval asiente muy despacio, nos mira, se mece como si no pudiera controlar el movimiento y tuviera que dar salida a su energía.

Parker me agarra por la muñeca y, con la mano libre, le clavo las puntas de los dedos en el hueco de la garganta, justo por encima de la clavícula, hasta que deja de moverse y grita de dolor.

—*Oui*, ya sé que duele.

Miro de nuevo a Quinten mientras tengo a Parker inmovilizado con la presión. Trata de debatirse, pero soy mucho más corpulento que él y no consigue nada. Además, me gusta mucho que se retuerzan.

—*Mon petit*, ya sé que tienes miedo —le digo a Quinten—. Pero te voy a llevar con tu hermana. Qué bien, ¿verdad?

Nos mira de nuevo, se está balanceando sin control, se mueve con tal violencia que tengo miedo de que se haga daño contra la pared. Asiente con la cabeza.

—Estupendo. ¿Me puedes hacer un favor?

Parker lanza un puñetazo que me acierta en el estómago y hace que se me corte la respiración. Aprieto los dientes y lo agarro por el cuello con más fuerza hasta que no puede respirar. Le clavo la rodilla en el torso para inmovilizarlo.

—Quiero que vayas por el pasillo. Mi dormitorio es la puerta del final. Encima de la cómoda hay un belén muy bonito. ¿Te importa ir y poner en línea las figuritas?

Quinten abre mucho los ojos, pero no se mueve.

—Vamos, *mon petit* —lo apremio con una sonrisa—. Cuando acabemos, te llevaré a la tienda y compraremos un dinosaurio nuevo. Y, si quieres, luego podemos pintar con los dedos.

Eso lo hace reaccionar, se le iluminan los ojos ante el soborno y asiente. Camina muy despacio con la mano contra la pared, como si estuviera tratando de ser sigiloso, pero, en cuanto llega al pasillo, echa a correr y sus pisadas se alejan. No hago nada hasta que lo oigo entrar en el dormitorio.

El alivio me invade por dentro y miro a Parker desde arriba con una sonrisa.

—A ver, ¿por dónde íbamos? —Le suelto el cuello, cojo el cuchillo de la mantequilla que hay sobre el salvamanteles donde como. El peso combinado de los dos hace crujir la mesa. Forcejea de nuevo, tiene los ojos a punto de salírsele de las órbitas, y se le están poniendo azules los labios por la falta de oxígeno. La adrenalina me corre por las venas como queroseno—. No te puedes imaginar el tiempo que llevo soñando con este momento.

Le clavo el cuchillo romo en la cara interior del muslo. Abre la boca en un grito, pero es silencioso, porque la presión de mi mano en la garganta le paraliza las cuerdas vocales tanto como le restringe el aire. Giro el cuchillo noventa grados en la pierna.

—Cuánto lo siento. —Hago una mueca—. Esto debe de ser muy doloroso. Creo que he tocado una arteria importante.

Le tiembla el cuerpo y se le agitan los párpados como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Le suelto el cuello y levanto la mano para darle una bofetada en la cara.

—Ah, no, ni hablar. Nada de marcharte. Quédate un ratito más. Quiero que experimentes todo lo que te tengo preparado.

Me mira con ojos vidriosos.

—Vete a la mierda —consigue decir.

Le presiono la rodilla contra el esternón con más fuerza y hago girar una vez más el cuchillo romo.

—Mira, si te portas bien, te sacaré esto y te desangrarás en cuestión de minutos. —Me inclino sobre él para que me mire a los ojos y ver los demonios que plagan su alma. Quiero asegurarme de que me oyen—. Pero, como no paras de faltarme al respeto, mejor haré que te duela.

Suelto el cuchillo y echo mano de la pistola. Aún se mueve, pero con mucha menos fuerza. La sangre se le escapa por la herida de la pierna y debe de estar cada vez más mareado, por no mencionar que casi lo he asfixiado.

Le quito la rodilla del vientre, me enderezo, lo vuelvo a agarrar por el cuello y lo arrastro para tirarlo al suelo. Cae como un trapo y trata de incorporarse apoyándose en las manos y las rodillas, con el cuchillo aún clavado en el muslo.

—No me digas que no te lo veías venir. —Me alzo ante él y le doy una patada en el costado, igual que me dijo Amaya que él le había hecho. Se desploma y me adelanto, le piso la mano, dejo caer todo mi peso hasta que oigo cómo se rompen los huesos—. Le has hecho daño a la mujer que amo. A la mujer por la que haría lo que fuera.

—Es mi esposa…, hijo de puta… —grita cargando de rabia cada sílaba—. Ha firmado los papeles y están entregados al registro. Puedo hacer con ella lo que quiera.

Dejo escapar una risita y muevo el tobillo, deleitándome con el chillido agudo que se le escapa. Levanto el pie de la mano y, con la punta del zapato, le doy la vuelta para que quede tendido de espaldas. Se le está formando un charco de sangre debajo del cuchillo.

—¿También la obligaste a firmar un acuerdo prenupcial? —

pregunto, y lo miro. Le quito el seguro a la pistola y me acuclillo junto a él para ponerle el metal frío en el cuello. Abre mucho los ojos. Chasqueo la lengua y sacudo la cabeza—. No, claro que no. Eres católico. El matrimonio es para toda la vida. —Me inclino sobre el cuerpo roto, ensangrentado—. A ver, recuérdame, ¿qué le dijiste? —Paso a ponerle la pistola en la entrepierna—. ¿Que me ibas a cortar la polla y me la ibas a hacer tragar?

Veo cómo se le mueve la nuez cuando traga saliva. Está paralizado, seguro que de miedo.

Esta es mi parte favorita: cuando se dan cuenta de que tengo su vida en mis manos, de que no tienen escapatoria.

—Puede que sea tu esposa, pero es mi alma —le susurro al oído —. Y te voy a hacer pedazos, voy a arrasar tu imperio, le prenderé fuego para verla a ella como reina de las cenizas.

Le arranco el cuchillo de la pierna y lo clavo justo donde tengo la pistola. El sonido de la tela al rasgarse y de la carne al abrirse, del músculo herido y el grito torturado son de lo más satisfactorios.

Me río entre dientes. Por fin, el hombre y el monstruo se funden en uno, y solo tengo un objetivo en mente.

La venganza por Amaya.

—No grites todavía —le digo chasqueando la lengua mientras retuerzo el cuchillo hasta que la sangre le empapa los pantalones.

Parker tiene los ojos en blanco, está pálido, la fuerza ha abandonado su cuerpo. Es como si el ángel de la muerte le estuviera sorbiendo el alma.

Le arranco el cuchillo de la ingle y sonrío de oreja a oreja al alzarlo y ver la sangre roja en el metal. Luego le doy la vuelta a Parker para que quede tendido boca abajo.

Gime y me empiezo a apresurar porque sé que va a perder el conocimiento muy pronto. Me inclino sobre él, le pongo el cuchillo

entre las piernas, lo llevo desde el punto por el que se desangra, más arriba, hacia otro lugar delicado.

Lo agarro por el cuello con fuerza y le presiono la cara contra el suelo.

—Para, por favor —gime.

—¿Ella te pidió que pararas? —pregunto—. Cuando la violaste, ¿te pidió que pararas?

Lo aprieto con más fuerza, le levanto la cabeza para volver a estampársela contra el suelo. Los gemidos me llegan amortiguados.

—¿Cómo dices? —pregunto.

—Por favor… Dios… —solloza.

Me río y me inclino sobre él.

—No te voy a decir que pidas la absolución a mi ser mítico, monsieur Errien. Verás, ahora solo adoro a Amaya, así que si tienes que rezar, rézale a ella. Pide que se apiade de tu alma.

CAPÍTULO 51

Amaya

Estoy sentada frente a esta absoluta desconocida.

Tiene el rostro de mi madre, pero no es la mujer que yo conocía. Esta no es Chantelle Paquette.

Esta es la hermana Genevieve. Una mujer de fe. De esperanza renovada. Una mujer que ha recibido el perdón. Pero no el mío.

Eso es lo que me prende fuego en las entrañas, me abrasa hasta que solo me queda ira por dentro. El mismo nudo de tensión que he sentido antes en la iglesia se me instala en la boca del estómago y me oprime más y más, me atenaza el pecho, me llena los pulmones de humo.

Todo en ella es falso. Impostura. Es una narcisista con hábito que predica las palabras que nunca han guiado su vida.

—¿Tienes…? —Se me entrecorta la voz y tengo que empezar de nuevo—. ¿Tienes la menor idea de lo que has hecho, del desastre que dejaste atrás cuando desapareciste?

Niega con la cabeza y bebe un sorbo de té.

—No voy a hablar de eso contigo. He expiado mis pecados. He superado la culpa.

—La madre de siempre con envoltorio nuevo, ¿eh? —Le miro el hábito, asqueada—. Ay, Dios, ¿conoces a Cade?

Se queda boquiabierta y veo una luz siniestra en sus ojos.

—Pues claro. Estamos muy… unidos.

—¿De verdad? —replico, cortante; pero sus palabras me han hecho sentir una punzada de celos y un nudo en la garganta.

—Desde luego —sigue con mirada altanera—. Confía en mí. Diría que confía en mí más que en nadie.

La sangre me hierve con una rabia posesiva. Me adelanto hacia ella, poseída por algo oscuro y malévolo que me invade la mente como una telaraña.

—No eres especial, madre. Yo sí.

Se le descompone la cara.

Sonrío. Con ella, es tan fácil pulsar las teclas exactas… Durante diecinueve años, me tuvo a su merced, tuve que soportar que me dijera lo poco que valía. Que tenía los pechos demasiado grandes y las caderas demasiado anchas; que no hacía más que distraer a los hombres de su vida.

Ahora sé que solo era envidia. Una envidia tan intensa que le impedía asumir sus responsabilidades y que la llevó a abandonar a sus hijos.

Me encojo de hombros.

—La verdad duele, ¿eh, mamá?

Deja la jarra en la mesa y se acomoda en la silla. Es un movimiento que demuestra lo a gusto que está aquí. Un lugar que está a menos de una hora de donde nos abandonó a Quinten y a mí, de donde nos dejó tirados para limpiar la mierda que había dejado a su paso.

El nudo en las tripas se me tensa aún más.

—Si le pidiera a Cade que te matara, lo haría sin pensárselo dos veces.

Deja escapar una risa burlona.

—Niña, por favor. Que es un sacerdote.

—No. —Niego con la cabeza—. Es mío.

—No cambias. Eres la Amaya de siempre, con sueños más grandes que las tetas.

Me echo a reír.

—Y tú eres la Chantelle Paquette de siempre. No cambias. No finges mal para ser tan mala madre.

—Las personas cambian.

—Chorradas —siseo con los dientes apretados. Doy un palmetazo en la mesa—. La cagaste una y otra vez, y luego te evaporaste. Gritaste que era una bruja y me dejaste allí para que limpiara la basura que tú habías dejado. Me importa una mierda que hayas cambiado. Yo no te perdono.

—Bueno. —Resopla—. Dios perdona. Es lo único que importa.

El nudo se aprieta un poco más.

Dejo escapar el aliento contenido y la tristeza me inunda el pecho. La chica joven, inocente, que aún echa de menos a su madre, asoma su patética cabecita. Tal vez está aquí porque quería seguir cerca. Por si acaso.

—¿Me has echado de menos, aunque sea un poco?

—Ay, Amaya. —Tiene la voz amable, y mi corazón ingenuo se acelera—. No.

El último hilo de esperanza de la niña se rompe, y me siento más libre que en ningún momento desde el día en que desapareció.

—¿Cómo está Qui…?

¡Bum!

Me levanto y estoy junto a ella antes de que se dé cuenta. La cojo por el cuello y las dos rodamos por el suelo.

Grita, creo que me he roto una costilla con la caída, pero la rabia me galopa por la sangre y acalla todo lo demás. Estoy encima de

ella, a horcajadas, la inmovilizo contra el suelo y la ira me mueve el brazo, y la abofeteo en la cara hasta que le saltan gotas de sangre de la boca.

—¡No te atrevas a decir su nombre! —le grito, agarrándola por el cuello.

Forcejea, lucha, me clava las uñas en la piel del brazo, me arranca mechones de pelo, pero no me importa.

Ya no me puede hace más daño.

Aprieto más y más hasta que los forcejeos se transforman en convulsiones, y luego se queda inmóvil y el silencio se adueña de la estancia.

Tengo la respiración entrecortada, estoy jadeando, el reloj marca los segundos desde la pared. Alzo la vista y siento una vibración deliciosa en todo el cuerpo.

Soy libre.

La puerta se abre de golpe y me pongo en pie a toda prisa, me doy la vuelta y salgo corriendo de la cocina.

Ahí está Cade, como un ángel oscuro, alto, imponente, con el pelo negro lleno de copos de nieve, y Quinten de la mano.

Se me escapa un sollozo y corro hacia mi hermano para estrecharlo entre mis brazos.

—¡Se acabó! ¡Se acabó! —grita él retorciéndose.

Lo suelto y me aparto un poco. El nudo del pecho se me afloja tras examinarlo de arriba abajo. Los ojos se me llenan de lágrimas otra vez. Daría lo que fuera por parar de llorar. Estos últimos días he llorado tanto como para llenar un puto río.

—¿Todo bien? —pregunto, y miro a Cade.

Me sonríe, pero detecto preocupación en su mirada.

—Me he ocupado de todo, *mon trésor*.

Quinten da un paso adelante para examinar este lugar donde no

ha estado nunca, y de pronto recuerdo que el cadáver de nuestra madre está en la cocina. El pánico se me debe de notar en la cara porque Cade se pone rígido. Mira en todas direcciones y viene hacia mí.

—Quin —digo con los músculos tensos, doloridos. Ahora que la adrenalina ya no me corre por las venas, me duele respirar—. No te apartes de mí, colega.

Lo veo entrar en el pequeño santuario de la izquierda en lugar de ir a la cocina.

«Tengo una costilla rota, seguro».

Cade se me acerca con los guantes cubiertos de escarcha invernal, me coge la cara y me la examina.

—¿Estás bien?

Se me cierran los ojos y me hundo en su abrazo.

—He hecho una cosa terrible. Necesito tu ayuda.

Treinta minutos más tarde, Quinten y yo estamos en un dormitorio del piso superior. Cade se ha quedado en la cocina evaluando el problema. No le he dicho quién era en realidad la hermana Genevieve, pero sé que no le importa. Me tumbo en la pequeña cama, junto a mi hermano, y escucho su respiración mientras doy las gracias a Dios, si es que existe, por haberlo protegido. Al final, me levanto, salgo de puntillas y bajo por las escaleras.

Cade me espera con una taza de té. El cuerpo de mi madre ha desaparecido y no hay rastro de la silla rota, como si nada hubiera pasado.

Deja la taza, viene hacia mí y me atrae contra él, me pone una mano en la mejilla y otra bajo la barbilla.

—Si era tu amiga, lo siento, es que…

—Chisss… —me calma al tiempo que me acaricia el pelo—. No pasa nada.

Y, de pronto, todas las emociones que había enterrado se me acumulan en el pecho, me dejan agotada, destrozada. Apoyo la cabeza sobre su corazón y escucho los latidos regulares para que me calmen como siempre.

—Era mi madre.

Se pone tenso.

—Se refugió aquí para…, no sé, ¿para estar cerca, pero lejos? Me da igual. No… No quería matarla.

Se aparta, me coge la barbilla con los dedos y me da un beso en los labios.

—Si te hizo daño, merecía morir.

Suspiro, asiento ante lo que ha dicho.

—¿Tengo algo malo dentro?

Me sonríe y me vuelve a abrazar, me estrecha como si fuera suya, como si nada importara aparte de mí.

Eso me caldea el cuerpo y hace que me palpite el corazón roto.

—Todos llevamos dentro una parte de oscuridad, *petite pécheresse*. Solo tenemos que aprender a controlarla. —Me da un beso en el pelo—. Te puedo ayudar con eso.

Por la mañana, me despierto agotada y magullada, pero lista para hacer frente al día. Cade me folló anoche hasta que no pude más, me borró las lágrimas a besos y me insufló en los huesos una vida nueva. Aunque fue delicado, me dolió, pero también fue catártico. Necesitaba que borrara el recuerdo de Parker y lo sustituyera con el suyo. Porque lo he elegido a él.

Cuando salgo de la ducha, me lo encuentro sentado en el borde de la cama. Se está mirando las manos y se le contrae de manera involuntaria el músculo de la barbilla.

Se me encoge el corazón.

—¿Qué pasa?

Deja escapar el aire, se pasa una mano por el pelo y se vuelve hacia mí, sonriendo y tendiéndome la mano. Se la cojo y dejo que me lleve hacia él, hasta que estoy entre sus piernas. Aprieto la mano con la que me sujeto la toalla; el temor ante lo que sé que van a ser malas noticias me repta por la espalda.

—Tengo que decirte una cosa. No sé ni cómo empezar.

Me aparto un paso, pero me retiene, me sujeta por las caderas.

—¿Qué pasa?

Se humedece los labios, mira al techo. Luego me clava los ojos.

—Es Dalia… Parker fue a por ella y se llevó a Quinten antes de que llegara…

Se me encoge el corazón y el vómito me sube por la garganta. Me aparto de él y corro hacia la papelera, caigo de rodillas, pierdo la toalla mientras vomito. El sabor de la bilis y el dolor me abrasan la boca.

Cade se acerca y me sujeta el pelo mientras siguen las arcadas.

Alzo la vista hacia él y sacudo la cabeza. Tengo los ojos empañados.

—¿Está muerta?

Asiente con una mirada compasiva.

—Lo siento mucho, *mon trésor*.

Se me dilatan las aletas de la nariz y me incorporo con el estómago revuelto como el mar durante una tormenta. Me duele el corazón y tengo un agujero abismal en el pecho que podría engullirme completa. La tristeza me atenaza la garganta. Cierro los ojos, pero las lágrimas se me escapan y me bajan por la barbilla.

Otra herida en el corazón. Tengo muchas más que hace unos meses. Solo que ahora soy más fuerte. He pasado por más cosas, y tengo a alguien de mi parte.

Alzo la vista hacia él, con los dientes tan apretados que me duele la mandíbula.

—¿Se lo hiciste pagar? ¿Sufrió?

Me pasa la mano por el pelo. Una nube oscura le cruza por los ojos.

—Sí.

Vuelvo a cerrar los ojos y trato de controlar la respiración, el peso de esta nueva realidad que se me ha instalado en el pecho.

—Bien.

CAPÍTULO 52

Cade

—Quiero hacer una confesión —digo mientras contemplo el agujero que he tardado tres horas en cavar en el bosque.

El cadáver de la hermana Genevieve yace junto a la maleta en la que metí las cosas de Parker, y estoy aprovechando estos últimos momentos con los dos para sincerarme.

—Llevo dentro una enfermedad. —Apoyo la mano en el mango de la pala—. No tiene cura. Pero Amaya… Amaya alimenta al hombre y al monstruo. Es perfecta para mí en todos los sentidos. Siento que los dos tuvierais que morir para que estuviéramos juntos, pero Él es misericordioso y perdona.

Hago una pausa para meditar sobre lo que he dicho. Aún tengo fe, aún creo en Dios, pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. He visto la corrupción que se ha apoderado de la Iglesia, he visto a los hombres «buenos» hacer el mal. Y he visto como unos simples besos en las cicatrices borraban años y años de mi vida que tanto he luchado por expiar.

Cuando estoy con Amaya, la voz de la hermana Agnes no suena tan fuerte.

Ella me da paz. Es mi santuario. Mi hogar. Mi alma.

—Pero, aunque Él no me perdone, sobreviviré —termino.

Tardo dos horas en enterrarlos bajo los árboles y luego conduzco de vuelta a Festivalé para atar los últimos cabos sueltos. Amaya está rota de dolor por la pérdida de su amiga y, aunque no lo reconozca, también siente una culpa que la seguirá para siempre, como pasa con todos los que juegan a ser Dios y acaban con una vida.

Primero, voy a mi casa para hacer limpieza, y luego, directo al hospital. Es de noche, ha pasado ya la hora de la visita, pero no le cierran las puertas al sacerdote que viene a reconfortar a una víctima.

Va a ser lo último que haga como sacerdote.

Me parece muy adecuado.

Entro en la habitación con el rosario y la Biblia, cierro la puerta y me vuelvo para mirar a la mujer que yace en la cama.

Florence Gammond.

Viva.

Está conectada a una bolsa de suero y el monitor marca el ritmo del corazón. Vuelve el rostro hinchado hacia mí cuando arrastro una silla para sentarme junto a ella.

Tiene la cara destrozada, casi irreconocible. Le han tenido que afeitar la cabeza para darle puntos en el cuero cabelludo. Pero vivirá.

Y, si de verdad quiere vivir, hará lo que le diga.

—*Bonjour*, Florence.

—Padre —dice con voz rota, rasposa—. ¿Lo manda mi marido?

—Parker.

El monitor del corazón suena más deprisa y lo miro de reojo antes de volver a clavar la vista en ella. Lo he supuesto todo basándome solo en cómo detesta a Amaya, cómo siempre lo busca a él en medio de la gente.

Me quito una pelusa del brazo.

—¿Recuerdas lo que sucedió?

Parpadea tanto como puede parpadear con los ojos hinchados y amoratados, y entreabre los labios como si pensara.

—Ama…

—No —la interrumpo, y me inclino sobre ella de manera que mi rostro queda suspendido sobre el suyo—. Estás confusa, a punto de decir una tontería. Yo te ayudaré.

Trata de hablar de nuevo.

—Chisss. —Le pongo un dedo sobre los labios. Hace una mueca cuando presiono—. No digas nada, hija mía. Escucha. ¿Recuerdas cuánto le gustaba a Parker grabar cintas?

El sonido del monitor se acelera de nuevo y lo miro antes de volver a concentrarme en ella. Tengo que darme prisa. Si se sigue poniendo nerviosa, vendrá una enfermera.

Lo que estoy diciendo no tiene nada de cierto, pero ella no lo sabe y Parker no podrá llevarme la contraria.

—Estos últimos meses ha tenido que confesar muchas cosas, Florence. Pobre alma desdichada, ha entregado de buena gana esas cintas a la Iglesia para limpiar su conciencia y permitir que Dios se apiadara de él. —Arqueo una ceja—. ¿Crees que hablará de ti?

Trata de incorporarse, pero me acerco más, la mantengo contra la cama y me inclino sobre ella para hablarle al oído.

—Si no haces lo que te voy a decir, las haré públicas. Serás el hazmerreír de Vermont, no podrás trabajar en ninguna parte. Se enterará tu madre. Se enterará tu padre. Tu marido. Tu hijo. ¿Entendido?

—Mi marido no puede saberlo. No puede…

—¿Sabe que Bradley no es suyo?

Se calla al instante. «Tenía el presentimiento».

Le susurro las instrucciones y me marcho tan deprisa como he llegado. Vuelvo a las montañas para estar con Amaya y con Quinten.

Y rezo como no he rezado nunca para que mis amenazas den resultado.

Lo dan.

Tres días más tarde, se celebra una conferencia de prensa en la que el detective Fuller anuncia que, gracias a la ayuda de Florence Gammond, han llegado a la conclusión de que Parker Errien era el estrangulador de Montes Verdes.

Según ella, estaba obsesionado con su esposa, Amaya, desde mucho antes de que ella accediera a casarse con él. La siguió hasta su trabajo y mató a Andrew en un ataque de celos. Por suerte, dio la casualidad de que también frecuentaba la compañía de la mujer a la que maté la primera noche.

Florence dijo que estaba harta de juegos y amenazó con hablarle a Amaya de su aventura, y en un ataque de ira Parker le dio una paliza en el cuarto de baño. Y la aparición del cadáver de Dalia con el gemelo en el suelo bastó para que cerraran el caso.

En Festivalé y en Coddington Heights prefieren que la gente esté tranquila pensando que han atrapado al asesino, aunque las cosas no terminen de encajar.

Doy las gracias porque Amaya no ha acabado en el punto de mira.

Al no dar con Parker, han supuesto de inmediato que ha huido, y ahora lo buscan por todo el país.

No lo van a encontrar. A menos que yo decida que lo hagan.

En cambio, su esposa está libre de toda sospecha y, cuando las cosas se calmen y nos instalemos donde ella quiera, gestionaremos las propiedades de Parker, que, según el abogado, están ahora bajo el control de Amaya. El imbécil presuntuoso no tenía ningún pariente ni hizo testamento, y no hay acuerdo prenupcial que le impida tener acceso a sus fondos.

Técnicamente, a ojos de la ley, él sigue vivo. Si alguna vez hace

falta que aparezca un cadáver para que Amaya lo herede todo, aparecerá. Yo me encargaré.

Haré lo que sea por ella.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Amaya y yo estamos en la sala del monasterio, abrazados, contemplando los pinos cubiertos de nieve.

Asiente mientras se muerde el labio inferior.

—Estoy triste. Pero, si dejo que la pena me consuma, Parker habrá ganado. Y Dalia no me lo perdonaría.

Le doy un beso en el pelo. Mi monstruo está silencioso, saciado, me ronronea satisfecho. Ya no soy sacerdote, al menos de manera oficial. Ayer terminé la gestión con el obispo Lamont, que nos ha dado permiso para quedarnos en el monasterio hasta que decidamos a dónde queremos ir.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Sonríe y mira a Quinten, que está poniendo en línea la colección de dinosaurios que le compré en la ciudad. Se apoya en mi pecho y me pone una mano sobre el corazón.

—Ahora vamos a vivir.

Le cojo la barbilla, me inclino sobre ella y le mordisqueo la boca con los dientes hasta que la piel se rompe y puedo saborear la sangre.

—Dime, *petite pécheresse* —susurro contra sus labios—. Dime a quién perteneces.

—A mí misma.

Se me tensa la mano sobre su rostro. Y sonríe.

—Y a ti, Cade Frédéric. Mi corazón te pertenece a ti. Desde siempre y para siempre.

EPÍLOGO

Cade

La observo desde las sombras.

«*Ma petite pécheresse. Mon trésor*».

«Mi esposa».

Está cubierta de sangre.

Eso me pone muy caliente.

Han pasado cinco años desde la primera vez que la vi bailar en el club. Era arrebatadora como Esmeralda, y lo sigue siendo cuando me hace una exhibición privada, pero así es absolutamente maravillosa.

Mortífera. Diabólica.

Amaya tuvo reprimido durante años un trauma terrible; no permitió que saliera a la luz y lo enterró tan hondo que nadie supo lo que le pasaba. Ni siquiera ella.

Pero los monstruos siempre crecen, se alimentan del dolor, lo absorben como si fuera una dosis de vitaminas.

Conozco bien esa sensación y le he enseñado a dejar que aflore.

Ella a cambio me ha enseñado a separar la fe verdadera, los auténticos ideales, de lo que me metieron en la cabeza cuando era niño.

Juntos, estamos en equilibrio. Somos indestructibles.

Pero cuando me mira, cuando me dedica una sonrisa deslumbrante que le ilumina el rostro lleno de sangre, veo en sus ojos una nube de… algo.

Como si pensara que le voy a decir que me ha decepcionado. O que tiene que hacer las cosas de otra manera. O lo que debe sentir sabiendo que lo que hizo es algo que un exsacerdote de la Iglesia católica condenaría.

Le sonrío, cruzo la sala de nuestra cabaña en las montañas de Auvernia, la cojo por la barbilla y le alzo el rostro.

—Eres una visión maravillosa, *mon trésor*.

Me devuelve la sonrisa y el alivio le relaja las facciones.

Como si yo fuera a rechazarla.

Nada de lo que haga me haría darle la espalda.

Eso como exsacerdote. Pero aún más como hombre.

Sigo teniendo fe. Sigo creyendo en la fuerza inquebrantable de Dios. Solo que, al lado de ella, no es nada.

Ella es mi Biblia, mis escrituras, mi religión.

Ella lo es todo. Sin ella, no soy nada.

Haría lo que fuera por Amaya.

Sufriría lo que fuera con tal de que ella viviera libre de todo dolor.

Por eso, tras viajar por primera vez un año después de que saltara la noticia de que Parker era el estrangulador de Montes Verdes, la traje a vivir aquí, a Francia, a la región de Auvernia-Ródano-Alpes.

Aún me sorprende lo bien que se tomó Quinten el cambio de rutina, cómo mejoró de una manera que nunca habría sido posible en los confines de Festivalé. Al principio no tuvo muchas sesiones de terapia, pero, cuando nos instalamos, Amaya le consiguió la mejor atención posible. Ahora estudia en casa con un pequeño grupo de niños neurodivergentes, y el corazón se me llena de calor al verlo crecer así.

Esta noche ha ido a dormir a casa de uno de sus mejores amigos, y Amaya y yo hemos pensado que era el momento perfecto para dar rienda suelta a nuestros monstruos.

Además, acabamos de casarnos en una pequeña ceremonia al aire libre. No ha sido un matrimonio católico, claro; con los años, mis creencias han pasado de la religión estricta a una fe más espiritual. Dios me ama como soy, sin necesidad de que me ensucie con la política y la corrupción de la Iglesia.

Le recorro el cuello con los labios mientras la sujeto con firmeza y le doy la vuelta para tenerla justo donde quiero.

—Cade —gime—, antes tengo que limpiarme.

—Mmm… —le susurro contra la piel—. Me gustas más así, *mon trésor*. Sucia y depravada.

Suelta un bufido y se aprieta contra mis hombros, pero no me aparta, sino que me clava los dedos en la camisa para atraerme hacia ella.

—Sucia —sigo.

—Eh…, no…

Las débiles protestas se cortan de raíz cuando le muerdo la base del cuello, cuando le meto una mano por la cinturilla de la falda amplia, le bajo las bragas y la encuentro húmeda, lista para mí.

Como siempre.

—¿Debería tomarte aquí, *petite pécheresse*? —le pregunto—. ¿Quieres que te folle con los dedos antes de meterte la polla?

—Dios, sí… —jadea.

Le doy un golpe seco en el sexo.

—No tomarás su nombre en vano.

Le relampaguean los ojos y a mí me palpita la polla.

Sabe que sigo teniendo fe; ella nunca será religiosa, pero lo cierto es que no me importa. Cree que así haré que le duela más cuando la

posea.

Por lo general, está en lo cierto.

Se pone de puntillas, pega la boca a la mía y se abre paso con la lengua entre mis labios. Me busca la lengua y su sabor me invade los sentidos. Se me escapa un gemido y se me tensan los testículos mientras la llevo contra la pared y froto contra ella mi polla palpitante.

Una parte de mí creyó que, con el tiempo y la familiaridad, la obsesión se mitigaría, pero ha resultado ser al revés.

Su perversidad baja al encuentro de mi monstruo mientras que su espíritu vuela alto para darme fe. Más allá de Amaya, para mí no existe nada.

Me dejo caer de rodillas y le arranco la ropa tan deprisa como puedo; los botones de la blusa salen volando y la tela desgarrada de sus bragas cae al suelo, dejando expuesto su coño húmedo.

Con el antebrazo, la mantengo pegada a la pared.

—Tú y tus paredes —dice, burlona.

Me mete los dedos entre los mechones negros de pelo revuelto.

Yo también sonrío y le soplo sobre el clítoris hinchado.

—*Oui*. Me gusta tenerte donde te puedo controlar, *mon trésor*.

Y me lanzo sobre ella para adorarla. Para esto he nacido.

Es mi salvación.

Es mi esperanza.

Mi tentación.

Mi sangre.

Mi todo.

—Cade… —gime, y casi me arranca el pelo. Eso hace que la polla me palpite con una gota de humedad. Me muero por sentir más de ese dolor que solo ella puede provocarme.

La como entera, desde el clítoris a la entrada del coño, y el sabor

almizclado de su excitación me embriaga de deseo.

Me pega las caderas a la boca, mueve el clítoris contra mi cara y vuelvo a centrarme en él. Lo sorbo y paso la lengua sobre el excitado botón del deseo.

Empiezan a temblarle las piernas, así que la agarro por la parte trasera de los muslos y la levanto para que coloque las rodillas sobre mis hombros mientras yo la agarro por las nalgas y tengo pleno acceso a su coño.

La devoro como si fuera un festín. Podría ahogarme en ella y nunca sería suficiente.

Se corre bajo mi lengua y, antes de que pueda decir palabra, me he quitado los pantalones y tengo el miembro duro en la entrada de su coño, con ella rodeándome la cintura con las piernas. La penetro de una sola embestida.

Nuestras caderas chocan y un golpe seco resuena en el aire. Se me ponen los ojos en blanco cuando me atrapa como un torno. Aún se está corriendo, le palpita el coño con un ritmo que es una tortura y hace que se me tensen los testículos y no pueda pensar.

—Es perfecto, *mon trésor*, te corres con mi polla como una buena pecadora.

Echa la cabeza hacia atrás, con la cara llena de sudor; las manchas de sangre del hombre al que acaba de matar hacen que parezca un ángel caído, enviado a la tierra solo para mí.

La sigo follando entre gemidos hasta que vuelve a gritar mi nombre. Me clava las uñas en las cicatrices de la espalda a través de la tela de la camisa hasta que noto que sangran.

Ese dolor es lo único que me faltaba para estallar.

En una explosión cegadora, abrasadora, arrasadora.

Una luz blanca me baila ante los ojos mientras el placer me recorre el cuerpo. Juro que nunca me he sentido tan cerca de Dios

como cuando estoy dentro de mi esposa.

Nuestros corazones danzan juntos, nuestros pechos no se separan mientras bajamos de las alturas y recuperamos el aliento.

Esto es lo que somos.

Salvajes.

Indómitos.

Invencibles y brutales en todos los sentidos.

La follo dos veces más y luego nos duchamos y vamos a la sala de la cabaña, donde preparo chocolate caliente.

Es la tradición.

Caliento la leche en el fogón de gas y sonrío cuando Amaya se acerca a mí con el martillo, con los ojos verdes brillantes y despreocupados.

Trabajamos juntos, sin hablar, solo disfrutando de nuestra mutua compañía en silencio. Solo deja escapar un sonido de felicidad cuando nos sentamos en el sofá, frente a la chimenea que chisporrotea y bebe el primer sorbo.

—¿Y ahora qué, querido esposo?

El corazón se me enciende en el pecho y dejo la jarra, me adelanto hacia ella y le doy un beso en los labios.

—Me encanta cuando me llamas así.

Sonríe.

—Lo que te encanta es que ahora soy tuya en todos los sentidos.

Le acaricio la mejilla con las yemas de los dedos, le llevo la mano al pelo, le agarro un mechón ondulado.

—Siempre has sido mía.

—La verdad, monsieur Frédéric, creo que tiene usted razón.

Sin prisa, le quito la taza de chocolate de la mano y la pongo sobre la mesita.

Y le demuestro hasta qué punto es mía. Igual que yo soy suyo.

Despacio, con dulzura, sobre la alfombra de la sala, al calor de la chimenea.

Y la amo.

En esta vida y en todas.

Amaya

Si hace doce años alguien me hubiera dicho que iba a viajar por todo el mundo, me habría reído en su cara. Habría dado por hecho que se estaba burlando de mí.

Porque hace doce años, un 5 de julio, tal día como hoy, yo acababa de cumplir los diecinueve y mi madre me abandonó, dejándome al cuidado de mi hermano de un año.

Y aquí estoy ahora, siete años más tarde, viviendo en las montañas de Francia tras conocer a mi hombre perfecto, casarme con él y amarlo sin limitaciones.

Acaba de amanecer y estoy sentada en el balcón de nuestra casa en las montañas de Auvernia. Es un lugar apartado, discreto. Precioso.

La hiedra crece contra el ladrillo blanco y se enreda en la barandilla. En la parte de atrás hay un patio de adoquines y un maravilloso jardín lleno de flores. Es muy amplio y nos permite organizar recepciones cuando nos apetece. Para algo somos personas adineradas.

Al fin y al cabo, soy la viuda de un magnate multimillonario que murió sin dejar testamento.

Hubo recursos contra mí, claro. Parker no estaba oficialmente muerto, y oficialmente solo habíamos estado casados unos pocos días.

Pero mi esposo se encargó de todo.

No le he preguntado qué tuvo que hacer para que se retiraran esos recursos, pero me hago una idea.

Cuando se insistió en que lo que impedía que yo pudiera heredar las propiedades y el dinero de Parker era que no había cadáver, su cadáver apareció.

Y todas sus posesiones pasaron a ser mías.

Una buena parte del dinero la invertí en Festivalé, en la comunidad, de maneras que Parker nunca habría hecho. Proporcionamos un hogar a los sintechos, reparamos las aceras rotas, creamos escuelas de comercio y financiamos pequeños negocios que permitieran crecer a la ciudad más allá del turismo barato y de fingir ser una Francia en miniatura.

Luego abrí un estudio de baile de barra y lo llamé Danza Dalia. Ahora hay diez por todo Estados Unidos y la semana que viene vamos a inaugurar uno aquí, en Francia.

Es lo menos que puedo hacer para honrar el recuerdo de mi mejor amiga.

Pero la culpa aún me asalta cuando pienso en ella.

A veces sueño con ella. Viene a mí y me abraza con fuerza mientras lloro y le pido perdón. Me consuela y me dice que no hay nada que perdonar. Yo no la creo, pero sé que no querría que me regodeara en el dolor de su pérdida.

Así que vivo por ella.

Una risa cantarina me llega a los oídos. Sonrío, apuro el café y vuelvo a entrar en el dormitorio para bajar por la escalera y salir por las puertas acristaladas que dan al patio trasero.

Respiro hondo. El aire me acaricia la piel y una brisa fresca, ligera, me agita el pelo cuando miro hacia las montañas, antes de concentrarme en Cade y Quinten. Están justo donde la piedra deja paso a la hierba. Sonrío y mi corazón alza el vuelo al ver que están

pintando.

Otra vez.

Han cogido la costumbre de pintar casi todas las mañanas. Quinten es un artista maravilloso.

Me derrito cuando Cade se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa tan amplia que le aparecen los hoyuelos en las mejillas. Le brillan los ojos con una luz que no tenían en Festivalé.

Así es la paz.

Aunque los dos seguimos teniendo malos momentos.

A veces, una oscuridad le nubla los ojos y sé que está escuchando a la hermana Agnes. En esas ocasiones, me siento en su regazo, lo rodeo con brazos y piernas y le susurro lo mucho que vale solo por ser quien es.

Que, cuando se hace daño, me hace daño.

Que todos podemos cometer errores sin necesidad de expiarlos.

Suele asentir y susurrar plegarias a su Dios mientras yo junto los pedazos de su alma hasta que está en condiciones de volver a unirlos.

Y dejo que nuestro amor le haga daño, un daño tan delicioso que se olvida del resto del dolor.

—Estáis hechos un asco —les digo con una sonrisa.

Quinten se ríe al mirarme, se pone de rodillas y entonces, como siempre, se mira las manos y se da cuenta de que las tiene llenas de pintura. Se pone rígido y sale corriendo hacia la palangana de agua limpia que han dejado sobre las losas.

Tiene una capacidad de adaptación muy superior a la que creía, y ese es otro motivo por el que la culpa trata de apoderarse de mí. Y entonces es el turno de Cade de recordarme que cometer errores es humano, que vivir es aprender, es crecer.

Y que nunca dejaré de crecer con Quinten.

En cuanto me tiene al alcance, Cade me abraza y me sienta sobre su regazo. La pintura húmeda que tiene en las manos me hace chillar y me deja marcas color púrpura y dorado en la piel, como un recordatorio visual de que soy tan suya como él es mío.

—*Salut, petite pécheresse.* Hoy estás preciosa.

Se inclina sobre mí, me da un beso en los labios y me frota la nariz con la suya. Sonrío y me dejo envolver por sus brazos.

—Anoche llegaste tarde —murmuro, y miro de reojo a Quinten, que se está limpiando la pintura del brazo mientras se mueve a saltitos.

—Sí —responde.

No dice más, y no le pregunto. Cade tiene cosas que no cambiarán, y lo quiero así, por ser como es, no a pesar de ello.

Pero intento que entienda que no tiene un monstruo dentro, solo a un niño herido que nunca tuvo ocasión de sanar.

Las cicatrices cuentan su historia y hace frente a su pasado como puede, igual que hago yo con el mío.

Como he dicho siempre, nos guste o no, somos fruto de nuestras experiencias.

Sus manos grandes me recorren la espalda y me hacen sentir escalofríos.

Dios, qué no daría por estar a solas con él.

Han pasado años y no me canso.

—¡Quin! —grito al ver que se ha alejado por el patio y está oliendo cada flor.

Me aparto del regazo de Cade porque quiero preguntarle si le apetece dar un paseo por la montaña, pero Cade me agarra con fuerza y me obliga a sentarme de nuevo.

—Cuando estemos a solas, te voy a follar aquí mismo, en esta silla —susurra—. Para recordarte a quién perteneces.

Suelto un bufido.

—Seguro que la rompemos.

Le brillan los ojos.

—Siempre queda esa esperanza.

Si me hubiera hablado así cuando nos conocimos, estoy segura de que habría huido de una posesividad tan extrema. Ahora, en cambio, es lo que más deseo en el mundo. Me gusta ser suya, sentirme suya. Que me lo recuerde.

Adoro tener a un hombre al que ni Dios pudo dominar; sé que puedo pedirle lo que sea y me lo dará.

Lo cierto es que los dos estábamos perdidos, y el mundo no hizo el menor esfuerzo por encontrarnos. Pero nos encontramos el uno al otro.

Nadie me ha querido como él.

No creo que nuestro amor sea corriente.

El dolor que provoca es demasiado bueno.

EPÍLOGO AMPLIADO

Amaya

Llevamos diez años juntos y los episodios de autolesiones de Cade llegan cada vez más distanciados, aunque siguen existiendo. El trauma no desaparece por mucho tiempo que pase.

Esta noche, por ejemplo, ha estado haciendo… algo. No le pregunto demasiado, igual que él no me pregunta a mí, pero cuando entro en el dormitorio me lo encuentro allí, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la mirada perdida.

—Eh, cariño —digo al tiempo que suelto el libro y corro hacia él.

Volverá a decir que es su «monstruo», pero yo no creo en monstruos. Al menos, no en los monstruos de los que él habla. Pero dejo que siga con sus creencias igual que él me deja a mí con las mías; en el fondo, creo que por eso funcionamos tan bien juntos.

Nos agarramos el uno al otro para no caer al abismo cuando ya no queda nada más que nos sujete.

A veces, todavía tengo pesadillas en las que Parker vuelve y me sigue atormentando. Cuando despierto, Cade me tiene que calmar, y para ello me acaricia y me hace el amor con dulzura, pues sabe que es lo que necesito en ese momento.

En otras ocasiones es como ahora: esa mujer espantosa de su pasado, la hermana Agnes, le susurra mentiras. Y yo hago lo mismo

de siempre: me siento en su regazo, lo rodeo con los brazos y las piernas, y lo estrecho con fuerza hasta que le cuesta respirar. Los músculos llegan a dolerme, pero no lo suelto. Lo abrazo con fuerza y se me agarra como si fuera el aire que necesita.

Cuando estoy con él, siente que puede perderse en mí en lugar de en sus recuerdos.

—Te quiero —le susurro al oído, y se mece conmigo.

Mete los dedos bajo la cintura de mis pantalones cortos y me agarra por el culo para atraerme hacia él.

No hay una intención sexual.

Solo busca consuelo.

Y eso somos el uno para el otro.

Somos el hogar que al otro le falta.

Espero hasta que sus latidos se sosiegan y se le calma la respiración, y hago lo que hago siempre en momentos como este: le beso cada cicatriz.

—Cuando te haces daño, me haces daño.

—Ya lo sé —dice con voz ahogada. Se le contraen los músculos cuando me bajo de su regazo y me pongo detrás de él para recorrerle el cuerpo con los labios—. Lo siento.

—Chisss… No pidas perdón. Yo me ocuparé de ti. Yo te quitaré el dolor.

En las noches como esta, hacemos el amor de manera áspera, brutal.

Dolorosa. Violenta. Extrema.

Es lo que Cade necesita, y se lo doy. Porque siempre le voy a dar lo que necesite.

Me levanto, le recorro el brazo con los dedos hasta que me da la mano y tiro de él para que se levante también. Entonces lo llevo a la cama y hago que se tienda. Le quito muy despacio los pantalones

del pijama y dejo que la gruesa polla salga libre. Adoro ver hasta qué punto lo pongo caliente, pero las noches como esta no se centran en el sexo.

Se centran en la evasión.

Sé lo que necesita, igual que él sabe lo que a mí me hace falta cuando estoy mal. Llevamos diez años juntos; él inhala y yo exhalo.

No hay tiempo que perder, no necesitamos juegos previos cuando se siente tan vulnerable y se enfrenta a sus demonios. Me pongo a horcajadas sobre él y contengo un grito cuando me llena por completo. La perfección con la que encajamos es abrumadora.

Me agarra por la cintura con tanta fuerza que sé que al día siguiente me aparecerán moratones.

Me deja marcada. Que es lo que me gusta.

Emprendo un ritmo rápido, le monto la polla, le clavo las uñas en el pecho hasta dejarle en la piel marcas de medialuna.

—Si necesitas dolor, acude a mí —jadeo.

Lo agarro por el cuello, le aprieto la garganta y descargo todo mi peso sobre él. Utilizo el método que me enseñó, que esquiva la tráquea, pero le provoca la descarga de adrenalina del dolor, y lo monto hasta que se le pone más dura la polla dentro de mí.

Sacude las caderas.

Y, cuando me inclino sobre él y le muerdo el hombro al lado del cuello hasta que el sabor de la sangre me invade la boca, se corre, me llena, me susurra su devoción en francés.

Su devoción a mí.

A nadie más.

Cade nos ha traído a Quinten y a mí a la pastelería nueva que ha abierto en la misma calle que Danza Dalia, y los tres estamos comiendo pastas de chocolate y riendo como críos.

Estos momentos son sencillos, y son los que nunca doy por garantizados.

Hubo un tiempo en que creí que me iba a pasar la vida recogiendo los pedazos que había dejado mi madre, sin saber muy bien cómo recomponerlos. Pensé que me iba a ahogar.

Pero ahora estoy aquí.

Es increíble lo que puede cambiar la vida en un abrir y cerrar de ojos.

Sonrío a Quinten, que está al otro lado de la mesa y se bebe la leche mientras examina la galleta de chocolate que tiene delante como si le fuera a morder si la coge. Extiende la mano despacio y se la lleva a la boca, y los ojos verdes le brillan al masticarla.

—¿Está buena, *mon petit*?

Quinten pone los ojos en blanco y asiente. Siempre le dice que es demasiado mayor para que lo llame así, pero Cade lo sigue haciendo, creo que solo por fastidiar.

Cade sonríe y pone el brazo sobre el respaldo de mi silla. En su mirada hay una dulzura que me caldea el corazón y que solo existe cuando nos mira a Quinten o a mí.

Pincho con el tenedor un trozo del cruasán de chocolate blanco y me lo llevo a la boca. El delicioso dulzor se me funde en la lengua y dejo escapar un gemido de placer.

—Cuidado, *mon trésor*, si no quieres que haga cosas que no se pueden hacer en público —me susurra al oído.

Le doy un palmetazo en el pecho y él se echa a reír y me guiña un ojo al tiempo que se acomoda mejor en la silla.

La campanita que cuelga sobre la puerta de la pastelería empieza a tintinear y entra un grupo de niños. Quinten se queda paralizado, los mira, luego vuelve a clavar la vista en la mesa, y luego los mira de nuevo.

—¿Qué pasa, Quin? —pregunto.

Sacude la cabeza, coge los auriculares que bloquean el ruido y se los pone, aunque no deja de lanzar miradas en dirección a la puerta.

Sigo la dirección de sus ojos y noto que se me eriza el vello, como me pasa siempre con él. Han pasado muchos años desde que tuvimos que enfrentarnos a los acosadores, pero el curso pasado Quin decidió que quería terminar la enseñanza secundaria en un entorno normal. Al principio, me opuse, pero Cade me convenció. Me recordó que era lo que quería mi hermano y que yo siempre estaría a su lado para protegerlo, pero tenía que permitir que se formara a través de sus experiencias, igual que todo el mundo. Así que se matriculó en el instituto, y le encanta. No hay el menor indicio de que esté siendo víctima de acoso, pero eso no impide que el miedo me quite el sueño.

—¿Quiénes son? —le pregunta Cade al tiempo que me coge la mano y me la aprieta.

Sabe lo que me pasa por la cabeza, como siempre, y me proporciona el apoyo que necesito.

—Nadie —murmura Quinten—. Chicos de mi clase.

Estoy a punto de levantarme para que nos vayamos, pero en ese momento una chica mira en nuestra dirección, sus ojos ambarinos divisan a Quinten y viene hacia nosotros antes de que me dé tiempo a hacer nada. Tiene el pelo de un rojo intenso, obviamente teñido, que le enmarca un rostro de piel dorada, iluminado por una sonrisa.

Cada paso que da hace que se me acelere el corazón.

Cade se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Calma, Amaya. Es obvio que nuestro chico se ha enamorado.

Resoplo con incredulidad, pero los miro una y otra vez, y caigo en la cuenta de que puede ser.

—Hola, Quin —dice la chica cuando se detiene junto a nuestra

mesa.

Sonrío de oreja a oreja y dejo escapar un suspiro de alivio. Parece encantadora.

—Hola —susurra él.

La chica nos sonríe y se mete las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Nos mira.

—Eh…, ustedes deben de ser los padres de Quin. Yo soy Mina.

Miro a Quin y luego la miro a ella. Pensé que nos iba a hablar en francés, pero tiene un fuerte acento estadounidense.

—Casi. Somos su hermana y su cuñado. Yo soy Amaya, y este es Cade.

Cade la saluda con un ademán, pero no dice nada, y me vuelvo hacia Quinten, que está mirando a Mina como si su presencia iluminara el cielo nocturno.

Ay, Dios… Sí se ha enamorado.

Mina lo mira, se balancea de puntillas y se muerde el labio inferior.

—Vamos a comprar algo para comer y luego iremos al lago a hacer una hoguera. ¿Te apetece…? O sea, ¿quieres venir? —Nos mira a Cade y a mí—. Si a ustedes no les importa, claro.

Quinten me mira, con una alegría tan evidente como los nervios que se han apoderado de él, y asiento.

—Lo que tú quieras, colega. Mientras estés en casa a las diez.

Se le dibuja una sonrisa en la cara, dice que sí con la cabeza, se levanta y se va con Mina. Ella se echa a reír y al ver cómo mi hermano le sonríe siento que el corazón me va a estallar.

Suspiro y apoyo la cabeza en el hombro de Cade.

—Me encanta esto.

—Me alegro —dice, y me da un beso en el pelo.

—Te quiero, Cade —susurro.

Me vuelvo para mirarlo. Él baja el rostro y presiona los labios

contra los míos en un beso posesivo.

—Y yo vivo para ti, *petite pécheresse*. En esta vida y en todas.

PERFIL DE LOS PERSONAJES

Cade Frédéric

Nombre: Cade Frédéric.
Edad: 36.
Lugar de nacimiento: París, Francia.
Residencia actual: Festivalé, Vermont.
Educación: las calles y el seminario.
Ocupación: sacerdote.
Ingresos: escasos.
Color de ojos: castaño oscuro, casi negros.
Pelo: negro.
Constitución: muy alto y musculado, pero esbelto. Dos metros cinco.
Atuendo preferido: cuando no lleva ropa religiosa, el sombrero de ala ancha, guantes de cuero, abrigo, camisa y pantalones negros.
¿Gafas?: no.
Accesorios que lleva siempre: alzacuellos y bufanda.
Nivel de cuidado personal: bien aseado.
Salud: físicamente sano; enfermedad mental.
Caligrafía: menuda y apresurada, cursiva.
Manera de caminar: con seguridad.
Manera de hablar: encantador y dominante.

Registro de habla: educado.
Acento: francés.
Postura corporal: perfecta.
Gesticulación: solo para dar énfasis a sus palabras.
Contacto visual: siempre.
Palabras malsonantes: *Merde*.
Expresiones reiteradas: «Él es misericordioso».
Problemas de habla: no.
Risa: ronca, grave.
¿Qué le divierte?: que la gente lo subestime.
Sonrisa: amplia, con hoyuelos.
Infancia: huérfano. Escapó del orfanato a los siete años y vivió en las calles hasta los diecisiete, hasta que entró en el seminario.
¿Involucrado en actividades escolares?: no.
Empleos: carterista, sacerdote.
Trabajo soñado cuando era niño: no se permitía albergar sueños.
Modelo de conducta durante la adolescencia: nadie.
Mayor pesar: haber dejado con vida a Parker el tiempo suficiente para que volviera a hacerle daño a Amaya.
Aficiones durante la adolescencia: causar dolor.
Lugar favorito en su infancia: no tuvo.
Primer recuerdo: trata de no pensar en su infancia.
Recuerdo más triste: la primera vez que la hermana Agnes le dio una paliza y le dijo que estaba enfermo.
Recuerdo más dichoso: el sexo con Amaya.
¿Algún trapo sucio?: sí. Es un sacerdote que mata gente porque necesita la violencia.
Si pudiera cambiar algo de su pasado, ¿qué cambiaría?: haber dejado vivo a Parker tanto tiempo.

Puntos de inflexión en su vida: conocer al padre Moreau.
Tres adjetivos que describen su personalidad: astuto, justo, encantador.
¿Qué consejo se daría a sí mismo si pudiera viajar en el tiempo?: «Tus errores no te definen».
Antecedentes penales: oficiales, no.

Padre: desconocido.

Madre: desconocida.

Hermanos: no se sabe.
Amigos: no tiene.
Enemigos: Parker Errien y cualquier persona con demonios dentro.
¿Cómo lo ven los desconocidos?: encantador, digno de confianza, aunque con un aura de peligro. Emana poder.
Redes sociales: no.
Papel en la dinámica de grupo: líder.

Con quién cuenta para...
Consejos prácticos: Dios.
Orientación: el padre Moreau.
Complicidad: nadie.
Apoyo emocional: nadie.
Apoyo moral: nadie.

¿Qué hace en un día lluvioso?: preparar chocolate a la taza.
¿Teoría o práctica?: ambas cosas.
¿Optimista, pesimista o realista?: realista.
¿Introvertido o extrovertido?: extrovertido cuando hace falta, pero en realidad introvertido.
Sonidos favoritos: el último aliento de alguien a quien está matando con sus propias manos.

Deseo más profundo: limpiar el mal del mundo; pero, cuando conoce a Amaya, solo la quiere a ella.

Mayor defecto: autolesionarse y un sentido de la justicia tan rígido que no permite que nadie, ni siquiera él mismo, sea humano y cometa errores.

Punto más fuerte: la lealtad.

Logro más importante: escapar de las calles.

¿Cuál es su concepto de la felicidad?: estar con Amaya.

¿Quiere ser recordado?: no.

Actitud hacia…

El poder: lo tiene.

La ambición: es ambicioso de manera agresiva.

El amor: solo cree en el amor a Dios, pero cuando conoce a Amaya se obsesiona con ella.

El cambio: se resiste.

¿Qué salvaría en caso de incendio?: el flagelo.

¿Qué lo altera?: el pecado.

¿Cómo es su brújula moral y qué hace que se desvíe de ella?: se dice a sí mismo que es estricta, pero, con la excusa del «bien superior», se aparta de ella sin pensarlo dos veces.

Cosas que detesta: el pecado y la falta de respeto.

¿Qué quiere que ponga en su lápida?: «Vivió para ella».

Objetivo de su historia: Cade es un hombre destrozado por el trauma y los demonios del pasado. Su arco argumental consiste en enfrentarse a la mayor tentación de una manera que no ha podido compartimentar ni racionalizar para aceptarla (Amaya, claro). Aprenderá la diferencia entre una fe y una piedad rígidas y la verdadera fe, que le permite creer en Dios y al mismo tiempo perdonarse si comete errores. No diría que vaya a sanar, porque lo

que hace es depositar esa lealtad ciega en Amaya, eso no cambia e incluso crece; pero, en lo relativo a su salud mental, supera la tendencia a autolesionarse y la creencia de que hay algo «malo» dentro de él, y pasa a aceptarse porque la mujer que ama lo acepta. Acaba reconciliando el pecado con la piedad y se deja llevar por Amaya de una manera que le permite librarse de todo lo que lo ha torturado durante años, porque ella es su otra mitad y se equilibran mutuamente.

Amaya Paquette

Nombre: Amaya Paquette (nombre artístico: Esmeralda).
Edad: 24.
Lugar de nacimiento: desconocido.
Residencia actual: Festivalé, Vermont.
Educación: escolarización normal, sin llegar a la universidad.
Ocupación: bailarina de estriptis.
Ingresos: normales e incluso altos, pero la mayoría va a manos de Parker.
Color de ojos: verde.
Pelo: negro y ondulado.
Constitución: caderas amplias, piernas largas, pechos grandes. Curvilínea, un metro setenta y cinco.
Rasgos característicos: los ojos y el pelo.
Atuendos preferidos: vestidos y faldas amplias.
¿Gafas?: no.
Accesorios que lleva siempre: cuando baila, un collar con una esmeralda falsa.
Nivel de cuidado personal: alto.
Salud: sana.
Caligrafía: cursiva, florida.
Manera de caminar: muy erguida y con la cabeza alta (postura defensiva); con balanceo cuando es Esmeralda.
Manera de hablar: normal.
Registro de habla: normal/popular.

Acento: sin acento digno de mención.
Postura corporal: buena.
Gesticulación: sí.
Contacto visual: a veces.
Palabras malsonantes: «Mierda».
Expresiones reiteradas: ninguna en particular.
Problemas de habla: no.
Risa: sonora, cristalina.
¿Qué le divierte?: el humor ácido.
Sonrisa: un poco traviesa, amplia.
Emociones: es muy emocional, aunque trata de controlarse.
Infancia: muchas mudanzas con una madre soltera, narcisista, celosa de ella y con problemas en sus relaciones con los hombres.
¿Involucrada en las actividades escolares?: no.
Empleos: de niña se ocupaba de su hermano pequeño desde que este nació; de adulta, trabajó como bailarina de estriptis.
Trabajo soñado cuando era niña: no soñaba con un empleo, solo con tener un hogar y una familia.
Modelo de conducta durante la adolescencia: ninguno.
Mayor pesar: cada día aparece uno nuevo, pero lo que más le pesa es haber permitido que su madre se marchara sin proporcionarle respuestas.
Aficiones durante la adolescencia: soñar que era una princesa que pronto volvería a estar con unos padres que la amaban de verdad.
Lugar favorito en su infancia: cualquiera fuera de su casa.
Primer recuerdo: el hombre que su madre trajo a casa cuando tenía tres años, porque la cogió en su regazo y la hizo sentir sucia.
Recuerdo más triste: cuando comprendió que su madre no la quería como debía quererla.

Recuerdo más dichoso: ver crecer a Quinten.
¿Algún trapo sucio?: no.
Si pudiera cambiar algo de su pasado, ¿qué cambiaría?: nada. Sus experiencias del pasado han hecho que sea tal como es.
Puntos de inflexión en su vida: el nacimiento de su hermano, la huida de su madre, todos los hombres que su madre introdujo en su vida.
Tres adjetivos que describen su personalidad: lista, seductora, leal.
¿Qué consejo se daría si pudiera viajar en el tiempo?: «No tengas tanto miedo del amor».
Antecedentes penales: no.

Padre: desconocido.

Madre:
Edad: 39.
Ocupación: desconocida.
¿Cómo era su relación con el personaje?: inexistente de adulta; de niña, muy tóxica y enfermiza.

Hermanos: un hermano pequeño, Quinten.
Amigos: Dalia.
Enemigos: Parker, Florence.
¿Cómo la ven los desconocidos?: hermosa, misteriosa, peligrosa.
Redes sociales: no.
Papel en la dinámica de grupo: líder.
Con quién cuenta para...
Consejos prácticos: Dalia.
Orientación: nadie.
Complicidad: Dalia.
Apoyo emocional: Dalia.

Apoyo moral: Dalia.

¿Qué hace en un día lluvioso?: bailar.
¿Teoría o práctica?: práctica.
¿Optimista, pesimista o realista?: pesimista.
¿Introvertida o extrovertida?: introvertida.
Sonidos favoritos: la voz de Quinten.
Deseo más profundo: que Quinten sea feliz; para ella, encontrar un amor incondicional, ser la elegida de alguien.
Mayor defecto: evita las relaciones profundas con la mayoría de la gente.
Punto más fuerte: su lealtad.
Logro más importante: educar a Quinten.
¿Cuál es su concepto de la felicidad?: una familia feliz.
¿Quiere ser recordada?: no.

Actitud hacia...
El poder: le da miedo.
La ambición: neutral.
El amor: le da miedo.
El cambio: no le gusta.

¿Qué salvaría en caso de incendio?: a su hermano. No es una posesión, pero es lo que más le importa.
¿Qué la altera?: los matones.
¿Cómo es su brújula moral y qué hace que se desvíe de ella?: muy flexible. Hace muchos años que está acumulando traumas y maltratos, y que el mundo la trata mal.
Cosas que detesta: los matones, el acoso.
¿Qué quiere que ponga en su lápida?: «Amó y fue amada».
Objetivo de su historia: al comienzo, Amaya es una mujer que levanta muros para protegerse de todo el mundo y que solo vive

para su hermano pequeño. Tiene miedo de crear vínculos estables porque sabe que las personas le fallan y la abandonan. Tiene años acumulados de trauma y maltrato, pero lo ha compartimentado y se considera una superviviente sin tiempo para sentir nada. Lo único que le importa en esta vida es su hermano pequeño, Quinten. Quiere educarlo y ser para él una figura materna mejor de lo que fue la madre de ambos para ella. A lo largo de la historia, pasará de no gustarle el poder o que la controlen a disfrutar de ello, a permitirse ser elegida y amada de verdad por primera vez en su vida. Derribará los muros y empezará a sentir que arriesgarse vale la pena. También tendrá un arco de «desarrollo positivo inverso», irá de la integridad a una moralidad con grises, acorde con su mentalidad de «La experiencia nos da forma, queramos o no».

¡Forma parte del McIncult!

EmilyMcIntire.com

The McIncult (grupo de Facebook): facebook.com/groups/mcincult. Aquí podrás comentar cualquier cosa relacionada conmigo. Encontrarás primicias, sorteos exclusivos y, además, ¡es el mejor camino para contactar conmigo!

TikTok: tiktok.com/@authoremilymcintire

Instagram: instagram.com/itsemilymcintire/

Facebook: facebook.com/authoremilymcintire

Pinterest: pinterest.com/itsemilymcintire/

Goodreads: goodreads.com/author/show/20245445.Emily_McIntire

BookBub: bookbub.com/profile/emily-mcintire

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a los lectores de sensibilidad de Tessera Editorial por leer este libro y asegurarse de que todo sea auténtico y considerado.

Doy las gracias a mi familia. A Mike, mi increíble esposo, que está a mi lado y me apoya cada día de mi vida. Eres un padre increíble, Mike, un compañero fabuloso, y estoy encantada de tenerte de mi parte y en mi vida.

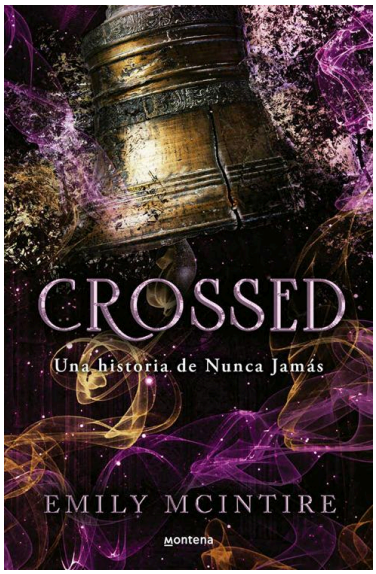
A Sav, mi mejor amiga, gracias por leer todas las versiones del manuscrito, por las conversaciones que hemos tenido sobre las diferentes tramas, por calmarme y convencerme de que no todo es una tragedia.

A mis lectores: sois lo mejor de mi profesión. Gracias por demostrarme que no hay sueño demasiado grande. Adoro mi McIncult.

A mi equipo, a mis editoras, a la gente de relaciones públicas, a los agentes, a todos los que me ayudan a que todo discurra sin problemas…, gracias por velar por mi vida y por mi carrera. Mi yo de autora no sería ni la mitad de lo que es si no os tuviera conmigo.

A Melody, mi hija: siempre has sido y serás la razón de todo.

Él es moralidad.
Ella es pecado.



El padre Cade Frédéric es un hombre de Dios. Se crio en las calles de París y ha dedicado su vida a la Iglesia. Pero, bajo la superficie, acecha un monstruo, una enfermedad que rezuma oscuridad y se alimenta de los condenados.

Cuando recibe la misión de ser el sacerdote de Festivalé, en Vermont, una ciudad de arquitectura bella y almas desoladas, la enfermedad le pide a gritos que libere sus calles del mal.

Amaya Paquette es el misterio más hermoso de Festivalé. Se dedica a cuidar a su hermano pequeño durante el día, mientras que por la noche se transforma en Esmeralda y baila ante ojos codiciosos y labios impúdicos. Anhela el amor, pero esquiva toda relación por temor a verse abandonada de nuevo.

Cuando el padre Cade ve por primera vez a Amaya, se obsesiona con ella y está convencido de que lo ha embrujado. No puede comer. No puede respirar. No puede pensar en nada que no sea ella.

Y la tentación es una amante cruel.

Ella es su debilidad, así que tiene que ponerle fin..., aunque eso signifique matar a la única mujer a la que podría amar.

Emily McIntire es una autora *best seller* de Amazon, conocida sobre todo por su serie Nunca Jamás, en la que da finales felices a nuestros villanos favoritos. Sus obras se centran siempre en el romance, aunque en diferentes formatos: no le gusta encasillarse, pero el corazón de sus novelas siempre es el amor. Cuando no está escribiendo, podría estar esperando la carta de Hogwarts, disfrutando con su familia o sumergida en las páginas de un buen libro.



Título original: *Crossed*

Primera edición: julio de 2025

© 2023, Emily McIntire
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Cristina Macía, por la traducción

Diseño de portada: TRC Designs / Cat
Imágenes de portada: © AntonMatyukha; Rastan; rehanalisoomro10; tanantornanut / Depositphotos. © Cassandra Madsen; P. Maxwell Photography / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87598-88-4

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Crossed
Lista de reproducción
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Epílogo ampliado
Perfil de los personajes
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Emily McIntire
Créditos